

Guerrilla Narratives in Spanish Contemporary Culture

by

Daniel Arroyo-Rodriguez

A dissertation submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
(Romance Languages and Literatures, Spanish)
in The University of Michigan
2010

Doctoral Committee:

Associate Professor Cristina Moreiras-Menor, Chair
Associate Professor Juli A. Highfill
Associate Professor Lawrence M. La Fountain-Stokes
Associate Professor Gareth Williams

© Daniel Arroyo-Rodriguez

2010

A Carmen Márquez Cote, a quien llevo siempre en el corazón y en primera fila

A Ella, mi única militancia

A Sasha, mi revolución

Agradecimientos

Esta tesis jamás habría existido sin Ella Arroyo, quien me llena la vida de colores, de detalles impredecibles y de mucha alegría. Hemos aprendido muchísimo los dos a lo largo de este proceso, sobre todo que cuando nos proponemos algo nada nos puede frenar. El impulso final me lo ha dado Sasha, que clava cada día en mi pupila su pupila azul y me hace decir disparates. Que menos que dedicaros esta tesis a vosotras que lo sois todo para mí.

Me gustaría dar las gracias de forma muy especial a Cristina Moreiras-Menor por su ayuda como profesora, como directora de tesis y como amiga. A lo largo de los años, Cristina me ha enseñado a analizar la cultura española desde diferentes perspectivas críticas, teóricas y estéticas. También ha sabido despertar mi pasión por el cine, algo que, antes de trabajar con ella, nunca había explorado. Cristina me ha planteado retos y me ha ayudado a superarlos a través de su crítica y de sus consejos. Una lectora exigente y detallista que me ha preparado, no sólo como estudiante graduado, sino también como profesor y como investigador. Muchas gracias por tu paciencia, por tu apoyo y por ser siempre tan sincera. Prometo no olvidar todo lo que he aprendido contigo, sobre todo las cosas que hacen de ti una profesora excepcional.

Mi agradecimiento más sincero a Gareth Williams. Gareth me ha hecho ver las relaciones entre mi estudio y la cultura latinoamericana y me ha abierto puertas donde yo ni siquiera sabía que existían. Gareth me ha ayudado a desarrollar marcos teóricos esenciales para mi investigación y que me llevo de la Universidad de Michigan como un valioso recurso intelectual. Entre las experiencias más bonitas que he tenido en esta

universidad está el curso sobre el 68 que tomé con Gareth en el invierno de 2006. Te doy las gracias con todo el cariño que nace del respeto a un excelente profesor.

Juli Highfill me ha ayudado a conocer con mayor profundidad la cultura y la política española de antes de la Guerra Civil y a explorar la interrelación entre literatura, política y contexto social. Hablar con Juli es siempre ver la enseñanza y la investigación desde nuevos puntos de vista. Muchas gracias por tu confianza y por la perspectiva crítica con la que siempre me has ayudado.

A Larry Lafontaine-Stokes, que me inspira con su originalidad. Tu perspectiva enriquece mi investigación y te doy las gracias por ello.

A los profesores que me han ayudado como instructor, como estudiante y en el proceso de búsqueda de trabajo: Olga Gallego, Helene Neu, Michelle Orecchio, Daniel Noemi, Jaime Rodríguez, Michèle Hannoosh, Teresa Sattelfield e Ignacio Infante. También quedo agradecido a Mindy Niehaus, que me ha enseñado a navegar por los océanos administrativos del mundo académico.

Me gustaría también dedicar un agradecimiento muy especial a Alfons Cervera que, a través de sus novelas, me ha atrapado de forma irremisible en la recuperación de la memoria histórica. Excelente escritor, crítico cultural y amigo. El trabajo de Cervera es un claro ejemplo del exhorto con el que Jacques Derrida da inicio a Espectros de Marx: “Prohibido el reposo a cualquier forma de buena conciencia.”

Cada uno de mis compañeros del Departamento de Lenguas Románicas—lectores y estudiantes graduados—son excepcionales de modo propio, pero si algo puedo destacar de forma colectiva es su inquietud intelectual y su espíritu de colaboración. Me gustaría expresar mi agradecimiento y aprecio a Susanna Coll: tant de bo que onse vulga que vagi, sempre trobi una amiga com tu. También a Nicolás Gisholt, Megan Saltzman, María

Dolores Morillo, Raquel Vega, Elena Castro, Jorge Ledo, Rebecca Wines, Julie Human, Andrea Seri, Radost Rangelova, Roberto Robles, Javier Entrambasaguas, Neil Doshi, Rachel Tenhaaf, Federico Pous, Marcelino Viera, Leyre Alegre, Silvia Marchetti, Andrea Dewees, Andreea Marinescu y David Collinge.

Debo agradecer también a los coordinadores y compañeros del Center for Research on Learning and Teaching (CRLT) por su apoyo continuo, por su paciencia y por compartir conmigo su pasión por la enseñanza. Mi especial agradecimiento a Mary Wright, Stiliana Milkova, Chad Hershock, Chris Groscurth, Tershia Pinder y Crisca Bierwert. También agradezco a Lynne Seville-White su valiosa ayuda y optimismo durante el proceso de búsqueda de trabajo.

Durante la escritura de este proyecto he tenido también el enorme placer de conocer a gente muy interesante que trabaja activamente en la recuperación de la memoria histórica. Gente como Victoria Ramos, que ha hecho un trabajo excelente—y muy necesario— de catalogación del archivo del PCE en Madrid. Al profesor Francisco Etxeberria que, hueso a hueso, está devolviendo la dignidad y la memoria a miles de familias en toda España. A Emilio Silva, quien sabe mejor que nadie que en la recuperación de la memoria histórica no vale quedarse a medias. Tampoco olvidaré a Sonia Polo Escobés, Sabina Melchor Larraz y Maika Calderón Santamaría, a quienes conocí en la Universidad de Alicante en el verano de 2008. Tras recibir una carta de un niño deportado durante la Guerra Civil—hoy un abuelo que busca a su familia— Sonia, Sabina y Maika no han parado de investigar en archivos y registros por toda España, sin que importen ni los kilómetros ni los días de vacaciones.

Finalmente, me gustaría terminar pensando en mis padres, Antonio y Julia, que me dan tanto ánimo en todo y que en los últimos años han reducido la distancia a tan solo

una palabra. En Lev y Dina Freyman, que me han apoyado a lo largo de los años con su cariño y con su capacidad de hacer que cualquier problema parezca pequeño. I could never find the words to express how amazing you are. En mis hermanos, Fran y Caro: con el tiempo empiezo a ver que después de todo no somos tan distintos. En Carmen Pinelo, que es para mí un modelo muy cercano sobre cómo la profesionalidad debe ir acompañada de sencillez y de cariño. Y siempre en mi abuela Carmen, cuyo recuerdo está presente hasta en el último punto y coma de este trabajo. En los últimos años he leído y escuchado muchos relatos, testimonios y experiencias de la Guerra Civil y la posguerra. Pero ninguno podrá sustituir ni sus historias ni las tardes en la salita de su casa. A su memoria dedico también esta tesis.

Contenidos

Dedicatoria.....	ii
Agradecimientos.....	iii
Capítulo	
Introducción.....	1
1. Narrativas contraguerrilleras: deshumanización del maquis en el discurso franquista.....	14
La deshumanización de la guerrilla y la construcción del orden dictatorial.....	15
La contraguerrilla cultural: la representación del maquis en el discurso cultural.....	43
El maquis en la literatura franquista.....	64
2. La mirada militante: la guerrilla que transformará el mundo.....	82
La guerrilla como fenómeno revolucionario.....	85
La mirada guerrillera: hacia la transformación en un proyecto de masas.....	97
La guerrilla literaria.....	107
La justicia de la sangre: La hija de Dios y La niña guerrillera...	116
Juan Caballero: pueblo a pueblo por la liberación de España....	127
Cumbres de Extremadura: el campesinado en armas.....	139
3. La mirada residual: el maquis en el cine de la Transición.....	162
La desideologización de la política.....	165
Explorando nuevas posibilidades: el maquis en el discurso pre-consensual (1975-1977).....	188
Eliminando nuevas posibilidades: el maquis en el discurso post-consensual (1978-1985).....	207
Residuos de la guerrilla: El corazón del bosque.....	215

4. (Des)enterrando la voz del maquis: consenso y disidencia en la literatura de la democracia.....	239
Entre la política y el mercado: la recuperación de la memoria histórica.....	242
Reconstrucción del maquis como producto de mercado.....	258
Desideologización del maquis en el mercado literario: Luna de lobos.....	269
Forzando los límites del consenso: el maquis de Alfons Cervera.....	287
Bibliografía.....	316

Introducción

El volumen de publicaciones recientes que abordan la recuperación de la figura del vencido de la Guerra Civil, como es el caso del maquis, del exiliado, de los represaliados, etc., muestran que la dictadura franquista y sus prácticas represivas, lejos de formar parte de un pasado resuelto, continúan asediando el presente. Así, por ejemplo, el movimiento por la recuperación de la memoria histórica— que se inicia en la segunda mitad de los años noventa y que reflexiona sobre la naturaleza de la dictadura y sus efectos en la democracia—es en la actualidad objeto de un intenso debate político y social. Más aún, se trata de un movimiento que aún está en el punto de mira de grupos radicales que permanecen fieles al régimen tanto en su ideología como en sus procedimientos. Estos grupos no se limitan a utilizar los medios de comunicación para promover el miedo y el silencio entre los que perdieron la guerra, sus descendientes o entre quienes trabajan en la recuperación de la memoria histórica. Por el contrario, y utilizando técnicas terroristas, grupos como Falange y Tradición— cuyos lemas son “75 urte Nafarroa txukuntzen” (75 años limpiando Navarra) o “La Falange os vigila”—tienen amenazados de muerte a historiadores, políticos, profesores y a ciudadanos que participan activamente en proyectos vinculados a la recuperación de la memoria histórica.¹ Por ello, podemos afirmar que la dictadura y la represión no forman parte de un pasado imperfecto, como subraya continuamente el discurso oficial, sino de un presente continuo que sobrepasa los límites del discurso historiográfico.

¹ Entre las personas amenazadas por Falange y Tradición por su participación en grupos y actividades que promueven la recuperación de la memoria histórica, se encuentran Sonia Polo—antropóloga que trabaja activamente en la apertura de fosas comunes— y Koldo Pla, Concejal del Ayuntamiento navarro de Ansoain por Nafarroa Bai y miembro de la Asociación de Familiares de Fusilados y Desaparecidos de Navarra.

En base a su carácter eminentemente político e ideológico, el maquis constituye una de las figuras más problemáticas a la hora de reevaluar el periodo dictatorial y de analizar su influencia sobre la democracia posterior.² Estos resistentes llevan a cabo actos de sabotaje, robos y enfrentamientos contra las fuerzas represivas del régimen hasta principios de los años sesenta, poniendo en tela de juicio el estado de paz que supuestamente establece el ejército golpista. De forma paradójica, este estado de paz dota de legitimidad democrática a la clase política que procede directamente del régimen y que defiende sus prácticas represivas hasta el último suspiro del dictador. Por consiguiente, deliberar sobre este estado de paz implica, por un lado, cuestionar el discurso oficial—que sin debatir el discurso franquista, establece el final de la confrontación en 1939— y, por otro, la credibilidad democrática de un amplio sector político que interviene en la Transición y que toma parte en el juego electoral. Partiendo de esta problemática, en este estudio propongo una reflexión sobre la representación del maquis en el discurso cultural de la dictadura, de la Transición y de la democracia, así como en la literatura del exilio. Este análisis proyecta una nueva perspectiva del pasado dictatorial, ya que enfatiza el carácter permanente que adquiere la confrontación tras la derrota militar del ejército de la República y pone de manifiesto la complejidad del sistema ideológico y represivo que emplea el régimen en la lucha contra estos resistentes. Más aún, y en base a su naturaleza bélica, estos personajes siguen siendo incómodos

² El término *maquis* se refiere a los combatientes que continúan luchando contra la dictadura militar del general Francisco Franco tras la finalización oficial de la Guerra Civil el 1 de abril de 1939. Esta designación se emplea originalmente en Francia para designar a la resistencia anti-nazi durante el Régimen de Vichy en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. En español, maquis se emplea como sinónimo de guerrillero o guerrillera en un intento del régimen por descalificar a este movimiento como una invasión comunista que, proveniente del exterior, amenaza por desestabilizar la nación española. Más aún, este galicismo se refiere simultáneamente a la guerra de guerrillas, a las partidas de guerrilleros y al combatiente individual.

durante la democracia. De hecho, el maquis apunta hacia la naturaleza de un conflicto que en ningún momento llega a resolverse, lo que justifica la necesidad de silenciar a estos combatientes o de reducirlos a una anomalía histórica.

El análisis del maquis en el discurso literario y cinematográfico permite reflexionar sobre los límites entre la política y la representación, la guerra y la paz o la historia y la violencia en la España democrática y dictatorial. En relación a la Guerra Civil española, el consenso establece que el enfrentamiento finaliza el 1 de abril de 1939; es decir, cuando el líder del ejército golpista anuncia de forma unilateral el cese de las hostilidades entre su ejército y los defensores de la democracia republicana: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.”³ No obstante, la Guerra Civil es, además de una confrontación entre ejércitos formalmente constituidos, un enfrentamiento social, cultural e ideológico en el que están en juego la naturaleza de los modelos de Estado y sociedad que se pretenden instaurar.⁴ Por ello, el reconocimiento del maquis como figura histórica requiere también una reflexión crítica sobre la historicidad de la relación entre la guerra y la paz que establece Franco en el momento en que anuncia su comunicado final y que adquiere valor hegemónico en el discurso historiográfico.

A pesar del reciente interés en el estudio de la Guerra Civil española, como refleja el incremento en el número de publicaciones que tratan esta cuestión, el maquis sigue siendo en gran medida ignorado como figura histórica y como movimiento político e

³ <<http://www.youtube.com/watch?v=1murZqbLhdU>>.

⁴ Como indica François Godicheau: “En realidad, la desaparición del frente militar no significaba el final de la guerra. Era una guerra civil y como tal no se reducía a un conflicto entre conciudadanos armados: los frentes que se dibujan para este tipo de conflicto no surgen de una cuestión de territorios, de lucha para desplazar una frontera entre dos legitimidades y dos Estados. El nudo del problema era más bien otro: se trataba de la naturaleza de la sociedad y del Estado, de la forma misma de la ciudadanía... Es porque estaban en juego una cuestión social y no territorial por lo que siguió habiendo batallas después de que el vencedor hubiera alcanzado sus últimos objetivos militares” (*Guerra Civil* 141).

ideológico. Como indica Cristina Moreiras en “History Against the Grain:” “The fact that few young people who have studied in schools and institutions know who the maquis were proves the point. The characters themselves also comment on this in the sad laments compiled in the documentary La guerrilla de la memoria” (23). De hecho, la relevancia histórica y política de estos personajes se minimiza de forma sistemática a través de su representación maniquea como bandidos o como héroes románticos. Frente a la simplificación del maquis que domina el discurso actual—como puede observarse, por ejemplo, en películas como Silencio Roto (2001), de Montxo Armendáriz, o El laberinto del fauno (2006), de Guillermo del Toro— este estudio tiene por objeto el análisis de los factores sociales, políticos y culturales que determinan la exclusión o marginalización de estos combatientes en el discurso dominante. Para ello, este proyecto complementa el análisis del maquis en el cine y en la literatura con su representación en textos historiográficos, legales y políticos, fomentando de este modo un diálogo interdisciplinar entre distintas formaciones de conocimiento.

Tras el final de la confrontación militar en 1939, el régimen de Franco promueve la representación de los guerrilleros, no como enemigos militares o políticos, sino como amenazas sociales y biológicas. El propósito de esta representación es reajustar la confrontación militar a un estado permanente de antagonismo político y social, es decir, promover— según el enunciado clásico de Carl von Clausewitz— la continuación de la guerra por otros medios. En el primer capítulo estudio cómo el discurso legal y cultural que promueve el régimen dictatorial durante los años cuarenta y cincuenta deshumaniza al maquis y lo priva de todo derecho, de forma que su asesinato—ya sea por parte de los aparatos represivos del Estado o del elemento civil—no constituya un delito o una falta moral. Paradójicamente, la despolitización del enemigo se consigue a través de su

politización extrema, es decir, de su expulsión radical del nuevo orden. Así, la eliminación del guerrillero requiere su transformación en una vida puramente biológica que es irrelevante ante la forma de la ley pero no ante su fuerza. En este sentido, el maquis se encuentra en una relación de excepción con respecto al orden dominante.⁵ Como indica el Guardia Civil e historiador Antonio Díaz Carmona: “suprimir a un criminal, o simplemente descubrirlo y detenerlo, es acción loable de quien se halla al servicio de su patria.” (Bandolerismo Contemporáneo 267). De hecho, el propósito de la contraguerrilla es la eliminación, no de sujetos políticos, sino de individuos que han perdido su condición como personas jurídicas y que, por tanto, pueden ser aniquilados legalmente, como se observa en las estrategias represivas de la Guardia Civil y en el lenguaje que emplea este cuerpo para representar al maquis.

A nivel represivo, por ejemplo, la conocida como ley de fugas— una práctica que consiste en la eliminación instantánea de un individuo sin necesidad de cumplir con unos requisitos legales mínimos— prueba ser uno de los recursos más efectivos en la lucha contraguerrillera. Por otro lado, a nivel cultural e ideológico, el orden dictatorial fomenta un discurso que identifica al maquis con manadas de lobos y con alimañas, como reflejan tanto los Boletines Oficiales de la Guardia Civil—en los que se da cuenta de las acciones de este cuerpo contra los guerrilleros—como la novela La sierra en llamas (1952), de Ángel Ruíz Ayúcar. De este modo, el régimen afianza el desequilibrio de fuerzas que resulta del enfrentamiento militar, recurriendo, no sólo a las armas, sino también a la literatura y a las narrativas policiales pues, como indica Michel Foucault en La verdad y

⁵ Como indica Agamben: “The relation of exception is a relation of ban. He who has been banned is not, in fact, simply set outside the law and made indifferent to it but rather abandoned by it, that is, exposed and threatened on the threshold in which life and law outside and inside, become indistinguishable. It is literally not possible to say whether the one who has been banned is outside or inside the juridical order” (Homo Sacer 28).

sus formas jurídicas, el discurso no constituye únicamente una superficie de inscripción, sino que toma parte en “un juego de acción y reacción, de pregunta y respuesta, de dominación y retracción, y también de lucha” (13).

En contraste con la perspectiva franquista, en el segundo capítulo exploro la guerrilla desde la perspectiva de los propios combatientes a través de las novelas Cumbres de Extremadura (1938) y Juan Caballero (1950)— de José Herrera Petere y de Luisa Carnés, respectivamente— y de las piezas teatrales La hija de Dios y La niña guerrillera, de José Bergamín. Estas obras se publican en el exilio tras la conclusión oficial del enfrentamiento militar y se destacan por su fidelidad a la lucha guerrillera como parte de un movimiento revolucionario que, siguiendo el programa que propone el Frente Popular durante los años treinta, exige una redistribución justa de la tierra entre los campesinos. Estos autores subrayan la relevancia de este grupo social como colectivo político cuya lucha mantiene abierta la posibilidad de superar el régimen franquista y de continuar el proyecto revolucionario que promueve la coalición de izquierdas durante la Segunda República. De hecho, el estudio cultural de la guerrilla requiere superar su representación como un mero telón de fondo y su interpretación como una anécdota sin resonancia histórica que se encuentra desligada de las grandes corrientes ideológicas que dominan el panorama político nacional e internacional durante gran parte del siglo XX. De acuerdo al discurso primario de la guerrilla—principalmente, a sus publicaciones periódicas y a las obras literarias que producen los combatientes—este proyecto político justifica la existencia de esta forma de lucha. No obstante, la representación del maquis en los discursos franquista y post-dictatorial minimiza e incluso elimina este proyecto, lo que priva a estos personajes de su razón de ser. A diferencia de estos textos y del discurso actual— en los que se personifica a los maquis como resistentes meramente

antifranquistas— la literatura del exilio y las publicaciones periódicas que surgen durante los años cuarenta y cincuenta representan a estos personajes como figuras revolucionarias. Más aún, las obras de Bergamín, Carnés y Herrera Petere no recurren a una narrativa utópica y nostálgica de la guerrilla sino que presentan este fenómeno dentro de un cuadro de ilusiones, esperanzas y de deseo de justicia material que explica la continuidad de la confrontación hasta sus últimas consecuencias.

El estudio de este discurso literario constituye una asignatura pendiente dentro del movimiento por la recuperación de la memoria histórica. Este movimiento adopta un punto de enunciación marcado por el distanciamiento generacional con respecto a la guerrilla y que se desentiende del contexto ideológico que justifica la existencia de esta lucha. No obstante, el estudio del maquis requiere la recuperación de aquellas obras literarias estrechamente vinculadas a la guerrilla y que permanecen prácticamente olvidadas en la actualidad, como ocurre con las obras de Herrera Petere, Carnés y, en menor medida, con las de Bergamín. La condición de estos autores como militantes comunistas y de sus obras como productos del exilio subrayan la doble exclusión a la que se encuentran sujetos estos textos. Así, por ejemplo, la novela Juan Caballero sigue siendo inédita en España, mientras que las piezas teatrales de Bergamín y la novela de Herrera Petere son prácticamente ignoradas por la crítica cultural en el momento de su publicación. Por ello, cabe concluir que el advenimiento de la democracia no estimula el interés por la recuperación de perspectivas que, tras ser silenciadas durante cuatro décadas, siguen condenadas al olvido del exilio. Como afirma el crítico de cine Alonso Santos, tras la muerte de Franco, “Se imaginaban importantes obras ocultas en las distintas manifestaciones literarias, que saldrían a la luz una vez suprimida la censura... la realidad ha sido otra: se han repetido las alusiones a esperanzas frustradas y al

desencanto en todo lo largo y ancho de nuestra geografía cultural y se ha seguido aguardando la aparición de esas obras y esos creadores desconocidos” (Novela 16).

Complementando la crítica literaria con el análisis cinematográfico, en el tercer capítulo estudio la representación del maquis en el cine de la Transición democrática, es decir, en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la muerte de Franco (1975). En base a su carácter ideológico y armado, la representación de estos personajes es incompatible con un discurso consensual que responde a la necesidad imperante de promover una democratización pacífica. De hecho, la Transición es un periodo marcado, no por la explosión de libertades y de entendimiento entre los españoles, sino por el miedo a una nueva confrontación militar. Por este motivo, la historia y el legado del maquis pasan a ocupar una posición marginal en el discurso democrático oficial, como exploro en relación a las películas El espíritu de la colmena (1972), de Víctor Erice, ¡Pim, Pam, Pum! ¡Fuego! (1975), de Pedro Olea, Los días del pasado (1977), de Mario Camus, y El corazón del bosque (1979), de Manuel Gutiérrez Aragón. Durante la Transición, la representación cultural de la guerrilla y su recepción por parte del público se encuentran condicionadas por la eliminación de toda referencia a los sistemas ideológicos que marcan la confrontación política y social durante los últimos cuarenta años. Esta depuración ideológica afecta también a aquellas representaciones que promueven una revisión crítica de la guerrilla. Aún cuando las películas de Erice, Olea, Camus y Gutiérrez Aragón rechazan los parámetros que impone anteriormente el discurso franquista, estas producciones no exploran los proyectos políticos e ideológicos que revisten de significado a esta lucha. En cualquier caso, no se trata de una simplificación ingenua sino que, por el contrario, fuerza al lector a identificar y a dotar de sentido a un elemento que se excluye explícitamente de la representación del maquis, al mismo

tiempo que permite a estos directores evadir los mecanismos de censura que permanecen aún vigentes en España. Por otro lado, estas películas recuperan unas memorias y unas experiencias que son incompatibles con la nueva democracia pues, como indica la historiadora Bénédicte André-Bazzana, en este periodo, “valorizar la lucha de los demócratas contra la dictadura equivalía a condenar el régimen franquista. Con tal condena se corría el riesgo de poner en tela de juicio la sinceridad democrática de las élites que llevaron a cabo la Transición” (Mitos y mentiras 235).⁶ En este sentido, las obras de Erice, Olea y Camus indagan más allá de la cultura de mercado que promueven los medios de comunicación tras la muerte de Franco y que encuentra su máximo exponente en la movida madrileña.⁷

Con objeto de promover un consenso político desconocido en España en los dos últimos siglos, el Estado recurre al empleo de los medios de comunicación y a la concesión de premios y subvenciones mientras que, por otro lado, margina toda perspectiva divergente que pueda evocar un pasado marcado por la violencia y la confrontación. De este modo, el Estado construye una versión idílica de la Transición como un periodo de reconciliación que da por zanjado todo antagonismo previo.⁸ Esta reconciliación pasa a constituir el cimiento de una nueva identidad democrática que pone

⁶ La apertura democrática se inicia con una ampliación de la oligarquía franquista en la que se incluyen caras y siglas identificadas con la oposición pero que, no obstante, se acomodan al sistema dominante y abandonan sus reivindicaciones ideológicas. Como indica André-Bazzana: “El ejemplo que dio España sugería que el triunfo de una transición dependía de una cierta continuidad con el régimen anterior y eso era una novedad que ponía en tela de juicio la idea que había predominado por tan largo tiempo, según la cual, una ruptura revolucionaria con el pasado era necesaria para construir una democracia estable” (Mitos y mentiras 97).

⁷ La movida madrileña constituye un movimiento contracultural que surge durante los primeros años de la Transición y que se extiende hasta finales de los años ochenta. Este movimiento muestra un punto de inflexión entre la dictadura y la nueva sociedad democrática, proyectando una imagen moderna de España.

⁸ Como afirma Ismael Crespo, durante la Transición “Los partidos adaptan sus mensajes a la cobertura de los medios, los electores apenas obtienen una información que no esté mediatizada por la prensa, la radio o la televisión, los medios marcan a qué forma se les concede importancia y cuáles dormirán en los cajones de la redacción” (Partidos 8).

fin a la leyenda negra del atraso político, social y económico de la España dictatorial. Como consecuencia, y como revela Gutiérrez Aragón en El corazón del bosque, el maquis se transforma en un residuo cultural que pone de relieve el sinsentido de la militancia política en la España democrática. Al tomar como punto de referencia un elemento que no tiene cabida en el discurso cultural, este director destaca la indiferencia por la recuperación de la memoria histórica en una sociedad que prefiere no reflexionar sobre el trágico legado de la dictadura.

Durante los últimos quince años, no obstante, la representación de la guerrilla adquiere una relevancia moderada en el mercado cultural. Este auge se debe principalmente a su estrecha identificación con el movimiento por la recuperación de la memoria histórica que surge a mediados de los años noventa y que adquiere mayor popularidad en la primera década del siglo XXI. A pesar de las posibilidades de visibilidad que aporta, el mercado evita abordar la memoria histórica en toda su complejidad, simplificando la confrontación militar y la dictadura para hacer estos contenidos más atractivos de cara a un público no especializado.⁹ El mercado modifica el maquis como objeto de consumo y lo reduce a una figura políticamente inocua, como refleja la representación habitual de este fenómeno como un movimiento de resistencia pasiva. Resulta especialmente llamativo, por ejemplo, que ninguna de las obras de mayor éxito comercial que recuperan la figura del maquis—como ocurre con la novela Luna de lobos, de Julio Llamazares o con el El laberinto del fauno—mencionen cuestiones como

⁹ De acuerdo con Antonio Gómez, el proyecto cultural vinculado a la memoria histórica, “deseoso de restablecer el legado memorialístico de los vencidos en la Guerra Civil española es un proyecto de una determinada burguesía urbana, instalada en una economía tardo-capitalista de una sociedad neoliberal con la que, en ningún momento, se propone ruptura de tipo alguno. Incluso cuando se recopilan los recuerdos de soldados o milicianos de extracción social baja, el interés por recuperarla proviene de la clase burguesa, de sus intereses y necesidades. Obviamente, esto desencadena el interés en una tradición liberal, moderada, democrática y culta en la que no tienen cabida las expresiones más radicales, jacobinas, extremistas o revolucionarias” (Guerra persistente 73-74).

la vinculación de la guerrilla al Partido Comunista de España o la centralidad del problema del agro en su proyecto político. Partiendo de estas observaciones, en el cuarto capítulo exploro la representación del maquis de acuerdo a las lógicas del mercado, es decir, al ámbito de circulación y consumo de bienes culturales. Para ello analizo, en primer lugar, Luna de lobos, novela que, si bien establece las coordenadas básicas de las causas de la guerrilla no genera ninguna reflexión política sobre el maquis ni sobre el contexto en el que se desenvuelven estos combatientes. Así, tras la derrota del Ejército Republicano, un grupo de maquis—Ángel, Gildo, Ramiro y Juan—sobreviven desesperadamente en los montes leoneses sin albergar ningún propósito de victoria. De hecho, este autor representa al maquis como muertos en vida para los que sólo hay cabida entre los animales y bajo tierra. Como indica Ángel, protagonista de esta novela: “Yo sé que aún sigo vivo, enteramente vivo, tan vivo al menos como cuando aún vagaba como el viento entre la nieve... Aunque, desde hace un mes, tumbado como un topo en esta fosa subterránea que Pedro y yo excavamos en la corte de las cabras, entre la cuadra y la panera, esté mucho más cerca del mundo de los muertos” (Luna 146).

Por otro lado, y a diferencia de Luna de lobos, la novela Maquis, de Alfons Cervera, emerge en los límites del consenso y del mercado para reflexionar sobre cuestiones que— como en el caso de la reconciliación nacional o la Ley de Amnistía de 1977—rompen con la representación dominante de esta figura como mito y leyenda.¹⁰ Para Cervera, el maquis no es solamente un personaje histórico o literario sino también un sujeto político que ofrece una nueva perspectiva sobre la brutalidad del régimen franquista, sobre las deficiencias de la democracia actual—particularmente en lo que

¹⁰ La Ley de Amnistía determina la extinción de la responsabilidad criminal de toda falta o delito cometidos con anterioridad al 15 de diciembre de 1976, incluyendo los delitos contra los derechos humanos que perpetró el propio Estado.

respecta a la recuperación de la memoria histórica—y sobre los mecanismos de poder que actúan durante la dictadura y que se reajustan al nuevo sistema democrático. Como indica este último autor, durante la democracia siguen sin resolverse los agravios de la dictadura pues, tras firmar todos los acuerdos políticos que permiten la instauración de la democracia en España, siguen habiendo “dos clases de muertos, los unos y los otros, los que ganaron la guerra y los que la perdieron, los que se acuerdan de todo porque todo fue de ellos y sigue siendo de ellos y de sus hijos y sus nietos y los que tienen una cebolla amarga en la memoria porque nunca les dejaron sacar de la cabeza el dolor de tantos años de silencio” (Noche inmóvil 146).

A pesar del avance que experimenta en los últimos años, la recuperación de la memoria histórica se enfrenta al reto de reevaluar la guerrilla, no como una lucha romántica que se da por perdida de antemano, sino como un movimiento que surge en un periodo de esperanzas ideológicas y en el que la violencia tiene carácter constructivo. El propósito de este trabajo no es promover un retroceso a la política revolucionaria sino dar un paso más en la comprensión de este fenómeno que nos permita conocer con mayor profundidad el carácter represivo de la dictadura y reconocer las exclusiones sobre las que se funda la democracia actual. La revisión del carácter ideológico de la guerrilla implica también el cuestionamiento del discurso historiográfico oficial, es decir, de aquellos contenidos y verdades que establece el discurso franquista de forma unilateral y que se enquistan en el discurso democrático como, por ejemplo, las fechas que delimitan el enfrentamiento armado (1936-1939). Partiendo de esta base, en este estudio propongo el reconocimiento del valor político y cultural del maquis, así como la superación del silenciamiento, no del hecho bruto de su existencia, sino de su razón de ser. Así, el proyecto de la memoria se agota con frecuencia en la representación del maquis como

figuras anteriormente expulsadas del discurso cultural, creando la apariencia de que este episodio de la historia queda resuelto con la mera mención de estos personajes. De este modo, y a pesar de sus nobles intenciones, el discurso cultural vinculado a la recuperación de la memoria histórica se queda por lo general en una representación simplificada de los maquis como resistentes antifranquistas. Este discurso aborda la causa de la lucha—la pérdida de la guerra y la posterior persecución de los vencidos— pero no su propósito, es decir, el modelo de Estado y sociedad que motiva su existencia. Por consiguiente, este modelo de representación exige reevaluar el maquis como figura histórica y también política pues, como indica Nicasio, uno de los personajes que intervienen en Maquis: “La muerte no puede acabar con todo, con los años que pasamos en el Cerro, con la memoria que siempre recordará lo que hicimos para que la vida no fuera una mierda disfrazada de banderas y consignas, para que se acabara el ricino en las entrañas de la decencia y no hubiera más silencio por las calles de España” (Maquis 157).

Capítulo 1

Narrativas contraguerrilleras: deshumanización del *maquis* en el discurso franquista

Os sacaré de debajo de la tierra si
hace falta, y si estáis muertos, os
volveré a matar.
Gonzalo Queipo de Llano

Tras finalizar la guerra civil en 1939, el régimen franquista promueve la representación del guerrillero, no como un enemigo militar o político, sino como una amenaza social y biológica. Paradójicamente, y siguiendo una lógica ultrapolítica, la despolitización del enemigo se produce a través de su politización extrema, negándole el derecho a su inclusión real o simbólica en el nuevo orden. No obstante, esta exclusión no se produce a través de su silenciamiento, como se da frecuentemente por sentado en textos vinculados al proyecto de la recuperación de la memoria histórica; por el contrario, la representación franquista del guerrillero responde a un claro propósito político y social: el reajuste del enfrentamiento militar a un estado permanente de antagonismo social y político. De hecho, la guerrilla revitaliza el espíritu de la confrontación armada y reinscribe la violencia original como fundamento de un orden supuestamente pacificado. Esta reinscripción refuerza la estructura interna de un sistema dictatorial que carece de toda legitimidad de origen, ya que impide que la violencia inicial que despliega contra el sistema republicano—concebida como una fuerza revolucionaria— se revierta contra su propia estructura. Así, la reemergencia de un enemigo externo que no ha sido aún totalmente eliminado sutura toda disensión interna y afianza la cohesión del régimen con sus aparatos represivos y con el orden civil.

En este entramado ideológico y represivo, la contraguerrilla no consiste únicamente en la eliminación física del enemigo, sino que se extiende a prácticas culturales que permiten la inscripción de los guerrilleros dentro de un discurso jurídico, literario y cinematográfico que demoniza a la República y al comunismo. A través de estas prácticas, el régimen configura a guerrilleros y huidos como formas de vida subhumana, como rojos que se hallan al margen del sistema jurídico y que constituyen una amenaza biológica contra la sociedad. De este modo, el régimen transforma al enemigo en vida nuda, es decir, en formas de vida prescindibles que quedan abandonadas por el derecho y que, por consiguiente, pueden ser eliminadas sin que ello constituya un delito o una falta moral. Más aún, el régimen explota esta concepción del enemigo a la hora de establecer medidas represivas extraordinarias como, por ejemplo, la aplicación discrecional del estado de excepción por parte de la Guardia Civil y la ley de fugas. Mediante estas prácticas el régimen pretende homogeneizar la sociedad y establecer un vínculo de complicidad con la población civil, por lo que estos discursos actúan como mecanismos de apelación ideológica. En este sentido, el régimen no sólo trata de eliminar la disidencia, sino que manufactura un modelo de ciudadano que percibe la represión de los guerrilleros como una práctica normalizada y cuyo propósito es la protección de la sociedad frente a una amenaza, no ya política o militar, sino biológica.

La deshumanización de la guerrilla y la construcción del orden dictatorial

En primer lugar, la representación de la guerrilla se ajusta a una lógica ultrapolítica que despolitiza al enemigo a través de su degradación como forma de vida subhumana que no merece la consideración de rival político o militar y al que, por

consiguiente, se le niega la posibilidad de su inclusión en el sistema dominante.

Siguiendo esta lógica, el régimen no pone fin a la violencia original sobre la que se instaura; por el contrario, el nuevo orden produce su reinscripción en el orden social y cultural a través de una polarización que, como indica Slavoj Žižek, despolitiza el conflicto mediante la militarización directa de la política, es decir, reformulando esta última como una guerra entre “nosotros” y “ellos” (En defensa 29-30; Ticklish Subject 190). Así, Žižek concibe la ultrapolítica como una intensificación del conflicto que elimina la posibilidad de su articulación en términos simbólicos lo que, en el caso de España, impide la pacificación real del Estado y de la sociedad. Esta militarización de la política apunta hacia el carácter insuperable de un conflicto armado, político y social que se extiende de forma indefinida y que se normaliza en las prácticas sociales y culturales del régimen durante cuatro décadas. Como indica este último autor, la (ultra)política se entiende como una guerra social, como una relación con el enemigo, con “ellos” (En defensa 30). En este sentido, en el orden dictatorial la política no supone una continuación de la guerra por otros medios, según la conocida afirmación de Carl von Clausewitz, sino que sigue siendo una parte integral de la misma, lo que niega la finalización del conflicto en abril de 1939. De hecho, y como consecuencia de esta polarización ultrapolítica, la eliminación del enemigo no se percibe en ningún momento como un asesinato ni como un acto moralmente censurable, sino como una manifestación patriótica y, por tanto, como algo deseable. Esta lógica permite también al régimen establecer un vínculo de complicidad indisoluble con sus aparatos represivos e incluso con un sector de la población civil. De este modo, la eliminación del rival no constituye una finalidad en sí, una práctica gratuita que se justifica a sí misma, como asume frecuentemente el discurso antifranquista, sino una estrategia a través de la cual se

pretende construir un orden político-social sin fisuras ante la presencia de una amenaza biológica hacia la sociedad y la propia esencia de lo español.

En base a esta lógica ultrapolítica, la finalización oficial de la contienda militar no implica el inicio de un estado de paz, sino de victoria para una de las partes y de eliminación estratégica para la contraria. En este sentido, la paz franquista constituye, como indica Norberto Bobbio “un simulacro de paz, una paz aparente, una paz impropia” (Problema 160) que se desvincula de la percepción positivista propia del discurso teológico o filosófico.¹ Más aún, se trata de una paz que ni siquiera pone fin a la lucha armada pues, como indica Jesús Izcaray: “‘La Guerra ha terminado,’ decía aquel parte del 1 de abril. Pero no era verdad...En duelo a muerte con los españoles, tan solo de un medio disponía Franco para retener a España en secuestro, continuar la guerra contra el pueblo” (Guerrillas 39).² Esta perspectiva se comparte, aunque desde una posición ideológica contrapuesta, por los cuerpos represivos del Estado, como muestra el coronel de la Guardia Civil Francisco Aguado, quien afirma que la guerrilla—o el bandolerismo comunista, según la terminología que emplea este autor—supone “una continuación de la guerra civil por otros medios” (Historia ix-x). Incluso el propio Francisco Franco reconoce la continuación de la confrontación armada después del uno de abril de 1939, como refleja un discurso que pronuncia el 1 de octubre de 1946,

¹ “En la definición técnico-jurídica de paz no hay nada que permita distinguir una paz justa de una paz injusta; en la definición teológico-filosófica solo la paz con justicia merece ser llamada propiamente paz” (Problema 160).

² Desde una perspectiva jurídica, la guerra continúa después de la lectura del parte de la victoria rebelde. Como afirma el Catedrático de Derecho Constitucional Marc Carrillo en la V Jornada del Maquis de Santa Cruz de Moya (Cuenca) que tiene lugar en octubre de 2004 en su ponencia “El derecho y la memoria histórica: Notas sobre el arsenal jurídico de la represión en la dictadura franquista:” “El fin de la guerra civil el 1 de abril de 1939 fue un final ficticio porque la dictadura inició desde aquel mismo día una guerra continuada contra el opositor político, tan sórdida y cruel como la conflagración bélica. Una guerra contra todo aquél que había formado parte del bando republicano contra todos aquellos que a pesar de su condición de vencidos, no se resignaron a perder las libertades contra las que se rebeló el ejército de Franco” (Actas 61).

en el que, en una alusión a la guerrilla, afirma que: “Creíamos que con nuestra cruzada conquistábamos la paz, y sin embargo, vosotros lo sabéis, que llevamos diez años de guerra” (qtd. in Romeu 60).

La interpretación de la guerrilla como parte de la confrontación armada que se inicia en 1936 implica la necesidad de reconsiderar ciertas cuestiones básicas que se asumen con toda naturalidad en el presente, como la terminología empleada para referirse al enfrentamiento o la duración del mismo. En relación a este último aspecto, el discurso histórico asume por lo general que la guerra termina en el momento preciso en el que Franco anuncia la victoria rebelde. El comunicado del dictador, no obstante, forma parte de un discurso que es en todo momento ilegítimo e ilegal—es decir, contrario a la legalidad y a la legitimidad republicana y, por consiguiente, a la voluntad popular. A pesar de esta circunstancia, ni siquiera el discurso antifranquista cuestiona, salvo casos excepcionales, la declaración unilateral del general insurgente. Más aún, las fechas que delimitan el conflicto armado no suscitan ningún tipo de desacuerdo a la hora de representar la confrontación armada, ni siquiera por parte de los historiadores que se identifican abiertamente como antifranquistas. No obstante, la lucha guerrillera que tiene lugar a lo largo y ancho del país, aún cuando se trate de un enfrentamiento irregular, niega la pacificación militar del Estado tras 1939, por lo que el parte de la victoria y, por extensión, todo discurso que asuma que la confrontación armada termina con esta declaración, simplemente, no se ajustan a la realidad.³ De hecho, el discurso guerrillero cuestiona el estado de paz que supuestamente instaaura el régimen franquista. Como

³ Las fechas que se barajan sobre la disolución final de la guerrilla son dispares, extendiéndose desde 1947 hasta los años sesenta, dependiendo del autor. En cualquier caso, el último guerrillero persiste hasta los años setenta pues, según indica la revista *Pueblo* en el artículo “El último maquis vuelve a la vida”, correspondiente a su edición del 17 de diciembre de 1976, el último guerrillero permanece oculto en la Sierra de Ronda (Málaga) hasta 1973.

afirma el Presidente de la República en el exilio Diego Martínez Barrio en un comunicado que publica “El guerrillero” de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA) en abril de 1949: “En abril de 1939 terminó oficialmente la guerra de España. Han transcurrido casi nueve años. Pues bien, desde 1939 hasta 1948, una parte del pueblo español está luchando violentamente contra el régimen franquista” (4).⁴

En lo que respecta a la terminología que emplea en la actualidad el discurso historiográfico, la designación de la confrontación armada como guerra civil, sin constituir necesariamente un abuso lingüístico, plantea ciertos problemas. En primer lugar, se trata de una expresión que, si bien pretende superar toda distorsión ideológica a través de la adopción de una postura diatáctica, relega a un segundo plano la naturaleza ideológica del enfrentamiento y se centra exclusivamente en su carácter militar.⁵ No obstante, en la confrontación que comienza en España en julio de 1936 las divergencias ideológicas se encuentran en primera línea de batalla. De hecho, más allá de la consecución de objetivos militares, están en juego cuestiones como la naturaleza del modelo de estado y de sociedad que se pretenden instaurar. Este aspecto se manifiesta, por ejemplo, en las distintas expresiones que emplean los distintos grupos ideológicos para designar la confrontación armada que tiene lugar entre 1936 y 1939. El discurso franquista, por ejemplo, favorece las expresiones cruzada nacional, santa cruzada o guerra de liberación, como refleja la Causa General o los discursos de Franco. El discurso comunista, por su parte, emplea las expresiones guerra revolucionaria, guerra nacional

⁴ Según afirma Paul Preston, “Absorbing in 1941, 45.8 per cent, and in 1942, 53.7 per cent of the state budget, a land army of this size was totally disproportionate to the resources of a country devastated by civil war. The decision not to demobilize fully was not part of a coherent defense policy. Certainly, it reflected the fact that the victory of 1 April 1939, had not definitively put an end to prewar social and political tensions. Sporadic hostilities would continue until 1951 and an overwhelming military presence was to be part of the apparatus for cowing the population” (*Politics* 85).

⁵ Como indica Hayden White, “Diatactical suggests a transcendental subject or narrative ego which stands above the contending interpretations of reality and arbitrates between them” (*Tropics* 4).

revolucionaria, guerra de liberación nacional, y guerra liberadora, como puede observarse de forma consistente en Historia del PCE y en los discursos de José Díaz, Dolores Ibárruri y Enrique Líster. Estas designaciones, si bien aportan un enfoque parcial del conflicto, tienen como común denominador la centralidad que ocupa el factor ideológico en la confrontación. Este lenguaje subjetivo revela, paradójicamente, un aspecto objetivo que toda expresión neutral y paratáctica—como guerra civil o guerra de España—trata de eludir, es decir, el carácter ideológico del enfrentamiento. De hecho, durante el transcurso del conflicto armado la expresión guerra civil constituye una de las muchas formas para referirse al mismo, sin que tenga el papel dominante que adquiere posteriormente como significante neutro que las políticas de la reconciliación y del consenso se encargan de generalizar.

En lo que respecta a su temporalidad, la expresión guerra civil, tal y como se emplea actualmente, reduce la confrontación al periodo comprendido entre el 19 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939. Esta limitación excluye de este conflicto la lucha armada, política e ideológica que tiene lugar fuera de este marco y, en particular, la lucha guerrillera. El reconocimiento de la guerrilla como parte del conflicto que se inicia en España en 1936 implica la necesidad de matizar esta terminología, de modo que sea posible distinguir dos etapas dentro del conflicto militar. La primera etapa, comprendida en el marco cronológico anteriormente mencionado, la denominaré en adelante confrontación declarada y se caracteriza por el enfrentamiento regular entre bloques militares definidos. La segunda etapa, por el contrario, se desarrolla en un estado teóricamente pacificado como enfrentamientos armados no regulares, por lo que me

referiré a ella como confrontación no declarada.⁶ La distinción entre estos dos periodos se manifiesta, por ejemplo, en un comunicado que aparece en la revista guerrillera Ataque, en el número correspondiente a diciembre de 1945, en el que se afirma que:

Los republicanos no podemos desencadenar ninguna guerra civil, por la sencilla razón de que esa guerra civil existe desde el año 1939 en que terminó la guerra de liberación que durante treinta y dos meses llevó a cabo nuestro pueblo contra los invasores italo-alemanes y sus servidores falangistas españoles. No existe pues tal amenaza de guerra civil. Esta existe ya durante seis años. (4)

Más aún, y a pesar de lo que afirma en su propaganda, el régimen no da por concluido el enfrentamiento social e ideológico tras la victoria militar frente al ejército republicano, sino que lo instaura como cimiento del nuevo orden, lo que requiere la normalización de la dialéctica amigo-enemigo en las prácticas sociales.⁷ Para ello, el régimen establece un esquema de reconocimiento ideológico que permite, por un lado, la constitución de un nuevo modelo de sujeto social y, por otro, la exclusión de todo elemento que no se identifique con los procesos discursivos dominantes pues, como indica Michel Pêcheux, una de las funciones principales de los aparatos ideológicos consiste en “diferenciar a las personas de las no personas” (Mecanismo 176).⁸

Tras el 1 de abril de 1939, la guerrilla refuerza la lógica ultrapolítica del régimen,

⁶ La dimensión social de la guerra civil, como factor que extiende el conflicto a lo largo de toda la dictadura, se manifiesta frecuentemente por historiadores y periodistas vinculados a la izquierda política. Así, por ejemplo, en La España que bosteza, Juan Carlos Cebrián se refiere a esta guerra social como una “guerra civil fría” (21). El lenguaje empleado por Franco hasta el final de sus días refleja también la existencia de un estado de guerra social marcada por la división ultrapolítica del elemento civil. En la manifestación que tiene lugar el 1 de octubre de 1975 para conmemorar el XXXIX aniversario del régimen en la Plaza de Oriente de Madrid, por ejemplo, pocas semanas antes de la muerte del dictador, este último denuncia la existencia en España de “una conspiración masónica-izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social” (qtd. in Memoria de la Transición 41).

⁷ Como indica Helen Graham: “Pese a la difusión de ideas sobre ‘las dos Españas’ dispuestas a enfrentarse el 18 de Julio de 1936, ‘nosotros’ y ‘ellos’ fueron categorías creadas por el violento experimento de la guerra y no existían como tales antes de ella” (Breve 18).

⁸ La de-constitución jurídica del enemigo se establece formalmente a través del aparato represivo del Estado. Así, el artículo segundo de la Ley de Responsabilidades políticas, promulgada el 13 de febrero de 1939 declara “fuera de la ley”—como se expresa en el BOE n. 62, citado en el Boletín Oficial de la Guardia Civil del 1 de abril de 1940— a todo elemento, físico o jurídico que no se ajuste a los principios del Movimiento Nacional (155-156).

ya que impide la emergencia de fisuras internas ante la existencia de un enemigo externo. De hecho, la percepción ultrapolítica de la realidad que manifiestan los rebeldes requiere la articulación permanente de nuevos objetos de confrontación, hasta el punto de que, ante la ausencia de un enemigo externo, éstos se sitúan incluso dentro de sus propias estructuras, lo que revela el carácter autodestructivo del— asimismo denominado— Movimiento Nacional. Esta lógica ultrapolítica se ciñe a un falso proyecto revolucionario cuyo propósito es la creación ex novo de un estado alternativo al liberal democrático, no la restauración de un sistema anterior, aún cuando el discurso rebelde aluda continuamente a la España imperial de los Reyes Católicos y a la reconquista. Según afirma José Antonio Primo de Rivera en un discurso que pronuncia en Valladolid el 4 de marzo de 1934, la alternativa al orden republicano es “el camino de la verdadera revolución... un movimiento de vuelta hacia las entrañas genuinas de España” (Discursos 36). Dentro de este falso proceso revolucionario, las fases represivas se entienden como un movimiento oscilatorio que se inicia con una primera vuelta, cuyo objetivo consiste en eliminar a todo individuo asociado al Estado republicano, y que continúa con rotaciones sucesivas que se revierten contra el propio bando rebelde.⁹ De este modo, la dialéctica ultrapolítica amigo-enemigo se sobrepone a todo aspecto social, ideológico o religioso, los cuales son insuficientes para escapar a la lógica de aniquilación rebelde. Como expresa Antonio Bahamonde, ex delegado de propaganda de Gonzalo Queipo de Llano, en relación a la labor represiva que implementan los insurgentes en Andalucía:

Siempre, aún entre los mismos adeptos, aún en los más ligados con el movimiento, la misma norma: el fusilamiento. Para tortura de sus seguidores han ideado la segunda vuelta... Consiste en volver a empezar la limpieza. En ella están cayendo todos los que les parecen poco adictos.

⁹ Como indica Arendt en On Revolution, “nothing threatens the very achievements of revolution more dangerously and more acutely than the spirit which has brought them about” (235).

Han caído numerosas camisas viejas... Están cayendo todos los que el fanatismo clerical señala como enemigos, más o menos encubiertos de su religión. (Año 80)

El impulso autodestructivo del orden rebelde se refleja también en la retórica del ejército golpista, como puede observarse en los gritos de guerra de Millán Astray: “¡Viva la muerte! ¡viva la muerte! ¡viva la muerte!” (qtd. in Bahamonde 33). Esta exaltación irracional revela una de las facetas más puramente fascistas del discurso franquista ya que, como indican Deleuze y Guattari en relación a esta tendencia ideológica en A Thousand Plateaus: “Once triggered, its mechanism cannot stop at peace, for the indirect strategy effectively places the dominant powers outside the usual categories of space and time” (231).¹⁰ En base a esta lógica, la destrucción propia no supone una derrota o un castigo, sino que se concibe como el cimiento de un proyecto de inmortalidad colectiva. Por consiguiente, el impulso ultrapolítico del bando golpista, no se agota con la eliminación del enemigo, sino que se transforma en una línea suicida que exalta la inmortalidad colectiva mediante el sacrificio de sus componentes, ya sea como enemigos internos o como militantes dispuestos a morir por la causa rebelde.

Tras la apropiación del Estado por parte de los insurgentes, esta fuerza destructiva se revierte contra el régimen personal que instaura Franco, como muestran los intentos de golpe de estado que tienen lugar a principios de los años cuarenta y que organizan los

¹⁰ Esta exaltación de la muerte propia puede observarse en himnos militares como el ‘Cara al Sol,’ ‘El novio de la muerte,’ ‘El camarada,’ ‘Falangista soy,’ ‘Himno de la Bandera’ y ‘Marchando.’ Más aún, en el BOE número 121, el régimen establece las condiciones que determinan la aplicación de la expresión “Muerto Gloriosamente por Dios y por España.”. Como se manifiesta en esta publicación, según se cita en el Boletín Oficial de la Guardia Civil de abril de 1940, “En todas las inscripciones correspondientes a la Sección III del Registro Civil, relativas a personas asesinadas o cuya muerte haya sido debida a la ejecución de sentencia dictada por las llamadas autoridades o tribunales marxistas o por el fallecimiento durante su cautiverio; o por heridas o enfermedades contraídas en los frentes de combate, formando parte de elementos componentes del Ejército Nacional, se hará constar, por nota, que se considerará incorporada al acta, para todos sus efectos las palabras: “Muerto Gloriosamente por Dios y por España”” (264).

propios elementos del ejército golpista.¹¹ Estos amagos de instaurar el binomio amigo-enemigo dentro de la estructura dominante desde sus propias fracciones internas se frena en octubre de 1944, cuando un grupo de guerrilleros españoles procedentes de Francia invaden el Valle de Arán, ataque que revitaliza la unidad interna del nuevo orden.¹² De hecho, el régimen explota el fracaso de esta incursión guerrillera como prueba de la adhesión del ejército y de la población al dictador. Como indica el diario La Vanguardia el 4 de enero de 1944: “Han sido eliminados los rojos que irrumpieron en el Valle de Arán. Las fuerzas del Ejército restablecieron la normalidad en aquella comarca. La población civil coadyuvó eficazmente a la acción de las tropas españolas” (qtd. in Chaput 46). Más aún, y de forma colateral, la guerrilla posterga la oposición al gobierno personal de Franco dentro del bando rebelde y refuerza la autoridad de su máximo dirigente.

Como afirma Paul Preston:

In October 1944, however, all thoughts of anti-francoism were banished in the army, as a consequence of the invasion of the Val d’Aran in the Pyrenees by Spanish Republicans who had fought in the French resistance. In a way, the repulsion of the original incursions and the subsequent guerrilla came as a godsend to Franco. This made possible the revival of the civil war mentality, gave the army something to do, and generally reunited the officer corps around Franco. (Politics 106)

Como se deriva de la experiencia del Valle de Arán, la estabilización del nuevo orden requiere la configuración permanente de un enemigo externo que justifique la necesidad del sistema dictatorial. Para ello, el régimen recurre a la acción conjunta de los

¹¹ A modo de ejemplo, el general Alfredo Kindelán, con el apoyo de otros generales franquistas, como Luis Orgaz o Eugenio Espinosa de los Monteros, organizan un golpe de estado en 1942, según afirma Preston en Politics of Revenge (100).

¹² La invasión del Valle de Arán, denominada en clave Operación Reconquista de España, es un intento de la Unión Nacional Española (UNE), liderada por Jesús Monzón, de establecer un gobierno provisional de la República en esta región pirenaica mediante el ataque de un grupo de guerrilleros españoles procedentes de Francia. Esta invasión se inicia el 19 de octubre de 1944 y culmina el 27 del mismo mes tras sufrir numerosas pérdidas y no recibir el apoyo que esperaba por parte de la población civil. El régimen franquista emplea en su represión unos 50.000 efectivos bajo las órdenes de los generales Moscardó y Yagüe.

aparatos ideológicos del Estado y de su aparato represivo. Al igual que en un sistema propiamente fascista, como ocurre en Italia, el orden franquista no posee la coherencia de una construcción racional, por lo que la ideología se reduce a un instrumento que requiere de prácticas coercitivas para su normalización y reproducción. De este modo, los aparatos ideológicos se transforman en apéndices del sistema represivo e involucran a este último en la configuración ideológica del elemento civil, hasta el punto de que ambos se sobreponen continuamente.¹³ Dentro de este marco ideológico-represivo, la presencia de la guerrilla refuerza la autoridad de Franco dentro del nuevo Estado, pues le permite canalizar el impulso rebelde contra un enemigo externo cuya presencia es vital para la cohesión interna del régimen en un periodo clave para la regeneración biológica de los principales mandos del ejército y, por consiguiente, para la extinción del espíritu revolucionario inicial. De hecho, y de acuerdo a la investigación que realiza el historiador militar Martínez de Baños, el general republicano José Miaja Menant llega incluso a expresar la posibilidad de que la guerrilla constituya una treta del propio dictador para fortalecer su posición política y militar en el interior de España (Cultura Exilio 159).

Esta sospecha, si bien carece de fundamento histórico, subraya la funcionalidad de la guerrilla para la estabilización del régimen personal del dictador. Así, durante la moratoria que establece el periodo de actividad de la guerrilla—correspondiente, de forma aproximada, a los años cuarenta y a la primera mitad de la década de los cincuenta—fallecen un amplio número de Oficiales Generales, Tenientes Generales y

¹³ Este sistema supera la concepción de Althusser de los aparatos ideológicos y del aparato represivo como elementos complementarios pero diferenciados. Como expresa este autor: “Todo aparato de Estado, sea represivo o ideológico, funciona a la vez mediante la violencia y la ideología, pero con una diferencia muy importante que impide confundir los aparatos ideológicos del Estado con el aparato represivo del Estado. Consiste en que el aparato (represivo) de Estado, por su cuenta, funciona masivamente con la represión (incluso física), como forma predominante, y solo secundariamente con la ideología (Aparatos 127).

Comandantes rebeldes. Este declive biológico reduce la intensidad del movimiento revolucionario inicial y refuerza la autoridad de Franco dentro de un ejército y de una sociedad que, ante la ausencia de rivalidad interna, es cada vez más proclive a aceptar su posición superlativa como Generalísimo y como “Caudillo de España por la Gracia de Dios,” según se indica en las monedas de curso legal de este periodo y de parte de la democracia. De hecho, el discurso dominante denomina al sistema dictatorial que implanta el ejército golpista como régimen franquista, lo que supone una conversión gramatical del apellido del dictador en un calificativo que, no sólo modifica, sino que define la esencia del estado. En contraposición a otros sistemas, el régimen no se identifica con ningún partido político, como ocurre, por ejemplo, en el caso de la Alemania nazi, o con ningún proyecto ideológico, como es el caso del fascismo en la Italia de Mussolini, sino con la autoridad de su máximo dirigente, cuya persona cristaliza el sentido de la victoria rebelde. El carácter personal de esta dictadura la distingue también de otros sistemas autoritarios, como el régimen de Vichy en Francia, que se compone, a modo de dictadura pluralista, de elementos políticos heterogéneos. En el caso de España, como expresa Moret:¹⁴

Esta revolución nacional exige al frente de ella la figura no del ‘líder’ del partido democrático, ni de un jefe de gobierno, ni siquiera la del dictador vulgar y conocido, sino la figura del Caudillo, es decir, al jefe carismático (don gratuito que Dios concede con abundancia a una criatura), el hombre señalado por el dedo de la providencia, que escapa de los límites de la

¹⁴ La dictadura franquista, según Ismael Saz, es una combinación entre un régimen autoritario y uno fascista, sin identificarse plenamente con ninguno de estos sistemas. Según este autor, el régimen franquista sólo puede definirse por aproximación como “el menos fascista de los regímenes fascistas o el más próximo al fascismo de entre los no fascistas; o, desde otra perspectiva, el más totalitario de los regímenes autoritarios, o el menos totalitario de entre los de esta categoría” (Fascismo 82). En cuanto a la designaciones posibles que definen la dictadura, Saz menciona las siguientes: dictadura autoritaria (Juan José Linz), régimen autoritario paternalista (J. Ferrando Badia), dictadura no totalitaria (Javier Tusell), dictadura personal de base militar (Antonio Elorza), dictadura militar y eclesiástica (Manuel Pérez Ledesma) y régimen de estado de excepción duradero (Glicerio Sánchez) (Fascismo 245).

ciencia política para entrar en el del héroe sobrenatural, en el del superhombre. (Conmemoraciones 71)

La estabilización del orden ultrapolítico franquista requiere, además de la articulación continua de un enemigo externo, la formación de un sujeto ideológico cuya concepción de la realidad se ajuste, no sólo a un sistema de ideas, sino también de prácticas materiales, de sentimientos y de reacciones viscerales acordes con la nueva estructura sociopolítica. De esta forma, el régimen pretende convertir el ejercicio de la violencia—real y simbólica—en el sentido común del orden social, de modo que sus prácticas dejen de percibirse como algo extraño y opresivo.¹⁵ Con objeto de dar forma a este sentido común, el régimen recurre al discurso jurídico y cultural como instrumentos que materializan la ideología dominante y que, al mismo tiempo, permiten la reproducción de los marcos conceptuales que la determinan, así como su inscripción, en el caso más idóneo, dentro de la consciencia individual. Ello implica una sobredeterminación ideológica del individuo, es decir, de su percepción de la realidad de acuerdo a aquellos parámetros que establecen su condición como sujeto. Como indica Pêcheux, “the interpellation of the individual as the subject of his discourse is achieved by an identification of the subject with the discursive formation which dominates him, an identification in which, simultaneously, meaning is produced as evident for the subject and the subject is produced as cause of himself” (Stating 187).¹⁶ Este último autor apunta al error de excluir toda fuerza material— como el lenguaje y el discurso— de una concepción ideológica de la realidad, pues— según la teoría materialista de los procesos

¹⁵ Por sentido común se entiende, según afirma Badiou, aquello a lo que recurre el juicio de una pluralidad de personas o la norma que distribuye la pluralidad de opiniones de un grupo humano (Metapolitics 18-19).

¹⁶ “I shall resort here to the distinction domination/determination and propose that the discursive formation which conveys the subject form is the dominant discursive formation, and that the discursive formations which constitute what I have called its interdiscourse determine the domination of the dominant discursive formation” (Stating 114-15).

discursivos de Althusser— estas prácticas son esenciales para la constitución del individuo como sujeto (Stating 88).¹⁷ Más aún, las ideas y su materialización no se hallan claramente delimitadas dado que, como indica Voloshinov, el ámbito de los signos y de la percepción ideológica son coextensivos, de modo que todo elemento ideológico posee valor semiótico (Marxism 9-10). De acuerdo a esta perspectiva, la consciencia de la realidad se materializa a través de significantes que, al ser una realidad de por sí, no constituyen solamente una reflexión del mundo externo, sino una parte integral del mismo, por lo que existe una relación de interdependencia entre ambos.¹⁸ De este modo, y como puede observarse en el discurso represivo franquista, el factor ideológico se halla estrechamente vinculado al intradiscurso, es decir, a una red de co-referencias que se articula entre una multiplicidad de construcciones lingüísticas.

En su interacción, estas construcciones establecen significados y marcos de comprensión de la realidad que se aceptan como evidentes y que, con el paso del tiempo, se fosilizan y se inscriben con toda naturalidad en la memoria individual y colectiva.¹⁹ Según Pêcheux, en este proceso, “Interdiscourse appears to be the pure ‘already said’ of intradiscourse, in which it is articulated by correference” (Stating 117).²⁰ En base a esta identificación entre lo material (lo lingüístico-discursivo) y lo ideológico, el discurso

¹⁷ Esta noción de ideología se concibe por tanto como un punto indeterminado entre el concepto de conciencia de clase articulado por Georg Lukács en A Defence of History and Class Consciousness y la pura materialidad casi conductista que Althusser atribuye a la misma (Ideology 245).

¹⁸ “Any ideological product is not only itself a part of a reality (natural or social), just as is any physical body, any instrument of production, or any product for consumption, it also, in contradistinction to these other phenomena, reflects and refracts another reality outside itself. Everything ideological possesses meaning: it represents, depicts, or stands for something lying outside itself. In other words, it is a sign. Without signs, there is no ideology. A physical body equals itself, so to speak; it does not signify anything but wholly coincides with its particular, given nature” (Marxism 9).

¹⁹ “Coreference is the overall effect by which the stable identity of the ‘referents’, what is at issue, comes to be guaranteed in the thread of discourse” (Stating 117).

²⁰ “If the same word, the same expression and the same proposition can have different meanings—all equally “evident” depending on which discursive formation they are referred to, it is because I repeat, a word, expression or proposition does not have a meaning ‘of its own’ attached to it in its literalness; its meaning is constituted in each discursive formation, in the relationships into which one word, expression or proposition of the same discursive formation” (Stating 112).

actúa como operador de subjetivización del elemento civil— como instrumento de apelación, según la terminología de Althusser— estableciendo categorías de verdad desligadas de la experiencia directa de la realidad. Como indica Ernst Van Alphen, “Discourse is no longer a subservient medium in which experiences can be expressed. Rather, discourse plays a fundamental role in the process that allows experiences to come about and in shaping their form and content” (Symptoms 25).

Como construcción ideológica estabilizada por co-referencias discursivas, los significados que sanciona el orden dominante se reinscriben dentro de nuevas articulaciones que, en base a su reproducción ilimitada, producen su normalización dentro de una cadena de comprensión ideológica: “The elements of interdiscourse... that constitute, in the subject’s discourse, the traces of what determines him, are re-inscribed in the discourse of the subject himself” (Stating 114). Más aún, estos significados determinan los efectos de los discursos particulares que, a pesar de su carácter ideológico, adquieren apariencia de imparcialidad. Así, las sistematizaciones formales y el sistema de coherencias que establece el nuevo orden impide la inserción de toda significación que se conciba desde el exterior de los procesos discursivos dominantes y, en definitiva, de toda intervención política y cualitativa que desestabilice y cuestione el orden de representación.²¹ Incluso en aquellos casos en los que reacciona frente a una postura ideológica, el sujeto ejerce su elección dentro de un conjunto cerrado cuyas demarcaciones son imperceptibles ya que, como indica Eagleton:²²

²¹ Pêcheux define el concepto de proceso discursivo como “The system of relationships of substitution, paraphrases, synonymies, etc, which operate between linguistic elements, ‘signifiers’ in a given discursive formation” (Stating 112).

²² “Every speaking subject ‘selects’ from the interior of the discursive formation which dominates him, for example, from the system of utterance forms and sequences to be found there in relations of paraphrase, one utterance, form or sequence and not another, even though it is in the field of what may be reformulated in the discursive formation considered” (Stating 123).

Si una estructura comunicativa es distorsionada sistemáticamente, tenderá a presentar la apariencia de normatividad e imparcialidad. Una distorsión tan extendida tiende a anularse y pasar inadvertida... Una red de comunicación sistemáticamente deformada tiende entonces a ocultar o erradicar las propias normas por las que puede juzgarse que está deformada, y de ese modo se vuelve especialmente invulnerable a la crítica... Una formación ideológica así se pliega sobre sí misma como el espacio cósmico niega así la posibilidad de cualquiera “afuera.” (*Ideología* 227-228)

La reproducción cuantitativa de significados y de parámetros ideológicos permite al régimen establecer presuposiciones conceptuales altamente prescriptivas que, al determinar la constitución del sujeto, restringen el rango cognitivo desde el que éste puede concebir e interpretar la realidad. A través de la emulación del discurso positivista, el discurso jurídico e historiográfico franquista asume una función constructiva que se sobrepone a la experiencia de la realidad y que reproduce indefinidamente los parámetros ideológicos que fluyen en su articulación como una mala infinidad.²³ Este lenguaje supera una función representativa, ya que el referente adquiere valor de realidad, de hecho consumado, en base a su enunciación y a su reproducción naturalizada.²⁴ Esta capacidad de distorsionar la realidad y de supeditarla a su representación permite al régimen degradar a todo individuo no identificado con sus principios, no sólo al estatus de delincuente, sino a una condición subhumana que no tiene cabida dentro del sistema jurídico y social. De este modo, el discurso jurídico franquista justifica y promueve la

²³ Badiou define el concepto de mala infinidad, que toma originalmente de Hegel, como “the monopoly of a boring and forever identical repetition” (*Being* 164).

²⁴ Como indica David Herzberger, “The intent became to convert what in reality was a cultural and political proposition about the past into what appeared to be a wholly natural fact. The most persistent strategy used to achieve this goal was to dress the principle of ‘truth by assertion’ which shaped the tautological fabric of Francoist historiography (the past is how we say it is because we say so) with the objectifying clothing of science” (*Narrating* 17).

exclusión del cuerpo social del rival político e ideológico como si se tratase de una amenaza biológica.²⁵

Como parte del proyecto ultrapolítico del régimen, el propósito de este discurso es continuar con el exterminio del enemigo como una práctica legal que tiene lugar al margen de toda confrontación declarada y sin poner en cuestión el estado de paz que supuestamente implanta el orden rebelde, según puede observarse en la Causa General.²⁶ Este discurso jurídico-pedagógico refuerza la imposición con la apelación ideológica y promueve la identificación del elemento civil con el orden dominante. A través de este doble juego, el régimen establece la interpretación incontrovertible de que, durante la confrontación declarada, toda atrocidad es cometida por los rojos—amalgama semántica que engloba a todo individuo no adicto al régimen— y de que estos individuos son enemigos del Estado y de la sociedad, no en base a una motivación política, sino a su degeneración como subproductos de la especie humana.²⁷ De este modo, el régimen justifica y promueve el uso de la violencia como medida para proteger la pureza biológica de la sociedad y que, por consiguiente, requiere de su apoyo y aceptación.

A pesar de su presentación como un proyecto jurídico, la Causa General no responde a la práctica de una instrucción previa a la celebración de un juicio; por el

²⁵ El discurso de degeneración biológica supone una variante del modelo de lucha racial. Como indica Foucault, el discurso racial “will become a discourse of a battle that has to be waged not between races, but by a race that is portrayed as the one true race, the race that holds power and is entitled to define the norm and against those who deviate from that norm, against those who pose a threat to the biological heritage” (Society 61).

²⁶ La Causa General se ordena por Decreto de 26 de abril de 1940 y se instruye por el Ministerio Fiscal franquista bajo el título La dominación roja en España.

²⁷ Según Manuel García Pelayo, la dialéctica amigo-enemigo produce un grado de totalización que abre la vía a la sustitución de la perspectiva racional por la mítica y, más concretamente, para hacer del adversario el compendio de las peores calidades de todo orden: el enemigo es malo, innoble, odioso, feo, torpe... para generalizar esta bipolaridad—muy especialmente en momentos de fuerte tensión—hasta comprender dentro del campo adversario a todos los que no están con uno mismo, aunque tampoco están con el otro (Mitos 32-33).

contrario, se trata de una narrativa que determina la criminalidad de un reo colectivo en base, no a la aportación de pruebas, sino a la acumulación de acusaciones que adquieren valor de hecho probado en base únicamente a su formulación. Más aún, el contenido de estas acusaciones no se ajusta ni a un vocabulario ni a una argumentación jurídica, sino que recurre de forma indiscriminada al mito, al juicio moral y a la crónica de sucesos para la configuración del enemigo como forma de existencia subhumana. Ante esta práctica pseudojurídica, toda posibilidad de réplica y de defensa carece de valor, pues la instrucción coincide con la sentencia y con la condena moral del reo. De este modo, el régimen establece la condición criminal del rojo que, como producto subhumano, es privado de toda condición como sujeto jurídico y social, y que, por ello, queda expuesto a la fuerza pura de la ley sin que medie ningún tipo de protección legal. Así, como indica Derrida en Fuerza de ley, el enemigo se transforma en un cuerpo viviente en cuanto tal que no es sujeto de la ley o del derecho y ante la que toda distinción entre lo justo y lo injusto carece de sentido (43).

La degradación de un rival ideológico (el comunista, socialista, anarquista, etc.) en un enemigo biológico (el rojo) evoca la transformación en el discurso nazi de lo judaico— como factor religioso— a lo judío— como factor social— de acuerdo a una lógica biopolítica en la que la muerte del otro fortalece a la raza como concepción unitaria de un colectivo humano.²⁸ Si bien el aspecto religioso puede remediarse a través

²⁸ Según Foucault, “Although this discourse speaks of races, and although the term ‘race’ appears at a very early stage, it is quite obvious that the word ‘race’ itself is not pinned to stable biological meaning. And yet the word is not completely free-floating. Ultimately, it designates a certain historico-political divide... Two races exist whenever one writes the history of two groups which do not, at least to begin with, have the same language or, in many cases, the same religion. The two groups form a unity and a single polity only as a result of wars, invasions, victories and defeats, or in other words, acts of violence. The only link between them is the link established by the violence of war. And finally, we can say that two races exist when there are two groups which, although they coexist, have not become mixed because of the differences,

de la conversión, el judaísmo, como factor biológico y social, constituye un vicio que excluye toda posibilidad de asimilación al orden dominante. Como indica Arendt en The Origins of Totalitarianism, “as far as the Jews were concerned, the transformation of the “crime” of judaism into the fashionable “vice” jewishness was dangerous in the extreme. Jews had been able to escape from Judaism into conversion; from jewishness there was no escape. A crime is met with punishment; a vice can only be exterminated” (87). De forma similar, el comunista, como rival ideológico, puede, al menos en teoría, reintegrarse en la sociedad. Como afirma Primo de Rivera en una conferencia que pronuncia en Valladolid el 3 de marzo de 1935, “en el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad” (Discursos 49). No obstante, para el rojo, como degeneración subhumana, no existe reinscripción posible, por lo que, al igual que el judío, constituye un enemigo biológico que se enfrenta a su aniquilación como única posibilidad de relación con el orden dominante.²⁹ Como indica Foucault, “enemies who have to be done away with are not adversaries in the political sense of the term; they are threats, either external or internal, to the population and for the population” (Society 256). De hecho, el orden rebelde establece una estrecha relación entre el rojo y el judío como enemigos de su particular interpretación de la patria. Como muestra, por ejemplo, Queipo de Llano en una arenga que dirige a los colaboradores del eje: “No vinisteis a España porque vuestra presencia fuese indispensable para luchar y conquistar a los

dissymmetries, and barriers created by privileges, customs and rights, the distribution of wealth, or the way in which power is exercised” (Society 7).

²⁹ Como indica Foucault, “racism makes it possible to establish a relationship between my life and the death of the other that is not a military or warlike relationship of confrontation, but a biological-type relationship: “The more inferior species die out, the more abnormal individuals are eliminated, the fewer degenerates there will be in the species as a whole, and the more I—as species rather than individual—can live, the stronger I will be, the more vigorous I will be. I will be able to proliferate.” The fact that the other dies does not mean simply that I live in the sense that his death guarantees my safety; the death of the other, the death of the bad race, of the inferior race (or the degenerate or the abnormal) is something that will make life in general healthier: healthier and purer” (Society 255).

miserables pagados por Moscú, quienes querían arruinar su país y entregarlo a los judíos, pues teníamos fuerza necesaria para vencer” (qtd. en Díaz Plaja 556). Por consiguiente, la condición del rival como enemigo biológico se establece en base a su identificación con un virus que se reproduce en el cuerpo social, amenazando con destruir tanto el estado como la sociedad, lo que requiere la unificación de ambos estratos para su erradicación y para la instauración de una paz permanente.

Con objeto de exponer a guerrilleros y huidos a la pura fuerza de ley, el discurso de la Guardia Civil caracteriza a sus componentes de acuerdo al modelo preestablecido del rojo.³⁰ Como indica Francisco Aguado en una de las anécdotas que incluye en El maquis en España, un grupo de guerrilleros se identifica con el enemigo de la confrontación declarada en base a su actitud anticlerical, lo que justifica su mutilación física y asesinato sin que estos actos se puedan recriminar jurídica ni moralmente, dado que se trata de presencias subhumanas: “El alcalde de un pequeño pueblo fronterizo, ahorcó en la plaza a toda una patrulla de guerrilleros, excepto al más joven, al que dejó marchar desorejado para contar lo sucedido a sus amigos. Cometieron los ‘maquis’ el imperdonable error de asesinar a un par de párrocos, con lo que acabaron de identificarse con los ‘rojos’ de la guerra civil” (55). Esta identificación refleja la transformación del guerrillero como contendiente político-militar en un enemigo biológico y social que ataca “todo lo relacionado con el individuo, la familia, la sociedad, la nación y la civilización” (Munilla 139). De hecho, al tratarse de formas subhumanas, el orden franquista percibe al huido y al guerrillero como “alimañas,” (del Valle 179) “perros rabiosos,” (Ruíz Ayúcar

³⁰ Según Agamben, “the concept of ‘force of law,’ as a technical legal term, defines a separation of the norm’s vis obligandi, or applicability, from its formal essence, whereby decrees, provisions, and measures that are not formally laws nevertheless acquire their force” (State 39).

53) “barbarie roja y animalesca,” (Gay 9) “fieras humanas” (Gallego 89) y, en definitiva, como amenazas físicas y biológicas que han de ser aniquiladas.

Según reflejan estos últimos ejemplos, los guerrilleros se identifican frecuentemente con animales salvajes. Así, la Guardia Civil percibe a las partidas de guerrilleros como manadas de lobos, representación que evoca la marginalidad de estos individuos como “a werewolf, a man who is transformed into a wolf and a wolf who is transformed into a man, in other words, a bandit, a homo sacer” (Homo Sacer 105).³¹ Al igual que el lobo, la subsistencia del guerrillero depende del orden social, por lo que habita en sus márgenes como una amenaza permanente. Como expresa Conrado del Valle, estos individuos, “son como lobos: cuando tienen hambre bajan de la cumbre al llano y atacan los poblados. También en el monte roban cabezas de ganado a los pastores, que se las entregan de grado o atemorizados por sus amenazas” (Fuego 26). Más aún, sus estrategias de ataque y la motivación de sus actos se identifican con el comportamiento de estos animales, lo que supone una degradación del carácter humano y militar de estas prácticas. Según indica Aguado, los guerrilleros, “aplicaban la táctica idónea en estos casos, denominada de “manada de lobos,” desapareciendo inmediatamente después de cometido el crimen o saqueo” (Maquis 520).

En base a esta percepción del adversario, la Guardia Civil concibe la lucha contraguerrillera como una cacería. Como expresa Aguado: “Lo de considerar a tanta escoria humana alentada por el comunismo, como “legales piezas de caza,” lejos de ser

³¹ Como indica Agamben, “What had to remain in the collective unconscious as a monstrous hybrid of human and animal, divided between the forest and the city—the werewolf— is, therefore, in its origin, the figure of the man who has been banned from the city that such a man is defined as a wolf-man and not simply as a wolf is decisive here. The life of the bandit, like that of the sacred man, is not a piece of animal nature without any relation to law and the city. It is, rather, a threshold of indistinction and of passage between the animal and man, physis and nomos, exclusion and inclusion” (Homo Sacer 105).

un eufemismo, como ellos hubiesen deseado, fue una realidad incontrovertible” (Maquis 357). En base a esta percepción, la Guardia Civil configura el espacio de actuación de la guerrilla como un coto de caza—con zonas de observación y de actuación—y las actividades encaminadas a la eliminación del rival como partes de una cacería especializada, “la caza de los bandoleros” (Gallego 97). El guardia civil Díaz Carmona, por ejemplo, en Bandolerismo contemporáneo, cuyo formato y terminología evoca los de los manuales de caza, instruye al lector sobre cómo realizar las observaciones y reconocimientos, cómo avanzar sobre el terreno, las estrategias a adoptar, o el tipo de armas a emplear: “En la resistencia a ultranza de los bandoleros conviene recurrir a los explosivos de menor a mayor o a una pieza de artillería del siete o del diez y medio, según los casos, manteniendo en tanto la debida vigilancia, cuyo emplazamiento, cuando se trata de batir cuevas y terreno accidentado como es lo más corriente, es difícil” (287). De este modo, la contraguerrilla constituye, en su sentido más literal, una caza del hombre que supera toda motivación y todo propósito político.

En su condición de rojos, la mera presencia de huidos o guerrilleros en una localidad, tipificada como transgresión de acuerdo al término merodeo, provoca la actuación inmediata de la Guardia Civil, la cual procede a la eliminación de estos enemigos sin necesidad de una causa jurídica preliminar que motive esta reacción. Como expresa, por ejemplo, la Orden General del Cuerpo número 71— dada en Madrid el 10 de junio de 1942— en la que se da parte de una acción contraguerrillera en la Sierra de Coscojo (Córdoba), el único elemento que provoca la intervención de este cuerpo es la existencia de “un grupo de rojos que apareció en las cercanías de dicho pueblo,” (403) aún cuando de antemano, no cometan ningún delito, ni se trate de individuos específicamente requeridos por la ley. De este modo, la aplicación de la fuerza de ley

antecede todo trámite legislativo, pues al tratarse de formas de vida nuda, toda consideración que exceda el carácter puramente ejecutivo de la ley es prescindible. Por ejemplo, la orden general número 62, de 26 de noviembre de 1947, refleja cómo la identificación y la atribución de responsabilidades legales se produce con posterioridad a la eliminación de un individuo. Esta retroactividad evoca el caso de una sentencia que se aplica antes de que se formule, circunstancia que se refleja habitualmente en el discurso de la Guardia Civil a través de la perífrasis verbal resultó ser: “Al intentar a la fuerza la captura del forajido, éste se defendió tenazmente en su guarida, dando lugar a un breve e intenso tiroteo, logrando aquélla dar muerte al que resultó ser el conocido bandolero ‘Matagosos,’ autor de numerosos crímenes y otros hechos vandálicos” (Boletín 662).

Además de amparar legalmente la eliminación de formas de existencia puramente biológicas, el régimen recompensa y reconoce públicamente estas prácticas represivas a través de los boletines de la Guardia Civil, según marca la ley de 31 de diciembre de 1945, en la que se establecen los premios y recompensas al personal que participa en la lucha contraguerrillera.³² Si con anterioridad a esta ley, el director general de la Guardia Civil selecciona las acciones contraguerrilleras más destacadas y las narra de forma detallada en sus órdenes generales, tras su imposición legal, las publicaciones de estos textos se multiplican exponencialmente. Por consiguiente, a partir de este momento estos relatos se articulan de forma abreviada, de modo que sea posible su inclusión dentro del limitado espacio de los boletines de la Guardia Civil “para el conocimiento, la satisfacción de los interesados y el estímulo de todos,” fórmula con la que concluyen

³² Según se cita en el boletín correspondiente a enero de 1946: “Para premiar los hechos o servicios de armas, del personal del cuerpo de la Guardia Civil, se establecen las recompensas siguientes: a) Citación en la orden general del Cuerpo; b) Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco; c) Cruz de Mérito Militar con distintivo blanco pensionada... Para las clases de tropa, además de las pensiones asignadas en la precitada ley se establecen las pensionadas con cincuenta pesetas mensuales y con cien pesetas mensuales para los casos en que los méritos contraídos sean extraordinarios y muy distinguidos” (qtd. in Boletín 6).

estos textos. Más aún, en estas órdenes la Benemérita exalta su función contraguerrillera como elemento esencial para la construcción y estabilización del nuevo estado, como puede observarse en la Orden General del Cuerpo número 71, publicada en el Boletín Oficial de la Guardia Civil correspondiente a julio de 1942: “En esta época de la reconstrucción de la nueva España, las fuerzas de la Guardia Civil serán una de las bases más fundamentales para el logro de nuestros ideales” (404). De hecho, el compromiso que asume la Guardia Civil en la lucha contraguerrillera fortalece su cohesión con el régimen en un momento en el que este cuerpo no cuenta con la confianza de aquél y en el que se baraja su disolución. Como refleja este ejemplo, el discurso de la Guardia Civil destaca la represión de la guerrilla—según se expresa en el Boletín Oficial de Julio de 1942— como un episodio crucial de la “gloriosa historia de la Guardia Civil,” (403) y reivindica la importancia de su papel represor en la estabilización del orden dictatorial.³³

La eliminación del enemigo biológico tiene lugar dentro de un orden jurídico que determina estratégicamente su excepcionalidad, por lo que se trata de un derecho que, según Bobbio, no elimina la guerra, sino que la reinscribe en una sociedad teóricamente pacificada (Problema 114). Como puede observarse en el artículo 35 del “Fuero de los españoles,” que entra en vigor en 1945: “La vigencia de los Artículos doce, trece, catorce, quince, dieciséis y dieciocho podrán ser temporalmente suspendidos por el Gobierno total o parcialmente mediante Decreto-Ley, que taxativamente determine el alcance y duración de la medida.”³⁴ La alternancia entre la inclusión y la exclusión jurídica permite, o bien la aplicación de un sistema de leyes que, a modo de simulacro, actúa como una maquinaria

³³ Como expresa Eulogio Limia en “Reseña general del bandolerismo en España,” “la lucha contraguerrillera muestra la adhesión firme e incondicional del ejército, de la Guardia Civil y de la Policía Armada al gobierno” (85).

³⁴ Estos artículos aluden a la libre expresión de ideas (artículo 12), a la inviolabilidad de la correspondencia (artículo 13), al derecho de residencia (artículo 14), a los registros domiciliarios (15), a la libertad de reunión y asociación (artículo 16) y a la detención legal de individuos (artículo 18).

asesina o, de forma alternativa, la aniquilación extrajurídica del enemigo de acuerdo a un código legal que regula paradójicamente su propia suspensión. Por tanto, este orden jurídico se caracteriza por el desequilibrio existente entre su aspecto legislativo— la necesidad de una norma explícita que ha de ser deliberada— y su valor ejecutivo, es decir, la decisión en sí, de modo que, como indica Bobbio, “no es la fuerza quien está al servicio del derecho sino éste el que acaba estando al servicio de la fuerza” (Problema 53).

Este desequilibrio se manifiesta, por ejemplo, en la aplicación de la ley de fugas para la represión de la guerrilla. Esta ley no supone la práctica de un contenido jurídico, sino su suspensión, ya que su aplicación activa formalmente un estado de excepción puntual que permite la eliminación in situ del huido o del guerrillero sin que ello constituya legalmente un asesinato, un homicidio o una ejecución (parricide non damnatur).³⁵ En este sentido, la ley de fugas designa un contenido jurídico que produce la suspensión del sistema en el que esta ley se halla incluida. Esta práctica revela, por un lado, la fractura entre la norma y su aplicación y, por otro, la convergencia del juicio y de la sentencia con el acto preciso de dar muerte al guerrillero o al huido. Por consiguiente, en esta práctica, la ley—reducida a la decisión del soberano—coincide con la vida pues, como indica Agamben: “The norm, in the form of auctoritas or sovereign decision refers immediately to life, it springs from life” (State 85).

Al margen de la ley de fugas, la legislación franquista está impregnada de anomalías que exceden los fundamentos básicos de toda legalidad y de todo principio de justicia. Resulta anómalo, por ejemplo, que no se establezca un código penal hasta 1944,

³⁵ Como indica Agamben en Homo Sacer: “Unactionable killing that anyone may commit, is classifiable neither as sacrifice nor as homicide, neither as the execution of a condemnation to death, nor as sacrilege” (82).

por lo que la temporalidad comprendida entre 1939 y la fecha anteriormente mencionada constituye un espacio en el que la ley penal se practica al margen de un código pre-establecido. Ello implica la necesidad de recurrir a la analogía para una práctica que no se encuentra integrada en ningún sistema jurídico.³⁶ Ante esta deficiencia, el concepto de ley se reduce a una serie de disposiciones independientes que adquieren la fuerza, e incluso la designación de este concepto jurídico, aún cuando no se encuentren sujetas a ninguna determinación. Se trata, por tanto, de formulaciones ilegítimas—absque titulo—supeditadas, no al derecho como sistema coherente de leyes, sino a una lógica ultrapolítica que motiva la legislación y aplicación de las mismas y cuyo único propósito es la aniquilación del enemigo.

La anulación de derechos y libertades fundamentales bajo la apariencia de una regulación jurídica supone la transformación potencial de todo individuo en vida nuda. Esta transformación requiere únicamente, o bien la aprobación del Jefe de Estado— que, a modo del pater o princeps en el código jurídico romano, ejerce su poder sobre la vida y la muerte de otros individuos (vitae necisque potestas)— o de aquellos organismos o ciudadanos sobre los que la máxima autoridad político-militar delega esta potestad, vinculando a estos últimos de forma irreversible al orden dictatorial. En relación al primero de estos casos, una de las muchas anécdotas sobre las prácticas privadas de Franco alude a su tétrico ritual de ratificar condenas a muerte a la hora del café, momento en el que decide de forma terminante la aplicabilidad de una sentencia cuya validez permanece en suspensión hasta la firma del enterado oficial. El garabato del dictador coincide con el final de la vida jurídica del reo y, por ende, con su muerte física, como

³⁶ El Código Penal de 1944 se mantiene vigente— a pesar de las reformas que experimenta en 1963, 1973, 1983, 1985 y 1989— hasta 1995, año en que se promulga el primer código penal tras el final de la confrontación declarada.

expresa el Capellán de Franco, José María Balart, a través de un juego semántico en el que, como muestra de su humor funerario, confunde deliberadamente los términos enterado (como confirmación legal) y enterrado: “¿Qué? ¿Enterrado?” (qdt. en Casanovas 21). En cuanto al segundo caso, y a través de la posibilidad de suspender el sistema jurídico de forma discrecional, el Jefe de Estado delega este poder sobre sus aparatos represivos como, por ejemplo, la Guardia Civil. Los componentes de este cuerpo adquieren así la capacidad de actuar como legisladores que pueden aplicar la fuerza de la ley sin necesidad de deliberación previa. En este sentido, el Estado franquista permite la práctica independiente de la violencia mientras que no se introduzcan variables cualitativas— en relación a su lógica, objeto o procedimiento— que desestabilicen el equilibrio de fuerzas sobre el que se establece el nuevo orden o que produzcan una transformación de las relaciones de derecho. Es decir, el Estado tolera el ejercicio independiente de la violencia siempre que no esté revestida de un carácter fundador que permita su articulación como alternativa al orden dominante.³⁷ De este modo, la violencia no se localiza exclusivamente en la forma de un aparato de estado sino que, de forma similar a los aparatos ideológicos, se implementa por parte de unos cuerpos represivos que actúan con un amplio nivel de autonomía, lo que mantiene un estado de guerra social permanente (Being 108).³⁸

En este estado de guerra permanente, aquellos ciudadanos que se identifican con el nuevo orden pueden disponer de la libertad e incluso de la vida de otros individuos, ya

³⁷ Como indica Derrida en Fuerza de ley, “Lo que teme el Estado... no es tanto el crimen o el banditaje... El Estado tiene miedo de la violencia fundadora, esto es, capaz de justificar, de legitimar (begründen) o de transformar relaciones de derecho (Rechtsverhältnisse), y en consecuencia de presentarse como teniendo un derecho al derecho” (89-90).

³⁸ Díaz Carmona, por ejemplo, advierte de la conveniencia de mantener a los guerrilleros al margen del sistema jurídico, es decir, del control represivo que implementa directamente el Estado pues, formalmente, no existen argumentos para su procesamiento: “¿Qué haremos? ¿Se le entrega al juez?... El juez, sin embargo, no tendrá en la mayor parte de los casos, ni siquiera elementos suficientes para procesarlo, y si puede hacerlo, ahí quedará todo. Después no se le condenará por falta de pruebas” (Bandolerismo 308).

sea de forma directa o mediante actos de colaboración necesaria como, por ejemplo, a través de la delación. De hecho, la represión franquista no se ejerce únicamente de forma vertical y descendente, es decir, desde el Estado—identificado con Franco—hacia el elemento civil; por el contrario, su práctica se extiende a modo de red sobre, prácticamente, la totalidad del cuerpo social a través de la complicidad que establece el régimen con un amplio sector de la población. Así, si por algo es brutal la represión franquista, es por la multiplicidad de formas que adopta y por su ejercicio en un plano horizontal, es decir, en las relaciones recíprocas entre los ciudadanos. En este sistema represivo, la denuncia de un vecino, conocido o familiar—aún cuando ésta sea arbitraria y no esté refrendada por ninguna prueba— constituye una muestra de fidelidad al régimen, lo que, por un lado, protege al denunciante y, por otro, lo convierte en cómplice de su lógica ultrapolítica. Como puede observarse en el amplio dossier de denuncias compiladas por la Guardia Civil, en el momento en que un individuo delata a otro, el primero, al actuar como agente del poder soberano, adquiere la condición de sujeto jurídico. Como refleja Díaz Carmona en Bandolerismo contemporáneo, terminología a través de la cual este autor designa a la lucha guerrillera, “suprimir a un criminal o simplemente descubrirlo y detenerlo, es acción loable de quien se halla al servicio de la patria” (267).

Finalmente, con objeto de promover la descentralización de la violencia frente al enemigo social y político, el régimen y sus aparatos represivos generan disposiciones que revisten estas prácticas de una mínima cobertura legal. Por ejemplo, durante la invasión del Valle de Arán en octubre de 1944, esta exclusión se hace posible mediante la declaración de los guerrilleros como francotiradores. Esta designación opera como estrategia legal para autorizar a cualquier sujeto, militar o civil, a actuar como

legislador y ejecutor frente al enemigo. Como indica Francisco Aguado, “Tres veteranos de la guerra—Moscardó desde Barcelona; Monasterio, desde Zaragoza; Yagüe, desde Burgos... declararon francotiradores a los ‘maquis,’ con lo que se convertían en legales piezas de caza para cualquier ciudadano” (Maquis 113). De este modo, el régimen establece una relación de complicidad con sus aparatos ejecutivos y con la población civil que le permite, a través de su descentralización, potenciar la efectividad de sus prácticas represivas y reinscribir la violencia original en el nuevo orden social.³⁹

La contraguerrilla cultural: la representación del maquis en el discurso cultural

La participación del ciudadano en las prácticas represivas del régimen requiere, además de una cobertura legal, de su convencimiento. Con este propósito, el orden dominante recurre a sus aparatos ideológicos, principalmente al discurso literario e histórico. Estos instrumentos permiten diseminar los efectos del poder en el entramado de la vida social a través de una metanarrativa que fomenta la reproducción independiente de las prácticas represivas del régimen en una sociedad teóricamente pacificada. Como indica Foucault, “a battlefront runs through the whole of society, continuously and permanently, and it is this battlefront that puts us all on one side or the other. There is no such thing as a neutral subject. We are all inevitably someone’s adversary” (Society 51).⁴⁰ Si bien todo discurso se construye necesariamente sobre un trazado fraudulento—

³⁹ Como indica Stanley Payne, “Franco al parecer pensó que era conveniente no reprimir los deseos sanguinarios de sus seguidores, sino más bien utilizarlos como uno de los elementos cohesionadores del movimiento rebelde. La violencia servía para aniquilar a los enemigos del nuevo régimen y además para que gran cantidad de nacionalistas, por haber participado en tan monstruosa orgía, se sintieran irrevocablemente unidos” (Militares 362).

⁴⁰ “In a discourse such as this, being on one side and not on the other means that you are in a better position to speak the truth. It is the fact of being on one side—the decentered position that makes it possible to interpret the truth, to denounce the illusions and errors that are being used— by your adversaries- to make you believe we are living in a world in which order and peace have been restored: “the more I decenter

como argumentan Hayden White (Tropics 51) o Levi-Strauss (Savage Mind 257), entre otros — en el caso de la historiografía franquista esta delineación constituye, no una condición ineludible, sino un propósito de primer orden.⁴¹ A través del discurso historiográfico, el régimen sanciona una percepción incontrovertible del objeto de representación y un modelo de conducta determinada frente al mismo.⁴² Este discurso permite al régimen controlar la selección de contenidos y de paradigmas explicativos, y restringir toda relación conceptual divergente. En este sentido, el orden dominante no sólo elimina al enemigo sino también toda percepción alternativa de la realidad. Como indica Eagleton en el segundo volumen de Ideology: An Introduction, “the process of forging representations always involves this arbitrary closing off of the signifying chain, constricting the free play of the signifier to a spuriously determinate meaning, which can then be received by the subject as natural and inevitable” (197). De este modo, el régimen trata de eliminar la propia posibilidad de la disidencia ideológica, para lo cual emplea un discurso que limita todo discurrir que cuestione sus categorías de verdad o posibilidad, y que repliega toda interpretación de la realidad sobre la unidad y la ortodoxia. Como indica Herzberger:

One of the principal ideas that shaped the historiography of the regime was the belief in a metanarrative capable of integrating the whole of history into a steadfast truth. Francoist historians envisioned the past as emanating from a single and incontrovertible center of essences, the totality of which was embodied by a discourse that collapsed difference

myself, the better I can see the truth; the more I accentuate the relationship of force, and the harder I fight, the more effectively I can deploy the truth ahead of me and use it to fight, survive and win.” (Society 53).

⁴¹ Según White, el discurso histórico, a pesar de sus pretensiones de objetividad, responde a una motivación política e ideológica: “As a symbolic structure, the historical narrative does not reproduce the events it describes; it tells us in what direction to think about the events and charges our thought about the events with different emotional values; the historical narrative does not image the things it indicates; it calls to mind images of the things it indicates, in the same way that a metaphor does” (Tropics 91).

⁴² “History is the discourse of power, the discourse of the obligations power uses to fascinate, terrorize, and immobilize. In a word, power both binds and immobilizes and is both the founder and guarantor of order; and history is precisely the discourse that intensifies and makes more efficacious the twin functions that guarantee order” (Society 68).

into sameness. In turn, this sameness laid bare an original and transcendent meaning that was not created by historians (so they believed) but found by them in reality. (Narrating 123)

El discurso historiográfico constituye un instrumento privilegiado a la hora de integrar la guerrilla como elemento funcional dentro del proyecto ultrapolítico del régimen. De forma significativa, durante el franquismo, la historia de la guerrilla se escribe en los cuarteles de la Guardia Civil, no en universidades u otros centros de investigación. Así, el discurso historiográfico se articula, no por historiadores que actúan como soldados, como afirma Nora en el primer volumen de Les lieux de memoire (3), sino por soldados que asumen la función de historiadores y que utilizan este instrumento con propósitos represivos. Según afirma Preston, “history under the Francoist dictatorship was a direct instrument of the state, written by policemen, soldiers and priests, invigilated by the powerful censorship machinery. It was the continuation of the war by other means, an effort to justify the military uprising, and the subsequent repression” (Politics 30). Por consiguiente, la figura del militar historiador suplanta a la del historiador militar, como es el caso de los guardias civiles Francisco Aguado, Cándido Gallego Pérez, Eulogio Limia, Eduardo Munilla Gómez, José Boixader, Antonio Díaz Carmona, Carlos Alonso, Rafael Casas de la Vega o José Manuel Martínez Bande, entre otros, reduciendo prácticamente a esta perspectiva la representación historiográfica de la guerrilla durante la dictadura.

Entre las obras pseudo-historiográficas que se publican en ese periodo, El Maquis en España (1975), de Francisco Aguado, es sin duda la que atrae mayor atención hasta el presente. Esta obra establece los parámetros discursivos más generalizados en la representación posterior de la guerrilla, hasta el punto de que algunas de las historias que

se relatan en la misma se repiten continuamente en estudios posteriores.⁴³ De hecho, el discurso post-dictatorial considera frecuentemente la obra de Aguado como un “gran clásico de la historiografía franquista” (Guerrilla vasca 13) y su autor, como “prestigioso escritor y especialista en el tema,” (¿Por qué hasta 1952? 120) a pesar de su falta de rigor investigativo, de su evidente supeditación a un proyecto represivo y de la contraposición ideológica de la mayoría de los autores que lo citan como referencia imprescindible. La aparición de la obra de Aguado se produce, no obstante, con posterioridad a la publicación de un corpus discursivo que aborda este tema pero que, en su mayor parte—y exceptuando La lucha contra el maquis, de Tomás Cossias —se ignora tanto por parte de Aguado como por un amplio número de autores que limitan sus fuentes de referencia sobre la historia de la guerrilla en el periodo dictatorial a estos dos autores. Entre estas obras se encuentran Lucha contra el crimen y el desorden, de Cándido Gallego, Bandolerismo contemporáneo, de Díaz Carmona, o El maquis, de José Boixader—publicados en 1957, 1969 y 1944 respectivamente. A esta lista puede agregarse una serie de textos publicados fuera de España cuyos parámetros de representación son independientes con respecto al discurso franquista, como es el caso, por ejemplo, de Las guerrillas de levante, de Jesús Izcaray, Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX, de Andrés Sorel, y Facerías. Guerrilla urbana (1939-1957), de Antonio Téllez, publicadas en 1951, 1970 y 1974.

La guerrilla, si bien cuenta con una lista relativamente breve de referencias bibliográficas y cinematográficas durante el franquismo, tampoco constituye, como se asume generalmente en el discurso actual, “una historia silenciosa durante el franquismo

⁴³ A modo de ejemplo, dos historias que se narran en esta obra y que se repiten posteriormente son el desorejamiento de un joven en un pueblo no identificado cercano al pirineo y la detención de Teresa Pla Messeguer. Este último relato se analizará más adelante en este capítulo.

y silenciada en la democracia,” (¿Por qué hasta 1952? 11). Asimismo, Secundino Serrano atribuye el desconocimiento de la guerrilla a una “cancelación por decreto de la realidad” (Maquis 14), y afirma que “uno de los procedimientos tradicionales de combatir la insurgencia es declararla inexistente” (Maquis 14-15). Del mismo modo, Mercedes Yusta Rodrigo, en La guerra de los vencidos: el maquis en el maestrasgo turolense, denuncia que la historia del maquis constituye una historia silenciada (19), al igual que estima Mikel Rodríguez, quien afirma en que “el maquis fue considerado materia reservada durante el franquismo. Sólo se mantenía informadas a las altas jerarquías, mientras que se ocultaba su existencia a la población” (Guerrilla vasca 11). Por su lado, Romeu Alfaro apunta que la guerrilla fue una guerra fría, callada y silenciosa cuyo conocimiento se limita al elemento civil de las comarcas en las que actuaban estos individuos (Más allá 61). Estas afirmaciones no tienen en cuenta los procesos discursivos dominantes en la representación de la guerrilla durante el franquismo ni la funcionalidad de esta figura en la reconstrucción ultrapolítica del Estado y de la sociedad, por lo que estos autores denuncian lo ya denunciado como un acto casi reflejo que, por otro lado, limita la posibilidad de una crítica que difiera de lo ya dicho. Si bien el discurso franquista silencia la voz del guerrillero, por otro lado no oculta su existencia, aún cuando se trate de una representación ideológicamente manipulada. De hecho, el silenciamiento de la guerrilla por parte del discurso franquista es incompatible con la lógica ultrapolítica del régimen, pues se trata de un fenómeno que permite a este último extender el conflicto social e ideológico más allá de la finalización de la confrontación declarada en 1939. En este sentido, cabe destacar que la guerrilla atrae la atención de destacados escritores vinculados al régimen o a Falange como, por ejemplo, de Emilio Romero o de Mercedes Formica. Además, las novelas que abordan esta temática durante el franquismo reciben

frecuentemente menciones especiales en críticas y reseñas, premios destacados e incluso se adaptan al cine. Estas adaptaciones cinematográficas incluyen en su reparto a figuras de relevancia mediática, como Concha Velasco, Fernando Fernán Gómez o María Dolores Pradera, entre otras, lo que refleja el carácter popular de este cine. Esta circunstancia— junto a los premios y reconocimientos como obras de interés general que reciben estas producciones—desmiente el silenciamiento de la guerrilla durante la dictadura; por el contrario, su representación cumple una función específica dentro del proyecto de socialización ultrapolítica del régimen.⁴⁴ Por consiguiente, los aparatos ideológicos y represivos del régimen articulan un discurso que deforma la guerrilla y que la inserta dentro de un proyecto cultural que demoniza a todo elemento vinculado al orden legítimo anterior y que, finalmente, actúa como una pieza clave en el complejo mecanismo de apelación ideológica que emplea el régimen para reforzar su cohesión con el elemento civil.

⁴⁴ Entre los autores falangistas que abordan la guerrilla se encuentran la jurista Mercedes Formica en La ciudad perdida (1951) o el periodista Emilio Romero en La paz empieza nunca (1957, Premio Planeta de Literatura) y Todos morían en Casa Manchada (1969). Este tema también lo abordan guardias civiles como Conrado del Valle, en Fuego en las cumbres (1952) y Ángel Ruiz Ayúcar en La sierra en llamas (1953); y, finalmente, autores independientes, como Héctor Vázquez Azpirí en Víbora (1956, Finalista del Premio Nadal), Manuel Arce en Testamento en la montaña (1956, Premio Concha Concha Espina 1955), Jaime Salom, en El mensaje (1963, estrenada como pieza teatral en 1955), José Francisco en Habla mi conciencia (1966) y Luis Berenguer, en El mundo de Juan Lobón (1967, finalista del Premio Alfaguara 1966 y Premio de la Crítica 1967). En cuanto a documentales biográficos, la primera obra cinematográfica que se ajusta a esta modalidad es Un héroe del pueblo español: José Gómez Gayoso, producida en Cuba en 1948 por Luis Álvarez Tabío bajo el sello de Cuba Sono Films, productora oficial del Partido Comunista Cubano. Entre las novelas españolas que se adaptan al cine, destacan La paz empieza nunca (1960)— dirigida por León Klimovsky en 1960 y distinguida con la categoría de Interés Nacional por la Junta de Clasificación y Censura del régimen— mientras que Todos morían en casa manchada lo hace en 1977 de mano del director José Antonio Nieves Conde bajo el título abreviado Casa manchada. Rafael María Torrecilla y Margarita Alexandre adaptan la obra de Formica en 1954 en una coproducción italo-española cuyo título en español se ajusta al de la obra literaria pero que, en italiano, se traduce sugerentemente como Terroristi a Madrid. Del mismo modo, Miguel Iglesias dirige Carta a una mujer (1963), adaptación de El mensaje. La representación cinematográfica de la guerrilla se completa con Dos caminos (1953), de Arturo Ruiz Castillo, La patrulla (1954) y Torrepartida (1956), de Pedro Lázaga, A tiro limpio (1963), de Francisco Pérez Dolz, Metralleta Stein (1975) de José Antonio de la Loma, ¡Pim, Pam, Pum! ¡Fuego! (1975), de Pedro Olea y El espíritu de la colmena (1973, Concha de Oro en el Festival de San Sebastián), de Víctor Erice.

Al igual que ocurre con el discurso historiográfico, la literatura cumple una función esencial a la hora de normalizar una percepción ideológicamente deformada de la guerrilla. Esta deformación se fundamenta sobre la inversión del modelo de resistencia antinazi en Bélgica y en Francia. Si bien este fenómeno se representa como un movimiento heroico en estos países, su equivalente en España se concibe como una amenaza biológica y social. Un elemento esencial de esta distorsión es el empleo del término maquis, por razones contrapuestas, por los discursos franquista y comunista. En ambos casos, este término alude a la resistencia en Francia durante la ocupación nazi desde 1940 hasta 1944, en la que participan de forma activa un amplio número de exiliados españoles. Originalmente, este término procede del corso y sirve para designar un lugar poblado de matorrales y árboles de follaje espeso. Posteriormente, este significado pasa a designar, a través de un proceso metonímico, el espacio cubierto por esta vegetación. De este término se derivan las expresiones en francés prendre le maquis o gagner le maquis, que se traducen al castellano como echarse al monte. Estas expresiones se refieren al desarrollo de una vida clandestina en el entorno descrito para escapar a los cuerpos represivos del Estado. En el contexto de la ocupación alemana en Francia (1939-1944), este término designa el espacio en el que se ocultan los resistentes armados y, en base a un segundo proceso metonímico, al grupo de resistentes en cuestión. En el discurso antifranquista, este término se identifica con este último uso de su homólogo en francés designando, de forma ambigua, tanto un referente singular como uno colectivo. Este préstamo lingüístico permite establecer una correlación entre la confrontación armada en España, la Segunda Guerra Mundial y la guerrilla española. De hecho, esta identificación forma parte inicialmente de la estrategia política de la UNE, cuyo propósito es extender a la península la lucha internacional contra el fascismo y el

nazismo. Como indica Benito Díaz, “les guérilleros eux-mêmes et les agents de liaison que nous avons interviewés, évoquent aussi cet aspect en utilisant le terme “maquis,” car ainsi, en se comparant aux combattants français, ils valorisent leur propre lutte” (Guérilla 369-370).

Si bien el empleo del término maquis en castellano responde inicialmente a este propósito, por otro lado, subraya el carácter foráneo de la guerrilla, como si se tratase de un calco de la resistencia antinazi que tiene lugar en Francia y en Bélgica, y de las condiciones en las que ésta se produce. El empleo de este término implica asumir que la lucha armada contra Franco se inicia a finales de 1944, interpretación que relega a la condición de bandoleros a huidos y guerrilleros que actúan con anterioridad a este periodo y que, aun cuando no están organizados políticamente bajo siglas partidistas, ejercen una resistencia efectiva contra el régimen. El historiador antifranquista Andrés Sorel, por ejemplo, desvaloriza el carácter político y militar de la resistencia armada que tiene lugar con anterioridad a la invasión del Valle de Arán, al afirmar que:

Puede que algunos de los alzados o huidos al monte actuaran por su cuenta, como descendientes continuadores de las viejas sagas de los bandoleros, también acosados por el hambre, los terratenientes y las fuerzas represivas; pero, sobre todo en los años corridos entre 1945 y 1948, la organización, ideología, fines de quienes a través de sus agrupaciones desarrollaron una acción tendente a cambiar las estructuras del régimen fascista instaurado en España en 1939, no puede encontrar otra denominación que la de maquis. (Guerrilla 13-14)

A pesar de que existe un amplio número de factores que vinculan la guerrilla en España a la resistencia del maquis en Francia y en Bélgica como, por ejemplo, la participación de combatientes españoles en ambos proyectos, el término maquis priva a la lucha armada en España de su especificidad política, social y militar. Si bien esta terminología contextualiza este fenómeno en un marco político internacional, por otro

lado lo desvincula de las contingencias locales en las que se produce. Se trata, no obstante, de un marco internacional que se limita prácticamente a Francia y que no tiene en consideración el contexto de la lucha antifascista internacional liderada por el Comintern. Como consecuencia, la guerrilla española queda desvinculada de otros movimientos revolucionarios que tienen lugar en el panorama geopolítico y con los que se identifica ideológicamente.⁴⁵

A diferencia de la resistencia francesa, la guerrilla española se desenvuelve en una situación no sólo de clandestinidad, sino también de derrota psicológica, lo que dificulta el apoyo de la población civil a la lucha armada. Además, la ocupación alemana se percibe en todo momento como una amenaza extranjera contra el pueblo francés que, además de contar con la experiencia de tres invasiones recientes, no ha sufrido en la misma medida el desgaste humano, material y moral que producen tres años de confrontación interna en España. Como indica Hélène Eck, “The constant lesson was that there was nothing for any individual in France to gain if the Germans won: the occupation was a collective enslavement that turned the entire population into Germany’s hostage” (French Women 215). El franquismo, por el contrario, sólo se considera como un invasor extranjero por un sector de la población que, por un lado, se encuentra moralmente abatida y que, por otro, sobrevive en un contexto marcado por una dura represión.⁴⁶ Más aún, en España, el carácter extranjero del orden franquista sólo se puede establecer de forma indirecta a través de su asociación, o bien con el eje nazi-fascista—

⁴⁵ La relación entre la guerrilla española y otros movimientos revolucionarios que tienen lugar en otros países, como China o Yugoslavia, se analizará en el segundo capítulo.

⁴⁶ Como indica Mercedes Yusta, “habitués a la reception enthousiaste dans les communes françaises libérées en 1944 et à l’engagement massif de la population contre les Nazis et les collaborateurs (même s’il s’agissait surtout de “résistants de la 25e heure,”) les guérilleros qui entrent en Espagne, pendant les “invasions” d’octobre 1944, ont du mal à percevoir la véritable ambiance à l’intérieur du pays: desarroi de la population, faim, peur, poids de la repression, pouvoir des institutions franquistes... Ce qui explique bien des déceptions éprouvées par les guérilleros, et ce dès leur entrée en Espagne” (Maquis en Aragon 341).

como se observa con anterioridad al inicio de la guerra fría— o al capitalismo internacional, como ocurre en la segunda mitad de los años cuarenta y a principios de la década de los cincuenta. Por ejemplo, como indica el escritor antifranquista Conrado del Valle en relación al primero de estos periodos: “Son los nuevos gigantes, los nuevos molinos de viento soplados por Italia y Alemania contra los que luchó y lucha la sencillez española” (Fuego 15). No obstante, el uso del español y la reivindicación nacionalista del orden rebelde, dificulta la percepción de este último como un invasor extranjero, aspecto que explota la Guardia Civil para desacreditar los argumentos y los propósitos de la guerrilla. Como expresa Aguado: “Insistimos en la falacia de comentaristas comprometidos al usar los términos de ‘guerrilla’ y ‘guerrilleros,’ sólo posibles en aquellos compatriotas que luchan contra un enemigo extranjero que ha invadido su propio país. Lo demás es simple terrorismo, y su degeneración o desmoronamiento se llama bandidaje” (Maquis 222). La identificación de este fenómeno como maquis o como bandolerismo determina por tanto su inclusión en el lenguaje, su representación y, por consiguiente, su percepción por parte de la población civil. En contraposición a estas designaciones, el término guerrilla implica una reacción, una ruptura, frente a un discurso que restringe la representación de este colectivo a su criminalización y que silencia su carácter ideológico y su proyecto revolucionario.⁴⁷

Teniendo en cuenta las connotaciones heroicas que el término maquis adquiere tanto en Francia como en Bélgica, tras la derrota del eje, el régimen trata de producir una resignificación del mismo en castellano sin que ello implique una subestimación de la

⁴⁷ Al igual que Aguado, Díaz Carmona rechaza el término guerrilla y propone su propia definición de este concepto: “Guerrilla: partida de tropa ligera que se destina a misiones aisladas, y también se llama así a “partida de paisanos que acosan al enemigo.” Por lo tanto, es correcto llamar partida de bandoleros y no guerrilla a aquellos que, formando un número ligero de cualquier clase armada, cometen actos de bandolerismo, cualquiera que sean los fines que digan perseguir” (Bandolerismo 82).

resistencia antinazi en estos países. Para ello, el discurso franquista fuerza un giro conceptual que vincula el término en cuestión a un campo semántico contrapuesto. Como indica Cossias en La lucha contra el maquis en España, y en base a la misma lógica que sigue Aguado dos décadas después, “el término ‘maquis’ es un término republicano en Francia, pero utilizado, de forma irónica, por el fascismo para desvirtuar la existencia de una resistencia armada en España” (Maquis 21). Con objeto de sortear los problemas que plantea este término, el régimen prohíbe el uso de maquis o guerrilleros para referirse a estos individuos a través del Decreto de la Dirección General de Seguridad de 11 de abril de 1947 y prescribe en su lugar la utilización de las denominaciones bandoleros, forajidos o terroristas.⁴⁸ Esta torsión semántica responde a la necesidad de mantener una diplomacia mínima que no empeore las relaciones, ya de por sí problemáticas, con estos países, principalmente con Francia, aliviadas por el reconocimiento oficial de este último del Régimen en 1949 y por su prohibición del Partido Comunista de España el 7 de septiembre de 1950.⁴⁹

Tras la derrota nazi, el discurso francés representa al maquis como héroes incluso en aquellos casos en los que los resistentes en cuestión son de origen español, como es el caso del comunista asturiano— y Teniente Coronel de la resistencia francesa— Cristino García.⁵⁰ De forma paradójica, el discurso franquista resalta el carácter heroico de estos guerrilleros en la lucha antinazi en Francia, aun cuando en España el régimen los persiga

⁴⁸ En relación a la funcionalidad política del término bandolero, según indica Munilla: “Fue un gran acierto calificar a este problema con el nombre de bandolerismo, pues, no en vano, sus desafueros eran los propios de los bandoleros. La contribución que supuso tal denominación en la contención y extirpación del problema resulta muy difícil de evaluar; si bien podemos tener la seguridad de que, psicológica y propagandísticamente considerada, fue fundamental y uno de los mayores aciertos” (Consecuencias 157).

⁴⁹ Esta prohibición es producto, por un lado de la guerra fría y, por otro, del inicio de la guerra de Corea en Julio de 1950. De cara a la opinión pública francesa, los diarios de este país atribuyen esta prohibición a las actividades ilegales llevadas a cabo por el PCE en este país.

⁵⁰ Cristino García, por ejemplo, da nombre a una calle parisina del distrito de Saint-Denis. Más aún, como consecuencia de su ejecución en España el 21 de febrero de 1946, el gobierno francés decide cerrar la frontera franco-española el uno de marzo del mismo año.

como alimañas y los ejecute según la fórmula del “garrote + prensa” que manuscibe Franco en los enterados oficiales en los que confirma la pena de muerte para sus enemigos más destacados.⁵¹ Aguado, por ejemplo, identifica a este último resistente como “héroe nacional de Francia y forajido español al servicio del comunismo” (Maquis 80). De acuerdo a esta lógica ambivalente, Cossias expresa orgullo ante el valor militar de los republicanos españoles en Francia, aspecto que muestra la reconfiguración de la lógica ultrapolítica franquista en función de un factor circunstancial como es el territorio en el que actúan los guerrilleros: “Son nuestros compatriotas los primeros en atacar a los invasores, incluso antes de que la reacción de los franceses desembocara en una organización de este tipo” (Lucha 48). Como refleja esta cita, el autor se refiere a los exiliados en primera persona del plural aún cuando, de acuerdo a las prácticas legales franquistas, no se traten técnicamente de compatriotas, sino de apátridas. Por consiguiente, el discurso franquista reconoce la actuación del maquis en Francia como una resistencia patriótica, mientras que niega esta cualidad a la guerrilla española. De hecho, este discurso reduce esta última a un fenómeno delictivo, contradicción que revela su supeditación a una lógica ultrapolítica que supera el carácter ideológico y militar del conflicto.

La representación de la guerrilla española como inversión del modelo francés se manifiesta también a través del discurso periodístico, como puede observarse en el diario ABC correspondiente al 11 de octubre de 1944. En esta publicación se expresa la intención de Franco, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, de ayudar al general

⁵¹ El carácter heroico de los guerrilleros españoles en Francia se mantiene vigente en las décadas posteriores e incluso en la actualidad. De hecho, el decreto de 3 de agosto de 1946, la ordenanza número cuarenta y dos de nueve de febrero de 1943 y la ordenanza de 7 de enero de 1944, que reconocen el carácter heroico de los resistentes, se siguen aplicando en Francia hasta los años setenta. Así, por ejemplo, el coronel Victorio Vicuña, recibe la Medalla de la Resistencia Francesa el 19 de enero de 1972.

De Gaulle a terminar con los “rebeldes” españoles: “Ante los desórdenes promovidos en el sur de Francia por evadidos españoles. Dominada plenamente la situación en nuestra frontera, se ofrecen al general De Gaulle facilidades para exterminar los focos rebeldes” (qtd. in Chaput 47). Más aún, el régimen franquista llega incluso a acusar a los guerrilleros españoles de contribuir con el proyecto nazi, lo que supone una transformación de los colaboradores en colaboracionistas. Esta acusación ignora que, por lo general, estos individuos trabajan en los campos de concentración alemanes de forma obligada y en condiciones infrahumanas, según se desprende de la publicación del ABC correspondiente al 20 de octubre de 1944: “Con posterioridad a 1940, muchos aceptaron empleos de los alemanes que ofrecían elevados salarios, pero en 1944, cuando se vislumbraba la evacuación alemana, muchos se pasaron al maquis” (qtd. in Chaput 47).

La representación del maquis como movimiento de resistencia que tiene lugar en Francia o en Bélgica, si bien constituye un tema marginal durante el franquismo, emerge de forma residual en la literatura juvenil de quiosco, como ocurre con Escuela de maquis (1951), del escritor belga J. Dalto y del español Amando de Miguel— autor que figura como secundario— y ¡Alerta!, ¡maquis! (1962), de Jess Carr —pseudónimo de Jesús Navarro Carrión-Cervera.⁵² La crítica actual hace caso omiso a estas novelas, aún cuando sean las primeras obras literarias publicadas en la España franquista que representan la guerrilla como una organización armada y cuyo título menciona explícitamente el término maquis. Estas novelas, por un lado, identifican las características que se atribuye a la resistencia en Francia y en Bélgica con los valores que exalta la propaganda franquista, mientras que por otro, desvinculan la guerrilla española de estos referentes.

⁵² El estatus como autor secundario de Amando de Miguel figura en la ficha de la obra correspondiente de la Biblioteca Nacional (BNE). Este autor, colaborador habitual en la actualidad en la emisora de radio COPE y en los periódicos La razón y Libertad digital, es catedrático emérito de sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

Como se expresa en la solapa de la portada de Escuela de maquis en un texto comercial dirigido a padres y educadores, esta novela:

Impregnará los corazones de vuestros hijos de esa nobleza que debe orientar su vida. El único medio de contrarrestar la perniciosa influencia de libros malos es el de sustituirlos por éstos de superado interés, morales, amenos. Aquí tenéis la colección de novelas que no sólo podéis, sino que debéis poner en manos de vuestros hijos.

Si bien ambas novelas se ajustan a las prácticas ideológicas franquistas, en ningún momento introducen variables cualitativas con respecto a la representación de la resistencia antinazi en el discurso francófono europeo. Por el contrario, se trata de textos que adoptan una postura conciliadora entre ambos discursos, como se observa, por ejemplo, en la representación de las partes contendientes como adversarios técnicos, no como enemigos humanos, que se comportan de acuerdo a una disciplina y a valores estrictamente profesionales. Así, el invasor se caracteriza como un enemigo público (hostis), no privado (inimicus), con el que, al margen de cuestiones técnicas, no existe ningún antagonismo social o racial.⁵³

En ¡Alerta! ¡Maquis!, el ejército alemán, a pesar de constituir una fuerza extranjera de ocupación, se comporta de acuerdo a un código militar reconocido, mostrando su respeto hacia un enemigo técnico con el que comparte incluso una misma interpretación de conceptos claves, como la patria, la nación, la guerra, la familia o el enemigo. De hecho, el coronel alemán Rudolf von Traunis, protagonista de esta novela, reconoce la condición del maquis francés como enemigo militar (hostis), mientras que la

⁵³ Como indica Forcellini en el Lexicon Totius Latinatis, “a public enemy (hostis) is one with whom we are at war publicly... In this respect, he differs from a private enemy. He is a person with whom we have private quarrels. They may also be distinguished as follows: a private enemy is a person who hates us, whereas a public enemy is a person who fights against us” (qtd. in Schmitt 29).

población civil no constituye en ningún momento un enemigo personal (inimicus): “Si les atacan defiéndanse. Detengan a los sospechosos, interróguenlos, pero dejen en paz a la gente pacífica y traten con delicadeza a las mujeres y a los niños. ¿Comprendido?

Hacemos la guerra, no somos verdugos” (28). Incluso Gisèle— una joven francesa cuyo padre y hermanos se encuentran en el maquis—enfatisa la humanidad del oficial alemán al representarlo como un individuo que se encuentra sujeto a los mismos valores que motivan la resistencia, aún cuando este último pertenezca a un ejército de ocupación:

Él no había provocado la guerra, era un soldado profesional, un oficial que había jurado defender a su patria. Era como su abuelo, su padre y sus hermanos. No era un nazi brutal, no era miembro de las SS o la Gestapo. Simplemente, un oficial de carrera. Un hombre que había perdido a su madre, dos hermanos, su esposa y su hijo, precisamente a causa de la guerra. (55)

Más aún, el protagonista alemán, si bien se identifica con la patria, manifiesta su oposición al nazismo como degradación de un proyecto que supedita lo militar al programa de depuración racial que promueve el Partido Nazi y que lleva a cabo la Gestapo. Según manifiesta von Traunis al Coronel General Freytag, quien le propone reaccionar contra la autoridad de Hitler, “Al entrar en la Escuela de Guerra juré por mi honor defender a la patria hasta la muerte—dijo despacio. Creo haber cumplido con mi deber hasta hoy. Lo seguiré cumpliendo en adelante. Hitler es sólo un hombre, un gran loco. Alemania es mi patria. Alemania debe permanecer” (38).⁵⁴

De modo similar, Escuela de maquis narra la resistencia pasiva de una pandilla de niños belgas, “Los jábatos,” que se integran en la partida local del maquis mientras se produce la llegada de los aliados. En esta novela, el maquis se representa como un

⁵⁴ Esta última afirmación establece una ruptura con respecto al imperativo nazi, enunciado por Hitler en su telegrama 71, en el que afirma: “If the war is lost, may the nation perish,” (qtd. in A Thousand Plateaus 231) contraponiendo la patria a la nación como conceptos vinculados a proyectos independientes.

híbrido entre el bandido corso y el vaquero americano, modelo mediático asociado a la aventura, al valor y a los Estados Unidos como representante del triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial, según la perspectiva que promueve el cine popular de los años cuarenta. Al igual que el bandolero corso, los maquis sobreviven en áreas de exclusión desde la que luchan contra el invasor, mientras que, de forma similar a la representación del vaquero— y como manifestación de su valor y heroísmo— eliminan al enemigo sin desborde emocional alguno: “¡El maquis! Algo así como en Córcega. Pero en lugar de tratarse de malos bandidos, se trataba de buenos bandidos. Hombres con botas que vivían en las cabañas como los cowboys. Cuando un ocupante se atrevía a entrar en sus cabañas no volvía a salir, considerándosele ‘desaparecido’” (77).

Como invasor extranjero, en Escuela de maquis el enemigo se inserta en todos los espacios de la vida ordinaria y moldea la sociedad a través de la depuración de elementos civiles y de su reemplazamiento por colaboracionistas. Así, por ejemplo, un simpatizante de la Gestapo reemplaza a Tandreux como maestro local de la escuela a la que asisten los protagonistas. El nuevo maestro perturba la vida escolar al imponer un nuevo libro de texto, una nueva perspectiva de la historia y un control policial del aula: “El colaborador miope había encontrado ocasión para fustigar el Tratado de Versalles, para acabar la fuerza por la alegría y para reivindicar un espacio vital para el III Reich” (18). Más aún, las fuerzas de ocupación alteran la imagen de las calles mediante la colocación de carteles en alemán cuyo único término comprensible para los habitantes locales es el de Verboten, con el que las fuerzas de ocupación anuncian toda prohibición: “La ciudad se había quitado su vestido claro de 1939 y mostraba innumerables carteles grises. Todos empezaban por la palabra ‘Verboten,’ ‘prohibido’ y estaban llenos de caracteres germánicos” (7). Estas modificaciones transforman un contexto familiar,

donde prima la instrucción patriótica y católica, en uno extraño en el que los escolares se sienten desplazados: “Se encontraban incómodos como quien se encuentra en una casa hostil, desagradable, después de una mudanza” (20). Ante estas circunstancias, Tandreux, al despedirse de sus alumnos, articula una apelación ideológica que los impulsa a colaborar con el maquis y a anteponer un sentimiento patriótico sobre todo interés individual: “Tandreux, dirigiéndose a la salida, estaba ya en el fondo de la clase. Se volvió a los niños. Sobre todo, amigos míos, sed buenos patriotas, suceda lo que suceda” (18). Esta apelación transforma a los estudiantes en militantes ideológicos, es decir, en resistentes dispuestos a morir por la patria. De hecho, la exaltación de la patria como valor al que se encuentra subordinado el individuo alcanza su máxima expresión en el entierro de “Polilla,” líder del grupo juvenil de resistencia, quien recibe honores de héroe nacional al morir de un tiro de la Gestapo. De acuerdo a una lógica autodestructiva, se trata de una muerte significativa y que, como tal, carece de dramatismo. Al inmortalizar el valor de un individuo que pierde la vida resistiendo contra un invasor extranjero, la muerte de este niño se convierte en un acontecimiento fundacional de la patria que garantiza la inmortalidad colectiva, aspecto que evoca el discurso empleado por el franquismo en la exaltación de los muertos rebeldes: “La dicha que irradiaba del niño era tal que sonrieron por contagio... quitándose sus cascos hicieron cruzarse los colores belgas y aliados sobre el pecho del muerto y saludaron militarmente a Luis Blanchet, llamado por todos ‘Polilla’” (136-137).

Otro aspecto adoctrinador de Escuela de maquis que se ajusta a los parámetros nacional-católicos del Estado franquista es la motivación religiosa de los jóvenes.⁵⁵ En

⁵⁵ Se trata de un aspecto excepcional que diferencia a esta publicación francófona del discurso español tanto franquista como antifranquista. La única obra española, de las consultadas en este estudio, que caracteriza a

esta novela, la oración actúa como elemento de interpelación ideológica que fortalece la cohesión del grupo y su identidad colectiva. Este aspecto se manifiesta, por ejemplo, en la primera noche que pasan los jóvenes en el bosque, en la que “Polilla” propone a sus compañeros la celebración improvisada de una acción de gracias. Esta práctica enmarca el significado y el valor de la resistencia dentro de un cuadro ideológico en el que Dios y la patria, como valores máximos, determinan la motivación de estos resistentes e incluso su predisposición a la muerte individual: “Demos gracias a Dios por habernos reunido y haber reparado nuestras faltas... Campanilla, tú vas a cantar la oración. La voz de tiple del músico entonó el ‘Salve Regina’ que los demás siguieron suavemente, en el silencio de la noche. Luego Polilla entonó: ‘En tus manos Señor, pongo mi alma y mi cuerpo’” (96). De hecho, el factor patriótico y el religioso actúan como coordenadas ideológicas que determinan la relevancia de los acontecimientos que se exaltan en esta novela como, por ejemplo, la fecha en que se produce la liberación, que coincide, de acuerdo al calendario litúrgico, con el Día de la Asunción del Señor de 1945 (137). De forma similar a la interpretación del enfrentamiento militar en España como una cruzada, esta coincidencia aúna el carácter patriótico y divino del evento en cuestión como si se tratase de una liberación nacional y espiritual. Más aún, el carácter significativo de la fecha litúrgica dota de significado espiritual a la muerte del líder juvenil, quien pasa a la inmortalidad como un mártir que, de forma similar a Jesucristo, muere por el prójimo, por la patria.

En contraposición a la representación heroica de la resistencia antinazi y belga, el discurso franquista identifica la guerrilla española con el bandolerismo común, generando

los guerrilleros y guerrilleras en función de su fe religiosa es la obra teatral La niña guerrillera, de José Bergamín.

para ello campos semánticos que favorecen la criminalización de este fenómeno. Como matiza Aguado en relación a la terminología que emplea en su obra, “en nuestro criterio, aplicado al caso que estamos historiando, “maquis” y bandoleros son sinónimos” (195). Este autor, por ejemplo, emplea la designación maquis en variación libre con respecto a bandido, bandolero, forajido e incluso terrorista, por lo que el primero de estos términos se transforma en el opuesto de su homónimo en francés. Uno de los factores que explota el discurso franquista para identificar a la guerrilla española con el bandolerismo es su espacio de actuación. En ambos casos, estos individuos sobreviven en los márgenes de las poblaciones rurales, aspecto que justifica el empleo de la Guardia Civil para su represión, ya que se trata de un cuerpo especializado en estas áreas. Además, la asignación de este cuerpo para la lucha contraguerrillera evoca estratégicamente la función del mismo en la represión del bandolerismo durante el siglo XIX. Con objeto de justificar este paralelismo, Cossias atribuye la existencia de la guerrilla en los años cuarenta y cincuenta a un sentimiento injustificado de nostalgia por el bandolerismo decimonónico y concibe su existencia como la manifestación de una psicología particular, de una criminalidad atávica que es independiente de todo proyecto político, económico o social: “Las partidas y grupos sueltos que quedaron después de la guerra española propendían, por un tropismo o nostalgia profunda y natural, a tomar las formas arquetípicas del bandolerismo andaluz” (Lucha 75).

Otro aspecto que permite la identificación del guerrillero con el bandolero se remite al proceso de formación de ambas figuras. En ambos casos, su señalamiento como sujetos abyectos se produce tras la comisión de un delito de sangre u otro crimen de gravedad similar que, en el caso del primero, tiene lugar, generalmente, en el periodo comprendido entre 1936 y 1939. Más aún, el discurso franquista asocia este acto de

señalamiento a una motivación económica, por lo que la guerrilla se representa como un refugio que permite a delincuentes comunes continuar con sus actividades habituales.

Como indica el Teniente Coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia:

Al finalizar nuestra Cruzada de Liberación, quedaron la mayor parte de las provincias algunos grupos o pequeñas partidas de individuos, que habiendo participado en la lucha en el bando rojo, o encontrándose ocultos o huidos en los montes y campos, trataban de eludir las responsabilidades de la guerra, de sus fechorías y actos criminales durante el dominio marxista o de los primeros tiempos del Alzamiento, cuyos grupos eran engrosados con los fugados de establecimientos penitenciarios, campos de concentración y trabajo o voluntarios de los pueblos, gentes de ordinario indeseables que acudían principalmente al olor del botín. (Reseña 1)

La identificación de la guerrilla con el bandolerismo, si bien remarca la criminalidad de este colectivo, por otro lado, evoca la figura del gran delincuente que cuestiona y pone al límite el orden dominante. De forma contraproducente para el régimen, esta asociación reviste a la guerrilla de connotaciones heroicas e incluso románticas en el discurso popular.⁵⁶ Con objeto de evitar esta percepción, el discurso franquista particulariza la guerrilla en función de su orientación comunista, aspecto que se sobrepone a su condición como criminal. Como consecuencia, si por un lado el régimen excluye el factor ideológico cuando trata de degradar este movimiento a un fenómeno delictivo, por otro lado, introduce este elemento a la hora de distinguir al guerrillero del bandolero como personaje popular. A diferencia del bandolerismo—cuya actuación es independiente con respecto a cualquier operador ideológico— la guerrilla se identifica con un proyecto político, como refleja la expresión bandolerismo comunista que emplea Aguado en su obra: “Quien pretenda conceptuallos con algún apelativo

⁵⁶ Como indica Derrida “La fascinación admirativa que ejerce en el pueblo la “figura del “gran” delincuente (*die Gestalt des “grossen” Verbrechers*) se explica así: no es alguien que ha cometido tal o cual crimen por quien se experimentaría una secreta admiración; es alguien que, al desafiar la ley, pone al desnudo la violencia del orden jurídico mismo” (Fuerza de ley 87).

diferente al de vulgares bandoleros, desconoce en absoluto la naturaleza de sus hechos. Claro está, que a la denominación de bandoleros, hay que posponer forzosamente el calificativo de comunistas” (Maquis 345). En base a esta doble representación del guerrillero como delincuente y como comunista, los mecanismos de representación del régimen magnifican o minimizan el carácter ideológico de esta figura de acuerdo a sus necesidades políticas y propagandísticas más inmediatas, hasta el punto de incurrir en la contradicción.

El carácter comunista de la guerrilla permite también al régimen vincular este movimiento a una supuesta conspiración extranjera y antiespañola, como si se tratase de una invasión militar e ideológica que procede de la Unión Soviética y de Francia. Como expresa Munilla: “Al igual que ocurre con los árboles que tienen su tronco y sus ramas al aire, pero precisan inexcusablemente de lo que reciben a través de sus raíces, todos los movimientos subversivos—y el nuestro no podía ser una excepción—necesitan del alimento que está por debajo de la frontera de algún país vecino” (Consecuencias 57-58). Del mismo modo, Díaz Carmona identifica a la guerrilla como “un ilusorio movimiento de resistencia creado desde fuera de nuestra Patria, y concretamente por la Secretaría del Partido Comunista español, establecido en Toulouse, con imposición, sugerencias y medios de Moscú, en su política contra el régimen establecido en nuestra patria” (Bandolerismo 5). Como conclusión, si la resistencia francesa constituye un movimiento patriótico, la guerrilla española se presenta como una agresión contra el Estado y la sociedad, como si se tratase de un intento de ocupación extranjera. La representación de la guerrilla española como inversión del maquis en Francia responde a la necesidad del régimen de promover su aceptación a nivel internacional sin que ello implique el abandono de la lucha contra estos individuos en el interior de España, como si al acabar

con los guerrilleros defendiesen los mismos principios y valores que las democracias europeas.

El maquis en la literatura franquista

De acuerdo a una lógica ultrapolítica, el discurso franquista contrapone el militante ideológico al delincuente común con el propósito de promover la desestabilización interna de este colectivo y, por consiguiente, su disolución. Esta distinción se refleja, por ejemplo, en La sierra en llamas (1952), del guardia civil Ángel Ruíz Ayúcar. En esta novela, el protagonista, Manolo Carmena, un Guardia Civil firmemente comprometido con la lucha contraguerrillera, se infiltra dentro de una partida que actúa en la sierra de Madrid bajo el nombre ficticio de Luciano Urbasa y con el supuesto propósito de reforzar el control del Partido Comunista sobre la lucha armada. De este modo, Carmena adquiere un conocimiento privilegiado que le permite exponer las particularidades de este colectivo en base a su experiencia personal y rebatir todo argumento que justifique la existencia y los propósitos de estas partidas. Así, su condición como infiltrado dota a su testimonio de credibilidad a la hora de revelar la lógica bajo la que actúa y piensa el enemigo, así como los detalles de la guerrilla como, por ejemplo, cómo se prepara un secuestro, los medios para obtener información, la relación con los enlaces, etc.

Al igual que en el discurso histórico de la Guardia Civil, Carmena destaca el carácter delictivo de los miembros de la partida como circunstancia preliminar que determina su necesidad de refugiarse en estos grupos. Como ocurre, por ejemplo, en el caso de “El Gitano,” su presencia en la guerrilla no se debe a cuestiones ideológicas ni a su compromiso con un proyecto sociopolítico, sino a la comisión de un asesinato que

determina su señalamiento irrevocable como proscrito: “ ‘El Gitano’ saltó a la sierra por un delito común. Había asesinado para cometer un robo y al verse perseguido se refugió en las partidas” (100). De igual modo, “El Canario,” cabecilla de la partida en la que inicialmente se introduce Carmena, se integra en la guerrilla ante la imposibilidad de reinsertarse en una sociedad en la que, de forma irreversible, se encuentra estigmatizado como asesino, aún cuando ya haya saldado sus cuentas con el sistema legal:

Cuando acabó la Guerra civil, “El Canario” era sargento del Ejército rojo. Dada su poca categoría militar le soltaron en seguida del campo de concentración. Sin embargo, no se atrevió a volver a su pueblo. Había tomado parte en asesinatos cometidos durante los primeros días de la revolución y tenía miedo a enfrentarse con las familias de las víctimas que seguramente estarían mandando. (100)

A diferencia del delincuente común, el guerrillero ideológico se une a esta forma de lucha movido por un idealismo que, a pesar de oponerse a los principios franquistas, puede reconvertirse al orden dominante, ya que se trata de un rival técnico, no de un enemigo humano. De este modo, esta novela inscribe la diferencia entre el rojo y el comunista en la representación de la guerrilla, como puede observarse en los casos de Perico y Arrás. A pesar de su orientación ideológica, estos personajes gozan de la amistad del protagonista, como manifiesta el narrador en relación al primero de ellos: “Esta diferencia de ideas y de actuación no entibió el afecto de los amigos. Al contrario les gustaba discutir y cambiar opiniones. Pronto comprendieron que en el fondo tenían ideas similares, la misma inquietud por una España mejor para todos” (44).

Con objeto de eliminar al enemigo subhumano, no al ideológico, el protagonista solicita ayuda a su amigo Perico para insertarse en la guerrilla como militante político, en ningún momento como rojo o bandolero. Carmena persuade a Perico aludiendo a un interés compartido que, al margen de toda diferencia político-ideológica, los apela como

hombres, es decir, como formas de existencia humana frente a la degradación de esta condición por parte de un enemigo biológico: “Ya hemos hablado alguna vez de que si llegara la ocasión lucharíamos en bandos opuestos, como hombres, cara a cara. Pero esto del bandolerismo es cosa distinta. Aquí no tienes derecho a elegir terreno; tienes que estar en el que te corresponde como hombre” (56). De este modo, Carmena articula una reconfiguración del enemigo a través de la distinción ultrapolítica entre aquellos adversarios que son teóricamente recuperables por el nuevo orden y aquéllos que, como vida nuda y animal, suponen una amenaza, no necesariamente política o militar, sino biológica. En base a esta distinción, la lucha contraguerrillera se concibe como “una labor de higiene social” (56) contra formas de existencia que suponen una amenaza incluso para aquellos comunistas que luchan por un ideal y que, como seres humanos y como militantes fieles a un proyecto ideológico, ven su lucha degradada por la participación de criminales que no son ni adversarios políticos ni militares.

La aceptación del comunismo como ideal por parte del protagonista se manifiesta también en la amistad que establece con Arrás, con quien comparte el control de una partida. Al igual que Carmena, Arrás procede de una clase social y económica superior a la del resto de los combatientes, por lo que su participación en la lucha armada responde, no a su criminalidad, sino a un idealismo que contrasta radicalmente con la situación que encuentra en el monte y en el comité político-ideológico que impulsa la guerrilla. En el primer caso, el guerrillero idealista se encuentra con individuos que se limitan a delinquir y que anteponen en todo momento el interés personal al colectivo. Esta falta de solidaridad interna se muestra, por ejemplo, entre los componentes de la partida de “El Tuerto,” quien muere a manos de Carmena ante el intento del primero de violar a una joven. Ante el cadáver de su cabecilla, sus antiguos compañeros aceptan su supeditación

a su ejecutor sin mostrar la menor duda o recriminación, reconociéndole como único error el haber gastado demasiadas balas en la eliminación de “El Tuerto” y el haber agujereado su cazadora (210-211). Más aún, estos individuos aprovechan el incidente para robar al cadáver todo lo que lleva encima, sin escatimar en burlas hacia un cuerpo al que se refieren de forma despectiva como “eso” (211):

Cuando “El Cuervo” acabó de calzarse se puso de pie. Contempló con satisfacción sus botas nuevas y dio unos pasos para comprobar que le venían bien... Luego se agachó, cogió las viejas y las echó encima del cadáver.

– Toma, “Tuerto,” para que no puedas decir que te he dejado descalzo. (212)

En base a esta falta de solidaridad y de idealismo, los guerrilleros, una vez capturados, y en un intento desesperado por salvar su propia vida, se convierten en colaboradores de la Guardia Civil. Esta conversión supone, de forma contraria a la lógica militar del régimen y a la representación de la guerrilla en las novelas juveniles de Dalto y de Carr, una negación de la inmortalidad colectiva en base al sacrificio individual. De este modo, la guerrilla se representa como un movimiento que carece de heroísmo y de cohesión interna, hasta el punto de que cualquier compañero puede transformarse en un peligroso enemigo en el momento de su detención. Más aún, este individualismo niega la constitución de los bandoleros como un cuerpo político, pues carecen de toda noción de fidelidad a una causa o proyecto que permita definirlos como militantes ideológicos. Como indica Carmena a Perico en relación a los guerrilleros capturados: “Los ves, llegada la ocasión, disparar con toda frialdad sobre el amigo con el que han partido el pan durante años enteros, y al que ahora han preparado una emboscada. Estos son los hombres por los que preguntabas, tus románticos del ideal” (53).

En lo referente al comité político comunista, Arrás encuentra a dirigentes que sacrifican a los guerrilleros del monte para la satisfacción de las necesidades burguesas contra las que supuestamente luchan, lo que reduce toda motivación político-ideológica al engaño y a la apariencias. Así, la cúpula ideológica disfruta de una vida disipada en base a los beneficios que obtienen los guerrilleros, circunstancia que revela Carmena cuando visita a Julián en Madrid. A diferencia de los guerrilleros del monte e incluso de la población civil, este dirigente político vive ajeno a las cartillas de racionamiento y a la crítica situación económica en la que se encuentra la mayor parte de la sociedad; muy al contrario, su forma de vida reproduce el mismo sistema de explotación capitalista contra el que supuestamente lucha: “La compañera de ‘Julián’ hizo gala de una hospitalidad espléndida... aquello fue un derroche de fiambres y bebidas. Carmena pensó en el mal efecto que el lujo en que vivía ‘Julián’ causaría en la sierra, caso de conocerlo” (142). Más aún, Julián, al vivir cómodamente en un núcleo urbano, no es consciente del peligro ni del sacrificio que implica la adquisición de los fondos económicos de los que disfruta, limitándose a su apropiación y derroche, como manifiesta este personaje en una conversación que mantiene con Carmena:

Julián—Podréis pasar una temporadita sin preocupaciones económicas. Por otra parte, es un dinero que no cuesta mucho conseguirlo, ¿no te parece?

Carmena – ¿Qué quieres que te diga? Pregúntaselo al “Canario,” que trae una bala en las costillas, o al “Gitano” que se quedó para siempre dormido entre las rocas. (145)

En base a su idealismo y a una perspectiva compartida de la realidad, Carmena percibe a Arrás como un elemento recuperable para la causa franquista pues, si bien se encuentra inoculado del virus del comunismo, éste no ha llegado a manifestarse y a transformarle en una forma de vida subhumana, en un rojo; por el contrario, se trata de un

sujeto que, desde el desencanto político e ideológico, confirma la contradicción entre el idealismo comunista y su materialización práctica y social. De forma similar a como ocurre con Perico, Carmena percibe a Arrás como un amigo al que le gustaría mostrar el camino incontrovertible del ideal franquista, leit-motiv del discurso literario y cinematográfico de los años cuarenta y cincuenta.⁵⁷ Según expresa Carmena en una carta que dirige a una contrapartida de la Guardia Civil, en la que explica su plan definitivo para la eliminación del grupo en el que se encuentra infiltrado, “le ruego haga todo lo posible por salvar al jefe de la división, conocido por ‘Arrás.’ Es una magnífica persona que no ha cometido ni inspirado ningún crimen o violencia... tengo la seguridad de que tan pronto comprenda la verdad podrá compensar a la patria del daño que por su ceguera le haya hecho” (213). La intercesión del protagonista por el guerrillero ideológico surte efecto cuando, tras la muerte del primero en el transcurso de una batida de la contraguerrilla, Arrás lee los deseos postreros de su salvador personal, quien le libra, no sólo de una muerte segura a manos del aparato represor franquista, sino también del engaño ideológico en el que se encuentra inmerso. Si Carmena se enfrenta inicialmente a su misión como quien va a un encierro de toros (22), Arrás se concibe como el animal indultado por un adversario-amigo que, como pseudo-soberano del régimen, tiene la potestad de decidir sobre la reinserción social del primero e incluso sobre su vida. Esta reintegración requiere, como condición ineludible, la conversión del militante comunista a la política oficial del régimen:

⁵⁷ El leit-motiv de la conversión del comunista al ideal franquista—como resistencia discursiva explotada por el franquismo— puede observarse también en *Dos caminos*. En esta película, Miguel—el protagonista— que, de forma similar a Arrás en la novela de Ruíz Ayúcar lucha en la guerrilla convencido por un ideal, es defraudado por esta tendencia política, bajo la que operan individuos que se representan como asesinos sin escrúpulos. Como consecuencia, Miguel reconoce su error y expresa su arrepentimiento, rechazando, al igual que Arrás, “el camino que conduce a ninguna parte” (*Dos caminos*).

Los ojos de “Arrás” se humedecieron. El choque era demasiado violento para su espíritu desengañado. La elección parecía clara. A un lado estaban... una pandilla de salteadores y asesinos sin ideales... Al otro lado estaban el orden, la paz, unos ideales capaces de producir hombres como Manolo, que le tendía la mano desde la tumba. (258-259)

Esta concesión hacia el militante ideológico no se extiende de ningún modo al enemigo subhumano, al rojo, pues si bien el primero se percibe como un adversario técnico, el segundo constituye un criminal motivado únicamente por “la codicia del dinero fácil” (191) y por la satisfacción de sus impulsos sexuales. En relación a este último aspecto, las prácticas sexuales de los guerrilleros abarcan desde lo más personal, como la fantasía erótica y la masturbación (Cossias 199-200), a actos colectivos que adoptan la forma de violaciones sexuales o de orgías consentidas por guerrilleras y enlaces. Estos actos se perciben como una amenaza biológica para la sociedad, ya que una sexualidad pervertida extiende y reproduce la degradación de estos individuos a las generaciones siguientes.⁵⁸ En relación al primero de estos actos colectivos— y siempre de acuerdo al discurso represivo franquista— los guerrilleros violan frecuentemente a las mujeres de los caseríos que asaltan. Así, por ejemplo, al asaltar la casa de don Antonio, un vecino acaudalado de la sierra de Madrid, la partida en la que se encuentra infiltrado Carmena obtiene una cantidad de dinero que evita el secuestro del propietario, aunque no el abuso sexual de las mujeres que habitan en ella. Se trata de actos que, al margen de todo propósito político y económico, constituyen una práctica habitual que ni siquiera se percibe como una transgresión. De hecho, “El gitano” sugiere a don Antonio que mejore la calidad de las mujeres disponibles en su casa, como si se tratase de un servicio público:

⁵⁸ Como indica Foucault, “debauched, perverted sexuality has effects at the level of the population, as anyone who has been sexually debauched is assumed to have a heredity. Their descendants also will be affected for generations, unto the seventh generation and unto de seventh of the seventh and so on. This is the theory of degeneracy” (*Society* 252).

“Muchas gracias por todo, don Antonio. A ver si para otra vez tiene usted mejores mujeres en casa. ¡Que no se diga, hombre!” (97). Más aún, los guerrilleros perpetran estas violaciones incluso en presencia de los hijos de las víctimas, como expone Carmena, quien enfatiza la criminalidad sexual del adversario hasta los límites más exacerbados: “El teniente entró en la casa, la pistola preparada. Oyó llorar en la cocina. Entró en ella y vio a la mujer del colono, sentada en una silla baja, con un niño apretado contra el pecho, en el que ocultaba su cabeza despeinada. Su llanto era angustioso, desesperado. Los bandidos la habían violado” (32).⁵⁹

La degradación del enemigo en base a su conducta sexual se acentúa en la representación de las guerrilleras; estos personajes, en lugar de garantizar la continuidad biológica de la sociedad y de sus valores morales, reproducen su degeneración. Así, el discurso franquista, además de privar a las combatientes de toda motivación política o ideológica, las reduce a la condición de objetos sexuales cuyo único propósito es la satisfacción de las necesidades biológicas de sus compañeros. Como expresa Cossias, “alguna vez se dio el caso, por diversas circunstancias, de que llegaron al campamento muchachas hermanas de los que allí habían o de los ‘puntos de apoyo,’ que se prestaban a la satisfacción sexual del jefe o de todos” (Lucha 199-200). Del mismo modo, Aguado degrada a estas mujeres en base a su supuesta participación voluntaria en prácticas sexuales colectivas, para lo que cuentan, supuestamente, incluso con el consentimiento de

⁵⁹ La degradación del adversario en base a su comportamiento sexual constituye igualmente una característica del discurso historiográfico. Por ejemplo, como indica Aguado, un guerrillero conocido como “El Manco de Aguado” “gustaba de presenciar cómo su gente satisfacía, uno tras otro, el instinto sexual en una misma mujer sujetada por los restantes” (Historia 276). La degradación de este guerrillero se completa a través de la exposición de sus prácticas más perversas, como la de guardar restos púbcos de las mujeres de las que supuestamente abusa: “Su insaciable instinto sexual quedó reflejado cuando, al ser muerto en una emboscada, se le encontró en un bolsillo una caja de hojalata donde guardaba pelos del pubis de las mujeres que había forzado” (Historia 281).

sus familiares. Para escarnio de las guerrilleras— y como manifestación de una práctica represiva habitual durante la dictadura como es la humillación pública de la mujer antifranquista— este autor aporta sus nombres, edad y relaciones de parentesco. Más aún, al valerse del discurso historiográfico, esta humillación trasciende los límites espacio-temporales del régimen, ya que se trata de una práctica que, a diferencia del rapado habitual o de la ingestión de aceite de ricino, se reinscribe continuamente en cada lectura del libro:⁶⁰

‘Enrique,’ tenía tres hijas, cuyos nombres de guerra eran: ‘Sole,’ de 23 años, ‘Blanca’ de 21, y ‘Rosita,’ de 19. Con las tres huye en busca de los ‘defensores del pueblo.’ La presencia de las jóvenes más una cuarta, ‘Celia,’ de 23 años, hermana del ‘Argelio,’ también huída al monte, originó altercados entre los bandoleros. El hambre sexual se desató con toda su violencia. El desgraciado ‘Enrique’ vio cómo sus hijas, una vez tras otra, eran utilizadas sin el menor miramiento, para saciar a los forajidos. (Lucha 390)

La degradación y deformación discursiva de la guerrillera excede la del combatiente masculino, ya que a la criminalidad que el discurso franquista atribuye a este último, se añade una transgresión incompatible con aquellos parámetros nacional-católicos que constriñen el comportamiento de la mujer a un número reducido de posibilidades. Como expresa Carmen Alcalde, “las mujeres que combatieron en el frente republicano eran ‘rojas.’ Seres peligrosísimos, sanguinarios. Ser miliciano era todavía algo inevitable dentro de nuestra guerra civil; pero ser miliciana, era inimaginable,

⁶⁰ Conviene destacar que algunas de las mujeres a las que se refiere Aguado, siguen vivas en la actualidad, como es el caso de Remedios Montero “Celia.” En sus memorias Historia de Celia. Recuerdos de una guerrillera antifascista, publicadas en el año 2004, la autora contradice la información que aporta Aguado: “El franquismo ha querido desprestigiarnos haciendo ver que sólo estábamos allí para entretenimiento y satisfacción de los hombres de la guerrilla, pero pese a tantos y tantos palos que hemos recibido al detenernos porque querían que así lo dijéramos y quedase constancia en los expedientes, nunca lo consiguieron y hemos dejado bien claro ante todos esos torturadores que nunca hemos sido más respetadas en la vida por nadie como nos respetaron ellos” (25).

extraterrestre” (Mujer 169).⁶¹ La transgresión cultural y biológica que supuestamente implica la participación de mujeres en la lucha armada produce un desajuste entre los modelos de representación de los aparatos represivos y la realidad extradiscursiva. Como consecuencia, el discurso franquista representa a la guerrillera como un elemento masculinizado y, por extensión, como una degeneración biológica. Esta deformación se refleja, por ejemplo, en las órdenes generales de la Guardia Civil, como puede observarse en la número 21, dada en Madrid el 22 de abril de 1947 y publicada en el Boletín Oficial de la Guardia Civil del mismo mes y año, en la que se reconoce la labor del número Ezequiel Ayuso— de la 105 Comandancia, provincia de Córdoba— por dar muerte a un supuesto bandolero y por detener “a una mujer que, vestida de hombre, formaba parte de la citada partida” (236). Del mismo modo, en la Orden general número 38, publicada en el Boletín Oficial de la Guardia Civil de julio de 1948, se destaca el valor del Capitán de la 105 Comandancia Eduardo Cortés Corbeña tras eliminar a “dos hombres y dos mujeres que portaban traje masculino, autores de diversos hechos vandálicos” (410).

El discurso represivo franquista identifica también a las guerrilleras en base a la relación—principalmente sexual— que mantienen con sus compañeros. De acuerdo a la Orden General número 11, por ejemplo, publicada en el Boletín Oficial de la Guardia Civil en febrero de 1947, en la que se relata una actividad contraguerrillera que culmina con éxito en Loja (Granada): “Resultaron muertos el ya citado bandolero ‘Peste,’ otro apodado ‘el Castilla,’ ... y la amante del primero, mujer de acción que ayudó activamente

⁶¹ Según indica Danièle Bussy, las mujeres republicanas se representan en el discurso franquista como “viragos, sluts, monsters, bloodsuckers ... they were responsible for the catastrophe, it was alleged, because it was they who had destroyed the Christian family and besmirched the chastity of the rest of Spanish women” (Women 191).

con las armas en la mano a los bandoleros” (106).⁶² La condición de ser amante de un guerrillero es motivo suficiente para su eliminación incluso cuando no se trate propiamente de una combatiente, como refleja la Orden General número 59 publicada en enero de 1948. En esta orden se narra cómo los guardias civiles Germán Sánchez Montoya y Francisco Pérez Serrano dan muerte a la supuesta amante del guerrillero “Timochenko,” en compañía de este último y de otro combatiente: “viéndose obligada la pareja a dar muerte a los dos citados bandoleros, así como a la hija de la portera, amante de “Timochenko” (48).

La deformación de la guerrillera como manifestación de una transgresión biológica y social puede observarse también en el caso de Teresa Pla Meseguer, conocida como “la Teresona,” “la Pastora,” “el terror de Gúdar,” y “el terror del Caro.” Como prueba irrefutable de su degeneración física y moral, el discurso pseudo-historiográfico franquista difunde la fotografía de esta combatiente, como si esta evidencia corroborase de forma incontrovertible su degradación. Aguado, por ejemplo, enfatiza las dudas que suscita Teresa Pla cuando, al ser detenida, no es reconocible en función de su género: “Su identificación presentó en principio algunas dudas. Vestía de hombre y por su contextura viriloide y el tiempo transcurrido había experimentado un gran cambio en su fisonomía” (Maquis 393). Del mismo modo, el discurso literario mantiene la representación masculinizada de este personaje, como puede observarse en La Pastora, de Manuel Villar Raso, novela que, a pesar de publicarse en 1978 y de adoptar una postura antifranquista,

⁶² La identificación de la guerrillera en función únicamente de su relación a un guerrillero puede observarse también en el texto de Aguado, como refleja el siguiente ejemplo, en el que el único componente de una partida que no es reconocido de acuerdo a su nombre de guerra es una mujer, la cual se identifica solamente como la manceba de uno de los guerrilleros: “En 1943, en el triángulo Villarrobledo-Munero-Ossa de Montiel, aparecen dos grupos de merodeadores. El primero integrado por el ‘Meri,’ el ‘Ratón’ y el ‘Celestino,’ y el Segundo mandado por el ‘Granaíno,’ con ‘Zampo’ y ‘Paulino,’ más la manceba del primero” (Maquis 443).

reproduce los parámetros de representación dominantes durante la dictadura. Al carecer supuestamente de género definido, esta obra se refiere a la protagonista, de forma aleatoria e inconsistente, como un personaje masculino o femenino, como reflejan su identificación, gramaticalmente contradictoria, como “la guerrillero” (19) o la dedicatoria inicial del autor a esta combatiente: “Homenaje a Teresa (Florencio) Pla Messeguer y a tantos patriotas que como ella (él) lucharon desinteresadamente” (7). De acuerdo a esta novela, Teresa Pla transgrede todo parámetro de comportamiento que el discurso franquista impone sobre la mujer “en su elevado y santo destino de esposas y madres” (Conmemoraciones 47-48). Con objeto de resaltar esta transgresión, el narrador alude a sus costumbres ordinarias, sin eludir los aspectos más puramente biológicos de acuerdo a una terminología que degrada al personaje: “Dios sabe por qué ella era así, por qué se comportaba como un hombre, por qué cagaba como ellos, hablaba con su misma voz... por qué hacía sus mismos trabajos, bebía un azumbre de vino al día, por qué tenía aquella fuerza que a las mujeres asustaba” (9). En base a esta representación, Teresa Pla se define como “un monstruo mítico,” (19) como “el hecho de degradación más insólito ocurrido en estas tierras” (19): el de una guerrillera que es más fuerte, enérgica y astuta que cualquier hombre (20-21).

La representación de la mujer como un elemento marginal dentro de la lucha armada, puede observarse también en La sierra en llamas. En esta novela, los guerrilleros perciben a “La Juanina,” una de sus enlaces—o una guerrillera del llano, según la terminología que emplea este colectivo— con sorna y repulsión. A pesar de no ser prostituta, este personaje mantiene relaciones sexuales con miembros de distintas partidas, por lo que éstos la denominan como “la novia de todos los guerrilleros” (236). Como consecuencia, los combatientes comparten también las mismas enfermedades

venéreas, siendo este factor, y no ninguna consideración ética o moral, lo que les lleva a prescindir de los favores de “La Juanina.” Como indica “el Tigre” a “el Aviador”—guerrilleros pertenecientes a distintas partidas— cuando el último pregunta al primero sobre el personaje femenino: “Hace más de un año que no hemos vuelto. La última vez nos salieron unos granos a todos y la cogimos asco” (237).⁶³ De forma similar, en La Pastora, la protagonista se representa como un objeto sexual que satisface voluntariamente las necesidades de sus compañeros. Esta función refuerza además la seguridad de la guerrilla, al prevenir la visita de los guerrilleros a las prostitutas locales, con el peligro que ello conlleva de ser capturado o eliminado, circunstancia que impulsa a la Pastora a perfeccionar su función sexual: “Ni Salomón sabía del amor tantos lances, puedo jurarlo, consciente de la importancia que para la guerrilla tenía el que todos aquellos hombres pudieran echar un polvo en un auténtico coño de mujer, en lugar de acudir a las cada vez más controladas, y por tanto arriesgadas putas de los pueblos” (Pastora 22).

Al igual que ocurre con la representación del guerrillero, el discurso franquista distingue a la guerrillera ideológica de la “roja.” A diferencia de esta última, la primera es capaz de mantener una relación sentimental de acuerdo a unos valores que se ajustan en lo esencial a aquéllos que promueve el orden franquista, como la monogamia y la feminidad, lo que la convierte en un elemento recuperable por parte del sistema dominante. En la novela de Ruíz Ayúcar este personaje es representado por Amapola—o

⁶³ La representación de la mujer republicana como foco de transmisión de enfermedades venéreas entre soldados y milicianos se refleja también en la Causa General, en la que se enfatiza la supuesta promiscuidad de los militantes comunistas durante los primeros meses de la confrontación declarada y las enfermedades que ello provoca: “La relación sexual desenfadada en los mismos frentes de combate entre milicianos y milicianas durante los primeros meses de la contienda llegó a despertar la alarma de los jefes militares rojos ante el estrago que las enfermedades específicas producían entre los milicianos que, en número considerable, tenían que ser evacuados a los hospitales antivenéreos” (387).

por Maruja, según su nombre de guerra— quien se enamora de Carmena bajo la supuesta identidad que asume el guardia civil como militante comunista. De forma similar a Arrás, Amapola participa en la guerrilla movida por un impulso ideológico, no por ninguna degeneración sexual o biológica. De hecho, este personaje habita en la ciudad como parte de una célula comunista y accede únicamente al monte de forma puntual para obtener información de los militantes de su agrupación que luchan en las partidas. A pesar del abismo ideológico que separa a este personaje de Carmena, este último corresponde al enamoramiento de la militante comunista, aún cuando es consciente de la imposibilidad de esta relación y del engaño que ello implica:

Sin pretenderlo, había encarnado el ideal de Maruja; unía la condición de guerrillero a los modales de una educación burguesa; había abandonado una vida cómoda para saltar a la sierra con un fusil en la mano, sin más móvil que los ideales comunistas. Era el príncipe azul, el luchador romántico, el héroe novelesco que en vano había buscado Maruja durante varios años de lucha clandestina. (156)

En función de la orientación ideológica de su amante, Carmena, una vez que revela su verdadera identidad como guardia civil infiltrado, no puede eliminarla como si fuera una bandolera; por el contrario, y movida por un impulso más pasional que ideológico, es ella quien no duda en darle un tiro. Al igual que en el caso de Arrás, el protagonista trata de librarla del final que le espera al resto de los componentes de la partida, propósito que se frustra ante el inicio inminente de la operación contraguerrillera que diseña el propio Carmena.⁶⁴ De este modo, el protagonista concluye su misión como un héroe que, ni siquiera en las circunstancias más adversas es capaz de aniquilar a un ser humano, es decir, a un individuo no degradado a la condición de rojo, aun cuando ello conlleve su

⁶⁴ En este intento, Carmena trata de sacar a Maruja del caserío en el que se encuentran los guerrilleros antes de que comience el asedio de la Guardia Civil. Su obcecación por maquillarse antes de abandonar la casa impide que el protagonista pueda llevarla a tiempo a un lugar seguro.

propia muerte: “Manolo dirigió hacia ella la “metralleta,” pero en seguida inclinó la boca del arma hacia el suelo y una sonrisa amarga se dibujó en su boca... Maruja se echó la escopeta a la cara y disparó” (255).

La representación de la guerrillera no ideológica de acuerdo a un comportamiento sexual promiscuo y carente de todo valor emocional constituye— al igual que el proceso de formación del guerrillero, su representación animalizada o su denominación como maquis— un elemento que tiende a reproducirse en la literatura post-franquista. Así, la literatura sobre el maquis reduce frecuentemente a la mujer a la función de novia del guerrillero, de enlace o de prostituta. En El puente de hierro, por ejemplo, novela escrita por César Gavela y publicada en 1998, la mayor parte de las mujeres que colaboran con la guerrilla se limitan a actuar como enlaces y como objeto de satisfacción sexual de los guerrilleros y de los guardias civiles. En esta novela, el cuerpo de la mujer constituye el único espacio libre de confrontación entre estos personajes pues, al margen de toda contraposición ideológica, social o política, ambos recurren a las mismas prostitutas a la hora de satisfacer sus deseos sexuales. Dora de Ley, por ejemplo, tras pasar un tiempo en el monte, se infiltra dentro del orden social como prostituta. Esta posición le permite acceder a una información privilegiada a través de los contactos sexuales que mantiene con la Guardia Civil y que transmite a los guerrilleros cuando éstos recurren a ella para obtener los mismos favores que sus enemigos: “Dora de Ley había estado en la guerrilla antes de venir al llano y trabajar de puta en casa de Albina Lobo, donde buscaba información de los guardias y de los agentes secretos del comandante Aldán, pues era sabido que visitaban con frecuencia la casa” (Puente 62). A pesar de su importancia, la función de este personaje en la guerrilla es en todo momento marginal, ya que limita a actuar como agente de información y de satisfacción sexual. Cuando Dora decide

reintegrarse en la lucha armada junto a Marcos, un cliente del que se enamora, sus compañeros la perciben como un estorbo dado que, por un lado, es un elemento infiltrado que ha sido descubierto—un enlace quemado— y, por otro, una mujer que limita su función sexual a la satisfacción de un solo individuo, por lo que pierde todo su valor funcional para la guerrilla. Como consecuencia, los guerrilleros eliminan a Dora y a su amante e incineran sus cadáveres junto a los de unos guardias civiles muertos en una confrontación reciente: “A la noche los asesinaron de un tiro en la nuca... O eran infiltrados o eran un estorbo, fue todo lo que objetó Silverio Parra al arrastrar sus cuerpos inertes y ensangrentados a la pira donde se calcinaron los restos del teniente Nacienceno” (Puente 98). Como muestran estos ejemplos, el discurso represivo franquista establece parámetros ideológicos que, de forma más o menos consciente, se reproducen en el discurso post-dictatorial. De hecho, a la hora de caracterizar a los personajes, este último discurso se ajusta a marcos conceptuales basados en la elección de ciertos elementos, como la sexualidad de los guerrilleros y de las guerrilleras, o en su exclusión, como el carácter revolucionario de la guerrilla.

Tras privar de toda dimensión ideológica a los guerrilleros y degradarlos a la condición de remanentes físicos— de animales— y de degenerados sexuales, el discurso franquista reduce a estos individuos, por un lado, al balance numérico— al cuerpo contable— y, por otro, al mito y a la leyenda local, perspectivas que ignoran el proyecto revolucionario de la guerrilla y la subjetividad de sus componentes. Esta concepción de la guerrilla determina en gran medida su representación en el discurso anti-franquista que se limita frecuentemente a revertir— a modo de calcetín— la articulación dominante durante la dictadura, es decir, a mostrar el anverso de una concepción de la realidad a la que se opone, pero sin desestabilizar ni cuestionar los parámetros que la constituyen

originalmente—el material de esta prenda. Así, por ejemplo, en relación al dato numérico, el discurso antifranquista se centra frecuentemente en la producción de nuevas estadísticas que restan validez a un discurso que, de antemano, carece de rigor investigativo, mientras que, en cuanto al mito, se limita a contraponer el héroe romántico de cartón piedra al bandolero. No obstante, el discurso antifranquista mantiene por lo general el mismo núcleo ideológico que el discurso anterior, es decir, una terminología y unos parámetros de inclusión y exclusión predeterminados. Como consecuencia, el estudio de la guerrilla se encuentra dominado, aún en el presente, por la rigidez estadística y, en el mejor de los casos, por la opinión pública de individuos que han tomado parte en la lucha pero cuyo relato biográfico permanece supeditado a unas exigencias editoriales que no establecen una ruptura clara con respecto al discurso anterior. Estas narrativas, al igual que hace el discurso franquista, privan a la guerrilla de todo principio de fidelidad ideológica al proyecto revolucionario y popular que dota de sentido a la lucha armada; de hecho, la representación antifranquista de la guerrilla se ajusta a la lógica de la parapolítica, es decir, a la despolitización del conflicto en un espacio de representatividad que acaba reduciendo este fenómeno al conocimiento enciclopédico y a una práctica museística y de mercado libre de superficies problemáticas.

Penetrar en la subjetividad de los guerrilleros, en su lenguaje, en sus proyectos, en sus pasiones y en los paroxismos de su experiencia implica entrar en aquello que se halla excluido de la representación y que no está sobredeterminado por los mecanismos de representación del Estado. El análisis de estos factores requiere la recuperación de listas bibliográficas que, en muchos casos, nunca han sido publicadas en España, o que emergen, de forma excepcional en los años inmediatamente posteriores a la muerte del

dictador. Se trata de representaciones que no están determinadas por los mecanismos dominantes y que mantienen su fidelidad al fenómeno en cuestión. Más aún, el estudio de la guerrilla debe incluir, necesariamente, un análisis de sus textos políticos y propagandísticos. Estos textos permanecen restringidos como material de archivo y, en muchos casos, y a pesar del tiempo transcurrido, siguen sin figurar en ningún catálogo de descripción. La recuperación de estos discursos conlleva la posibilidad de articular una representación alternativa de este fenómeno, y por consiguiente una comprensión del mismo en base a elementos que forman parte de su multiplicidad y que subyacen bajo discursos que favorecen la desideologización y la deformación de la guerrilla.

Capítulo 2

La mirada militante: la guerrilla que transformará el mundo

En noviembre de 1948, Joseph Stalin convoca una reunión con el Comité Central del Partido Comunista de España (PCE) en la que sugiere a sus máximos dirigentes abandonar la guerrilla en la península tras años de intensa labor política y propagandística, propuesta que justifica el líder soviético en base a la necesidad de intensificar el trabajo del partido entre las masas. Bajo esta recomendación aparentemente táctica se oculta la necesidad de silenciar la guerrilla como proyecto estrechamente vinculado a la cuestión agraria que, aún manteniéndose fiel a la política revolucionaria, difiere en su forma y contenido de la línea que marca el Kremlin. Mientras que la guerrilla española toma el agro como punto de partida del proceso revolucionario, el modelo soviético parte del proletariado y de la fábrica como epicentro del mismo. En base a esta diferencia, y ante el riesgo de que el PCE adquiriera un carácter político autónomo con respecto al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), la agrupación española abandona esta forma de lucha, así como el marco ideológico y discursivo en el que se concibe. A partir de este momento, y en contradicción con su discurso anterior, el PCE representa la guerrilla como un proyecto que se agota en la lucha contra el franquismo y que carece de valor ideológico y revolucionario. Así, si la representación franquista favorece la desideologización del guerrillero y su degradación a la condición de criminal, el discurso comunista desvincula a estos personajes de su proyecto ideológico mediante su identificación con la figura del huido. Estos modelos de representación silencian la confianza y la fe del guerrillero en la lucha armada como parte

de un proceso revolucionario. De hecho, la eliminación del factor ideológico en la representación de la guerrilla reduce su razón de ser a una resistencia desesperada, precisamente cuando la fe y la esperanza en la revolución constituyen el motor que impulsa su existencia y su práctica como colectivo político.

El modelo de Estado y de sociedad al que aspiran los guerrilleros requiere el análisis de los órganos de información de la guerrilla. Estos textos primarios ponen de manifiesto la aspiración de este movimiento de transformarse en un fenómeno de masas, superando su percepción como una reacción meramente defensiva que se agota en la lucha antifranquista. Más aún, el análisis del universo ideológico del guerrillero como sujeto militante requiere también el estudio de obras literarias independientes tanto del discurso franquista como del Partido Comunista, ya que éstos supeditan el factor ideológico a sus necesidades políticas y estratégicas. Aunque la literatura militante comprometida con la guerrilla se reduce a casos excepcionales, cabe destacar las novelas Juan Caballero, de Luisa Carnés y Cumbres de Extremadura, de José Herrera Petere, y las obras teatrales La hija de Dios y La niña guerrillera, de José Bergamín. Se trata de representaciones marcadas por la fidelidad a la guerrilla como parte de un proceso revolucionario que surge como consecuencia del problema de la tierra y que reflejan las aspiraciones de los combatientes y su percepción subjetiva de la realidad. Estos autores conciben la lucha contra el franquismo como parte de un fenómeno internacional de la lucha antifascista y defienden un modelo de democracia popular más cercano al proyecto revolucionario del Frente Popular que a la democracia representativa actual. Desde perspectivas independientes que, no obstante, parten de una misma realidad social y política, Bergamín, Carnés y Herrera Petere abordan la guerrilla como un fenómeno

eminentemente agrario y popular cuyo propósito es la transformación del paisaje político y social tras el establecimiento de la dictadura. Así, Bergamín parte de una perspectiva cristiana desde la que proyecta la esperanza en una transformación radical del sistema. Por su lado, Carnés y Herrera abren esta posibilidad de futuro desde el realismo social y desde la exaltación del campesinado como colectivo político cuya lucha mantiene la posibilidad de superar el régimen franquista y de restituir la centralidad que el Frente Popular confiere a este grupo socioeconómico durante la Segunda República. De hecho, estas obras niegan toda posibilidad de reconciliación con el enemigo tras la derrota militar y apoyan la vuelta a la confrontación armada en un sistema en el que, de acuerdo al discurso oficial, reina la paz. Más aún, desde la ruptura de toda posibilidad de reconciliación y desde el rechazo al distanciamiento estético, especialmente a la hora de representar la violencia, estas obras articulan un discurso que evade la deformación de la lucha armada tanto por parte del discurso represivo franquista como de la historiografía comunista. A diferencia de estos discursos, la literatura militante se articula dentro del marco conceptual en el que tiene lugar la lucha armada, por lo que el análisis de estos textos literarios permite una aproximación a este fenómeno que escapa a toda representación homogénea y predeterminada, y que pone de relieve el carácter eminentemente ideológico de un enfrentamiento que no se extingue con la derrota del frente republicano. Finalmente, la guerrilla se concibe como un fenómeno colectivo— en contraposición a la representación individualizada del guerrillero que predomina en el panorama cultural actual—cuyas acciones y proyectos están motivados por la confianza en una transformación política y social que resuelva el problema del agro y que ponga fin a la exclusión del campesinado como sujeto político.

La guerrilla como fenómeno revolucionario

En la actualidad, el discurso dominante sobre la guerrilla tiende a silenciar su condición como fenómeno revolucionario y favorece, por el contrario, su representación como un movimiento de huidos que se limitan a sobrevivir al margen de todo proyecto ideológico y de una estructura militar definida. Frente a esta representación, la recuperación del guerrillero como militante ideológico responde a la necesidad de abordar la guerrilla en función del proyecto revolucionario dentro del cual se concibe originalmente esta lucha, ya que, como indica Alain Badiou: “The central subjective figure of politics is the political militant” (*Metapolitics* 122). De hecho, la revolución constituye el eje de la configuración del guerrillero como militante ideológico, es decir, que determina la organización de sus ideas y su percepción de la realidad.¹ En lo que respecta a su carácter político, el discurso historiográfico actual restringe el fenómeno propiamente guerrillero a la temporalidad comprendida entre 1944 y 1948. El periodo que transcurre entre el final oficial de la contienda en 1939 y el supuesto inicio de la lucha guerrillera en 1944 actúa como demarcador entre estos dos fenómenos, lo que implica asumir que la guerrilla se encuentra desvinculada de la confrontación declarada (1936-1939). Más aún, el discurso dominante tiende a representar la guerrilla en España como un residuo de la Segunda Guerra Mundial que salpica a la península tras el final de este conflicto. Esta temporalidad, en la que la guerrilla adquiere su máximo nivel de actuación y organización, se corresponde con su regularización política por parte del PCE. No obstante, la delimitación de la guerrilla al periodo en cuestión le resta valor ideológico como fenómeno que continúa de forma espontánea el proceso revolucionario

¹ Según indica Althusser, la ideología es “el sistema de ideas, de representaciones, que domina el espíritu de un hombre o un grupo social” (*Ideología* 136).

que propugna el Frente Popular durante los años treinta y que subsiste más allá de la disolución de esta coalición durante la confrontación declarada. De hecho, esta delimitación temporal reduce la guerrilla a un subcapítulo de la historia del PCE que, por lo general, o se pasa por alto o se menciona rápidamente a modo de información introductoria.

En lo que respecta al periodo comprendido entre 1939 y 1944, es decir, entre la finalización oficial de la confrontación armada y la invasión del Valle de Arán, la guerrilla no se limita a la supervivencia física de sus componentes—aspecto que, no obstante, caracteriza a los huidos. Por el contrario, las distintas partidas actúan como grupos organizados política e ideológicamente, aún cuando carezcan de un operador superordinado que dote de cohesión a las distintas agrupaciones guerrilleras a nivel nacional y que las vincule al panorama político internacional. Así, los guerrilleros se encuentran frecuentemente supeditados a un operador político-militar que organiza los propios combatientes y que denominan Estado Mayor. Los estados mayores limitan su influencia a espacios geográficos regionales, lo que permite una coordinación básica entre las distintas partidas que operan en una misma zona, como ocurre con las agrupaciones de Levante y Aragón, Asturias, Galicia, Andalucía, etc. Según Carlos Reigosa, por ejemplo, los grupos guerrilleros que operan en León constituyen en 1942 una federación de guerrillas a la que “cada guerrillero debía rendir cuentas de sus actuaciones y de la adecuación de las mismas al objetivo común definido por los órganos soberanos de la guerrilla” (Agonía 55). Más aún, incluso antes de su supeditación al PCE, algunas partidas disponen, aunque de forma más restringida que tras 1944, de sus propios órganos de prensa como, por ejemplo, de la publicación ciclostilada Crisól, cuyo primer

número se edita el 15 de marzo de 1942.² Este ejemplar denomina a los resistentes que permanecen en la península como “heroicos guerrilleros” (1) y los anima a formar—siguiendo la política del Frente Popular— una unidad nacional que potencie su efectividad en la lucha política e ideológica contra el régimen y contra el fascismo en general. Según expresa T. Rosado, no se trata de un movimiento de resistencia pasiva, pues los guerrilleros “no solo se defienden, sino que atacan y buscan al enemigo para hacerle sentir el peso de la justicia del pueblo. Sus objetivos no están limitados a asegurar su existencia sino que se van encaminando hacia la lucha creciente contra los enemigos de la libertad de España” (Guerrilleros Asturias 18).³

A nivel ideológico, las acciones guerrilleras afirman ante el régimen, la población civil y la opinión internacional la existencia de un movimiento que se resiste a abandonar la lucha armada y el proyecto revolucionario del Frente Popular tras la derrota del ejército republicano. En este sentido, no se trata de partidas de bandoleros, como destaca continuamente el régimen, sino de enemigos políticos y militares. A pesar de emplear una terminología criminal para referirse a los guerrilleros, el orden franquista procesa las acciones de éstos, no de acuerdo a un sistema jurídico civil o penal, sino en base a un código militar y mediante consejos de guerra, aspecto que refleja, de forma contraria a como afirma sistemáticamente la propaganda del régimen, la percepción de estos individuos como enemigos militares.⁴ Finalmente, el carácter militar y político de las

² Las distintas agrupaciones guerrilleras editan un total de 42 periódicos. Estas publicaciones se suman a su vez a Mundo Obrero y Nuestra Bandera, órganos del PCE, y Treball, publicación oficial del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), los cuales sirven frecuentemente a la lucha guerrillera. En el caso de los periódicos guerrilleros, éstos se producen a ciclostil, imprenta o incluso como manuscritos, incluyendo noticias de las actividades guerrilleras en España, de la situación política nacional e internacional, etc.

³ T. Rosado firma este artículo empleando únicamente la primera inicial de su nombre.

⁴ En lo que respecta a las acciones contra el sistema ferroviario, por ejemplo, uno de los objetivos estratégicos de la guerrilla—y según indica el Boletín Oficial de la Guardia Civil de marzo de 1941—

actividades guerrilleras en el periodo comprendido entre 1939 y 1942 se muestra también en los aparatos empleados para su represión: si bien a partir de esta segunda fecha el cuerpo encargado en la lucha contraguerrillera es la Guardia Civil, en los tres años anteriores esta labor la llevan a cabo unidades del ejército regular. Como indica Alfonso Domingo, tras la invasión del Valle de Arán en octubre de 1944, “hubo una clara voluntad de no vincular al Ejército en esta lucha... Eso habría significado el reconocimiento de una fuerza armada combatiente contra el nuevo régimen que había derrotado al Ejército republicano” (Canto 25).

Aunque la agrupación comunista y los grupos de combate son estructuralmente independientes, a partir de 1944, y tras la invasión del Valle de Arán, el PCE se establece como su principal operador ideológico, por lo que a partir de este momento, esta agrupación ejerce un amplio grado de influencia sobre las publicaciones guerrilleras y sobre la percepción de los combatientes de la situación política nacional e internacional. No obstante, si bien el PCE trata de ajustar la guerrilla a sus principios y proyectos ideológicos, por otro lado mantiene una distancia estructural con respecto a este fenómeno y limita el número de militantes que se integran en las partidas. De hecho, de comprometerse militarmente con la lucha armada, el PCE podría enfrentarse a un fracaso que se añadiría sobre la desmoralización que causa la derrota del Ejército Republicano y que reduciría drásticamente el número de militantes.⁵ Por consiguiente, y en base a la autonomía militar de la guerrilla, en aquellos casos marginales en los que el discurso del

“corresponde a la jurisdicción de guerra el conocimiento de todos los procedimientos que se incoen con motivos de accidentes ferroviarios, cualquiera que fuera la causa u origen de los mismos” (90).

⁵ Como observación significativa, y a diferencia de los instructores ideológicos del partido, sus dirigentes militares operan desde la distancia, no en los núcleos guerrilleros, hasta el punto de que Líster y Modesto, encargados de organizar la guerrilla en España, actúan, según indica Serrano, como “generales por correspondencia” (Maquis 165).

PCE alude a la lucha armada, esta organización no aborda su estructura militar. Más aún, el órgano político-militar al que supuestamente se encuentra supeditada la guerrilla no es el PCE, sino otras organizaciones que actúan como aparatos de mediación entre este partido y los combatientes, como la UNE, la Junta Suprema de la Unión Nacional (JSUN) o los distintos estados mayores que se encuentran repartidos por la geografía española. Como refleja Nuestra Bandera, en el número correspondiente a enero de 1945, y según cita Andrés Sorel, “Nuestro deber... es sostener la lucha heroica iniciada por los guerrilleros, engrosar las filas de éstos y ayudarles con todo género de acciones y luchas obreras y populares (qtd. in Guerrilla antifranquista 74). Por consiguiente, y a pesar de la exaltación de los guerrilleros como héroes por parte del PCE, esta agrupación percibe a los combatientes como elementos ajenos a su organización, es decir, como un ensamblaje externo que, ante un cambio de estrategia, pueda desecharse sin que ello suponga un coste insuperable para el partido y sin que sea preciso llevar a cabo un proceso de depuración interna que debilite a la organización.

Si bien la guerrilla encuentra en el PCE un punto de apoyo, especialmente cuando el resto de las agrupaciones políticas españolas se desentienden de esta forma de lucha, los combatientes encuentran en otras tendencias comunistas no ortodoxas una línea más coherente con el proyecto revolucionario que tratan de llevar a cabo. Así, por ejemplo, en el caso del programa revolucionario que plantea el PCE durante la confrontación declarada, José Díaz propone la necesidad de formar un ejército popular y utiliza como ejemplos los modelos chino y soviético: “Todos los ejércitos nacidos de las entrañas del pueblo han sido instauradores materiales de una política de contenido popular... Eso fue y es el Ejército Popular de la Unión Soviética; eso fue y es el Ejército que lucha por la

independencia de China” (Guerra 72-73). De hecho, los guerrilleros perciben su lucha dentro de un proyecto más amplio de carácter transversal, según se deduce del interés que manifiestan sus órganos de información, no por los movimientos de resistencia defensiva—como puede ser el maquis francés— sino por aquéllos que, partiendo de la cuestión agraria, impulsan un proyecto revolucionario, particularmente de los procesos que tienen lugar en Yugoslavia y en China.⁶ En base a la información que aporta el discurso primario de la guerrilla, los movimientos revolucionarios que tienen lugar en la península y en el país balcánico se perciben como paralelos, ya que ambos responden a un doble proyecto: a la lucha contra el fascismo y el nazismo—como objetivo más inmediato— y a la necesidad de implantar una república popular de corte revolucionario en la que el campesinado pase, de no estar representado, a adoptar una función política central.⁷ Desde una perspectiva teórica, estos referentes no se perciben como incompatibles hasta la emergencia de la crisis titista en 1948. A partir de este momento, el PCE silencia esta bilateralidad ante la crisis que inicia el PCY y en vista también al abandono de todo proyecto revolucionario por parte de los partidos comunistas integrados en el bloque soviético tras la reunión del Buró de Información que tiene lugar

⁶ Como procesos vinculados a la política revolucionaria, y particularmente, a la revolución de 1917, los movimientos guerrilleros que tienen lugar en España, Yugoslavia y China constituyen secuencias discontinuas que se mantienen fieles al acontecimiento en cuestión pero que difieren de su representación por parte del discurso comunista oficial. Así, si la guerrilla se mantiene fiel a la revolución como proceso genérico de verdad, es decir, como movimiento que construye sus propios significados, el discurso oficial que adoptan el PCUS y el PCE reduce esta verdad a su aprehensión por parte de un conocimiento enciclopédico que, al supeditar la acción a la teoría, anula la espontaneidad del proceso revolucionario. De hecho, el discurso comunista ortodoxo reduce la revolución a la experiencia de octubre de 1917 y rechaza toda particularidad que no sea una observación fiel a la misma. De este modo, el discurso estalinista reemplaza la fidelidad a la revolución como acontecimiento por el compromiso con su representación.

⁷ Tras la emergencia de la crisis titista, Carrillo critica precisamente el carácter agrario del proyecto yugoslavo. De acuerdo al dirigente español, el PCY se apoya sobre la burguesía rural, sin distinguirla del campesino común, como se expresa en “A la luz del comunicado de Bucarest:” “El campesinado no constituye una clase única, sino que está formado por diversos grupos sociales que van desde el campesino pobre, sostén del proletariado, hasta el campesino que explota a muchos obreros agrícolas, el campesino capitalista, enemigo de clase por lo tanto. Los dirigentes yugoslavos pasan por alto esa diferenciación de clases en el campo y consideran a los campesinos individuales como un todo único” (453).

el 16 de junio de 1948 en Bucarest, en la que se adoptan medidas contra la agrupación yugoslava.⁸ De hecho, el 8 de julio de 1948, el PCE publica en el número 24 de Mundo Obrero la resolución que se adopta en la reunión anterior. En este mismo mes, y de forma más comprometida, Carrillo publica en Nuestra Bandera su artículo “A la luz del comunicado de Bucarest,” iniciando una caza de brujas contra toda manifestación titista dentro del PCE que se extiende, con especial intensidad, a los grupos guerrilleros.⁹

Con objeto de desligar la lucha armada en España de estos modelos rupturistas, el PCE implementa una doble estrategia que, de forma complementaria, trata de reducir todo desviacionismo ideológico y militar por parte de la guerrilla. En primer lugar, el discurso del PCE desvincula este fenómeno de su anterior proyecto revolucionario y lo interpreta como una continuación de la resistencia francesa contra los nazis, aspecto que revela la instrumentalización de la lucha armada de acuerdo a las necesidades internas del partido. Esta organización exalta la importancia de factores circunstanciales que no implican en ningún momento una relación de continuidad o de similitud entre estos movimientos, especialmente en lo que se refiere a su carácter ideológico, como son la proximidad geográfica y la presencia del Comité Central del PCE en este país. La identificación de la guerrilla española como una extensión de la resistencia en Francia favorece el silenciamiento del proyecto ideológico de la primera ya que, en base a este

⁸ Esta ruptura se produce en parte en base al éxito de los partisanos yugoslavos, cuya guerra de guerrillas culmina con la formación de un ejército popular que logra expulsar a los Nazis del país balcánico. Ante la falta de apoyo sustancial por parte del ejército soviético, el PCY declara su autonomía con respecto al PCUS, rechazando en 1948 la resolución del Buró Comunista de Información—conocido como Kominform—de alinearse con respecto al bloque comunista internacional e iniciando el periodo conocido como inforburo—denominado también por el discurso estalinista como crisis titista—que se extiende hasta 1956.

⁹ Como indica Carrillo en “A la luz del comunicado de Bucarest,” “Está fuera de duda, como vamos comprobando, que la discusión del comunicado del Buró de información sobre la situación del Partido Comunista de Yugoslavia ofrece una amplia oportunidad a los comunistas españoles de profundizar en los defectos que han aparecido en un tiempo en nuestro propio partido, y cuyas consecuencias no han sido totalmente liquidadas aún” (307).

paralelismo, su actividad se limita, supuestamente, a la lucha antifranquista y sus propósitos a la restauración del orden anterior, como si fuese un calco del modelo francés. De hecho, la resistencia francesa no se identifica ni con un proyecto revolucionario, ni tiene como objetivo la instauración de una república popular, sino que se limita a la contención del enemigo hasta la intervención de los aliados, lo que la distingue tanto de la experiencia española como yugoslava. Así, el galicismo maquis que se emplea para designar a la guerrilla española subraya esta identificación, aún cuando el propio movimiento guerrillero—como puede observarse en sus órganos de información y en los testimonios de los combatientes—no utilice en ningún momento este préstamo lingüístico ni se conciba como una continuación del mismo. Como expresa Julián Ramírez, participante en la resistencia antinazi francesa y en la guerrilla española— y según se recoge en las actas del V Congreso sobre el maquis en Santa Cruz de Moya— el empleo del término maquis constituye “un intento político de hacer creer a la gente que la lucha guerrillera en España no tenía nada de española, que venía de Francia concretamente” (Actas 105). Igualmente, el guerrillero Francisco Martínez “Quico” expresa su inconformidad con el uso de este término para referirse a la guerrilla en España, pues ésta surge antes que la resistencia francesa: “¿Cómo se puede hablar de ‘maquis’ en esas fechas si ‘los maquis’ franceses no surgen antes del año 1941-42?” (Actas 110).

Tras la línea de actuación que propone Stalin al Comité Central del PCE en 1948, el partido opta por abandonar la lucha guerrillera y por infiltrarse en los sindicatos verticales autorizados por el Estado franquista. Esta modificación supone el abandono de la cuestión agraria como eje del proyecto revolucionario en España y, por consiguiente, la

transformación de los guerrilleros en elementos redundantes pues “para las tareas que surgían en la nueva situación, perdía su razón de ser la lucha guerrillera” (Historia 237).

De hecho, el modelo que propone Stalin, según declara Carrillo a Débrays, es el de los bolcheviques rusos:¹⁰ “Vous faites la guerrilla, mais pourquoi ne travaillez-vous pas dans les organisations de masse légales! Votre travail de masse dans ces organisations est très faible. L’expérience bolchevique prouve qu’il faudrait le faire” (Demain 100).¹¹ Como consecuencia, el PCE desvía su atención hacia el proletariado urbano que, en el caso de España, se concentra fundamentalmente en el campo de la metalurgia, de los textiles y de la industria pesada.

Una vez que se desvincula del proyecto guerrillero, el PCE representa la guerrilla como un movimiento de supervivencia desesperada, como una locura que no responde a ningún propósito ideológico (Demain 98). Con objeto de silenciar el proyecto revolucionario dentro del cual se concibe la guerrilla, esta agrupación generaliza el modelo del huido como elemento representativo de la lucha armada. Según indica un documento que emite el Comité Central del PCE el 1 de abril de 1959 con motivo del XX

¹⁰ Carrillo promueve directamente el modelo que propone Stalin, como puede observarse en su artículo “Sobre las experiencias de dos años de lucha” publicado en el número 31 de Nuestra Bandera, correspondiente a los meses de noviembre y diciembre de 1948: “Toda nuestra experiencia en este periodo nos ha enseñado a comprender cuán acertada era la táctica del partido bolchevique y que esa táctica es válida en todas circunstancias parecidas, para cualquier Partido Comunista. El ejemplo de los bolcheviques debe servirnos para dar toda su importancia a la cuestión de saber combinar hábilmente las formas legales e ilegales de lucha” (837).

¹¹ La experiencia a la que alude Stalin y que menciona Carrillo se refiere a la resistencia contra la fracción otsovista que tiene lugar tras la derrota bolchevique de 1905. Los otsovistas renuncian a trabajar en las organizaciones de masa legales, estrategia que permite a los bolcheviques ligarse a las masas. Por consiguiente, la recomendación de Stalin se ajusta a un modelo previo basado sobre la experiencia soviética y que antecede incluso a la revolución de octubre de 1917, siguiendo la necesidad expuesta por Carrillo en su artículo “Sobre las experiencias de dos años de lucha,”—publicado en Nuestra Bandera en noviembre de 1948— de “ir a la historia del Partido Comunista bolchevique y contrastar sus enseñanzas con nuestra propia y particular experiencia” (839). En base a este modelo, aquellos militantes que se mantienen fieles a la revolución son equiparados a un referente anti-revolucionario, los otsovistas, por lo que el modelo bolchevique que sugiere Stalin implica una tergiversación de la guerrilla como un fenómeno que, en última instancia, dificulta la revolución. No obstante, si en el caso soviético la inserción en los aparatos legales facilita la revolución, en el caso de España, esta estrategia implica la anulación de esta posibilidad, lo que muestra la incompatibilidad del modelo soviético con el proyecto revolucionario que tiene lugar en España.

aniversario del final de la confrontación declarada, “al final de la guerra, centenares de combatientes republicanos hubieron de optar entre ser fusilados, como lo fueron decenas de miles, o refugiarse en las montañas para defender sus vidas. Así nació el movimiento guerrillero, que durante la década del 40 fueron engrosando otros antifranquistas fugitivos de la represión” (qtd. in Cómo destruyó 43). El PCE acusa también a los guerrilleros de adoptar actitudes sectarias—principalmente titistas—y de dificultar la relación del partido con las masas, por lo que, en última instancia, esta ruptura se atribuye al subjetivismo de los guerrilleros: “La aprobación de la nueva táctica en 1948 inició un viraje en la vida del Partido; representó la superación de cierto subjetivismo que había existido anteriormente en la apreciación de las consecuencias desmoralizadoras que la derrota había tenido en amplios sectores del pueblo, llevándoles a perder la confianza en sus fuerzas” (Historia 238).

La falta de un proyecto de disolución de la guerrilla genera el desacuerdo sobre la fecha en que se produce este cambio de estrategia entre distintos historiadores y dirigentes políticos, al no haber disponibles— al menos hasta el momento— documentos oficiales del PCE que permitan aclarar esta cuestión. Secundino Serrano sitúa este viraje en 1947—con anterioridad incluso a la reunión de Stalin con el Comité Central el PCE— Ibárruri y Romeu Alfaro en 1948—al igual que se mantiene en la Historia del Partido Comunista— Santiago Carrillo en 1949, Paloma Aguilar en 1950, William Pomeroy en 1951, etc. Como indica Serrano, por ejemplo, entre 1949 y 1952 sólo quedaban en los montes “huidos sin esperanza” (Maquis 384). En desacuerdo con estas afirmaciones, el partido promueve la lucha armada hasta 1952, según se manifiesta en los órganos de información y propaganda de la guerrilla. Durante este periodo esta agrupación adopta

incluso una función más activa en la composición de las publicaciones guerrilleras, como refleja la colaboración habitual de militantes de élite del partido, como Dolores Ibárruri o Enrique Líster, y la notable mejora de la calidad editorial.¹² Más aún, la guerrilla mantiene su actividad incluso más allá del abandono de la lucha armada por parte del PCE; de hecho, tras 1952, existen grupos guerrilleros que operan hasta su agotamiento definitivo aún cuando, tras trece años de lucha y tras sufrir una drástica reducción numérica, actúen de forma descoordinada y sin aparatos de información y propaganda.¹³ Por consiguiente, no es posible determinar la fecha exacta en la que se disuelve la guerrilla, pues se trata de un fenómeno que se resiste a ser reducido a la contextualización espacial y temporal que exige el discurso historiográfico.

El silenciamiento del factor ideológico en la representación de la guerrilla genera un vacío en la concepción de este fenómeno que se extiende a la representación consensual del mismo tras la instauración de la democracia. Si bien el discurso del PCE no oculta su compromiso con el proyecto de reforma agraria durante la Segunda República y la confrontación declarada, de forma significativa, omite toda vinculación a la política revolucionaria tras la instauración de la dictadura, pues ésta se opone al programa de reconciliación nacional que propugna el partido a partir de 1956 y que le

¹² En relación a este último aspecto, frente a la escasa calidad de los textos mecanografiados— e incluso manuscritos— que caracteriza a los órganos de información de la guerrilla durante su periodo de máxima actividad, en esta etapa final estos órganos llegan a incluir material fotográfico. Así, por ejemplo, la publicación *Ataque* de febrero de 1950 incluye las fotografías de los guerrilleros José Gómez Cahoso (Juan) y de Antonio Secane (Julián), mientras que en el siguiente número, editado en marzo del mismo año, expone un retrato de Ibárruri como portada.

¹³ El único material disponible para el estudio de la guerrilla durante este periodo se reduce a informes y partes de la Guardia Civil que no aluden a la condición ideológica de esta lucha más allá de la calificación de sus componentes como rojos. Así, por ejemplo, según un archivo interno que se encuentra en el Centro de Estudios Históricos de la Guardia Civil, titulado “Bandoleros, enlaces y colaboradores detenidos por fuerzas de la Guardia Civil,” en el que se incluye material fotográfico— se acusa al guerrillero Pedro Antonio Sánchez Martínez, de “la voladura de tres torretas de conducción de energía eléctrica de alta tensión, hecho efectuado el día 24-7-1962, en las inmediaciones del barrio Fals, término municipal de Fonollosa” (no numerado).

sirve posteriormente de basa de negociación para su inserción en el sistema democrático tras la muerte de Franco. Más aún, este silenciamiento revela la disposición del PCE a integrar su nueva estrategia política dentro de las condiciones que establece el régimen, lo que muestra su acercamiento, e incluso cierto grado de complicidad, con el mismo. El vacío que genera la eliminación del proyecto revolucionario en la representación de la guerrilla se manifiesta en el empleo de significantes que se ajustan, de forma anacrónica, a una interpretación consensuada de los mismos y que es independiente de su significado original, como ocurre con los términos libertad, democracia, etc. Así, por ejemplo, frente a la interpretación de la democracia como parte de un sistema representativo, el discurso guerrillero interpreta este concepto como parte de un programa político que propugna la inclusión del campesinado—de la parte sin parte— como sustituto inmediato de una universalidad metafórica, es decir, que se extiende de lo particular— de la cuestión agraria— a lo universal, a la naturaleza del Estado y de la sociedad. Como indica Žižek, “This is politics proper: the moment in which a particular demand is not simply part of the negotiation of interests but aims at something more, and starts to function as the metaphoric condensation of the global restructuring of the entire social space” (Ticklish Subject 208). En este sentido, dentro de la política revolucionaria agraria, el campesinado constituye aquello que Rancière denomina como singulier universel (Disagreement 39), es decir, un elemento que adquiere valor universal y que desestabiliza el orden operativo del cuerpo social.¹⁴

Tras abandonar el proyecto revolucionario sobre el que fundamenta su política durante sus tres primeras décadas de existencia, el PCE opta, no por la eliminación del

¹⁴ De acuerdo con Žižek y con Rancière, la política no se reduce al debate racional entre varios intereses, sino que estriba en la lucha por el derecho a su inclusión, “for one’s voice to be heard and recognized” (Ticklish 188).

régimen, sino por su transformación interna. A partir de este momento, el PCE silencia la lucha armada y exalta el principio de coexistencia pacífica entre el socialismo y el capitalismo, pues “El socialismo no necesita exportar la revolución ni recurrir a la guerra para triunfar. En la competencia pacífica entre el mundo socialista y el capitalista saldrá triunfante el primero” (Historia 259). En el caso de España, esta afirmación implica el reconocimiento de la legalidad del orden dictatorial, como manifiesta, por ejemplo, Carrillo cuando se refiere a los aparatos de masas del régimen como “organisations de masse légales,” (Demain 100). Como consecuencia de esta reorientación estratégica, el PCE silencia la guerrilla como fenómeno político e ideológico, por lo que el estudio de estos factores requiere el estudio de sus textos primarios, es decir, de los órganos de publicación de la guerrilla y de la literatura comprometida con su proyecto popular. Estos textos, además de formar un componente integral de la guerrilla, no una mera representación externa de la misma, revelan la naturaleza política de este fenómeno ya que, como indica Badiou, “The point from which a politics can be thought, which permits, even after the event, the seizure of its truth—is that of its actors, and not its spectators” (Metapolitics 23).

La mirada guerrillera: hacia la transformación en un proyecto de masas

Si bien el discurso histórico favorece una representación de la guerrilla como fenómeno meramente defensivo, el análisis de sus textos primarios entre 1944 y 1952, es decir, durante su periodo de supeditación al PCE, permite delinear el proceso revolucionario desde su etapa más incipiente, en la que los guerrilleros actúan como

movimiento de vanguardia, hasta el desarrollo de una acción de masas generalizada. Este propósito requiere suplementar la lucha armada con el establecimiento de focos de resistencia en los núcleos urbanos y con la articulación de un discurso propio. No obstante, el proceso revolucionario no logra superar el estado inicial de la lucha, por lo que el proyecto político de la guerrilla se reduce a su articulación teórica en los órganos de información y propaganda de las distintas agrupaciones. Frecuentemente, el discurso histórico y positivista actual, bajo la excusa de ceñirse a lo acontecido, se resiste a abordar la guerrilla como fenómeno revolucionario. Esta exclusión implica el silenciamiento, no sólo de un material discursivo que permanece en la oscuridad del archivo, sino también de un lenguaje—de términos, expresiones, metáforas, etc.— y de toda una forma de percibir la realidad que, a pesar de constituir el eje ideológico de la confrontación, no se incluyen ni en el discurso del PCE ni en la representación actual de la guerrilla. Por consiguiente, la recuperación de estos aspectos requiere necesariamente el estudio de los órganos de información y propaganda que coordinan las actividades de los guerrilleros y que configuran su universo ideológico.

Dentro del proceso revolucionario que propugna el PCE desde el establecimiento de la República en 1931, la guerrilla actúa, según indica la publicación Ataque de diciembre de 1945, como “avanzada del gran Ejército de la Insurrección Nacional” (4). Sus funciones como grupo embrionario de este ejército, según expresa una consigna que encabeza la publicación de Ataque de julio de 1945, son “intensificar la lucha, multiplicar por mil las acciones guerrilleras y junto con ello, extender, desarrollar y fortalecer el movimiento guerrillero dándole un verdadero carácter de movimiento de masas” (1). Como vanguardia revolucionaria—y en discrepancia con la representación de la guerrilla

en el discurso postfranquista— su función principal no consiste únicamente en la lucha armada, sino en la difusión de su proyecto político e ideológico entre las masas. Según se manifiesta en Mundo Obrero en febrero de 1949, los guerrilleros no son solo combatientes, sino también instructores políticos y organizadores de los campesinos (3).

La convicción ideológica en el triunfo del proceso revolucionario—aún cuando no existan las condiciones objetivas para el desarrollo de la misma—constituye un aspecto fundamental de la guerrilla, dado que ésta opera de acuerdo al principio de proporcionalidad inversa según el cual, mientras más hostil sea la situación objetiva, más debe acentuarse la fe en este proceso, aspecto que explota hábilmente el PCE en detrimento de los guerrilleros cuando opta por abandonar la lucha armada.¹⁵ De hecho, el guerrillero, como militante ideológico, orienta su actividad en función de una realidad futura que ha de desarrollarse en el curso de la revolución ya que, como indica Guevara, “each guerrilla fighter is ready to die not just to defend an idea but to make that idea a reality” (Guerrilla Warfare 20). En este sentido, la guerrilla actúa como aquello que Guevara y Débrays definen posteriormente como un foco, es decir, como un movimiento cuya función principal radica en la creación de las condiciones necesarias para el desarrollo del proceso revolucionario (Guerrilla Warfare 11; Revolution 51). Según expresa la siguiente consigna que aparece en Ataque en agosto de 1945, “¡Guerrilleros! ¡Pasad a la ofensiva! Combatiendo incesantemente se conquista el cariño y la admiración del pueblo... Fortalezcamos y desarrollemos las guerrillas, aumentemos sus efectivos y

¹⁵ Este subjetivismo se manifiesta en el análisis excesivamente optimista de una situación dada al margen de las condiciones objetivas existentes. El subjetivismo no constituye una predicción, en el sentido de que la información aportada no se percibe como una posibilidad, sino como algo inevitable. En este sentido, el discurso revolucionario comunista habla, por ejemplo, de la inevitabilidad de la victoria del comunismo como una cuestión de confianza en la revolución. Mientras que el discurso subjetivista se identifica con el del militante político, el discurso positivista y objetivo se identifica con su negación y por consiguiente, con la desobjetivización del individuo.

armamentos y creemos las condiciones para la victoria” (3).

La transformación de la guerrilla en un proyecto de masas requiere la codificación ideológica de sus acciones dentro de un marco político. Así, la representación de las actuaciones de los guerrilleros como parte de un proyecto popular y revolucionario permite superar su interpretación como actos delictivos. El discurso guerrillero, por ejemplo, concibe la eliminación del enemigo, no como un asesinato, sino como un acto de justicia popular cuyo propósito es proteger a la población frente a un estado represivo. Según expresa T. Rosado, “los campesinos y el pueblo en general se sienten así protegidos y, al mismo tiempo, vengados de los crímenes que con ellos cometen los falangistas y el régimen que los expolia” (Guerrilleros Asturias 19). Del mismo modo, los golpes económicos—definidos como atracos por el discurso franquista—responden a una lógica que supera su aspecto material, pues su carácter político radica en su propósito y en la persona contra la que se dirige. Como indica Rosado, “La gente sabe que las acciones de ese tipo se orientan hacia los fachas y gente rica. Conocen que este dinero sirve muchas veces para ayudar a los pobres campesinos y a la familia de los presos condenados al hambre por el régimen franquista” (Guerrilleros Asturias 18).

Con objeto de dar a la guerrilla un carácter de masas, sus publicaciones periódicas estimulan su identificación con el elemento civil, principalmente con el campesinado, como puede observarse en los llamamientos en los que se anima a este grupo a colaborar con los guerrilleros. En la publicación Ejército Nacional Democrático correspondiente a mayo de 1949, por ejemplo, se pide la ayuda de los lectores para elaborar y difundir los contenidos informativos y propagandísticos de la guerrilla: “Pedimos a nuestros lectores sus opiniones sobre la revista, artículos, informaciones, los nombres de quienes se

distinguen por sus crímenes contra el pueblo” (42). Los órganos de información de la guerrilla fomentan también esta identificación a través de la adaptación del discurso político a un formato popular, como reflejan los cuentos y los relatos que se publican en estos periódicos.¹⁶ Este discurso exalta el valor del pueblo como elemento decisivo en la lucha contra el franquismo y en la transformación del Estado y de la sociedad.¹⁷ En el cuento titulado “Tres veces,” por ejemplo, que se publica de forma anónima en Ataque en junio de 1949, un grupo de guerrilleros asalta un ómnibus en el que viaja la hermana de Pepe, líder de la partida, en compañía de un guardia civil. En primer lugar, el apelativo común del protagonista alude a su origen común, en oposición a la ostentación de los apellidos compuestos que distingue frecuentemente a los miembros de la clase dominante—como Queipo de Llano y Sierra, Gómez-Jordana y Sousa, García-Escáñez e Iniesta, etc. Este aspecto contribuye a la caracterización del guerrillero, no como figura mítica desvinculada del ciudadano común, como es el caso de los, así denominados por el discurso franquista, héroes de la cruzada, sino de líderes populares que se pueden identificar con el padre, el hijo o el hermano de cualquier campesino. Mediante un disparo certero, Pepe da muerte al guardia civil, lo que le permite liberar a los viajeros de las fuerzas de represión franquistas y crear, aunque sea momentáneamente, un espacio democrático en el que se puede expresar la voz del pueblo. La intervención de los guerrilleros supone un acto político en el que un campesino, Pepe, reafirma su condición

¹⁶ Como indica Carmen González Vicente, “A través de estos órganos de expresión, los ‘editores’ relatan las acciones militares que desarrollan y valoran la situación política nacional haciendo una especial referencia al problema campesino, pues no hay que olvidar que, el campesino es considerado el principal destinatario del mensaje político preconizado por las distintas agrupaciones. Las publicaciones recogían consignas orientadas a la población conminándola a negarse a entregar parte de las cosechas o a participar en Juntas o Brigadas de vigilancia, concluyendo con llamamientos a la incorporación popular a la resistencia” (Fuentes 17).

¹⁷ Según expresa el editorial de la revista Ataque, correspondiente al 1 de marzo de 1946, “el movimiento guerrillero es invencible. Nos ha parido y amamantado el pueblo, contamos con su admiración, su cariño y solidaridad y, para destruirnos, habría que asesinar a todos los españoles” (1).

como representante de la estructura social, es decir, como elemento singular que, a pesar de estar presente, no está representado y que, desde esta exclusión, reivindica su igualdad. En otras palabras, el asalto al ómnibus permite al campesino pasar de la invisibilidad a la que lo relega el orden dominante—y que le impide viajar en este medio con el resto de los viajeros— a la visibilidad absoluta como sujeto revolucionario y como representante del pueblo.¹⁸ La actuación de los guerrilleros satisface por tanto una función colectiva de naturaleza política y social, como es la liberación del campesinado, y también personal, pues permite a Pepe reencontrarse con su hermana. Una vez que adquiere visibilidad como sujeto político, el pueblo percibe a Pepe como un héroe e incluso como un objeto de deseo sexual. Esta caracterización difiere radicalmente de la representación de los guerrilleros en el discurso franquista como depravados sexuales, resaltando, por el contrario, su carácter heroico y popular:

Durante el discurso en que Pepe explicaba al personal la situación del franquismo, unos ojitos de gacela se clavaban con insistencia en el rostro del orador. Si bien, a nadie llamaron la atención; ya que todas las miradas estaban pendientes del mismo rostro...y sobre todo las femeninas. Y es que Pepe hay que decirlo, no solo despertaba la admiración por la serenidad y sangre fría que había demostrado matando al civil sin herir a una sola persona, sino que era un buen mozo. (12)

A pesar de su propósito de adquirir un carácter de masas, la guerrilla no fomenta la incorporación arbitraria del elemento civil a la lucha armada ya que, ante a la falta de medios materiales, su incremento descontrolado dificultaría la movilidad de las partidas y mermaría sus escasos recursos. Además, la falta de formación militar y, posiblemente, de condiciones físicas aceptables, supondrían una dificultad añadida a las duras condiciones

¹⁸ De acuerdo con Badiou, la política hace visible lo que anteriormente era invisible, es decir, aquello que el orden dominante excluye de su representación (*Metapolitics* 117).

en las que se desenvuelven los combatientes.¹⁹ Con objeto de reforzar numérica y cualitativamente las distintas partidas, los órganos de información de la guerrilla apelan también a los elementos de la Guardia Civil y del Ejército para que se incorporen a esta lucha. De hecho, el envejecimiento acelerado de los guerrilleros, dadas las condiciones tan precarias en las que subsisten y las continuas bajas que sufren, requiere la incorporación continua de elementos cualificados capaces de resistir la vida en el monte y que no precisen de instrucción en el uso de las armas. La incorporación de elementos de los aparatos represivos a la guerrilla supone también una deserción, es decir, un acto adicional de desobediencia militar y civil frente al régimen, lo que reviste a la decisión de echarse al monte de un significado político incontrovertible. Esta perspectiva se contrapone a la representación franquista, según la cual, el guerrillero toma esta decisión tras cometer un delito de sangre u otra transgresión de gravedad similar.

Más aún, las publicaciones guerrilleras promueven la identificación de los guardias civiles y soldados con el pueblo. Para ello, estos textos representan a estos individuos, no como represores, sino como víctimas a las que el régimen fuerza a tomar las armas contra el grupo social del que proceden. De este modo, estos textos distinguen entre el objetivo directo de la lucha diaria (la guardia civil) y el ideológico (el régimen y el fascismo), y establecen la primacía del segundo sobre el primero. De acuerdo a esta perspectiva, los guardias civiles luchan contra la guerrilla, no por motivos ideológicos o sociales, sino por una compensación económica que, lejos de cubrir sus necesidades, refleja su explotación por parte del Estado franquista, estrategia que se articula en sentido inverso por parte del discurso dominante. No obstante, en el caso de la Guardia Civil esta

¹⁹ Como expresa Herrera en su poema “Cuatro batallones,” en el que apela a la población civil a luchar contra el fascismo y por la revolución, “No venga ningún enfermo/ débiles, viejos o niños;/ hombres sanos sólo quiero/ seguros por sus ideas/ y para las armas diestros” (*Teatro* 45).

motivación no se atribuye, como indica Ángel Ruíz Ayúcar en la novela La sierra en llamas, a la “codicia del dinero fácil,” (191) sino que se justifica en base a la necesidad de sobrevivir en la situación de precariedad económica existente bajo la dictadura. Esta circunstancia se mantiene inalterable, aspecto que explota la guerrilla para promover la desertión entre los guardias civiles.²⁰ Como muestra, por ejemplo, la publicación de la AGLA El guerrillero correspondiente a septiembre de 1948, en la columna humorística “Frasas civileras:” “Un guardia civil dijo: “Brrrr... Las botas valen 200 ptas; las alpargatas no nos duran nada. Y las abarcas nos hacen polvo los pies. ¡No sabemos qué hacer! Consejo: pisotear el tricornio” (4).²¹ A través de esta campaña de apelación ideológica y social, la guerrilla trata de compensar su inferioridad logística frente a unos rivales ante los que, objetivamente, tienen escasas posibilidades de vencer. No obstante, la incorporación de nuevos elementos se restringe principalmente a huidos y a enlaces quemados, es decir, a aquellos colaboradores de la guerrilla que son descubiertos por los cuerpos represivos del régimen, lo que contribuye a la debilitación progresiva de la lucha armada.

Finalmente, la transformación de la guerrilla en un proyecto de masas requiere su expansión al ámbito urbano, pues al actuar principalmente en un entorno rural, sus

²⁰ En la revista El guerrillero de la AGLA correspondiente a octubre de 1948, por ejemplo, se afirma que “En la prisión de San Miguel de los Reyes de Valencia, se encuentran detenidos más de 70 guardias civiles por haberse negado rotundamente a tomar parte en las batidas contra nosotros. Estos “conservadores” al fin han comprendido que vale más su vida que las 14 pesetas que les daban” (4).

²¹ La representación de los guardias civiles como elementos del pueblo se manifiesta también en la revista Levante correspondiente a abril de 1950, en la que se incluye un artículo titulado “¿Qué pasa en el Cuerpo de la Guardia Civil?” El autor de este texto, identificado como Teniente Coronel Encinares, afirma que “la mayoría de los guardias son salidos de las capas más pobres del campesinado y también de las filas de la clase obrera y de las capas trabajadoras de la ciudad” (9). Igualmente, la guerrilla percibe a los soldados regulares del ejército como elementos del pueblo, por lo que su actividad propagandística se extiende también hacia este grupo. Como expresa Lister en el artículo “Bajo las órdenes de los imperialistas yanquis,” publicado en Levante en mayo de 1949, “En ese ejército tienen un puesto, que les corresponde ocupar como hijos del pueblo, los soldados del Ejército franquista, y tienen también un puesto aquellas clases y oficiales de ese mismo ejército que no hayan perdido todo el sentido del honor, que quieran reconquistar su derecho a vivir en una España democrática” (26).

acciones y su proyecto revolucionario son prácticamente desconocidos fuera de los pueblos y aldeas en los que operan. Como suplemento de la lucha armada, la guerrilla propone la colaboración del elemento civil no militarizado como guerrilleros del llano, es decir, como individuos que continúan su vida ordinaria mientras que llevan a cabo acciones puntuales contra el régimen. Como indica el editorial de Ataque de julio de 1945:

Se trata de que al mismo tiempo que continúan con el arado, el martillo, o su instrumento de valor, sin abandonar el trabajo sean auténticos guerrilleros que ejecutan acciones, que abandonan la yunta para empuñar la escopeta y abatir un perro falangista y retornar a sus tareas. Y esta empresa debemos realizarla no sólo en los pueblos, sino en todas las ciudades, núcleos industriales y especialmente en los lugares de concentración obrera y campesina. (1)

Con este propósito, la guerrilla promueve la formación de consejos de resistencia y de células clandestinas dentro de organismos tanto oficiales—particularmente del ejército— como civiles, como pueden ser las fábricas, las centrales eléctricas, las estaciones ferroviarias, etc.²² En la publicación El guerrillero carpetano correspondiente a marzo de 1946, por ejemplo, aparece una consigna en la que se anima a la formación de consejos de resistencia popular y en los que se aportan instrucciones específicas sobre su actuación: “Patriotas, hombres o mujeres: constituid en todas partes (pueblos, barriadas, calles, casas, tajos, etc.) los Comités de Resistencia unitarios y las guerrillas; y estudiad la manera práctica de apoderaros de vuestro radio de acción en un momento dado” (5). Esta

²² Como se expresa en el tercer número de la publicación gallega de El guerrillero de marzo de 1947, “La necesidad de dar mayor amplitud y extensión a la lucha guerrillera, requiere la creación de una amplia red de grupos guerrilleros. La experiencia nos ha demostrado que en las ciudades y centros industriales esto es perfectamente posible, sobre la base de grupos reducidos de tres o cinco antifranquistas de una misma empresa, barrio o calle. La efectividad y seguridad de estos grupos radica en que hagan una vida absolutamente normal, asistan a la fábrica, taller o las faenas del campo, y por la noche realicen actos de sabotaje, golpes contra los cuartelillos de la guardia civil y policía, ajusticiamiento de falangistas, y a la mañana siguiente reanudan su vida normal. De esta forma se conseguirá multiplicar los golpes contra el franquismo y se hará más difícil la localización y persecución de las guerrillas” (2).

resistencia popular complementa la actividad de la guerrilla con otras formas de lucha de mayor efectividad en un contexto urbano, como las huelgas, las manifestaciones, los paros laborales, etc. Según expresa la publicación Levante de octubre de 1949 en un apartado que se titula “La guerra de guerrillas,” “la guerra de guerrillas por sí sola no puede expulsar al invasor ni destruir al enemigo interior, pero, el pueblo, con sus diferentes y variadas formas de lucha, entre las que se cuenta la lucha guerrillera, sí puede derrotar y expulsar al invasor, destruir y aniquilar al enemigo interior” (13). Esta expansión de la guerrilla requiere la existencia de una estructura que dirija la insurrección dentro del sistema dominante y que organice la lucha de masas.²³ Así, la publicación Ataque, correspondiente a marzo de 1946, insiste en la necesidad de crear “Millares de grupos de reservas guerrilleras en las ciudades enclavadas en las fábricas y talleres, en las minas y los puertos. Esta es hoy nuestra principal tarea. Junto al crecimiento y multiplicación de nuestras acciones, la creación de un ejército guerrillero de masas” (1).

Si bien esta insurrección no llega a superar su etapa de planificación, la guerrilla concibe su lucha dentro de un marco ideológico y estratégico mucho más extenso cuyo propósito es la transformación del Estado y de la sociedad.²⁴ Fuera de este marco referencial, la guerrilla se reduce a sus objetivos más inmediatos, es decir, a la

²³ De acuerdo a la investigación que realiza Martínez de Baños en los archivos militares de Zaragoza, la expansión del proyecto revolucionario al contexto urbano no se limita a la propaganda; por el contrario, el PCE desarrolla una estructura clandestina en la zona de Madrid y Guadalajara denominada como Flechas rojas, cuyos fines son “hacerse cargo militarmente del lugar donde prestasen sus trabajos normales, tan pronto como estalle la insurrección contra el régimen. Una vez en su poder pasarían los resortes del mando a la autoridad del Partido Comunista” (Maquis y guerrilleros 250).

²⁴ La guerrilla urbana no adquiere la relevancia de la lucha en el monte, produciéndose únicamente acciones aisladas en Madrid y en Barcelona, donde destacan las figuras de los guerrilleros anarquistas José y Francisco Sabaté, Marcelino Massana “Pancho”, Luis Facerías “Face” y Ramón Vila Capdevila “Caraquemada.” Según Serrano, el intento de extender la guerrilla a ciudades como Valencia y Bilbao “se saldó como un fracaso sin paliativos, y en otras ciudades, casos de León y Granada, derivó hacia la épica y la anécdota. Por otra parte, la lucha urbana no tuvo continuidad, excepto en Cataluña, ya que en Madrid fue un movimiento tan fulminante como efímero” (Maquis 389-90).

supervivencia y, como única concesión ideológica, a una lucha antifranquista prácticamente quijotesca. Esta representación externa se sobrepone al discurso guerrillero, silenciando su proyección en un futuro por-venir que ha de consolidarse en el transcurso de una revolución popular. Como parte de esta simplificación, el discurso dominante omite el modelo de república popular al que aspira la guerrilla y la centralidad de la cuestión agraria dentro de su proyecto revolucionario. Este silenciamiento responde a la necesidad de exorcizar el espectro de una revolución que amenaza con reactivar los choques ideológicos que dividen el pasado y con producir lo que Badiou y Rancière denominan como un “retorno a la sustancia” (Odio 47), es decir, un retroceso apasionado y violento a la política revolucionaria.

La guerrilla literaria

Al igual que ocurre con sus órganos de información y propaganda, la representación dominante de la guerrilla relega a sus márgenes la literatura militante. Esta literatura, si bien no teoriza sobre este fenómeno, se encuentra comprometida con esta forma de lucha. Así, lejos de tener pretensiones diatácticas, las obras de Carnés, Bergamín y Herrera se articulan, no desde un punto de enunciación distanciado temporal e ideológicamente, sino— de forma figurativa— bajo el sonido de las balas de los guerrilleros, tomando parte en una batalla ideológica que se encuentra inscrita en su representación. Estos autores ajustan sus relatos a aquello que Susan Suleiman denomina como un supersistema narrativo (Authoritarian 71), es decir, a una estructura narrativa que, a través del narrador, de los propios personajes y de la organización y presentación de los acontecimientos, permite al autor o a la autora evaluar las ideologías que

intervienen en el conflicto y desacreditar aquellas posturas contrarias a la que adopta explícitamente. Estos textos defienden una noción de España marcada ideológicamente que identifica este concepto con el pueblo y, particularmente, con el campesinado. Así, por ejemplo, Bergamín pone de manifiesto su compromiso ideológico con la guerrilla y una percepción propia del pueblo español en la dedicatoria de la publicación conjunta de las obras teatrales La hija de Dios y La Niña guerrillera: “En estos años de persecución por la justicia que venimos padeciendo los españoles, dedico esta humilde transcripción trágica a los mártires de mi Patria: a sus mujeres, madres, esposas, hijas, hermanas sacrificadas a tan pura y piadosa sangre entrañablemente generadora del heroico pueblo español” (7). Tanto en estas obras teatrales como en las novelas Juan Caballero y Cumbres de Extremadura, la representación de la guerrilla contrasta con su percepción externa como una resistencia pasiva en la que sus componentes se limitan a sobrevivir. Según indica Eugenio de Nora en relación a Cumbres de Extremadura, se trata de una obra que rezuma experiencia y pulso de verdad vivida u oída directamente y que se recrea en la descripción realista y apasionada de episodios tremendistas (Novela española 36-37).²⁵

Desde la concepción de la guerrilla como un fenómeno colectivo y agrario, estas obras reflejan el carácter espontáneo de esta modalidad de lucha y su compromiso con el proyecto del Frente Popular.²⁶ En base a las particularidades del campesinado y, particularmente, a su íntima vinculación al problema de la tierra y a las condiciones

²⁵ Herrera escribe esta obra durante la confrontación declarada como parte de su actividad como miliciano adscrito a la sección de trabajo social del Quinto Regimiento, que se especializa en labores de propaganda y en la difusión de las ideas por las que se combate. El proyecto cultural del Quinto Regimiento tiene como propósito, según indica Lister, “elevar la cultura y los conocimientos de los combatientes, con lo que, al mismo tiempo, se elevaba su conciencia combativa” (Nuestra guerra 63-64).

²⁶ Mientras que lo rural se remite a un espacio geográfico que no se percibe necesariamente en términos políticos, lo agrario enfrenta al guerrillero con la cuestión de la tierra como elemento de confrontación.

históricas de explotación que soportan, estos guerrilleros defienden un ideario político propio que difiere incluso del proyecto del Partido Comunista durante los años cuarenta. El propósito de la guerrilla no se limita a la victoria militar sobre el ejército golpista, sino que tiene por objeto la transformación de la estructura económica del estado y de la sociedad en un sistema equitativo que permita la redistribución de la tierra y que conceda relevancia política al campesinado. De acuerdo a este propósito, las obras de Carnés, Bergamín y Herrera se mantienen fieles a aquellos valores dominantes en la guerrilla, especialmente a su carácter popular, a su compromiso con la cuestión agraria y al espíritu revolucionario de los guerrilleros, aspectos que definen su condición como literatura militante. Más aún, estas obras conciben al enemigo como un invasor extranjero y la confrontación armada como una guerra de liberación. Por consiguiente, las obras de estos autores no son una representación externa de la lucha popular contra la dictadura y contra el fascismo sino que forman parte de la misma.²⁷ Se trata por tanto de un discurso militante que articulan, según indica Blanco Aguinaga “individuos armados de palabras y de granadas de mano” (*Historia social* 22). De hecho, y en base a su compromiso con el campesinado, en estas obras la justicia se entiende, no como una reivindicación moral que se salda con el reconocimiento público de los crímenes del franquismo, sino con su materialización a través del recurso a las armas.

Cabe destacar que el estudio de este discurso literario constituye una asignatura pendiente dentro del proyecto por la recuperación de la memoria histórica que se desarrolla actualmente en España. Este proyecto adopta un punto de enunciación marcado

²⁷ Como indica Miguel Hernández en la nota previa que precede a las cuatro obras que forman *Teatro en la guerra*, “Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, ha de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra... hay que sepultar las ruinas del obscuro y mentiroso teatro de la burguesía, de todas las burguesías y comodidades del alma” (qtd. in *Historia social* 43).

por el distanciamiento temporal, e incluso generacional, del objeto de representación y que se desentiende del contexto ideológico que dota de sentido y de razón de ser a la guerrilla. El análisis de este fenómeno requiere la recuperación de aquellas obras literarias que forman parte de su multiplicidad y que permanecen prácticamente relegadas al olvido debido a su compromiso ideológico, como ocurre con las obras de Carnés, Herrera y, en menor medida, con las de Bergamín. Así, por ejemplo, en el caso de este último, y como indica el editor José Esteban en el prólogo a la obra de Herrera Teatro para combatientes: “su obra es casi totalmente desconocida en su patria. No más de dos o tres artículos se habrán escrito sobre él en todos estos largos años y muy pocos poemas se han recogido en revistas y antologías... Su obra corrió la suerte de toda poesía del exilio, el desconocimiento en su propia patria, para la que escribían y por la que lucharon” (10).²⁸ Este desconocimiento es especialmente sintomático si se tiene en cuenta la difusión de las obras de este autor en la España republicana entre 1936 y 1939. Sus obras poéticas Guerra viva y Puentes de sangre, por ejemplo, alcanzan un amplio grado de popularidad en el frente republicano durante la confrontación. Más aún, muchos de sus poemas se incluyen en el Romancero de la guerra civil, publicado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1936, y en el Romancero general de la guerra de España (1937). Finalmente, como prueba de su reconocimiento en la España republicana, Herrera recibe el Premio Nacional de Literatura en 1938 por su creación poética en prosa Acero de Madrid.

Herrera, hijo del general republicano—y presidente de la República Española en el exilio entre 1960 y 1962— Emilio Herrera Linares, inicia su carrera literaria con la

²⁸ De modo similar, Gálvez Yagüe define a Herrera como “poeta, caminante, autor de una obra literaria importante que abarca poesía, teatro y narrativa, pero desconocido prácticamente en España” (Vida 9).

poesía surrealista, publicando algunas de sus composiciones en 1931 en La gaceta literaria.²⁹ No obstante, y como consecuencia de los acontecimientos sociopolíticos que tienen lugar en el país, su obra efectúa un giro hacia el compromiso social y adquiere un carácter marcadamente revolucionario. En 1933 Herrera publica la colección de cuentos La parturienta— que prologa Rafael Alberti— en la que articula una visión satírica de las clases reaccionarias españolas.³⁰ La orientación revolucionaria de Herrera se refleja también en otra revista que funda este autor junto al pintor Juan Manuel Díaz Caneja— de la que sólo se llega a editar un número en mayo de 1931—y a la que titulan En España ya está todo preparado para que se enamoren los sacerdotes. Si en España ya está todo preparado para eso, hace falta la revolución. Además, el compromiso de Herrera con la revolución se manifiesta, según afirma Gálvez, en su intención de escribir una obra— que no llega a publicarse— cuyo título tentativo es Los tres momentos antes de la revolución armada (Vida 23). En este periodo, Herrera se afilia a la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR), cuyo órgano de expresión es la revista cultural y política Octubre. Finalmente, tras estallar la confrontación armada, Herrera publica sus poemas en los periódicos del Quinto Regimiento Milicia Popular y Hora de España, desde los que ejerce como intelectual orgánico de la revolución española cuya voz pretende ser una expresión colectiva del pueblo.³¹ Por su lado, y como militante

²⁹ El director de La gaceta literaria durante este periodo es Ernesto Giménez Caballero. No es extraño, sin embargo, la colaboración entre autores con actitudes políticas contrarias en las revistas de vanguardia durante los años veinte y principios de los treinta. Así, por ejemplo, Herrera Petere también colabora en 1931 con José María Alfaro—quien posteriormente asiste al discurso de fundación de Falange y participa en la composición colectiva del himno “Cara al sol”—en la revista Extremos a que ha llegado la poesía española.

³⁰ Como indica Gálvez Yagüe en relación a La parturienta, esta obra está “cargada de fervor revolucionario, muy circunstancial, movida por las recientes lecturas de Marx y Engels, y donde el Manifiesto Comunista quiere sustituir al ‘catecismo en estampas’” (Vida 98).

³¹ Según Gálvez Yagüe, “Con la victoria del Frente Popular (16 de febrero de 1936) Herrera se siente llamado a participar en la vida política de una manera total. Fue uno de los fundadores de la Alianza de

revolucionario, Bergamín, cuya obra recibe mayor difusión durante la democracia que la de Herrera y Carnés, preside la Alianza de Intelectuales Antifascistas y publica habitualmente artículos en El mono azul, Hora de España y Cuadernos de Madrid, en los que colabora con Alberti, Herrera, etc. A diferencia de sus correligionarios, Bergamín adopta una perspectiva radical desde la que defiende, no sólo el recurso a las armas, sino prácticas como los “paseos,” postura de la que no se retracta en ningún momento. En cuanto a Carnés, se trata de una autora que, en la actualidad, es poco conocida incluso dentro de los círculos literarios de izquierda.³² No obstante, durante la Segunda República, Carnés se destaca como escritora social a través tanto de la literatura como del periodismo, espacios desde los que define su compromiso con la lucha sociopolítica de la mujer y con la cuestión agraria.³³

El inicio de la confrontación militar afianza el compromiso de Carnés con el proyecto comunista, como muestra su incorporación al PCE en 1937 procedente de la Unión de Juventudes Comunistas (UJC). A partir de este momento, Carnés comienza a escribir en Mundo Obrero, órgano principal del PCE, y en Altavoz del frente, órgano de propaganda de la agrupación comunista, desde los que desarrolla una actividad incesante

Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura... en cuya biblioteca nacería El Mono Azul. Tanto la Alianza como su periódico mostraron en todo momento un gran fervor militar y revolucionario en los primeros meses de guerra. Los acontecimientos exigirían una adecuación de la actividad literaria a las necesidades ideológicas” (Vida 23).

³² Como indica Antonio Plaza, Carnés “apenas ha dejado hasta hoy una tenue huella entre las páginas de las historias de la literatura española contemporánea. Su nombre no es el único, sino uno más entre los muchos que, por desconocimiento o por apatía investigadora, no han atraído el suficiente interés de los estudiosos, estando pendiente de evaluar la contribución y aporte de estos autores en los diferentes espacios culturales que haga posible, de una vez por todas, disponer de una visión panorámica más completa y precisa, en la literatura, el arte, la ciencia y demás ramas del saber” (Eslabón perdido 12).

³³ En relación al tema de la mujer, cabe destacar, por ejemplo, su novela Tea Rooms, en la que propone su redención a través del trabajo y de la cultura, y en la que se adentra en el ambiente laboral de un grupo de trabajadoras de una cafetería madrileña. En lo que respecta al tema agrario, entre 1931 y 1934 Carnés se desplaza a la localidad gaditana de Algeciras, donde toma contacto con esta cuestión. En este periodo, Carnés escribe cuentos cortos en los que aborda el problema del agro, cuestión que posteriormente adquiere un carácter central para la guerrilla, como “Un día negro” (1932; publicado en 1941 en México), “Bronca andaluza” (1932) o “No pasa ná” (1932).

para el frente junto a autores como Alberti, María Teresa León, César Falcón, etc. Ante la inminente entrada de las tropas rebeldes en Barcelona, Carnés cruza la frontera hacia Francia, donde es recluida en un campo de concentración. Pocas semanas después, la Junta de Cultura Española selecciona a la autora como parte de un grupo exclusivo de intelectuales republicanos para su traslado a México.³⁴ Es precisamente en el exilio donde estos autores generan un reducido corpus literario en el que marcan su compromiso intelectual con la guerrilla y en el que ponen de manifiesto su confianza en la posibilidad de llevar a cabo una transformación radical del Estado incluso después de la derrota republicana de 1939, como se puede observar en La niña guerrillera, Juan Caballero y Cumbres de Extremadura. Estas obras manifiestan la fidelidad de sus autores al realismo de los años treinta y, particularmente, a la literatura de urgencia que producen durante la confrontación declarada, como reflejan la representación maniquea de los personajes, la centralidad de España como tema literario, la percepción de los combatientes como un sujeto colectivo, el recurso a la caracterización directa, la intervención continua de un narrador omnisciente que justifica la violencia y que incluso la estimula, etc. A través de estos recursos, estas obras mantienen también el compromiso de la cultura con la política, por lo que, más que estilizar la política—como ocurre posteriormente durante el periodo democrático—estos autores continúan politizando la literatura incluso después de perder la guerra. Estas obras no se deshacen en lamentos por la derrota, sino que mantienen la esperanza de que resurja una lucha que no dan aún por perdida y que les permita volver a España.

De forma significativa, cuando se analizan como una secuencia continua, las

³⁴ Este viaje se lleva a cabo en el barco holandés Veendam, en el que coincide con Bergamín— director de la Junta de Cultura Española— y con Herrera Petere.

obras de estos tres autores reflejan la desindividualización progresiva de los protagonistas. Así, en las obras de Bergamín, las protagonistas—Teodosia, Teodora y la niña — son claramente identificables con personajes individuales que, de forma simbólica, y retrayéndose a una estructura metanarrativa cristiana, adquieren una dimensión colectiva tras su muerte. La protagonista de La niña guerrillera, por ejemplo, tras morir, pasa a convertirse en un símbolo del pueblo, de su espíritu de lucha. En cuanto a la obra de Carnés, Juan Caballero, más que un protagonista, es un elemento representativo del pueblo, el verdadero protagonista de esta novela. Resulta relevante, por ejemplo, que frente al predominio de la caracterización directa a lo largo de la novela, Carnés recurra a la caracterización indirecta para la construcción de un guerrillero—Juan Caballero— cuya experiencia constituye el tema central de la obra pero que apenas interviene en la misma. De hecho, Juan Caballero sólo aparece al inicio de la novela y en la confrontación final, mientras que son los personajes del pueblo quienes luchan y quienes finalmente satisfacen la necesidad de justicia que lleva a Juan a la guerrilla—el ajusticiamiento del asesino de su padre. Además, Carnés no reserva un final heroico al guerrillero, sino al colectivo. Así, cuando Juan es herido de muerte, se lamenta de la disposición de sus compañeros a abandonarle y muestra su miedo a la soledad en un momento que dista de ser heroico: “Hemos estado durante años en la lucha; hasta parece que toda la vida la hemos pasado en el monte; y ahora unos gramos de plomo le convierten a uno, al jefe de todos, querido y respetado, en un guiñapo. ¡Y todos se van contentos!” (153). Frente a la debilidad que muestra el protagonista en el momento de su muerte, sus compañeros regresan para morir a su lado si es preciso, como indica el guerrillero “Estampía.” “No abandonamos a los camaradas. Si tú la parma, la parmaremos

los demás a tu lado” (154). Finalmente, en Cumbres de Extremadura, Herrera presenta un sujeto individual, Bohemundo, que da cuerpo a la multiplicidad del colectivo, al campesinado en armas. Este personaje no se presenta como un guerrillero individual sino como un operador arbitrario que, utilizando la terminología de Badiou, permite la cuenta por uno de la multiplicidad. De hecho, Herrera limita la caracterización individual de sus personajes a meros trazos mientras que, por otro lado, enfatiza su dimensión colectiva como sujetos que forman una parte inherente del grupo social y político al que pertenecen. De este modo, los personajes que construye Herrera actúan como una expresión individualizada, no individualista, de la guerrilla como fenómeno eminentemente colectivo.

A través de estas obras, y a diferencia del discurso consensual que predomina en la actualidad, estos autores plantean la guerrilla, no sólo como un movimiento de resistencia antifranquista que se limita a la autodefensa; por el contrario, los guerrilleros mantienen un compromiso con un proyecto de futuro que define su razón de ser. La literatura militante, además de poner de manifiesto la práctica brutal de la violencia que se desarrolla entre las partes confrontadas sin ningún acomodo estético, recuperan modelos políticos que son incompatibles con el sistema democrático actual, lo que explica en cierto modo su marginalidad. En estas obras el guerrillero se identifica con un proyecto revolucionario que se resiste a ser supeditado tanto al conocimiento enciclopédico como a todo control partidista. Más aún, la literatura militante rompe con los esquemas de representación externos que se aplican en la representación de la guerrilla en el discurso represivo franquista y en la representación desideologizada que promueven el PCE y, posteriormente, el discurso vinculado a la recuperación de la

memoria histórica. Desde unos parámetros ideológicos propios, estas obras no sólo permiten acceder a la subjetividad de los guerrilleros sino, de forma clave y esencial, a la densidad de sus emociones, a sus afectos e incluso a la irracionalidad que se apodera de unos combatientes que perciben la violencia como un instrumento esencial para la construcción de un nuevo sistema social.

La justicia de la sangre: La hija de Dios y La niña guerrillera

En base a su compromiso con la guerrilla, la literatura militante que articulan Bergamín, Carnés y Herrera no aborda este fenómeno desde una visión retrospectiva desde la que se articula una narrativa utópica y nostálgica del pasado, lo que la distingue de la producción cultural de la democracia; por el contrario, la lucha armada se encuentra vinculada a las ilusiones, a las esperanzas, a un deseo de justicia material y a los grandes proyectos ideológicos que determinan la toma de posición de unos sujetos dispuestos a defender sus ideales y sus creencias con su vida si es preciso. En La niña guerrillera, la lucha armada responde a un deseo de justicia que se manifiesta, por un lado, como una práctica material e inmediata, es decir, como una venganza que equipara en el daño a las partes enfrentadas; por otro, como un proyecto de futuro cuyo horizonte es la restitución del pueblo como esencia y espíritu de España en detrimento de un enemigo que distorsiona este concepto y que, en su nombre, oprime y asesina a los campesinos. En su condición de obra militante, La niña guerrillera mantiene el olor a pólvora y a sangre de la guerrilla como condición necesaria para la transformación de un sistema que haga justicia a los muertos—a Martinico, el novio de la niña—y que restituya la dignidad que el franquismo arrebató al pueblo.

La niña guerrillera se presenta como la segunda parte de un volumen que se inicia con la tragedia La hija de Dios.³⁵ Aún cuando se trata de obras independientes, ambas comparten una misma percepción de la realidad marcada de fondo por el ideario de la revolución agraria que promueve el Frente Popular durante los años treinta y que permanece presente en el campesinado español tras la confrontación declarada. Más aún, ambas obras se ajustan a una metanarrativa cristiana desde la que se denuncia la hipocresía de la religiosidad del régimen, se abre la promesa de una transformación radical del sistema y se dota de sentido al sufrimiento del pueblo. La Hija de Dios construye el universo ideológico en el que tienen lugar ambas piezas teatrales, por lo que actúa como preámbulo de La niña guerrillera, como reflejan tanto su brevedad como los temas y las estructuras que anticipa: la violencia como acto de justicia, la cuestión de la tierra como origen del conflicto, el horizonte ideológico cristiano, el carácter popular de la lucha contra el régimen, etc. Finalmente, la primera narrativa se contextualiza en Ávila en el verano de 1936, mientras que la segunda lo hace en el pirineo aragonés durante los años cuarenta. No obstante, ambas obras se remiten a una misma confrontación ideológica que, en contraposición al discurso oficial, no se limita al periodo comprendido entre 1936 y 1939; por el contrario, Bergamín enfatiza la existencia de una problemática social y política que el enfrentamiento entre bloques militares formalmente constituidos no logra resolver.

La particularidad de la obra de Bergamín, y a diferencia tanto de Carnés como de Herrera, radica en la compatibilización del proyecto de reforma agraria con el ideario

³⁵ En relación a la interpretación de lo que ocurre en España durante los años cuarenta como una tragedia, en La hija de Dios, Bergamín recurre precisamente a este género teatral, adaptando para ello a un contexto contemporáneo al autor la versión castellana del siglo XVI de Fernán Pérez de Oliva de la tragedia griega Hecuba de Eurípides.

católico. De hecho, este escritor se identifica a lo largo de toda su carrera como heredero de dos tradiciones que, a gran escala, se encuentran confrontadas.³⁶ La excepcionalidad de este autor radica por tanto en la ruptura que supone su intervención literaria en relación a un esquema de representación que frecuentemente delinea los parámetros del enfrentamiento con demasiada nitidez. Así, la representación dominante tiende a reducir la confrontación al choque entre dos frentes cuyas perspectivas con respecto al modelo social y de Estado son claramente diferenciables. De acuerdo a estos esquemas, el comunismo cristiano queda, por lo general, excluido de la representación del conflicto, ya que constituye una tendencia marginal con respecto a la corriente comunista dominante. No obstante, y especialmente en La niña guerrillera, Bergamín introduce un contraste entre la interpretación del cristianismo desde la perspectiva rebelde y desde la revolucionaria, como refleja a través del enfrentamiento entre un religioso jesuita y uno dominico que adoptan posturas políticas confrontadas. De este modo, el autor introduce la existencia de discrepancias dentro de la Iglesia católica sobre la colaboración con la guerrilla y con el régimen; mientras que el jesuita piensa que como cristiano debe colaborar con el orden dictatorial, el dominico considera que debe apoyar a la causa por la que luchan los campesinos. Estas posturas no reflejan una mera divergencia en la opinión de los religiosos, sino un desacuerdo político que los sitúa en bandos confrontados. Así, cuando el jesuita afirma que ambos sirven a Dios, el dominico responde que “de muy distinto modo” (131) y que “servirle, también le sirve el Diablo (131).

En La hija de Dios, Teodora, tras perder a su marido y a sus hijos a manos de los

³⁶ Como expresa Bergamín en su poema “Ecce España,” “Con el andar de los años/ sobrevivo en mis creencias:/ creí en España, creí/ en la católica Iglesia/ creí en la revolución internacional obrera” (Dolor 124).

rebeldes, trata de proteger al único hijo varón que aún no ha sido asesinado y a su hija Teodosia. Mientras que la hija permanece a su lado, en la creencia ingenua de que los rebeldes respetarán su vida, su hijo se esconde en casa de Leoncio, un vecino que, a pesar de simpatizar con el enemigo, cuenta con la confianza de Teodora. Leoncio, sin embargo, no duda en entregar al hijo de ésta a los rebeldes, quienes lo fusilan en el acto. Este asesinato se suma al de Teodosia, a la que también fusilan los rebeldes como medida coactiva en un intento por obtener información sobre el paradero de su hermano. Teodora no sólo exige justicia por estas muertes, sino que se dispone a satisfacer este deseo con sus propias manos. Para ello, esta obra se presenta como una tragedia en la que, como establece su propio título, Teodosia se identifica con la figura bíblica de Jesús (como hijo de Dios, según el discurso cristiano). Esta identificación se refuerza también mediante alusiones explícitas a los evangelios, como refleja, por ejemplo, la representación de las amigas de Teodora cuando acompañan a Teodosia a su fusilamiento “de lejos, como aquellas santas mujeres a Nuestro Señor” (42).³⁷ No obstante, la visión de este personaje bíblico se aproxima más a la de un Dios vengador— propia de los libros del Pentateuco— que a su imagen evangélica como figura benevolente, lo que supone una relectura de esta figura desde una mirada militante, es decir, que toma parte en la confrontación ideológica que tiene lugar en España.

Al igual que ocurre posteriormente en Juan Caballero y en Cumbres de

³⁷ El asesinato de Teodosia evoca la muerte de las santas en el teatro martirológico de la contrarreforma en España, en el que se contraponen la sensualidad de la víctima a la brutalidad de la pena a la que se enfrenta. Según narran las amigas de Teodora, Teodosia se enfrenta a la muerte con valentía y defendiendo su pureza hasta el último momento: “Con sus manitas trémulas se había abierto un poco la ropica, desnudando su cuello blanquísimo y el principio del pecho tierno, como si quisiera enseñar con ellos la debilidad y pureza de la vida que le iban a quitar: y aunque estaba a un paso de la muerte, no se olvidó tu criatura de su honestidad, pues con las manos detuvo su ropa entre las piernas, porque en la caída no hiciesen fealdad ninguna de su cuerpo” (47).

Extremadura, las obras de Bergamín aluden a la cuestión de la tierra como origen del conflicto en el que se ven inmersos los personajes. Así, Teodora alude a este tema cuando se refiere al tratamiento que dan los rebeldes a los campesinos abulenses: “¡Maldición sobre los verdugos! ¡que ésta fue la tierra que les dieron, cuando ellos se la demandaban para, con sus manos labrarla! ¿No queríais tierra, les dijeron, pues tomadla, que enterrados en ella, para siempre la tendréis como cosa vuestra!” (11). Por su lado, en La niña guerrillera, la cuestión de la tierra surge en una explicación del cura dominico a los hijos de los campesinos cuando discute con ellos las bienaventuranzas de San Mateo. Así, al leer al versículo 5.4 de este Evangelio— “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra” (183) — los niños preguntan, que quiénes son los mansos y quiénes los malos. En su respuesta, el cura alude al problema de la tierra, es decir, a un asunto con el que los niños están familiarizados y que afecta directamente a sus padres: “Los malos son los que poseen mucha tierra injustamente... porque no la trabajan con sus manos, porque no la aman ni fecundan” (186). No obstante, en estas obras Bergamín no explora este tema en profundidad: por el contrario, y al igual que Carnés y Herrera, este autor se limita a marcar este asunto como origen del conflicto, asumiendo la familiaridad del lector implícito con esta cuestión. De hecho, en el contexto en el que se escriben y publican las obras de estos autores, se puede asumir esta familiaridad, aún cuando, posteriormente, y como resultado de la reorientación política del PCE a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, pase a ocupar una posición marginal como parte del conocimiento colectivo.

Tanto en La hija de Dios como en La niña guerrillera, Bergamín mantiene una exigencia de justicia popular que se satisface a través de la violencia. Conviene recordar

que estas piezas teatrales se inspiran en la experiencia inmediata del autor en el frente de batalla, por lo que no se trata de obras que se limitan a representar el enfrentamiento, sino que llevan inscritos el dolor y la sangre en su propia sintaxis. De hecho, la ausencia de todo distanciamiento estético a la hora de representar la violencia constituye una característica distintiva de la literatura militante con respecto al discurso vinculado al proyecto de la memoria histórica que surge posteriormente durante la democracia. Este último discurso, si bien proyecta la rabia de los personajes, elimina aquellas pasiones irracionales que surgen de la experiencia de un dolor frecuentemente inenarrable y que genera un deseo de justicia que sólo se puede redimir con la sangre. Como pone de manifiesto Teodora cuando exhorta a sus colaboradoras a que den muerte a los hijos de Leoncio: “¡Apuñaladlos! ¡Que la sed de sangre que da la venganza se sacia mejor de esta manera; como la del agua, llenándonos con ella toda la boca!” (55). Teodora responde al daño que sufre poniendo en práctica una violencia sublime que trasciende la frontera de lo racional. Así, la desproporción de su venganza marca su condición como sujeto roto, como víctima—y posteriormente como ejecutora— de una violencia de efectos desquiciantes.

A diferencia del discurso posterior, en la literatura militante la justicia no se concibe como un reconocimiento moral, ni se salda con el conocimiento y la reflexión sobre la violencia que llevan a cabo los rebeldes. Así, Teodora y la niña, protagonistas de La hija de Dios y La niña guerrillera, rompen con su función pasiva como campesinas y se enfrentan a los asesinos de sus allegados, no como sujetos emocionales, sino como enemigas que toman las armas para atender a una necesidad inmediata de justicia. Se trata de una justicia ajena al derecho y a una interpretación mística de este concepto. Por

el contrario, esta justicia se percibe como la materialización de una violencia que equipara el sufrimiento de las partes involucradas y que aplaca las pasiones— irracionales, aunque humanas en cualquier caso— que suscita la violencia que desatan inicialmente los rebeldes. Como parte de la venganza de Teodora contra Leoncio, las amigas de la primera matan a los dos hijos del segundo y, ante la visión de los cadáveres ensangrentados, ciegan al padre, causándole tal dolor que éste llega a rogar por su propia muerte: “¡Me han saltado el ojo derecho! ¡Ahora el izquierdo me atraviesan metiéndome una aguja encendida! ¡ay! ¡ay! ¡Que no veo con la sangre y el tremendo dolor que siento! ¡oh, dadme de una vez la muerte, coserme el cuerpo a puñaladas con vuestros cuchillos” (55). Teodora extiende también su venganza a un plano colectivo, prendiendo fuego a un pueblo en el que todos los campesinos han sido ya asesinados por los rebeldes. Este fuego tiene también como propósito purificar una tierra llena de sangre, de odio y de traición y que, como tal, constituye un sepulcro impropio para los restos de su hija: “Yo no he querido, Hija de Dios, que quede en ti ni un solo vestigio de pasión que no haya purificado esta llama viva de la justicia que arde por mi lengua como tu nombre ¡Hija de Dios, tu nombre sólo quedará sobre esta tierra desolada, acusando a tus homicidas perpetuamente!” (72).

En esta interpretación pasional de la justicia, el juicio coincide con el acto de venganza pues, en su desarrollo, la parte ofensora admite su culpa y elucida los hechos. Así, por ejemplo, al llegar el ejército rebelde al poblado atraído por las llamas que lo envuelven, Leoncio admite su complicidad en el asesinato del hijo de Teodora: “¡Es ella la que todo esto hizo, levantando a las demás mujeres consigo, por venganza que tomó de vosotros en mí, que no quise engañaros escondiendo en mi casa a su hijo!” (68). La

confesión de Leoncio subraya el principio de equiparación que orienta los actos de Teodora y en función del cual la protagonista identifica la venganza con la justicia: “Veis que no es venganza sino justicia la que tomamos estas mujeres y yo con nuestras manos; pues él mismo confiesa su culpa miserablemente, para congraciarse con vosotros” (69). De forma similar, la protagonista de La Niña guerrillera entiende la justicia como una venganza material. Para ello, cuando las fuerzas franquistas— formadas por falangistas, guardias civiles, guardias del Tercio Extranjero y oficiales alemanes— dan muerte al guerrillero aragonés Martinico, ésta lo suplanta con el propósito de hacerle justicia. Como indica la protagonista a Sebastián, el sepulturero: “No soy la Niña yo (se quita el pañuelo). Soy Martinico. La niña murió anoche. La mataron” (113-14). Mientras vela el cadáver de Martinico, la niña se convierte rápidamente, primero en mujer, y luego en guerrillera, como marcan las acotaciones de escena de la obra: “(El tono de voz y los ademanes de la Niña van haciéndose cada vez más extraños, a la par que más seguros, como si, de pronto, madurase su voz y su persona en mujer)” (102). Esta transformación marca el compromiso de la protagonista con el alma de su novio y la aceptación de una responsabilidad que sólo puede rescindir con su propia muerte:

La Niña. ¿El alma
no me dejó entre las manos?
¡Quiero con ellas vengarla! (113)

La Niña adopta la indumentaria del guerrillero como prótesis externa y supedita su existencia a la de su nuevo cuerpo: “Este traje se ha pegado a mí con su sangre, es mi piel, es mi cuerpo. ¡Sólo me lo arrancarán con la vida” (115). Más aún, al día siguiente de su asesinato, este personaje aparece en el cementerio vestida de guerrillero y montando el caballo de Martinico, como indican de nuevo las acotaciones de escena: “(Mientras tanto

ha entrado la Niña a caballo, vestida ya con el traje del guerrillero Martinico; el rostro tapado con un pañuelo. Lleva fusil en banderola y pistola en mano)” (113).³⁸ A partir de este momento, y hasta que la guardia civil la asesina, la Niña lidera la partida de guerrilleros de la que formaba parte Martinico como un personaje espectral que, según indica el cura, se encuentra “entre los vivos y los muertos” (117) y que, por ello, se percibe por sus enemigos como una bruja (159), una fiera (158) o un fantasma (158) que siembra el pánico entre sus enemigos. Como expresa Chamusco, un vecino afín al régimen y que teme a la guerrillera: “¡Parece imposible lo aprisa que anda en todo! Está aquí contigo y de repente ya no la ves... sólo vez una llamarada: mucho humo... Y por allí sabes que pasó ella” (161).

Una vez apresada, las fuerzas franquistas torturan y asesinan a la Niña con la complicidad del cura jesuita que, interpelado por el dominico, y tras superar su reticencia inicial, reconoce en la guerrillera a la figura bíblica de Jesús. Según indica el dominico al jesuita: “¿No parece este cuerpo llagado, ensangrentado, el divino cuerpo de Nuestro Redentor?... En el cuerpo de cada hombre padece Cristo su pasión. Estas son sus huellas. Las veo. Las reconozco. Este cuerpo herido, destrozado; estos hilos de sangre que corren por sus brazos y sus manos, que llegan a sus pies... ¿No le recuerdan, señor sacerdote, la figura santa del Crucificado?” (206-7).³⁹ Si bien el jesuita considera inicialmente esta

³⁸ La historia de esta obra de teatro se remite, como referencia intertextual, al romance de Don Martinos, texto anónimo en el que una joven va a la guerra vestida de hombre, como anticipa la nana que canta la Niña sus hermanos antes de transformarse en guerrillera: “Que era niña como yo/ doncella que fué a la guerra/ con hábitos de varón” (93).

³⁹ Según indica Bergamín en un comentario final que añade a esta compilación, la Niña muere humildemente, sin nombre y desapercibida por la historia: “Muere mucho más cristianamente, anonadada en el oprobio inmediato, aparente, sin proceso teórico-jurídico inmortalizante, sin gloriosa resonancia histórica, repito. Muere cristianamente, mucho más cristianamente, tal vez, con misteriosa santidad desconocida, en un último rincón perdido, destrozado su cuerpo y rostro, deshecha su dulce figurilla de mujer, cubierta de lodo y de sangre... afrontada, martirizada y sola; sola como Cristo en la Cruz... Muere la Niña como nació: humildísima florecilla de los campos, muere sin nombre; o con un solo nombre: el de

identificación un sacrilegio, tras oír del dominico las bienaventuranzas de San Mateo y evocando la figura de Judas Tadeo— que, según los textos evangélicos traiciona a Jesús y se arrepiente—reconoce su error y pide perdón ante el cadáver de la Niña:

“Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos... bienaventurados sois cuando os maldijeren y persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros” (209). El contexto en el que el cura dominico pronuncia estas líneas— ante un sujeto perseguido y torturado— tiene como propósito establecer un paralelismo entre la historia de la guerrillera y el relato bíblico de la pasión y muerte de Jesús, lo que suscita el arrepentimiento final del jesuita.

La adaptación de estas obras teatrales a una metanarrativa cristiana, además de otorgar sentido a las muertes de las protagonistas desde este prisma ideológico, abre la posibilidad a la esperanza en la resurrección de la guerrillera y a un florecimiento posterior de su lucha que revista de significado a su sacrificio. La Niña, en su deseo de justicia, se convierte en un exponente del espíritu del pueblo en su lucha contra los rebeldes. Como manifiesta el cura dominico tras una acción de los guerrilleros en la que, dirigidos por la Niña, irrumpen en un juzgado, liberan a sus compañeros y ajustician a sus enemigos: “El pueblo tiene su guerra/ que todavía no acaba/ España estará sin sueño/ hasta que pueda ganarla” (135). La Niña se identifica por tanto con el sueño mismo de España, con su esperanza de futuro en un momento marcado por la represión y por la muerte, como reflejan las voces de las tres viejas que, al igual que la voz del dominico, confiere una clave lírica a la historia de esta guerrillera: “Llevas el sueño de España/ en el alma, cuando sueña/ el cuchillo que te parte/ el corazón, guerrillera” (175).

La identificación de la Niña con el espíritu combativo del pueblo se pone también de manifiesto en su última confesión, en la que el jesuita le pregunta si cree en Cristo y en la Iglesia. La guerrillera elude responder, afirmando, por el contrario, que cree en su pueblo y en España (205-6). Mientras que el jesuita considera que las creencias de la Niña son incompatibles con los dogmas católicos, el dominico los percibe como complementarios, afirmando que, por creer en el pueblo y en España “no se cierra el camino de la fe de Cristo” (206). Por consiguiente, la muerte de la guerrillera no pone fin a la lucha, sino que abre la esperanza de su continuación por parte del cuerpo colectivo al que representa a través de una nueva combatiente que se haga cargo del mismo deseo de justicia que asume inicialmente la protagonista. No obstante, este deseo no responde ya a un daño personal por el que se exige venganza, sino a uno colectivo pues, al asesinar a la guerrillera, los rebeldes atentan contra el propio espíritu del pueblo:

Coro. Con tu muerte, guerrillera
se hace sueño la esperanza. (210)

Coro. ¡Tan solo otra guerrillera podría resucitarla! (213)

Por su lado, en La hija de Dios, Teodora muere a manos de sus enemigos tras admitir su implicación directa en la quema del pueblo, en la muerte de los hijos de Leoncio y en el sufrimiento de este último. Los rebeldes no se limitan a asesinar a la protagonista, sino que la torturan y le cortan la lengua. Este último castigo, lejos de silenciar al pueblo—cuya ira cristaliza la voz de Teodora—genera una promesa de justicia futura. Como expresan las voces del coro. “¡Tu lengua caída sobre esta tierra muda será semilla de tu sangre en que los pueblos españoles verán reverdecer florecidas sus esperanzas!” (72). Más aún, estas voces cierran la narrativa con una exaltación de Teodora que, una vez muerta, pasa a ser una mártir del pueblo e incluso una santa:

“¡Vamos nosotras todas a seguirla en la santidad de su martirio!” (73) Finalmente, y a través de un lenguaje lírico que contrasta con la violencia extrema que se expone en este relato, el coro transforma el desenlace de Teodora en una muerte significativa. Así, la madre y la hija se funden en una misma entidad, como sugiere la identificación explícita de Teodora con la hija de Dios y, por consiguiente, con Teodosia. Este triángulo evoca el misterio católico de la Trinidad, es decir, la percepción de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo, reemplazando al primero por Teodora (la madre), a la segunda por Teodosia (la hija) y al tercero por el pueblo, cuya esencia se condensa en los personajes anteriores. Como promesa de futuro, el coro augura el retorno de la esencia popular que representa la Niña, es decir, según la terminología cristiana, su resurrección: “¡Tu nombre, Teodora, hija de Dios, renacerá de entre las cenizas de tu pueblo, luciendo en tiempos venideros con el esplendor verdadero de la justicia!” (Hija de Dios 72). Por consiguiente, y remitiéndose al ideario cristiano, Bergamín proyecta un deseo de justicia integral que—suplantando una concepción mística de este concepto—satisface la propia parte ofendida y que restituye la dignidad del pueblo.

Juan Caballero: pueblo a pueblo por la liberación de España

En contraposición a las obras de Bergamín, y abandonando el ideario cristiano, en Juan Caballero la justicia se desmarca de la venganza individual. Por el contrario, Carnés enfatiza la necesidad de llevar a cabo una justicia que, si bien no está codificada en un código de derecho, se ajusta a los principios y al sentido común del colectivo.⁴⁰ Por otro

⁴⁰ Al igual que hacen Bergamín y Herrera, esta novela muestra su compromiso con el pueblo, no con el PCE, ya que esta agrupación se incorpora tarde a la lucha guerrillera para abandonar posteriormente a los combatientes tras una colaboración más simbólica que real. De hecho, la literatura militante de Bergamín, Carnés y Herrera no se refiere en ningún momento a esta organización política, lo que podría leerse, o bien

lado, y de forma similar a Bergamín, la autora apunta hacia la necesidad de transformar el sistema existente, propósito que justifica la lucha y que la reviste de significado. Esta transformación no se alcanza en el curso de la narrativa sino que se proyecta sobre un futuro por-venir que actúa como promesa. Si bien Bergamín enfatiza la justicia sobre la transformación del sistema, Carnés da prioridad al segundo de estos aspectos sobre el primero. En cuanto a su producción, Carnés escribe Juan Caballero en 1947 y recibe por esta novela el premio de narrativa de los Talleres Gráficos “La Nación” de México. En cualquier caso, esta obra no se publica hasta 1956, por lo que la carga documental que despliega Carnés en esta novela pierde su inmediatez, es decir, el sentido de urgencia que define su condición como narrativa militante. Más aún, Juan Caballero se publica únicamente en México y en Rumanía, por lo que permanece excluida del discurso de recuperación de la memoria histórica como parte de una literatura que, de forma injustificada, continúa simbólicamente en el exilio.

Juan Caballero narra un episodio de la guerrilla en La Aljama— pueblo ficticio de la serranía gaditana— en 1942, es decir, tras la finalización oficial del enfrentamiento militar y con anterioridad a la intervención del PCE en la lucha guerrillera. Desde una mirada retrospectiva, esta novela establece el origen de la guerrilla en el mismo inicio de la confrontación declarada, lo que contradice la perspectiva dominante de esta forma de lucha como un fenómeno que actúa exclusivamente durante la posguerra. Por el contrario, la guerrilla constituye una modalidad más en la lucha contra los rebeldes que, como manifestación popular, y ante la negativa a aceptar la derrota, continúa de forma

como una crítica encubierta hacia esta formación, o como una manifestación práctica de su escisión con respecto a la lucha armada.

autónoma tras la desmovilización del Ejército Republicano. Como novela militante firmemente comprometida con el proyecto guerrillero, Juan Caballero mantiene en todo momento el factor ideológico como eje sobre el que gira un desacuerdo que sólo se puede resolver mediante las armas, ya que su perspectiva del Estado y de la sociedad difiere radicalmente de aquélla que establece el sistema dictatorial.

La novela se inicia con el brutal asesinato del padre de Juan, Manuel Caballero, a manos de Justo Fuentes—alias “Patás Cortas”— un vecino que se identifica con los rebeldes. El sentimiento de odio que impulsa este asesinato radica en el desacuerdo ideológico entre las posturas que mantienen ambos personajes, sin que exista ningún motivo o antecedente personal que justifique la violencia que sufre Manuel. Como explica el propio asesino: “Quería la igualdad. ¡La igualdad!... ¿Dónde se ha visto?... ¿La plebe igual a los ricos, a los nobles, a los reyes?” (28); “Él se reunía con los rojos, iba a los ‘mitin’ de los anarquistas... Fue de los primeros en pagar la cuenta” (29). Así, mientras que Manuel Caballero, y posteriormente su hijo Juan, se identifican con el pueblo y con las libertades democráticas, Patas Cortas y su hijo, Pedro Fuentes, se sienten apelados por el fascismo y por la estética nazi, como refleja este último personaje cuando trata de cortejar a Natividad Blanco (Nati): “¿Has visto algún desfile de la SS en el cine? ¿Te gustaría que me pusiera el traje nazi” (37).

Ante la violencia que despliegan los rebeldes tras el golpe de Estado, Juan huye en un barco pesquero a Gibraltar para, posteriormente, continuar luchando en España. Al igual que la protagonista de La niña guerrillera, la transformación de un muchacho común en guerrillero responde a un deseo de justicia ante la muerte de un ser querido con el que establecen un compromiso irredimible. En el desplazamiento de La Aljama a

Gibraltar, y tras un breve duelo por la muerte de su padre, Juan pasa de ser Juanele, un muchacho común que quiere trabajar con su padre en la estación local de trenes, a ser Juan Caballero, el líder de una partida de guerrilleros. La fuga de Juan trunca la posibilidad de una relación amorosa con Nati, quien se ve forzada a casarse con Pedro Fuentes, hijo del asesino de Manuel Caballero y dirigente local de Falange. La decisión de Nati se basa en la necesidad de proteger a su padre, Rafael Blanco, quien se encuentra en el punto de mira de los rebeldes por su indiferencia hacia el “Movimiento” y por su simpatía hacia Manuel, un rojo. Seis años después del asesinato de su padre, la partida de Juan Caballero actúa contra un ferrocarril que transporta un cargamento de armas por La Aljama. Al tener noticias de que Juan se encuentra en los alrededores del pueblo, y tras vivir avergonzada durante años por ser la esposa de un falangista, Nati se echa al monte y se une a la partida de guerrilleros. La conducta de Nati genera un odio irracional de Pedro hacia Juan y reinstaura el mismo deseo de venganza que, años atrás, lleva a su padre a asesinar a Manuel Caballero. Como afirma el falangista, “uno de los dos sobra” (92). La resolución de esta enemistad se produce en un enfrentamiento armado entre los guerrilleros y las fuerzas represivas del régimen. En esta confrontación, los guerrilleros capturan a Justo Fuentes y lo ahorcan en cumplimiento de una sentencia que dictan de forma colectiva tras llevar a cabo un juicio popular. Por su lado, Juan Caballero muere abatido de un tiro, mientras que Nati se mantiene fiel al cuerpo de su enamorado hasta caer bajo las balas de los soldados que dirige su propio marido, sellando con su muerte el argumento de la novela.

En Juan Caballero, la guerrilla se entiende como una confrontación de la población autóctona contra unos enemigos externos—o impulsados por una ideología

extranjera—que atentan contra la España popular que representa el campesinado, característica que comparte con las obras de Bergamín y con la novela de Herrera. Como explica un refugiado a Juan cuando lo ve llorar en Gibraltar tras conocer la muerte de su padre, España se enfrenta a un enemigo internacional: “¡El fascismo! ¿Tú no sabías qué era eso? Ahora ya lo sabes. Igual que en Italia y Alemania... Pero tú verás cómo no pueden con España, hijo mío. España es un hueso duro de roer” (116). Como consecuencia de las diferencias ideológicas entre los rebeldes y los campesinos, ambos perciben el concepto de España de formas, no solo incompatibles, sino también exclusivas. De hecho, la guerrilla se concibe como un movimiento espontáneo de defensa popular contra un enemigo que deforma el concepto de la patria y bajo cuyo nombre reprime y asesina al pueblo. Así, el ahorcamiento público del médico local, Rafael Blanco, finaliza con un “¡Arriba España!” (96) aún cuando este acto atente contra un ciudadano pacífico.

La confrontación entre el concepto de España que manejan los rebeldes y la interpretación popular del mismo se pone de manifiesto en una conversación entre Nati y su marido. La primera, tras ser apresada durante una operación guerrillera en la que pretende liberar a su padre—a quien la guardia civil tortura para que revele los nombres de los enlaces de la guerrilla—se enfrenta cara a cara con el líder de Falange. El desacuerdo entre estos personajes radica en la percepción de una misma idea—España—desde puntos de vista radicalmente contrapuestos, reproduciendo, según la expresión de Ismael Saz, el enfrentamiento de España (la de Franco) contra España (la demócrata y republicana).⁴¹ Pedro acusa a Nati de traicionar a España, a lo que la prisionera responde

⁴¹ Saz Campos, Ismael. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2003.

cuestionando la percepción de su marido de este concepto. Nati no niega la acusación, sino que, al redefinir el concepto de España, transforma lo que su marido califica de traición en un acto de lealtad al pueblo:

Pedro. ¿Sabes cómo se paga la traición a España?...

Nati. ¡España! ¿Tú sabes lo que es eso?

Pedro. Lo saben mejor los tuyos, los del puño en alto, ¿verdad?

Nati. Los de la cara alta, los de la sangre baja derramada por esta tierra, que vosotros pisoteáis. (87)

Como militante ideológica, Nati antepone la defensa del interés colectivo sobre sus intereses personales, hasta el punto de poner en riesgo su propia vida. Así, Nati se identifica abiertamente como “roja” en un contexto en el que esta afirmación puede suponerle las torturas más despiadadas y, casi con toda seguridad, su muerte: “Me ha hecho roja, como tú dices, el dolor de España; el ver la tierra seca por tanta sangre; el ver a tanta mujer de luto” (89). De hecho, la guerrillera rechaza toda ayuda que pueda ofrecerle su marido y niega la posibilidad de cualquier forma de reconciliación, tanto con éste como con el orden al que representa, aún cuando Pedro le ofrezca alternativas para que reconsidere su postura. Así, Nati rechaza la propuesta de Pedro de irse juntos a América y empezar de nuevo pues, desde su perspectiva, la situación entre ambos se encuentra ya en un punto de no retorno: “Nos separa la sangre; nos separan los muertos... No es la fatalidad, es el ansia de poder de unos cuantos sobre toda España. ¿No te das cuenta? Son tus yugos y tus flechas” (88). Desde la perspectiva militante de la guerrillera, la diferencia ideológica con el régimen radica en lo más vital, en la propia sangre, tanto en la derramada, como en la que corre por sus venas. Así, a la “sangre oscura” (142) de los rebeldes se opone la “gloriosa sangre guerrillera” (142), como si se tratase, no ya de formas contrapuestas de percibir la realidad, sino de formas de existencia incompatibles.

El carácter militante de esta novela, y al igual que ocurre con las obras de Bergamín y de Herrera, se pone de relieve a través de una representación maniquea que confronta a bandos cuyos proyectos y valores éticos se excluyen mutuamente. Esta estrategia narrativa refleja la supeditación de toda cualidad estética a un propósito social y político. Se trata de una característica propia del discurso literario que promueve el PCE en el frente de batalla a través de sus órganos de propaganda y que estos autores mantienen tras el final de la confrontación militar para representar un enfrentamiento ideológico que continúa vigente.⁴² Desde la perspectiva militante que pone de manifiesto Juan Caballero, la intensidad del desacuerdo ideológico genera un odio irrefrenable de los rebeldes hacia el campesinado y hacia el pueblo en general, lo que desata una violencia extrema que carece de justificación y de legitimidad. Los rebeldes no se contentan con eliminar al enemigo, sino que se regodean en su sufrimiento, lo que contrasta con la violencia constructiva que practican los guerrilleros. Así, por ejemplo, tras el golpe de Estado rebelde, los falangistas, entre los que se destacan Justo y Pedro Fuentes, comienzan a dar “paseos” a sus rivales y a fusilar a aquellos vecinos que defienden valores democráticos y republicanos o que, simplemente, no van a la iglesia.

Una de las primeras víctimas de Justo es Manuel Caballero, a quien saca enfermo de la cama con el propósito de torturarlo y de matarlo. El odio que siente hacia este personaje, no se resuelve con un asesinato rápido, sino que exige el sufrimiento desmesurado de la víctima. Como novela militante que toma parte en la confrontación, Juan Caballero no escatima en detalles a la hora de narrar el “paseo,” de Manuel, recreando para ello la propia perspectiva del asesino. Esta estrategia permite la

⁴² Como indica Antonio Gómez, “La guerra crea, por ende, un status quo que tiende a la sujeción de las identidades, a una identificación estable entre sujetos particulares, a una serie de estereotipos (el ‘héroe,’ la ‘lealtad,’ el ‘sacrificio,’ la ‘entrega,’ la ‘valentía’)” (Guerra persistente 130).

caracterización directa de Justo como una bestia sanguinaria que roba los dientes de oro al cadáver de su víctima para construirse una dentadura que, con cada sonrisa, recuerde a los vecinos la violencia sobre la que se sustenta su posición social en el pueblo:

Amanecía y él, con las manos atadas, apenas podía andar. Le había llevado a las afueras del pueblo. Echaba sangre por la boca del susto que tenía en el cuerpo. Pude haberle dado dos tiros y todo habría concluido. Pero quería verlo sufrir... Llevaba yo una cayada de mi suegro y empecé a darle de palos. A los primeros golpes cayó al suelo, y yo seguí golpeando. Se le llenó la cara de sangre, y yo no sé qué decía entre dientes... Recuerdo que le golpeé furiosamente la cabeza, y que me saltaron a la cara trozos de su cerebro... Yo mismo le enterré en el campo, sin dejar siquiera una crucecita, para que se fuera más pronto al infierno... Antes me entraron ganas de quitarle los dientes de oro... ¿Para qué los quería ya?... Con la culata del revolver le día varios golpes en la boca, le arranqué los ‘piños’... También le quite la leontina de su difunta y con las dos cosas me hice estos dientes. (29)

La violencia rebelde se sobrepone a todo orden jurídico pues, aún cuando se lleva a cabo con el respaldo del orden dominante, carece de toda oficialidad. A pesar de que todo el pueblo conoce el brutal crimen de Justo, éste no sólo elude la justicia, sino que se congracia con el orden represivo franquista y es designado alcalde de La Aljama. Del mismo modo, la tortura y asesinato de Rafael Blanco se producen con el consentimiento y la participación de las autoridades. Tras obtener toda la información que este individuo puede aportar a través de los métodos más brutales—entre los que se encuentran el ahogamiento hasta la inconsciencia, la flagelación de espalda y de pies, las quemaduras de cigarrillos, etc. — Justo decide ahorcar públicamente a su consuegro para sentar un precedente en el pueblo y fuerza a todos los vecinos a presenciar este espectáculo macabro.⁴³ La ejecución de Rafael coincide con el juicio y con la sentencia, ya que, con

⁴³ Según Gómez, “La violencia no es un proceso en el que únicamente víctimas y verdugos tengan un rol que cumplir. Existe un público que, en muchas ocasiones, se convierte en el último destinatario de un determinado acto de violencia. Su dimensión audiovisual puede ser potenciada, tal y como afirma Allen

anterioridad al ahorcamiento del reo, no se lleva a cabo ningún tipo de procedimiento jurídico. Más aún, se trata de una sentencia genérica de “traición a la patria” (96) que no se sustenta sobre ninguna prueba y que se pronuncia sin dar al condenado posibilidad alguna de defensa. En este sentido, este ahorcamiento supone una distorsión de la justicia que los mismos rebeldes proclaman tras la comisión de este asesinato: “Se ha hecho justicia ¡Arriba España!” (96).

Como consecuencia de las torturas que recibe, Rafael muere camino del cadalso y ante la respiración cortada de unos testigos que presencian este espectáculo como “muertos en pie” (95). De esta manera, un acto puramente biológico como es la muerte del reo se transforma en un acto de subversión contra el régimen en el momento que no se produce a manos de los rebeldes. De hecho, los ejecutores continúan con el espectáculo aún cuando Rafael ya está muerto pues, de otro modo, y desde la perspectiva de los rebeldes, “Sería un triunfo de esa canalla” (96). En contraposición a las expectativas de los ejecutores, el ahorcamiento de un cadáver supera la crueldad y el mal gusto que los testigos están dispuestos a tolerar. Como reacción, los vecinos adoptan un discurso que, en principio, se ajusta a los parámetros ideológicos del orden represivo: la oración del Padre Nuestro. No obstante, el contexto en que se recita esta oración y su articulación como una sola voz transforma este discurso en un acto de rechazo al asesinato que acaban de presenciar y, por tanto, en una expresión política colectiva: “La losa tendida sobre los pechos campesinos, parecía desprenderse de ellos y el sordo

Feldman, por la infraestructura ‘performativa’ y la iconografía política con que se proyecta y presenta un determinado acto de violencia” (Guerra persistente 128).

crepitar de odio se encendió en forma de oración que parecía blasfemia y al tomar fuerza, las palabras convertían en maldición las palabras religiosas y tiernas” (97).

El asesinato de Rafael contrasta con el sistema de justicia popular que ponen en práctica los guerrilleros y que refleja el modelo de sociedad democrática al que aspiran. Los combatientes, antes de sentenciar y ejecutar al enemigo, lo someten a un juicio popular, aún cuando la culpabilidad del reo sea evidente. En este juicio, los guerrilleros, además de formular una acusación, deben aportar pruebas, presentar testigos y conceder al inculpado la posibilidad de defenderse. De este modo, las acciones que se cometen contra el asesino no responden a ninguna venganza personal, sino a un principio de justicia que determinan de forma colectiva los guerrilleros y los campesinos. Como refleja Juan Caballero en una reflexión interna mientras sus compañeros juzgan al asesino de su padre: “Precisamente lo que nos hace grandes y perdurables frente a estos asesinos de ideas y de sentimientos, es que no asesinamos como ellos. Cuando los destruimos es que hacemos justicia a los muertos, justicia a las ideas, justicia a España” (133). Como parte del proceso de enjuiciamiento de Justo, su nuera, Nati, se presenta como testigo, desatendiendo las súplicas del reo y aportando como prueba irrefutable de su criminalidad los dientes de oro que lucen en su boca. Ante esta evidencia— y ante el reconocimiento del propio inculpado— los guerrilleros deciden ajusticiar a Justo Fuentes. Para ello, y en contraposición al asesinato de Rafael, los combatientes dictan una sentencia que se sustenta sobre hechos probados: “Por tus muchos crímenes y traiciones a España, este tribunal de guerrilleros te condena a morir en la horca” (139). Finalmente, la ejecución de Justo se desarrolla sin ningún tipo de espectacularidad, sin exaltaciones políticas y sin que se produzca ningún desfase emocional por parte de sus enemigos. Aún

cuando este acto de justicia cierre el fatídico capítulo del asesinato de Manuel Caballero, se trata de una batalla que no pierde la perspectiva de su propósito primordial: liberar España del poder de los rebeldes. Como indica el narrador, “Aquello era sólo el fin victorioso de una de las batallas libradas para sacar a España de su noche tenebrosa... pero España seguía encadenada” (140).

A diferencia de la representación consensual de la guerrilla que emerge posteriormente durante la democracia, en esta novela, los propósitos de este colectivo no se limitan a actuaciones esporádicas y motivadas por la necesidad de sobrevivir; por el contrario, los guerrilleros luchan impulsados por un deseo de justicia y por la transformación del sistema social, político y económico, lo que requiere, como medio y no como fin último, la lucha contra el régimen. Más aún, en Juan Caballero, el propósito de los guerrilleros no se restringe al territorio específico del que son autóctonos los combatientes: de hecho, antes de luchar en la serranía andaluza, Juan Caballero combate en otros pueblos de Castilla y Extremadura, hasta que, de acuerdo a una lógica estrictamente militar, regresa a su lugar de origen. En cualquier caso, y a pesar de la vinculación emocional del protagonista a esta tierra, se trata de un objetivo más que forma parte de una lucha más amplia. Según indica el guerrillero Paco Vélez a Juan, la guerrilla actúa “pueblo por pueblo” (118) pues, “todo es España” (118).

Frente a la lógica sobrecontextualizada que predomina en la representación posterior de la guerrilla, en Juan Caballero la guerrilla destaca la necesidad de los combatientes de incrementar la organización entre los distintos grupos guerrilleros y el impacto de sus actuaciones. Como aclara el narrador, “Las voladuras de puentes, de centrales eléctricas y de trenes de tropa eran insuficiente. Había que iniciar acciones más

serias, y sobre todo más organizadas, más decisivas para la libertad de España” (122). Esta expansión requiere la organización entre las distintas partidas que operan en un mismo territorio. Así, por ejemplo, en la serranía en la que actúa la partida de Juan Caballero se encuentra también la de “Torrente de Andalucía.” Ambas partidas se unen para formar una guerrilla provincial que permita constituir posteriormente una “Federación Nacional de Guerrillas de España” (125). Con este propósito, estos dos grupos designan a sus guerrilleros más audaces para establecer contactos con los combatientes que luchan en Extremadura y en Castilla. En este sentido, la guerrilla se concibe como grupos que luchan por superar el aislamiento y por transformar la realidad política y social.

No obstante, el paso de los años, la dureza de la represión y la falta de un apoyo externo efectivo truncan el proyecto político y social de la guerrilla. En cualquier caso, conviene destacar que Carnés escribe esta novela en un momento en el que este fenómeno se encuentra en su máximo apogeo (1947) y en el que la perspectiva militante de la guerrilla está aún marcada por la esperanza de que el apoyo internacional multiplique las posibilidades de éxito de la lucha armada. En este sentido, esta novela no aborda la guerrilla desde una mirada retrospectiva que, con el paso de los años, y atravesada por las lógicas del consenso, o bien elimina el proyecto de futuro de la guerrilla de su representación o lo reduce a una mera información contextual. Por el contrario, y frente al sentimiento de fracaso de la guerrilla que remarca continuamente la representación posterior de este fenómeno, esta obra apunta hacia un proyecto en proceso de gestación que mantiene la promesa de reestructuración política y social que impulsa el movimiento revolucionario agrario desde los años treinta. En otras palabras, y en

contraposición a la mirada retrospectiva del discurso actual, Carnés articula una mirada proyectiva marcada por el deseo de cambiar el mundo que, si bien es utópica, cumple una función esencial como elemento que determina la fidelidad de los guerrilleros a la lucha armada y su percepción del combate. Como indica Juan Caballero a Nati mientras exhala sus últimos suspiros: “Estamos asistiendo a esta convulsión grandiosa del mundo, a esta lucha del hombre que empuja el mundo hacia adelante, contra los que quieren un mundo de ciegos y mudos, para mantener sus privilegios, o mejor todavía, de muertos” (161).

Juan Caballero culmina con una reflexión del narrador que, como voz militante que toma parte en el conflicto, augura el advenimiento de la victoria popular y el reconocimiento de unos combatientes que, en el momento diegético que recrea el texto (1942) — y también en el momento en que se escribe esta novela (1947) — mueren en los montes abatidos bajo las balas del enemigo. No obstante, y al igual que en La hija de Dios y en La niña guerrillera, la muerte de Juan Caballero se concibe como un sacrificio necesario para una insurrección que libere definitivamente al pueblo y que permita el reconocimiento de sus héroes: “Y el eco de su voz, parecía temblar en el espacio limpio, como la llamada o una batalla prodigiosa que encendería toda la tierra española y haría estremecer en su seno los blancos huesos de los héroes” (172).

Cumbres de Extremadura: el campesinado en armas

En 1938 Herrera Petere publica la novela Cumbres de Extremadura, en la que relata la historia de un grupo de guerrilleros que luchan de forma autónoma en defensa del proyecto agrario y revolucionario del Frente Popular. En esta lucha, y en base a su carácter colectivo, el campesino adquiere una identidad política de la que carece como

sujeto aislado y desarrolla una conciencia histórica y social que le permite identificar las causas de la opresión que sufre y reaccionar ante las mismas. Al igual que en las obras anteriores, esta novela no aborda la confrontación declarada desde la experiencia de soldados que operan en un frente regular o en las trincheras, sino de campesinos que, como combatientes del pueblo y sin necesidad de ser movilizados por el Ejército Republicano operan en la retaguardia enemiga. Como indica un guerrillero anónimo en relación a la singularidad de esta experiencia, “Yo soy jabalí, soy águila, soy zorro... soy guerrillero... ¿Tú sabes lo que es meterse leguas y leguas en terreno enemigo? ¿Sabes lo que es estar días y días escondidos?” (239). Se trata de campesinos de orientación comunista—aún cuando no sean técnicamente militantes del PCE—que, inspirados por la breve experiencia del Frente Popular en los pueblos de Extremadura, aspiran, no necesariamente a reinstaurar el modelo republicano contra el que atentan los rebeldes, sino a transformar una realidad enquistada históricamente en el sistema político y social partiendo de la resolución del problema de la tierra. De hecho, más que a consignas políticas, estos campesinos responden a un sentimiento colectivo, como refleja el Batallón de Servicios Especiales, en el que se agrupan los campesinos reaccionarios y en el que se integra Bohemundo, personaje principal de esta novela:

Bohemundo había llegado a la casa de un cacique de Castuera, donde estaban alojados los guerrilleros organizados en un batallón extraño, que era el que más podía desear: el Batallón de los Servicios Especiales... Los campesinos rebeldes se estaban organizando militarmente y hacían incursiones... Inmediatamente ingresó en el Batallón de Servicios Especiales; se comprometió a someterse a su disciplina y a volver a entrar en la zona facciosa. Se hizo guerrillero. (57)

Frente al énfasis en la experiencia individual que predomina en la representación actual de la guerrilla, este batallón actúa en todo momento como un sujeto colectivo que

se resiste a ser representado a través de la historia personal de sus combatientes.

Bohemundo se presenta al inicio de la obra como una multiplicidad genérica, es decir, como un sujeto que da cuerpo al campesinado como colectivo político, de modo que su historia puede entenderse como la de cualquier individuo de su condición: “Su padre pudo bien morir al reventarse una tinaja de vino en una bodega; y él puede ser natural de Auñón, de Erustes, de Loranca, de Sayatón, de Anguix, de Alocén... de algún pueblo de nombre tan agrio como los serrijones cortados y faltos de atractivo, con alrededores que producen trigo y otros cereales, vinos, azafrán y otras especias”(19). De este modo, el narrador no toma la experiencia individual de un referente y la generaliza, sino que, de forma inversa, construye un personaje que actúa como representación de una entidad colectiva cuya causa responde tanto a una necesidad local (el problema de la tierra) como internacional (la lucha contra el fascismo y el nazismo). De hecho, los guerrilleros extremeños luchan, no sólo contra el Ejército Rebelde, sino contra el Tercio de Extranjeros—identificados por los campesinos a lo largo de la novela como “los moros”—contra fascistas italianos y contra nazis alemanes. En base a su carácter colectivo, Bohemundo, al igual que el lobo que pertenece a una manada— según la interpretación de Deleuze y Guattari en A Thousand Plateaus—no corporeiza a un guerrillero, sino a la guerrilla como multiplicidad. Así, este personaje es la expresión individualizada, no individualista, de una experiencia vivida y sentida colectivamente pues “you can’t be one wolf, you’re always eight or nine, six or seven” (Thousand 29). Como militante ideológico, este personaje se identifica con un pensamiento político de carácter universal que le permite interpretar su realidad inmediata desde un marco que supera toda particularidad. Esta universalidad se percibe, por ejemplo, en el paralelismo

que establece Bohemundo entre los pueblos extremeños y Rusia, tomando este último referente como modelo de perfección: “Rusia era una especie de Vera de Plasencia, muy grande y muy lejana, con campesinos y obreros muy valientes, muy generosos, que sabían leer y escribir, y tenían palacios y trenes, y barcos y aeroplanos, y podían comer y beber durante todo el día, y coger toda la tierra y todas las bellotas que les diese la gana” (130).

La multiplicidad a la que da cuerpo Bohemundo lo distingue del modelo individualista de guerrillero que predomina en el discurso actual. Frente a la precisión de una narrativa interesada en la materialidad de la experiencia de los combatientes, Bohemundo es una creación arbitraria del narrador, quien establece un pacto de complicidad con el lector en el párrafo inicial de la novela a la hora de construir este personaje: “Supongamos, sin embargo, que era de Torviscoso, lugar de la provincia de Cáceres; figurémosle sorprendido por la sublevación en Jarandilla y por los moros en Madrigal de la Vera, de donde tiene que tirarse a la sierra Llana, por más detalles” (19). Por tanto, en esta novela, la precisión responde más a una necesidad narrativa que al compromiso con la veracidad de los eventos que construye el narrador. De hecho, la subjetividad y las pasiones de los combatientes son más relevantes que la exactitud histórica del relato, como muestra el interés en que los guerrilleros comuniquen directamente “las tentaciones que tuvieron que sufrir, los fríos, las hambres y los soles” (15). A pesar de su implicación ideológica, el narrador se presenta como un mero canal que, sin introducir modificaciones, permite la expresión directa de los guerrilleros: “Esto lo contó él así, y así lo digo” (26).

Al igual que en La niña guerrillera y en Juan Caballero, esta obra no representa a la guerrilla desde un enfoque neutral que pretende ser ajeno al objeto de representación o desde una relación de alteridad, sino que toma una parte activa en la confrontación como elemento de apelación ideológica que justifica la violencia que practican los combatientes y que invita al lector a identificarse con la causa guerrillera. De hecho, el narrador se identifica con la lucha de los campesinos, posición que hace explícita desde el inicio de la novela. Así, en la introducción de Cumbres de Extremadura, el narrador distingue entre la “sencillez española” (15) y “los pezuños militares que se sublevaron... los nuevos gigantes, los nuevos molinos de viento soplados por Italia y Alemania” (15) e identifica a estos últimos como individuos que “tienen en vez de pecho y vientre un bombo lleno de gases venenosos” (15). Finalmente, el narrador orienta la interpretación de los contenidos por parte del lector bajo una actitud amistosa que se sustenta sobre la complicidad que establece al inicio de la obra. Como puede observarse, por ejemplo, en una de las referencias a Zoilo Coimo, un falangista del pueblo extremeño de San Vicente de Alcántara, el narrador persuade al lector para que adopte una posición de desprecio hacia este personaje y a lo que representa—el falangismo y la clase terrateniente— apelación que explota la complicidad que establece al inicio de la novela: “También estaba en calidad de escolta y camisa vieja, el Zoilo Coimo, al que vosotros, amigos que me leéis, ya habéis tenido el gusto de conocer” (88).

Aún cuando los campesinos tengan nombres, apellidos, apodos y un lugar de origen, una vez que se incorporan a la guerrilla su identidad pasa a estar determinada por unas mismas circunstancias políticas, sociales y económicas que los define como colectivo. De hecho, el autor reduce la caracterización individual de los personajes a

meros retazos, mientras que, por otro lado, exalta la interacción entre los guerrilleros, sus prácticas sociales y su existencia como parte de un mismo organismo. Así, por ejemplo, el foco del narrador se centra frecuentemente—como ojo cámara—en las celebraciones de los guerrilleros, en las que se divierten con canciones, bailes y con dichos populares. A pesar de su carácter popular, la organización de los combatientes se ciñe a una estructura militar en la que la máxima autoridad es el capitán quien, al igual que el resto de los combatientes, lucha como voluntario por la misma causa que los campesinos. Este personaje ajusta su función a las decisiones colectivas, por lo que esta figura es más un referente estructural del cuerpo de guerrilleros que una fuente de autoridad. Los guerrilleros deciden en todo momento cuestiones fundamentales como, por ejemplo, los desplazamientos del grupo, sin que haya una autoridad que establezca un criterio incontrovertible. Por consiguiente, y a diferencia de un ejército profesional, los campesinos son en todo momento conscientes de sus circunstancias y cumplen una función activa en la toma de decisiones que les afectan como colectivo. En este sentido, la estructura del batallón es horizontal, en contraposición a la verticalidad del ejército rebelde: “El Batallón de Servicios Especiales, en el que había muchos extremeños corajudos, dirigidos por un capitán voluntario mexicano y un comisario político de Villanueva de la Serena. Los campesinos rebeldes se estaban organizando militarmente y hacían incursiones” (57). Por su parte, la orientación política de la guerrilla queda a cargo del comisario político, un joven de veinte años que contextualiza la situación del campesinado en un marco político, social e histórico específico y que establece los límites de la lucha “hasta morir si es preciso” (113):

Vosotros sois hombres que habéis sido explotados durante toda vuestra vida; y ahora, los mismos que os han explotado siempre, los terratenientes

feudales de Extremadura y sus servidores los falangistas, la Guardia Civil y los moros os han arrojado de vuestra casa. Vosotros, al entrar aquí os habéis juramentado a luchar hasta dar la vida por la causa del pueblo español. (113)

La guerrilla dota a los campesinos de una conciencia de clase y de un lenguaje político, lo que les permite trasladar sus reivindicaciones de lo particular a lo universal. Así, el propósito de la guerrilla es canalizar la disconformidad de estos individuos ante una injusticia histórica y transformarla en una reivindicación política. Esto requiere, por un lado, la percepción de la situación inmediata de los campesinos desde un prisma político y, por otro, la proyección de la realidad a la que aspiran y de los medios para conseguirlo, entre los que se encuentra, como necesidad ineludible, la victoria sobre el ejército rebelde. En este sentido, el comisario político cumple una función esencial dentro de la guerrilla, al establecer una conexión entre la realidad inmediata del campesinado y la necesidad de transformar el sistema económico y social.⁴⁴ De hecho, en el Batallón de Servicios Especiales se discuten temas como el Frente Popular, la democracia, el fascismo, el imperialismo económico, el capital monopolista, etcétera (188). De este modo, los guerrilleros desarrollan un lenguaje político y adquieren una perspectiva ideológica de la realidad de la que carecen inicialmente como campesinos, como refleja, por ejemplo, Bohemundo cuando trata de convencer a su esposa para que se incorpore a la guerrilla: “Allí verás cómo luchamos por un ideal. Y seguidamente, se consideró en el

⁴⁴ Como indica Gálvez Yagüe, “el comisario desempeña una función muy importante, es el responsable político de la guerra, pues ésta no es solamente un problema técnico-militar. Para que la lucha sea eficaz no bastan las órdenes y la disciplina: hay que saber por qué se lucha, conocer el desarrollo de los acontecimientos en su conjunto. La institución del comisario supone una concepción nueva del ejército ya que se considera el espíritu del ejército popular. Este procura la elevación cultural e ideológica de los soldados, pero al mismo tiempo está en la primera línea de fuego. Pasa a ser el militante revolucionario consciente, abnegado, ejemplo de los demás soldados” (*Vida* 62).

deber de repetir todas las palabras que había oído al comisario Manolito: que si la clase obrera, que si el campesino, que si la crisis del capitalismo, que si los latifundistas, que si el nazi-fascismo y los terratenientes feudales, que si la casta militar fascista, que si los invasores italo-germanos” (225). Como campesino y militante ideológico, Bohemundo acaba manejando un doble lenguaje, la jerga rural y política, lo que le permite trasladar su percepción de la situación inmediata a un plano político. Así, al pasar por los sotos del Tajo, Bohemundo experimenta una lúgubre impresión ya que “por lo visto, había habido mucha sarracina o, como diría en su nuevo lenguaje político, mucho ‘terror nazi-fascista’” (215).⁴⁵ Mediado por un lenguaje político, el bombardeo de los sotos del Tajo deja de constituir un acontecimiento anecdótico que tiene lugar en un punto de Extremadura para interpretarse como parte de un conflicto generalizado como es la invasión del pueblo español por parte del fascismo internacional: “Nosotros luchamos por una democracia y también por la unidad... Defendemos la independencia de España” (225).⁴⁶

Además de aportar un lenguaje político a los campesinos, la guerrilla refuerza la fe y la confianza necesarias para transformar la realidad. En el caso de Bohemundo, “Su fe en la revolución era ancha, clara, natural, como el Jerte en primavera” (22). Esta fe actúa como una promesa de futuro que impulsa a los guerrilleros a superar las dudas que puedan surgir en base a cuestiones personales—como la seguridad de la familia, los

⁴⁵ La duplicidad del lenguaje guerrillero se manifiesta también en el nombre de sus componentes. Así, por ejemplo, Bohemundo es conocido también como “Trimotor,” siendo el primero su nombre civil y el segundo su apodo como guerrillero: “Todos los guerrilleros tenían un mote o nombre de guerra. Uno se llamaba el Diablo, otro Salsipuedes, etc., y a él le pusieron Trimotor, porque era alto, fuerte y parecía muy sereno” (57-58).

⁴⁶ Esta generalización de un espacio particular—de los pueblos extremeños—difiere del estudio localista de la guerrilla que predomina en el discurso actual. Este último discurso se centra en la particularización de un fenómeno universal—la lucha guerrillera—mientras que el discurso militante que propone Herrera procede en sentido inverso, es decir, con la universalización de lo particular.

riesgos que implica formar parte de la guerrilla, etc.—o a la situación objetiva de la lucha en la que se encuentran inmersos, pues “Las dudas son, en la mayoría de los casos verdaderas molestias para el hombre, pero éstas quedan muy amortiguadas... mientras se adora ardientemente una causa y el corazón palpita de sed de lucha” (29). De hecho, desde el ideario comunista, la militancia se concibe como una cuestión de fe, como refleja, por ejemplo, la expresión fe comunista que emplea el PCE en su discurso oficial.⁴⁷ Esta interpretación de la militancia, como concepto que roza lo religioso, se manifiesta, por ejemplo, en la siguiente afirmación de Irene Falcón, secretaria personal de Dolores Ibárruri y miembro del Comité Central del PCE durante los años sesenta:

“Cuando se enfría esa fe, cuando se empieza a dudar, cuando se hace uno un descreído, empieza uno a dejar de ser comunista” (qtd. in Federico Sánchez 142).⁴⁸ Por consiguiente, la guerrilla, como parte de un proyecto comunista y revolucionario, no puede aprehenderse en su totalidad desde una postura positivista o exclusivamente historiográfica, pues su lógica se encuentra estrechamente vinculada a la percepción del guerrillero como militante que combate con las armas y también desde la articulación de un discurso propio. Frente a esta interpretación de la militancia, la representación dominante de la guerrilla subsume, desde la supremacía que concede al tiempo pretérito de la narración, una mirada que, al basarse en una cuestión de fe— no de conocimiento—

⁴⁷ La pérdida de fe, de confianza en el proyecto comunista, constituye un motivo de expulsión del PCE, como reflejan, por ejemplo, los casos de Federico Sánchez (Jorge Semprún) y de Fernando Claudín, anteriormente miembros del Comité Central de esta agrupación.

⁴⁸ El discurso militante se articula de acuerdo a marcos pedagógicos que evocan la narrativa cristiana, como refleja, por ejemplo, una carta que Ibárruri dirige a los guerrilleros de Galicia y que se publica como editorial de El guerrillero en Abril de 1948 bajo el título de “La sangre y el sacrificio de todos los nuestros no serán estéril” (1). En este texto, Ibárruri emplea términos del discurso religioso—santa, resurrección, mártires, Gloria, sagrado, etc.—o alude a la idea de muerte y resurrección para referirse a los guerrilleros muertos: “Ellos volverán a vosotras, a vuestros lares y a vuestro cariño, en las noches temerosas de la “santa compañía” de la conseja popular, sino al alba de la resurrección, cuando las campanas de España repicando a Gloria anuncien al mundo que el pueblo español es libre” (2).

supera las contingencias espaciales y temporales en las que se encuentra inmerso el sujeto y que se proyecta hacia un futuro por-venir.⁴⁹ El discurso positivista silencia por tanto, no necesariamente la existencia de los guerrilleros o la existencia de un componente ideológico sino, según la terminología empleada por María Zambrano en el prólogo de Cumbres de Extremadura, “la gran fe que los animaba” (14).

La naturaleza de la guerrilla como unidad colectiva y su ideal de democracia directa se muestra en el funcionamiento de un sistema de justicia popular. Este sistema se percibe como una manifestación de la voluntad general que, siguiendo los cauces de la democracia directa, es decir de la intervención pública de individuos que se representan a sí mismos, determina qué comportamientos son inaceptables y el castigo acorde con la transgresión. Así, por ejemplo, cuando Bohemundo y Admirante se presentan borrachos ante el Batallón de Servicios Especiales antes de partir para una expedición, sus compañeros organizan un juicio popular contra estos dos guerrilleros. La individualidad de los infractores supone una amenaza para la guerrilla, ya que la supervivencia del grupo depende del comportamiento y de la actuación de sus elementos como un único sujeto colectivo. Como indica Manolito, comisario político del batallón, “el que uno falle por cualquier circunstancia pone en peligro la vida de todos los demás” (113). Como consecuencia, sus compañeros los condenan a pasar una semana en el calabozo y a quince días sin sueldo. La aceptación de esta sentencia por parte de Bohemundo y

⁴⁹ Se trata de lo que Badiou denomina como subject-language. Como indica Žižek, “this language is meaningless from the standpoint of knowledge, which judges propositions with regard to their referent within the domain of positive being... When the subject-language speaks of Christian reception, revolutionary emancipation, love, and so on, knowledge dismissed all of this as empty phrases lacking any proper referent (political-messianic jargon, ‘poetic hermetism,’ etc)... The subject language ‘derails’ or ‘unsettles’ the standard use of language with its established meanings, and leaves the reference ‘empty’ with the ‘wager’ that this void will be filled when the goal is reached, when truth actualizes itself as a new situation: (God’s kingdom on earth, the emancipated society...) The naming of the truth-event is ‘empty’ precisely in so far as it refers to the fullness yet to come” (Ticklish 135-36).

Admirante implica su rehabilitación como componentes del batallón pues, en definitiva, los guerrilleros no juzgan a sus compañeros por sus actos—por emborracharse— sino por adoptar una postura individualista frente a las necesidades del colectivo.

Este individualismo constituye precisamente la causa que, más adelante, lleva al protagonista a la muerte. Bohemundo, movido por la bravuconería, se separa del grupo para llevar a cabo una aventura individual: infiltrarse en territorio enemigo para llevarse con él a su esposa e impresionar a través de esta acción al resto de los componentes de su batallón. No obstante, cuando está cerca de lograr su objetivo, la intemperancia verbal de su esposa causa la detención y posterior asesinato de este personaje. Al desmarcarse del grupo, Bohemundo deja de formar parte de la guerrilla y, por consiguiente, de actuar como unidad representativa de la misma pues, en un proceso colectivo no hay lugar para la exaltación del valor individual de sus componentes, solamente de su sacrificio.⁵⁰ Como consecuencia, Bohemundo no muere como un guerrillero— en la lucha armada y bajo las balas del enemigo—sino como un animal que es asesinado públicamente como si se tratase de una novillada: “Se vendían alcahueses y pepitas de girasol, matracas y pitos para los niños. Parecía que, en la gran plaza de armas, iba a celebrarse una becerrada: la muerte de un novillo con alma y blanca cerviz de carne humana” (240).

La percepción del colectivo como una unidad se extiende también al pueblo, como refleja su organización espontánea a la hora de defenderse frente a los ataques rebeldes. Cuando la aviación alemana bombardea la localidad extremeña de San Vicente de Alcántara, sus vecinos reaccionan, a pesar de la confusión inicial, como un único

⁵⁰ Como indican Deleuze y Guattari, “In becoming wolf, the important thing is the position of the mass, and above all the position of the subject itself in relation to the pack or wolf-multiplicity: how the subject joins or does not join the pack, how far away it stays, how it does or does not hold to the multiplicity (Thousand 29).

frente, empleando sus útiles de trabajo como armas:

- ¡Levantaivos, levantaivos, gañanes!
- ¿Pero levantarnos con qué? Decían al alcalde algunos gañanes
- ¡Con los azadones, con las guadañas, con las navajas! (73)

A pesar de su cohesión ideológica y de su disposición “a trabajar, a combatir y a morir si es necesario” (124), los campesinos carecen de armas suficientes con las que hacer frente a la aviación alemana— contribución de los nazis al ejército rebelde— y a las ametralladoras de los insurgentes. Frente al armamento rudimentario e improvisado de los gañanes, el enemigo cuenta con armamento especializado y de precisión: “Cada camión llevaba dos ametralladoras, y muchos regulares y legionarios iban armados de fusil ametrallador. Todos iban cubiertos de cascos de acero. En los últimos camiones venía una batería del 10,5 y su correspondiente munición. Traían también cocinas de campaña, botiquín, ambulancias, etc.” (87). Como se pone de manifiesto durante este ataque, la confrontación no se produce como un enfrentamiento militar entre fuerzas equilibradas, sino como una masacre cuyo escenario son las calles y las plazas del pueblo, y cuyas víctimas son sus habitantes: “Muchos vecinos no podían levantarse, no volvieron a levantarse jamás; otros se quejaban débilmente en el suelo; algunos estaban completamente destrozados. Brazos, troncos, piernas, masas encefálicas de hombres, de mujeres, de niños habían caído en los sitios más absurdos, en el tejado de las casas, en los barrotes de las ventanas” (86).⁵¹

La agresión que sufre el pueblo destruye también sus referentes topográficos, es decir, la propia tierra con la que se identifican los guerrilleros, hasta el punto de que ésta

⁵¹ El desequilibrio de fuerzas en este enfrentamiento se refleja también en una conversación entre Zoilo Coimo y el gobernador militar de Cáceres, el coronel Buzuey, en el que el primero pide refuerzos para acabar con los guerrilleros de la sierra Tocina, solicitud que desecha el coronel: “¡En la sierra Tocina! ¡En la sierra Tocina!... ¡Mojigangas, pataratas que asustan a los falangistas! ¿Cómo me vais a decir a mí que esa turba de campesinos desharrapados van a vencer a soldados instruidos y disciplinados?” (165).

deja de ser reconocible, como puede observarse en la sierra Tocina tras un bombardeo nazi: “Desde allí pudieron ver al día siguiente, cómo la sierra Tocina se retorció entre llamas y explosiones dantescas bajo nueve trimotores “Júnker.” Cuando se disipó el humo amarillo, la Tocina había variado de silueta. A todos afectó mucho el espectáculo. Además, la sierra Tocina era el último recuerdo de su pueblo” (170). De hecho, la topografía del lugar constituye lo que podría denominarse como una geografía militante que protege a los campesinos contra los ataques enemigos, aspecto que enfatiza la estrecha vinculación de estos individuos a la tierra. Las rocas constituyen una defensa natural de los guerrilleros y facilitan a su vez su contraataque ante las incursiones de los rebeldes, como muestra la escena en la que los gañanes se enfrentan al ejército, a la Guardia Civil y a los falangistas: “Los guerrilleros, parapetados detrás de las rocas, les dejaron acercarse, y cuando estaban a pocos metros abrieron sus fusiles ametralladores y sus botes de dinamita. La ladera quedó llena de cadáveres. Los guerrilleros no tuvieron más que un herido: un temerario que asomó la cabeza fuera de la roca y le alcanzó un casco de granada” (166). Como consecuencia, la eliminación del pueblo requiere, además de la destrucción del espacio urbano, el arrasamiento de la sierra como espacio hostil que favorece a los guerrilleros.

Si bien el pueblo y sus contornos se encuentran expuestos a los ataques de la aviación nazi, la propiedad privada de los caciques locales está protegida por falangistas y por guardias civiles: “Los latifundios del término municipal se convirtieron en verdaderas fortalezas, inasequibles para los gañanes, guardadas por la Guardia Civil y por falangistas armados” (164). De hecho, el punto principal de confrontación entre el campesinado y los terratenientes se remite a la propiedad de la tierra y a la lucha de

clases que se deriva de esta cuestión. Los terratenientes, que encuentran en el ejército rebelde una defensa firme de sus intereses, se oponen a los guerrilleros y a las políticas del Frente Popular en base al carácter revolucionario del proyecto social y económico que estos últimos pretenden implantar y, en particular, en lo que respecta a la posesión y explotación de la tierra. Así, la posesión de tierras por parte de individuos que no la explotan se opone a las políticas de la coalición de izquierdas, cuya exigencia principal es el reparto de la tierra entre quienes la trabajan. José Campos, por ejemplo, terrateniente de Villanueva de la Serena, es encarcelado por impedir al pueblo sembrar en sus tierras, ya que esto supone una infracción de la legislación que entra en vigor tras el triunfo del Frente Popular: “Ese señor había tenido, con los vecinos de Puebla de la Santísima Trinidad y de Valderadores de la Serena, sangrientas diferencias a causa de sus dehesas, que ellos pretendían roturar para sembrar patatas” (108). Al hacer del problema del agro el objetivo principal de su proyecto, el Frente Popular dota a los campesinos de una conciencia de clase, haciendo de su pobreza y explotación un factor de reivindicación política. Ello permite al campesinado considerar cuestiones que no se plantean con anterioridad, como la expropiación de la clase terrateniente, el establecimiento de derechos laborales básicos o, en definitiva, su inclusión en el orden político:

Se expropió un encinar, antigua propiedad del conde de San Vicente... Se estableció un jornal mínimo para los hombres y se anularon todas las deudas de los labradores; se pensó en roturar grandes extensiones que permanecían improductivas por el cerrilismo de los antiguos propietarios, se prohibió el trabajo de los niños y se estableció para las mujeres el mismo salario que para los hombres... ¡Por fin había llegado la justicia con la que todos soñaban! (80)

De este modo, los campesinos pasan de constituir un elemento presente, no representado— una singularidad, según la terminología que emplea Badiou— a ser, como

sujetos políticos, el eje del proyecto revolucionario de la guerrilla y el referente principal del nuevo modelo de estado y de sociedad que pretenden construir.

El reconocimiento del campesino como sujeto político implica cuestionar el sentido común del sistema dominante, ya que abre grietas en una estructura social y económica firmemente asentada en las que se desata violentamente la tensión acumulada a lo largo de siglos. Como indica Bohemundo al ser detenido por unos guardas cuando atraviesa una propiedad privada, los terratenientes: “Eran los dueños de vidas y haciendas en todo el contorno, como en pleno siglo XIII” (37). De hecho, la necesidad improrrogable de resolver el problema de la tierra y de terminar con la explotación social y económica constituye la base sobre la que se articula la razón de ser de la guerrilla, como refleja, por ejemplo, Bohemundo cuando trata de explicar la realidad del agro a un grupo de campesinos cuya existencia individual refuerza el propio sistema del que son víctimas. En una de sus travesías por la sierra extremeña, y con anterioridad a su incorporación a la guerrilla, Bohemundo se indigna al encontrarse con un grupo de pastores cuyo universo se limita a “los pastos de la señora condesa” (32), lo que les impide comprender la relación existente entre la explotación que sufren y la confrontación que se libra en España:

La mayoría de los pastores de esa sierra con quienes tropezó, no sabían ver la relación entre la guerra, cuyos cañonazos habían oído muy lejanos, y la miseria que siempre habían conocido.

Todos estos pastos son de la señora Condesa—decían.

Y Bohemundo barbotaba violentamente preguntando quién era la “señora condesa” y por qué ganaban ocho duros al año. (32)

Como consecuencia del antagonismo histórico entre el campesinado y la clase terrateniente, las partes confrontadas se perciben, no como rivales militares, sino como enemigos personales cuya percepción del Estado y de la sociedad difiere radicalmente.

Esta percepción da lugar a los abusos del ejército rebelde y a un sentimiento de odio irredimible por parte de los campesinos. Así, por ejemplo, el ejército rebelde tortura y asesina a los hombres del campo y humilla públicamente a las mujeres, como refleja la siguiente orden de Vitas Cristetis: “A todas estas mujeres que les corten el pelo, por perras rojas. ¡Así estarán como las perras tiñosas!... ¡Por putas!” (96). Esta violencia se extiende también a los propios familiares de los insurgentes, quienes no hacen ningún tipo de concesión a la hora de imponer sus ideales, lo que genera un estado de terror generalizado del que nadie queda exento. El falangista Zoilo Coimo, por ejemplo, somete a su esposa al mismo abuso y humillación pública que al resto de las campesinas, lo que lleva a esta última a huir al monte junto con los guerrilleros: “Mandó rapar públicamente a su propia mujer, después de darle una soberana paliza. A consecuencia de eso fue la huida” (164). Más aún, y a diferencia de los campesinos, los rebeldes ultrajan el cuerpo de sus víctimas incluso después de haberles dado muerte, lo que pone de manifiesto un odio personal que no se redime con la eliminación física del enemigo. Como refleja el asesinato de la Juanillona, una campesina que se encuentra huida en el monte, los soldados del Tercio Extranjero humillan su cuerpo y hacen acopio de una violencia extrema que no concluye con la muerte de este personaje: “le clavaron una bayoneta por la entrepierna y la levantaron en alto. Por fin la arrojaron a un arroyo seco, donde se la comieron los perros y los animales salvajes” (170). Por consiguiente, los rebeldes llevan a cabo una violencia extrema que no es comprensible desde el razonamiento militar, sino desde el odio a los campesinos como enemigos biológicos. De hecho, los rebeldes persiguen a los gañanes si estos últimos fuesen “lobos, perros rabiosos” (99), no enemigos políticos.

De modo similar, el odio de los campesinos sobrepasa la lógica militar y es independiente a toda consigna política, aún cuando no se materialice con la misma violencia que muestran los rebeldes y sus aliados. Así, cuando Bohemundo vaga por el monte en busca de la guerrilla se encuentra con un grupo de individuos que, sin identificarse, cuestionan al campesino sobre su orientación ideológica. Para ello, éstos le preguntan, no sobre cuestiones teóricas o sobre dogmas de partido, sino sobre un caso práctico que suscita una reacción pasional: sobre quién dispararía de tener un arma en la mano, a lo que el campesino responde: “¡Contra los fascistas, perros dispararía, y si no tenía escopeta los mataría a bocados!” (52). La visceralidad de esta respuesta permite a los campesinos identificar a Bohemundo de forma incontrovertible como un elemento de su mismo estrato económico y social: “Un campesino con la boca llena decía que sí con la cabeza y levantaba el puño mientras le abrazaba cordialmente y lloraban. Estaba por fin entre los ‘rojos’. ¡Estaba salvado! ¡Estaba entre los guerrilleros de Extremadura!” (53). En base al carácter eminentemente ideológico de la confrontación— como factor que atraviesa la subjetividad del individuo— la emoción y el coraje que manifiesta Bohemundo gozan de mayor credibilidad que el contenido de la respuesta, ya que no deja duda alguna sobre su orientación política. Esta reacción emocional se contrapone a la respuesta de Bohemundo al terrateniente Carlos Conde cuando éste cuestiona su ideología. En este caso, Bohemundo responde automáticamente y sin dar rienda a sus emociones, lo que le permite engañar fácilmente a su interlocutor:

Carlos. ¡Una patria!

Bohemundo. ¡España...! – contestó Bohemundo

Sacó en seguida otro dedo.

Carlos. ¡Un caudillo!

Bohemundo. ¡Franco!

Sacó el tercer dedo.

Carlos. ¡Un Estado!
 Bohemundo. ¡El Nacional Sindicalista!
 Carlos. ¡Hola! ¡Muy bien! ¿Un cigarro, buen hombre? (38-39)

Por consiguiente la orientación ideológica de los campesinos y guerrilleros se manifiesta, no en el contenido de su discurso, modificable según las circunstancias, sino en sus emociones y en su espontaneidad, cuestiones que escapan a un análisis historiográfico de la confrontación.

La confianza en el proceso revolucionario constituye también un signo de identidad que exalta el valor y la fiabilidad del guerrillero. Así, por ejemplo, cuando Bohemundo y Deleitoso compiten por seducir a Constancia, una joven sevillana, el segundo destaca entre sus cualidades seductoras su fe en la revolución: “Deleitoso presumía de más leído y más serio, de sus pasadas aventuras y de su fe revolucionaria desde que tenía siete años” (141). El carácter revolucionario de los guerrilleros determina también su comportamiento cotidiano más allá de la lucha armada y de la discusión de conceptos políticos e ideológicos, ya que, para el sujeto militante, la revolución, además de una práctica, constituye una forma de percibir la realidad y de relacionarse con la misma. Deleitoso, por ejemplo, deja de mantener relaciones con prostitutas, al entender que se trata de un comportamiento incompatible con la moral revolucionaria: “Una noche, en casa de Clara la Bigotuda, el Deleitoso insistió en que no era púdico ni honesto ni conforme a la moral revolucionaria vivir de aquel modo” (194). El rechazo a una práctica que implica una explotación de otro individuo, sexual en este caso, se contraponen a la actitud de los rebeldes. A diferencia de Deleitoso, Zoilo Coimo, recurre con toda naturalidad a la prostitución, sin cuestionar la edad de la prostituta ni la violencia que conlleva esta práctica: “El Zoilo Coimo fue a visitar su prostíbulo de Cáceres, que estaba

detrás de la catedral... Allí estuvo con una chica nueva, de unos quince o dieciséis años, recién lanzada. Era una niña inocente y no sabía todavía su oficio. Había que enseñárselo” (165). En este sentido, esta novela revierte la deformación de los guerrilleros como individuos que satisfacen sus necesidades sexuales a través de prácticas violentas y acusa a la parte contraria, a un falangista en este caso, de un comportamiento que es incompatible con los intereses del pueblo pero coherente con la explotación de los desfavorecidos que defienden los reaccionarios. Por consiguiente, la guerrilla no se limita a la resistencia armada, sino que implica también una forma de percibir la realidad y de actuar en consecuencia que ponga fin al sistema de explotación existente.

A pesar de que el autor contextualiza el conflicto en la línea de pueblos que se encuentran entre Mérida y Badajoz, se trata de un enfrentamiento cuyas causas e implicaciones se remiten a un plano político internacional en el que el fascismo y el capitalismo atacan, no sólo a Extremadura, sino al pueblo español: “Extremadura se abría a lo lejos, silenciosa e indomable como España, como una vía de agua abierta en la sentina de un barco maldito: al fascismo. Todo gran capitalismo internacional tuvo que acudir a tapar esta vía de agua” (173). De hecho, y como indica Gálvez Yagüe, Extremadura se identifica con la totalidad de España, no como representación de la misma, sino como sinécdoque: “La utilización de los lugares, de la toponimia española, pintoresca fonéticamente e imaginada, hace que, por un efecto semejante a la sinécdoque, el lector termine por confundir la parte con el todo y asimile todos estos nombres concretos con España entera” (Vida 108). Más aún, los aviones que bombardean San Vicente de Alcántara son alemanes y su objetivo es el pueblo español, no el Ejército Republicano: “Ese era el saludo de los Nazis alemanes, ‘salvadores de España,’ a la

‘chusma roja’ y ‘antiespañola’ de San Vicente de Alcántara” (86). Del mismo modo, Vitas Cristeti, uno de los fascistas más sanguinarios que actúan en Extremadura es rumano, lo que refuerza la identificación del enemigo con una agresión externa: “El alférez laureado del Tercio Extranjero, Vitas Cristeti era rumano... El fascismo español le consideraba mucho más solvente en los asuntos de España que a los obreros y campesinos españoles, que a los intelectuales españoles, que a los hombres honrados nacidos en la tierra” (93). Este aspecto se muestra también en el tratamiento que dispensa este personaje a los campesinos en base a su condición de rojos, como si humillando y asesinando al pueblo defendiese una patria que le es ajena. De hecho, este personaje se encarga de organizar los fusilamientos en este pueblo, actividad que precede de insultos y agresiones en la plaza principal. Cristeti, por ejemplo, acusa al campesino “el Gabriel” de ser un “perro rojo y enemigo de España” (97), lo que supone una deformación de este último concepto que excluye a su propia esencia, al pueblo.

Como consecuencia de esta distorsión, los guerrilleros perciben a los sublevados como invasores extranjeros o supeditados a una ideología foránea— el fascismo— por lo que la lucha contra los mismos se concibe como una guerra de liberación, como muestra el mensaje que escribe Manolito en la tapia del cementerio de Torongil: “¡Viva el Ejército Popular que lucha por la independencia de España!” (132).⁵² La diferencia entre lo español y lo extranjero se manifiesta en el comportamiento de los combatientes. Mientras que los enemigos viajan en tren y leen Il popolo d’Italia, Il Corriere de la Sera o un método para aprender español como lengua extranjera (103), los campesinos pasan las noches bajo las retamas y hablando español (159). Más aún, ante el lenguaje local que

⁵² Esta interpretación se ajusta, según Gálvez-Yagüe, a la percepción de Herrera de la guerra: “Él tenía muy claro que la guerra del 36 no era una guerra civil, sino una guerra de independencia” (Vida 13).

emplean los campesinos, cuyas peculiaridades dialectales se exponen continuamente a lo largo de la obra, los falangistas emplean términos y gestos italianos, como garbatezza, para referirse a la exquisitez en el comportamiento, o el ademán fascista del brazo alzado. Incluso en aquellos casos en que hablan en español, los rebeldes deforman el lenguaje y lo transforman en un sonido irreconocible por el pueblo, como si se tratara de “ladridos inoportunos y continuos que no se entendiesen,” (33) lo que elimina toda posibilidad de entendimiento entre las partes confrontadas. En este sentido, los colectivos enfrentados se encuentran claramente diferenciados, no sólo en base a su percepción de la realidad y al estrato social del que proceden sus componentes, sino también en función de su comportamiento y de sus usos lingüísticos, diferencias que impiden una racionalización conjunta entre ambos y que hacen de la violencia el único lenguaje compartido.

Ante al carácter foráneo de los invasores, el concepto de España que maneja el campesinado se identifica con el comunismo y con el Frente Popular. Así, los guerrilleros “eran españoles y eran extremeños. Eran, además gañanes de los del ‘puño en alto’” (173). De forma similar, los campesinos del pueblo de Millanes se definen como “gañanes de los de puño en alto, sin Dios ni rey y con Frente Popular” (219). El concepto de español se emplea también para revestir de legitimidad a las acciones de la guerrilla, como puede observarse, por ejemplo, cuando los guerrilleros experimentan “alegría española” (163) tras volar un tren de mercancías cargado de armamento militar que procede de Portugal. Como consecuencia, el enfrentamiento armado no responde únicamente a propósitos militares, sino a desacuerdos fundamentales sobre la propia naturaleza del Estado y de la sociedad, lo que determina el carácter eminentemente ideológico de la confrontación. Mientras que los rebeldes consideran a España como “una

especie de frasco de esencia barata” (31), los campesinos la perciben como “un gran caldero capaz de cocer un toro” (31), símiles que reflejan la fricción entre formas irreconciliables de entender la realidad.

Según manifiestan las obras de Bergamín, Carnés y Herrera, la guerrilla, como fenómeno revolucionario, se mantiene fiel a la política social y económica que defiende el PCE a través del Frente Popular, aún cuando los guerrilleros no pertenezcan formalmente a la agrupación comunista. Estas obras penetran en la subjetividad del guerrillero y en su percepción de la realidad, así como en sus sentimientos, emociones y, en definitiva, en aquellos elementos que excluyen la representación franquista, la comunista y el discurso democrático posterior. Entre estos aspectos destacan la percepción de la guerrilla como un sujeto colectivo— frente al sujeto individualizado que promueve posteriormente el discurso consensual—y la fe en la revolución como componente esencial de un proyecto que se orienta hacia la construcción de una sociedad utópica. En este sentido, la lucha guerrillera no es únicamente el resultado de la represión franquista, sino que se trata de un movimiento popular que lucha por la transformación del sistema político, económico y social. Más aún, y como reflejan Juan Caballero y Cumbres de Extremadura, el origen de la guerrilla se encuentra en la propia confrontación declarada y se extiende de forma indefinida tras su conclusión oficial. De este modo, esta forma de lucha no constituye únicamente un fenómeno de posguerra, sino que es también parte del enfrentamiento social e ideológico que opera en la retaguardia del orden franquista y de forma autónoma con respecto al Ejército Republicano. Se trata por tanto de una confrontación de carácter popular que tiene lugar al margen de las grandes batallas y de los ámbitos de decisión política y que, por ello, ocupa una posición

secundaria en el discurso histórico y cultural. La recuperación de este discurso permite superar la percepción de la guerrilla desde el análisis de anécdotas que, delimitadas a un contexto temporal y geográfico, aíslan la lucha armada del contexto político e ideológico en el que tiene lugar. Así, la anécdota y el detalle, si bien enriquecen el conocimiento de la guerrilla, deben integrarse dentro de un discurso más amplio que permita reflexionar sobre las categorías y los marcos pedagógicos dominantes en la representación y en la percepción actual de este fenómeno, especialmente en lo que se refiere a la desideologización del combatiente, es decir, a su reducción a la condición de huido que lucha únicamente por sobrevivir. Estas novelas, por el contrario, mantienen una esperanza indefinida del triunfo de la revolución, aspecto incompatible con los parámetros políticos y culturales que determinan la representación actual de este fenómeno pues, como indica Ibárruri en la publicación guerrillera Ataque correspondiente a junio de 1949, “una revolución popular derrotada, no es una revolución enterrada; es una revolución aplazada” (n.pag.).

Capítulo 3

La mirada residual: el maquis en el cine de la Transición

En noviembre de 1979 se estrena en la sala Alphaville de Madrid El corazón del bosque, de Manuel Gutiérrez Aragón. En esta película, el director cántabro elige como protagonista a un *maquis*, *El Andarín*, quien continua la lucha armada tras su disolución y tras el aniquilamiento de muchos de sus componentes por parte de los aparatos represivos franquistas. Esta película no produce la reacción—aunque sea violenta— que dos años antes acompaña a las proyecciones de Camada negra, en la que Gutiérrez Aragón aborda la actuación de los grupos de ultraderecha durante la transición.¹ Por el contrario, y como resultado del consenso y de la desilusión que domina el contexto político y cultural en el que se estrena este film, su recepción está marcada por la indiferencia. Contra toda expectativa, el advenimiento de la democracia no estimula el interés hacia un fenómeno que, deformado por el franquismo y silenciado por el discurso comunista, resulta prácticamente desconocido como movimiento ideológico. Como indica Carlos Heredero, “La lucha guerrillera de la resistencia antifranquista, uno de los capítulos menos conocidos y más olvidados de la reciente historia de España, reunía todos los requisitos para haber dado lugar, hipotéticamente, a un verdadero género cinematográfico, a una cierta épica de la resistencia contra el franquismo” (Historias).² Sin embargo, el público recibe películas como El corazón del bosque o novelas sobre la guerrilla publicadas en el exilio y anteriormente prohibidas en España con apatía. Esta actitud refleja las deficiencias de un proceso de apertura democrática que se fundamenta en el

¹ Como expone Augusto Torres, “En todos los sitios de España donde se estrenó hubo amenazas a la sala y a los espectadores.” (Conversaciones 73).

²< http://www.lagavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/historiasdelmaquisenelcineespanol.htm>.

silenciamiento, no del pasado como bloque temporal, sino de aquellas cuestiones que apuntan hacia la naturaleza ideológica de la confrontación que domina el panorama político y social español durante los últimos cuarenta años.

La representación de la guerrilla y su recepción por parte del público durante este periodo se encuentran condicionadas por la residualización de toda referencia a los grandes sistemas ideológicos en el orden político, cultural y social. Así, el discurso dominante desplaza los proyectos utópicos y revolucionarios a un plano de fondo que cede ante el valor del hecho tangible y de la experiencia personal, aspectos que, a nivel colectivo, minimizan el desacuerdo y la posibilidad de concebir una realidad alternativa. Esta purga ideológica domina incluso aquellas representaciones críticas que proponen una revisión del guerrillero, como reflejan películas como El espíritu de la colmena (1973), de Víctor Erice, Los días del pasado (1978), de Mario Camus o Pim Pam Pum ¡Fuego! (1975), de Pedro Olea. Estas producciones, si bien abren una línea de representación alternativa a la que promueve el discurso franquista, rechazan abordar el proyecto político e ideológico que impulsa y que dota de razón de ser a la lucha armada, reforzando la exclusión de este factor del orden de representación dominante.

Con objeto de implementar esta depuración ideológica, el Estado recurre al empleo de sus aparatos represivos—del propio sistema penal, por ejemplo— y al de los aparatos ideológicos de los que dispone, principalmente de los medios de comunicación. Así, la élite política promueve el consenso mediante la difusión de aquellos productos acordes con esta práctica y a través de la concesión de premios y subvenciones, lo que le permite orientar la opinión pública. Por otro lado, aquellas obras que violan sus premisas son—salvo en casos excepcionales— ignoradas por los medios de comunicación, por la crítica y, consiguientemente, por el público, quedando fuera de los circuitos de mercado

que dominan el panorama cultural de la transición. En el peor de los casos, los ministerios de cultura y de justicia someten aquellas obras que exceden las limitaciones del consenso a proceso penal, especialmente— y de forma paradójica— tras la eliminación de la censura. En base a este sistema de inclusiones y de exclusiones, el orden democrático fomenta una representación hegemónica tanto del pasado dictatorial como del presente.³ Más aún, los aparatos ideológicos del Estado construyen una visión idílica de la transición como una explosión de entendimiento mutuo que permite superar la fractura entre partes anteriormente enfrentadas y que constituye el fundamento del nuevo sistema democrático. Como resultado, el reconocimiento de este proceso se convierte en una marca de identidad nacional que permite poner fin a la leyenda negra del retraso político y económico, lo que produce una unificación sin precedentes del discurso cultural.⁴

Esta versión oficial condena a la marginalidad aquellos puntos de vista minoritarios que, como en el caso de los ex guerrilleros y de los exiliados políticos, presentan una perspectiva alternativa de la transición y una concepción de la democracia que difiere del sistema consensual que se implanta en España. De hecho, el análisis de la representación de la guerrilla durante la transición manifiesta una faceta de este periodo, no como una explosión cultural en la que productos mediáticos y multinacionales acceden al mercado español—postura que defienden un amplio sector de la opinión

³ Como afirma André-Bazzana, “Libros de historia, publicaciones en la prensa, aniversarios mediatizados... todo ello contribuye desde hace más de veinte años a difundir de la transición una interpretación particular, prácticamente unánime y, en todo caso, oficial y dominante. Oficial, lo es en la medida en que es propaganda por los medios de comunicación de masas y las representaciones políticas oficiales; también es dominante en el sentido de que la vemos expresada de manera uniforme en todo el país” (*Mitos y mentiras* 17).

⁴ Según indica André-Bazzana, “He aquí la razón principal del surgimiento del mito, de la leyenda de la transición y de su permanencia a través de los años. Los españoles aprovecharon aquella oportunidad de brillar por una vez, a los ojos de sus vecinos europeos y del resto del mundo” (*Mitos y mentiras* 77).

pública y una multitud de estudios— sino, según indica Teresa Vilarós, como “el agujero negro que chupa, hace caer y encripta los desechos de nuestro pasado histórico, aquella nuestra historia maloliente que nos apresuramos a repudiar y que en gran parte todavía seguimos ocultando” (Mono 12). Desde la exploración de este pasado fantasmático, El corazón del bosque revela la expulsión del factor ideológico de un proceso político que se halla, a modo de bisagra, entre un régimen dictatorial y un orden democrático de carácter vigilado o condicional. Como militante ideológico que se mantiene fiel a una causa perdida, el protagonista de esta película constituye una manifestación de lo político que escapa a la representación dominante de la guerra española y de la dictadura que promueve el discurso oficial.⁵ De hecho, la alusión a la dimensión ideológica de la guerrilla amenaza con desestabilizar un sistema que, a pesar del carácter democrático y de la pluralidad que supuestamente abandera, arroja este elemento al basurero de la representación cultural para su posterior reciclaje como producto del consenso.

La desideologización de la política

El estudio de la representación cultural de la guerrilla durante la transición requiere prestar una atención especial al proceso de desideologización que marca los cambios políticos, sociales y culturales que se producen durante este periodo y que constituyen en adelante la base del sistema democrático. De hecho— y como muestran las obras de Erice, Olea y Camus— la representación de la lucha armada en este

⁵ Por el concepto de lo político, y según emplean este término autores como Žižek, Marcuse o Rancière, se entiende la desestabilización del orden funcional dominante, (Ticklish Subject 187; One-Dimensional Man 134; Dis-agreement xii), en contraposición a la gestión y administración del sistema por el aparato represivo y por los aparatos ideológicos del Estado, es decir, de la política. Según Rancière, la política se entiende de forma generalizada como “the set of procedures whereby the aggregation and consent of collectivities is achieved, the organization of powers, the distribution of places and roles, and the systems for legitimizing this distribution” (Dis-sagreement 28).

momento crítico refleja la tensión irresoluble entre la necesidad de abordar la complejidad política e ideológica de esta cuestión y la de depurar el ideario utópico que orienta originalmente al proyecto guerrillero. A través de esta depuración se trata de ajustar la representación de este fenómeno a los nuevos principios de la política consensual que se implanta en España y que permea todos los poros de la cultura y de la sociedad, sin abandonar el propósito crítico que motiva la articulación de nuevas perspectivas desde las que se aborda la lucha armada. Teniendo presentes los análisis críticos sobre la transición que llevan a cabo autores como Juan Luis Cebrián, Gregorio Morán, José Vidal Beneyto, Alberto Reig Tapias y Bénédicte André-Bazzana, entre otros, y— desde el punto de vista de la crítica cultural— por autores como Cristina Moreiras Menor, Teresa Vilarós, Eduardo Subirats y Joan Ramón Resina, el análisis de la representación de la guerrilla en los años próximos a la muerte de Franco requiere analizar el proceso de desideologización que tiene lugar durante este periodo para evaluar posteriormente sus efectos en la reconstrucción literaria y cinematográfica de este fenómeno y en su recepción por parte del público. De hecho, se trata de un periodo en el que los procesos que tienen lugar a nivel político tienen un efecto directo en el ámbito cultural, tanto en las obras que se ajustan al proyecto de democratización del Estado como en aquéllas que articulan una perspectiva crítica hacia el mismo. Por consiguiente, el análisis de la representación de la confrontación declarada, de la dictadura y de la guerrilla durante la transición exige de forma ineludible una reflexión crítica sobre el proceso de desideologización de la política que tiene lugar durante este periodo.

La muerte de Franco no da lugar a manifestaciones públicas en defensa de la libertad, ni a lluvias de claveles rojos desde las ventanas de los edificios públicos, como ocurre un año antes en Portugal; por el contrario, en España se inicia un periodo marcado

por la incertidumbre y, como indica Cebrián, por el miedo (España bosteza 9).⁶ Más aún, los principios sobre los que se erige el régimen se mantienen tras el fallecimiento del dictador sin que se produzca el repudio público de esta figura. Así, el óbito de Franco no implica la muerte de su cuerpo político sino que, por el contrario, este último controla las reformas que se producen en la estructura del Estado. A partir de 1975, los herederos del régimen tratan de resolver en su beneficio la dificultad que se plantea ante la imposibilidad de establecer un sistema que, o bien rompa con el orden autoritario—ante la presión del orden militar y el recelo a que se produzca en España un proceso similar al que tiene lugar en el país vecino— o que suponga la continuación de un régimen anacrónico. En base a esta doble imposibilidad, y ante la necesidad de seguir controlando los límites y posibilidades de un proceso de democratización improrrogable, la clase política dominante opta por restringir los cambios que se llevan a cabo sobre el sistema a lo que marca la legalidad del régimen, aún cuando su articulación esté exenta de todo espíritu democrático.

Con objeto de reducir los riesgos de esta operación y de darle credibilidad democrática, la oligarquía franquista permite el acceso a la mesa de negociaciones del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y del Partido Comunista de España (PCE). Estas agrupaciones se constituyen como partidos opositores antes de que se celebren las primeras elecciones generales, por lo que inicialmente asumen esta función sin el consentimiento de la población a la que supuestamente representan.⁷ Por consiguiente,

⁶ El 25 de abril de 1974 tiene lugar la Revolución de los Claveles, que pone fin a la dictadura portuguesa de Marcelo Caetano mediante un golpe de Estado militar.

⁷ Según argumenta André-Bazzana, “Si atendemos a la hipótesis de la existencia de negociaciones con la oposición, ¿a título de qué ciertas personas que nada ni nadie había designado para ello se sintieran con autoridad para participar en negociaciones, es decir, de representar y defender los intereses de la población?” (Mitos y mentiras 172). Como consecuencia, estas formaciones “perdonan” u optan por eliminar de la escena política, los crímenes cometidos contra una población a la que no representan.

uno de los objetivos más inmediatos de estos partidos consiste en revestir de cobertura formal su participación—legal, pero no legítima— en la reconfiguración y en la administración de las estructuras políticas del Estado. Como indica Adolfo Suárez en un discurso que pronuncia ante las cortes el 10 de septiembre de 1976, sólo mediante la celebración de elecciones “los grupos políticos que hoy se presentan con voluntad de protagonismo y que son significativos y respetables, pero que carecen de mandato popular, comenzarán a ser representativos del pueblo” (qtd. in Transición documentos 309). En este sentido, la apertura democrática se inicia con una ampliación de la oligarquía franquista en la que se incluyen caras y siglas identificadas con la oposición pero que, no obstante, se acomodan al sistema dominante y que abandonan, como cuota de entrada, sus reivindicaciones ideológicas.

El peso de treinta y seis años de dictadura militar, además de determinar la percepción de la política por parte de los continuadores del régimen, afecta también a la mayoría de los representantes de izquierda que protagonizan la transición, lo que facilita la negociación con la clase dominante. Así, en el caso del PSOE, sus principales representantes durante la segunda mitad de los años setenta no proceden del exilio, no han experimentado la confrontación declarada y no han sufrido en la misma medida la represión que marca la experiencia de los militantes históricos de esta formación, por lo que constituyen una representación espuria de la parte agravada. De hecho, con anterioridad a la muerte de Franco, la agrupación socialista lleva a cabo una reconfiguración interna cuyo propósito fundamental es resolver la incompatibilidad entre aquellos militantes que, bajo la secretaría de Rodolfo Llopis, continúan en el exilio (el PSOE histórico) y una nueva generación que, liderada por Felipe González y Alfonso Guerra, emerge en el interior (el PSOE renovado). En este sentido, Suárez no negocia con

los socialistas del exilio, sino con los del interior, es decir— y sin hablar de forma figurativa— con sus compañeros de la Facultad de Derecho y del Colegio de Abogados, herederos todos ellos de la dictadura y responsables en gran medida de su continuación en lo que ha venido a denominarse como franquismo sociológico.⁸

En lo que respecta al PCE, si bien sus representantes políticos y culturales más destacados—como Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri y Rafael Alberti, entre otros— provienen del exilio, éstos se desmarcan de los militantes históricos como de una carga que dificulta sus nuevos propósitos y que pone en tela de juicio la identidad socialdemócrata y eurocomunista que exalta esta agrupación durante este periodo. De hecho, en sus campañas electorales de los años setenta, el PCE elimina de su discurso toda mención a la dictadura y a la represión de la que son objeto sus militantes hasta ese momento. Al igual que ocurre en el caso de los socialistas, los militantes en el interior consideran que los exiliados—entre los que se encuentran la mayoría de los guerrilleros supervivientes— como consecuencia de su larga ausencia, desconocen la realidad económica y social del país, lo que justifica su exclusión del juego político. Así, el PCE centra su poder social sobre el apoyo de un sector de la población civil que, movido por un impulso antifranquista más que por un proyecto utópico, se identifica con esta agrupación, aún cuando carezcan de la experiencia y de los ideales que caracterizan a los militantes comprometidos con el proyecto revolucionario del partido. Por el contrario, la falta de compromiso ideológico de sus nuevos afiliados reduce la presión sobre los principales dirigentes del PCE a la hora de hacer concesiones frente a la clase franquista,

⁸ Como indica Enrique de Diego, “El bienestar social ya palpable a mediados de los sesenta produjo la aparición del mencionado franquismo sociológico. Una corriente latente de la sociedad que quizás podría mostrarse contraria a las dictaduras en general, y poco entusiasta hacia la dictadura franquista en concreto, pero que estaba básicamente satisfecha, no quería apuestas políticas arriesgadas y miraba con aprensión a las actividades de la oposición” (Casta 45).

además de no suscitar ante el resto de los partidos la desconfianza que genera el comunismo histórico militante.⁹ Como consecuencia, el PCE expulsa hacia sus márgenes a aquellos cuadros fieles a la doctrina marxista y leninista, y silencia la lucha armada como proyecto que entorpece la nueva imagen pacífica y democrática de esta formación. Como indica la guerrillera Remedios Montero *Celia*, en un testimonio que recoge José Antonio Vidal Castaño:¹⁰

Carrillo se ha puesto un poco, ha estado prestándose mucho a los medios de comunicación y luego después el paso de la Transición, yo no sé hasta qué punto a mí me parece que se nos ha hecho mucho de menos a la guerrilla. Se ha pactado y se nos ha puesto en el olvido y a mí me parece que el máximo culpable, siendo él el dirigente de la época... creo que él tiene mucha culpa de esto. (Memoria 169)

Como consecuencia de esta falta de apoyo político, las agrupaciones de guerrilleros no comienzan a hacerse tímidamente visibles hasta los años noventa. Con anterioridad, su participación política es, o bien inexistente, o se lleva a cabo, en casos muy puntuales, a través de canales autorizados que, en cualquier caso, rechazan la recuperación o el conocimiento del proyecto político y social que propugnan estos combatientes. En este sentido, los guerrilleros no participan en ningún diálogo con la nueva clase dominante, ni siquiera con los partidos legales de izquierda, sino que tienen que resignarse a su exclusión.¹¹ Esta reconfiguración determina la condición de la

⁹ Según García Santesmeses, “Para muchos, el Partido Comunista, útil en un periodo de clandestinidad, era atractivo por su carácter antifranquista (y por ello muchos demócratas acudieron a sus filas) pero no por su idiosincrasia comunista” (Repensar la izquierda 178).

¹⁰ Carrillo, por su parte, y según informa a Victoria Prego en una entrevista que recoge el volumen de El País Historia de la Transición, justifica esta exclusión afirmando que: “Cuando termina la guerra, en los primeros quince años nosotros tenemos una militancia que no es una militancia política, es un ejército. Son gente que ha hecho la guerra en España, la guerrilla en Francia, también en la retaguardia alemana de la Unión Soviética, y que tienen un entrenamiento y una disciplina militar” (34).

¹¹ Como excepción que confirma la regla, el ex guerrillero Miguel Núñez toma parte en el primer gobierno democrático como parlamentario por el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Se trata de un excombatiente que es condenado en varias ocasiones durante el franquismo y que pasa una parte importante de su vida en la cárcel. No obstante, Núñez no se integra en la vida política proveniente del exilio, pues su

guerrilla como parte sin parte, lo que previene su existencia como comunidad política ya que, como indica Rancière, “Politics exist when the natural order of domination is interrupted by the institution of a part of those who have no part” (Dis-agreement 11). Así, en el nuevo orden democrático, estos individuos, o desaparecen en el exilio, o vuelven a la casilla de salida privados de toda marca de identidad política, pues las élites políticas y profesionales—en su inmensa mayoría descendientes de la dictadura— están saturadas de notables expertos, técnicos, profesionales e intelectuales. Como indica Vidal Beneyto, los herederos del franquismo “codo con codo y en la solidaria complicidad de los crecidos en la difícil España del ‘esfuerzo y del desarrollo’ no dejaban huecos ni rendijas para tardías y vergonzantes incorporaciones por sorpresa o de limosna” (Diario 158).¹²

La integración de los principales partidos de la oposición en la oligarquía dominante facilita la reterritorialización de aquellas corrientes inorgánicas que, a modo de línea de fuga, escapan al control del Estado y que amenazan con revertirse contra el mismo.¹³ Así, inicialmente, para el PSOE y el PCE el proceso de democratización exige una ruptura con el estado franquista, posición que no pueden mantener tras integrarse en la oligarquía política y tras aceptar el consenso como base del nuevo sistema político.¹⁴

paso por Francia se limita al periodo comprendido entre 1949 y 1953. Por el contrario, se trata de un militante del interior que pasa a tomar parte en la política de Estado tras la muerte del dictador.

¹² En relación al efecto del exiliado retornado durante la transición, Vidal Beneyto afirma que “era testimonio de un pasado que alumbró otras esperanzas democráticas. No hablaba, pero su sola presencia lo constituía en reprobación y afrenta. Los triunfadores sociales del franquismo—hombres del dinero, del poder de la palabra escrita y dicha, del privilegio y del meritoriaje, creadores y herederos—tan ajustados a su papel de nuevos demócratas, se encontraban con su mirada y en ella veían su pasado hecho de acomodados, codicia, vilezas, medro. Para ellos nuestro hombre, su memoria muda, su destino especular, su otra democracia representaban una amenaza permanente. Era el testigo a liquidar” (Diario 158).

¹³ El PSOE se legaliza en febrero de 1977, mientras que el PCE lo hace dos meses más tarde.

¹⁴ Como indica Rancière, “Oligarchs habitually swear among themselves to thwart the people in every way and they keep their word consistently enough to attract the inevitable popular uprising that will destroy their power. If only, on the contrary, they applied themselves to serving the interests of the people at all times their power would be shored up. They ought to apply themselves accordingly—or at least look as though they are. For politics is a question of aesthetics, a matter of appearances” (Dis-agreement 73-74).

De hecho, a la hora de analizar la Transición conviene distinguir entre un periodo pre-consensual— en el que las partes que intervienen aún no han alcanzado acuerdos sólidos y públicos—y uno post-consensual que, tomando como referencia los Pactos de Moncloa que tienen lugar en octubre de 1977, se define por la existencia de unas bases comunes que aceptan públicamente las distintas agrupaciones.¹⁵ Esta distinción tiene efectos directos sobre la producción cultural, ya que con estos pactos se descarta la posibilidad de revisar el pasado dictatorial, lo que condiciona la producción, difusión y recepción de aquellos productos culturales que se remiten a este periodo. El PSOE trata de justificar su cambio de actitud a través de la redefinición de su proyecto de ruptura como ruptura pactada. El propósito de este proyecto es relativizar la reinstitucionalización del orden dominante y disminuir el riesgo de una ruptura real mediante la reconciliación de conceptos excluyentes. El PCE, por su parte, se acredita como interlocutor válido dentro de la oligarquía política tras su control ejemplar de la multitudinaria manifestación que tiene lugar tras el asesinato de los abogados laboristas de Atocha el 24 de enero de 1977. Esta actitud pacífica facilita su legalización el 9 abril de 1977 y su inclusión en el catálogo de ofertas electorales para el sufragio que tiene lugar en junio del mismo año.

Más aún, tras la legalización de los principales partidos de la oposición, todo movimiento

¹⁵ Los Pactos de Moncloa favorecen el aperturismo político de las clases dirigentes mientras que, por otro lado, producen un efecto inverso en los planos social y cultural al frustrar las ilusiones, utópicas quizás, de un amplio sector de la población ante el advenimiento de la democracia. Estos pactos actúan como punto de inflexión y como cortapisa a toda expresión extraparlamentaria que, de forma automática, se acusa de ser extremista y que, por consiguiente, se expulsa del diálogo político. Más aún, los Pactos de Moncloa reúnen a los representantes de las principales formaciones en torno a una serie de cuestiones sociales, políticas y económicas que se debaten ante una amplia cobertura mediática. Así, estos pactos tienen una dimensión performativa cuyo propósito es exponer ante la sociedad el funcionamiento del nuevo sistema: mediante la negociación entre grupos restringidos y la reducción del ciudadano común a la condición de espectador que se limita a refrendar lo que le ofrece la élite política. De este modo, los Pactos de Moncloa ponen de relieve la premisa de Fraga de que—según cita Carlos Elordi en “El largo invierno del 76”— “la política no se hace en la calle, sino en los despachos oficiales” (qtd. in Memoria de la Transición 80). Por tanto, el valor de estos pactos radica, no en sus resultados, en cualquier caso cuestionables, sino en el desarrollo del proceso en sí y en la asignación de funciones claramente diferenciables entre actores (la clase política) y espectadores (la población civil) dentro de un plano de distribución de poder que, en lo esencial, mantiene un esquema similar al dictatorial.

social y cultural que actúe de forma autónoma lo hace al margen del orden establecido, es decir, de los límites de la política, entendiendo por este concepto el sistema policial de control y de administración del Estado.¹⁶ Al descartarse la ruptura, se excluye también la posibilidad de lo político, lo que reconcilia el carácter antagónico de la democracia (como sistema basado en la inclusión de la diferencia) y del consenso (como exclusión de la diferencia), y da lugar a una democracia consensual o, según la terminología que propone Rancière, a una post-democracia.¹⁷

En este nuevo panorama político, el militante fiel a un programa ideológico deja de concebirse como el soporte principal de las distintas formaciones, mientras que el votante— el consumidor electoral dudoso e imprevisible—se convierte en el objetivo principal de su discurso y de sus estrategias. Con objeto de conseguir el mayor número posible de votantes, estas agrupaciones ya no proponen cambios cualitativos en el sistema existente, no proclaman la necesidad de transformar la realidad y no proyectan sus objetivos sobre un futuro utópico y triunfalista; por el contrario, estos grupos limitan sus propuestas a cuestiones muy específicas que han de desarrollarse en el periodo restringido de cuatro años que dura cada legislatura. Desde esta concepción funcional de la política, la democracia pierde, según indica André-Bazzana, “su halo de sueño, de promesa de un futuro radiante, para ser, sencillamente una modalidad de gestión del

¹⁶ Siguiendo la terminología que emplea Rancière en *Dis-agreement*, lo político (*le politique*), se refiere a aquello que tiene capacidad para desestabilizar y cuestionar el orden dominante, y que escapa a su gestión, mientras que la política (*la politique*) se entiende como un sistema policial que previene la posibilidad de modificar sustancialmente el estado de la situación.

¹⁷ “Post-democracy is the government practice and conceptual legitimization of democracy after the demos, a democracy that has eliminated the appearance, miscount, and dispute of the people and is thereby reducible to the sole interplay of State mechanisms and combinations of social energies and interest” (*Dis-agreement* 102). Por su parte, por el concepto de democracia consensual se entiende, siguiendo a Rancière, “a reasonable agreement between individuals and social groups who have understood that knowing what is possible and negotiating between partners are a way for each party to obtain the optional share that the objective givens of the situation allow them to hope for and which is preferable to conflict” (*Dis-agreement* 102).

espacio político” (Mitos y mentiras 113).¹⁸ Por su lado, el discurso metafísico y utópico desaparece de la escena política pues, como indica Guy Debord, “Se ha acabado con aquella inquietante concepción, que había prevalecido durante más de doscientos años, según la cual una sociedad podía ser criticable y transformable, reformada o revolucionaria” (Comentarios 33).

En base a este auge del realismo en el terreno político, la utopía revolucionaria deja de constituir un paradigma del progreso para referirse a proyectos obsoletos que ya no determinan la militancia política. Por el contrario, el consenso suplanta a la revolución como medio para el desarrollo político, económico y social, lo que supone un golpe mortal a esta última como modelo analítico y como acontecimiento que orienta los proyectos de izquierda.¹⁹ Desde este momento, y al igual que la clase franquista, los partidos legales de izquierda acusan a todo grupo que se mantenga fiel a su anterior política ideológica de extremista o, cuanto menos, según indica Carrillo a Régis Débrays, de mantenerse anclados en el pasado (Demain 108). Más aún, estos grupos llevan a cabo un proceso de depuración interna que se puede definir, según la expresión que emplea el politólogo Donald Share en “Two Transitions. Democratization and Evolution of the

¹⁸ Como resultado del proceso al que apunta André-Bazzana, en las elecciones de 1982, ninguna agrupación ideológica de izquierdas obtiene representación parlamentaria, situación que se observa en los casos del Partido Comunista Obrero Español (PCOE), del Partido Comunista de España (Marxista-Leninista) (PCE (M-L)), de la Candidatura de Unidad Comunista (CUC), de Esquerra Unida del País Valencià, de la Liga Comunista (Comités Obreros Social Internacionalistas) (LC (COSI)), de la Coalición Electoral Izquierda Comunista (LCR-MC) y de Izquierda Republicana (IR). De este modo, el parlamento español queda depurado de aquellos remanentes ideológicos que evocan, sobre todo para la clase dominante que procede de la dictadura, la confrontación militar, política y social de los últimos cuarenta años, y que despiertan el recelo injustificado de un posible espíritu de revancha.

¹⁹ Como indica André-Bazzana, “El ejemplo que dio España sugería que el triunfo de una transición dependía de una cierta continuidad con el régimen anterior. Y eso era una novedad que ponía en tela de juicio la idea que había predominado por tan largo tiempo, según la cual una ruptura revolucionaria con el pasado era necesaria para construir una democracia estable” (Mitos y mentiras 97). En función de este hallazgo, la transición española se presenta como modelo exportable, no tanto por su carácter democrático, sino por su capacidad de evitar un enfrentamiento con el sistema anterior. De este modo, en el plano internacional, los españoles pasan, de ser la excepción a la democracia a ser maestros en esta forma de gobierno y de organización social.

Spanish Socialist Left,” como una “transición dentro de la transición” (qtd. in Conditional Democracy 285). El PSOE lleva a cabo esta depuración en el XXVIII congreso del partido, que tiene lugar de forma excepcional, y a instancia de su Secretario General, Felipe González, en mayo de 1978. Tras este congreso, el PSOE descalifica al marxismo como “una metodología trasnochada, una religión secularizada, una ideología decimonónica” (Repensar la izquierda 70) y a los militantes fieles a esta corriente como “criptocomunistas” (Cuando el tiempo 262).²⁰ De forma paralela, el PCE renuncia a su carácter marxista-leninista, al uso de las masas como elemento de presión y a las políticas de bloque, disposición que hace patente en abril de 1978 tras la celebración de su IX Congreso.²¹ Más aún, estas agrupaciones depuran su lenguaje de todo contenido ideológico. Así, tanto PSOE como PCE relegan al catálogo de términos y paradigmas en desuso conceptos como la hegemonía de la clase obrera, la explotación del hombre por el hombre como mal universal, la sociedad sin clases, la sustitución de los aparatos estatales por la autogestión de los trabajadores, la utopía revolucionaria, etc.²² Como resultado de estas modificaciones, PSOE y PCE excluyen de sus programas toda propuesta de cambio cualitativo, por lo que su legalización constituye una mera adición cuantitativa al sistema que, de paso, dota de credibilidad al proyecto democrático que lidera la élite franquista.

²⁰ Según Antonio García Santesmases, “Ni el Manifiesto Comunista, ni la revolución de octubre, ni el caballerismo, ni el reformismo revolucionario pueden ser otra cosa que momentos históricos significativos que hay que evaluar con rigor y de los que hay que aprender, pero no constituyen un depósito inmutable, un programa máximo, que nos dé las claves de nuestro momento actual” (Repensar la izquierda 19).

²¹ Adolfo Suárez afirma, en el seminario “Congreso y transición a la democracia: la experiencia de España,” celebrado en Santiago de Chile en diciembre de 1986, y según cita Encarnación Lemus, que “Hubiera sido tremendamente injusto dejar fuera de ese proceso a un partido comunista que... en conversaciones conmigo había renunciado a gran parte del contenido ideológico que lo hacía incompatible con el planteamiento que estábamos siguiendo todas las fuerzas políticas” (qtd. in Hamelín 24).

²² De acuerdo con Rafael del Águila y con Ricardo Montoro, “Del universo del discurso de la transición se han ido apartando paulatinamente todo lo que significara conflicto. Términos como ‘crisis,’ ‘oposición,’ ‘clases,’ etc., fueron cuidadosamente reformulados y contextualizados de tal forma que se atenuara su sentido conflictivo. Conceptos como ‘marxismo,’ ‘derecha,’ etc. desaparecieron de los programas ideológicos en espera de que de ello resultara un pluralismo menos áspero” (Discurso político 227).

La desideologización de la política se acompaña de un proceso paralelo en el que los aparatos ideológicos del Estado extienden las decisiones de palacio al ámbito cultural y a la opinión pública. Como afirma Cebrián: “Los periodistas...contribuían con la clase política a ir generando o creando ese ambiente de consenso y a ir definiendo las líneas maestras de lo que sería el nuevo régimen” (Siglo de sombras 90). En este sentido, los procesos políticos que se producen en el contexto de la transición no responden de antemano a la voluntad general, como mantiene el discurso oficial, sino que se promocionan entre la ciudadanía como voluntad prefabricada a través de los medios de comunicación.²³ Así, estos medios y la cultura de mercado en la que se encuadran ofrecen una vía para salir del retraso en el que se encuentra el país y para integrarse en una nueva temporalidad en la que el presente adquiere un valor absoluto.²⁴ Desde el desinterés que muestra por el pasado, por las verdades ideológicas que anteriormente movilizan a los militantes socialistas, comunistas y libertarios, y mediante su inmersión en la cultura de masas, el ciudadano, en su condición de espectador, se hace partícipe del consenso, compromiso que implica el rechazo a toda alternativa posible al orden capitalista y socialdemócrata.

En su condición de aparatos ideológicos, los medios de comunicación y los productos culturales identificados con el proyecto de democratización del Estado exaltan

²³ Esta versión oficial se refleja, por ejemplo, en el siguiente comentario de Alfonso Guerra: “El pueblo español quería para su país un escenario político semejante al que durante décadas ofrecían las democracias europeas: dos grandes partidos representativos de posición de centro-derecha y centro-izquierda, más los pequeños grupos derivados de posiciones minoritarias” (Cuando el tiempo 205).

²⁴ Según indica Moreiras: “Como resultado directo del privilegio que se le da a la realidad actual, se produce un desinterés profundo por el pasado y por la historia cuyo síntoma más interesante será la emergencia de una producción cultural cuyos sujetos aparecen como alienados en el espectáculo de la realidad, indiferentes a los procesos políticos, incrédulos hacia cualquier tipo de ideología (excepto la del mercado), inhibidos de su historia colectiva e inmersos exclusivamente en una aparente superficialidad y banalidad” (Cultura herida 65).

la necesidad de excluir toda postura que cuestione la legitimidad del nuevo sistema, lo que favorece la supeditación de la cultura a un sistema de control policial (la police). Estos instrumentos adquieren gradualmente importancia sobre las prácticas represivas—principalmente del enjuiciamiento penal y de la censura— conforme se normaliza el nuevo orden. De hecho, la reducción en el uso de estos últimos es pareja al fortalecimiento de recursos como Radio Televisión Española (RTVE), único canal autorizado hasta 1981, Cadena Ser, o de diarios como El País, ABC, Avui, Diario 16, etc. Como formadores de opinión, estos aparatos promueven una interpretación colectiva e ideológicamente unidimensional del pasado reciente pues, según indica Resina, “Along with data that constitute so-called information, newspapers transmit structures of relevance and semantic guidelines which shape the reader’s orientation to the past” (Disremembering 86). Por consiguiente, los medios de comunicación cumplen un papel esencial a la hora de pasar un velo de silencio sobre la dictadura y sobre la barbarie que se oculta tras ella, ya que privatizan su recuerdo y relativizan su tiranía.

A pesar de ocupar continuamente las portadas de los principales medios de prensa, la política se procesa únicamente como información, sin que se produzca una reflexión crítica sobre las implicaciones de los procesos y de las negociaciones que tienen lugar en el parlamento y en sus extramuros.²⁵ De hecho, el propósito de la transición se

²⁵ Como muestra de esta afinidad entre la política y los medios de comunicación, la familiaridad en este último campo se convierte en una experiencia relevante en el terreno político, como puede observarse, por ejemplo, en los casos de Adolfo Suárez y de Alfonso Guerra. Suárez ejerce como Director General de Televisión Española durante el periodo franquista, pasando de controlar el espacio por excelencia del simulacro, al espacio parlamentario de la representación política. Guerra, por su lado, actúa como Secretario de Información y Prensa del PSOE desde 1974, diseñando algunos de los materiales publicitarios más eficientes del partido, como el cartel del XXVIII Congreso—en el que convoca a los militantes con la foto de una pintada rudimentaria en un muro que evoca la reciente clandestinidad del partido—o el que esta agrupación utiliza en las primeras elecciones. En contraposición a esta adaptación de la política al mundo audiovisual que llevan a cabo UCD y PSOE, el PCE y AP, mantienen la más pura tradición política y son, antes de ser derrotados en las urnas, vencidos en la guerra publicitaria que precede a las elecciones, a las

centra en cuestiones inmediatas, como la necesidad de evitar una nueva confrontación y de paliar los efectos de la crisis económica, sin plantearse los efectos a largo plazo de las condiciones sobre las que se funda el sistema democrático como, por ejemplo, la falta de participación ciudadana o la postergación de un proyecto de recuperación de la memoria histórica. Más aún, los medios de comunicación bombardean al espectador con una multitud de datos que, concentrados en la noticia como unidad informativa, se encuentran frecuentemente desconectados entre sí. Se trata de una información pre-digerida que, como indica Theodor Adorno “can be grasped as quickly and easily as possible. Wrenched from all context, detached from thought, they are made instantly accessible to an infantile grasp” (Culture Industry 85). En este sentido, el mercado mediático se basa en el volumen cuantitativo de información que, si aparentemente no silencia nada, tampoco deja tiempo para la reflexión ni para la proyección del pensamiento sobre un futuro indefinido, ya que sus contenidos se dosifican de acuerdo a la velocidad y a las limitaciones temporales que imponen los medios de comunicación.

A través de estos instrumentos ideológicos, la élite política controla la representación y la contextualización del pasado, lo que explica el predominio del periodismo sobre la historia, la literatura, las ciencias políticas y la filosofía a la hora de hacer frente a la memoria de la dictadura. Así, el periodismo estimula un proceso de cognición retrospectiva a través de un discurso que acomoda un pasado incómodo e hiriente al marco de las instituciones sociales, políticas y culturales, convirtiéndose, según la expresión que emplea Gianni Vattimo, en un órgano de historización (Sociedad transparente 79). Por su lado, las escasas obras historiográficas que se publican durante

que se presentan con carteles monocolor y con rostros que evocan la confrontación ideológica, como los de Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri, Manuel Fraga, Carlos Arias Navarro, etc.

este periodo sobre la confrontación declarada y la dictadura se ciñen, o bien al discurso biográfico, o al estudio numérico y estadístico, como muestra, por ejemplo, la obra de Ramón Salas Larrazábal Pérdidas de la Guerra (1977), en la que se expone un balance de las cifras oficiales del número de muertos durante la confrontación declarada y la dictadura.²⁶ Esta información está supeditada a la estructura del Estado y a su sistema de representación, ya que compatibiliza la recuperación del pasado con la desideologización que exige el nuevo orden democrático.²⁷

Tras el establecimiento del consenso—cuyos efectos se hacen patentes a partir de 1978— el discurso dominante no elimina totalmente del orden representativo la violencia o la división social que tiene lugar durante la confrontación declarada, la dictadura o incluso la propia transición, sino que fomenta una percepción relativizada de estas cuestiones. Esta percepción puede observarse, por ejemplo, en Conversaciones sobre la guerra, de José Asenjo Sedano, Premio Planeta 1978. Esta novela narra en primera persona los recuerdos de un niño que vive la guerra y que es adulto durante la transición. Desde el valor que confiere al relato su articulación como memoria biográfica, el protagonista denuncia el sinsentido de la confrontación y exalta la necesidad de dar por superada esta experiencia traumática. Como indica Javier Fornièles Alcaraz, esta novela reproduce los resortes ideológicos que se observan en el proceso de reforma política, lo

²⁶ La información que aporta la obra de Salas Larrazábal genera en lo posterior un amplio número de estudios que, desde la investigación de la represión a nivel territorial, ponen en entredicho la validez de estos datos.

²⁷ Como ejemplo de esta apatía hacia el conocimiento del pasado reciente, y atendiendo a las distintas confrontaciones ideológicas que tienen lugar en el frente de batalla y en la retaguardia, Gubern afirma que “hoy por hoy, los interrogantes sobre las causas y las repercusiones de la Guerra Civil y el franquismo siguen siendo una de las grandes asignaturas pendientes de un cine español dispuesto a ratificar la transición pacífica a la democracia con una generosa amnesia sobre el periodo de la dictadura. Resulta sintomático que tuviera que ser un realizador británico, Ken Loach con Tierra y libertad (1995), quien pusiera en evidencia las divisiones internas existentes dentro del bando republicano durante la Guerra Civil” (Historia del cine 427). A la afirmación de Gubern, cabe añadir una mención a la película Libertarias (1995), de Vicente Aranda, en la que se expone la violencia extrema que sufre un grupo de milicianas durante la confrontación declarada.

que pone de manifiesto la interdependencia entre la política y la cultura durante este periodo (Historia y novela 428). En esta obra, Asenjo Sedano representa la crueldad de la guerra con el propósito de recordar la necesidad de evitar una nueva confrontación durante este periodo y de apoyar al orden establecido. Más aún, la guerra se presenta como un fenómeno natural en el que no hay responsables ni, por consiguiente, deudas que saldar. Esta interpretación minimiza la importancia del factor ideológico en la confrontación, pues se trata de una guerra que “no tiene nada que ver con las músicas celestiales” (60). En otras palabras, la guerra es un fenómeno que pasa porque tiene que pasar y que no necesita más explicación:

Es natural que de vez en cuando los hombres cojan sus armas y se vayan lejos a matarse los unos a los otros. Y no es por las ideas, ya que, en resumen, casi todos los hombres vienen siempre a luchar por cosas parecidas: es por la ley natural, que lo abarca todo, que se cumple siempre, y que selecciona a las especies vivientes. La guerra es cruel, porque la vida, en su lucha, nunca perdona. (63)

Más aún, los soldados que participan en la confrontación no responden a un impulso ideológico, sino a una obligación externa que los separa de sus familias y que los enfrenta a la muerte: “Yo mismo los vi, lacrimosos, más para consolados que para consolar, despidiéndose de sus mujeres que los gritaban y lloraban ya como a muertos y de sus hijos que no decían nada y que, sin saber, manoseaban las culatas de los fusiles, la manta y la cartuchera que les habían entregado” (131). Se trata de soldados que, sin distinción de bandos, participan en la confrontación aterrorizados, hambrientos y con ganas de volver a sus casas. Privada de todo marco ideológico, la muerte de estos combatientes carece de significado y de propósito político pues se trata de individuos que prefieren morir antes que ser testigos del horror de la guerra, como ocurre, por ejemplo, con Ángel Martínez, una de las primeras víctimas de Guadix, pueblo granadino en el que

se ambienta esta novela: “Ya todos sabíamos que las guerras se hacen siempre a base de muertos, de muchos muertos. Muertos cuyos rostros aterrados había contemplado...

Ángel Martínez, a quien su padre hizo volver a su puesto, a su deber como soldado, a pesar de que prefería mil veces la muerte que contemplar otra vez ese vasto campo sembrado de cadáveres hermanos” (139).

Ante este panorama desolador, el narrador—que ya es adulto en la transición— propone reiteradamente la necesidad de olvidar la guerra y de superar toda división con objeto de perseguir un fin común: la reconciliación nacional. En este sentido, esta novela articula el proyecto político que inicialmente abandera Unión Centro Democrática (UCD) y al que se suman las principales agrupaciones de la oposición: “¿Por qué nosotros no enterramos y olvidamos esta mala guerra, este tú y este yo, este de aquí y este de allí y, sobre todo construir, construir lo de todos para todos y con todos?... ¿Por qué no es esa nuestra primera cuestión? ¿Hasta cuándo irá de un lado para otro este péndulo, ese tictac, ese tú, tú, ese yo, yo, ese mío, mío, ese... ese... ese... nuestro” (217). Finalmente, esta reconciliación exige también el olvido pues, como afirma el protagonista, “Ya se sabe que nunca se debe hablar de esas cosas. Lo pasado, pasado. La guerra es la guerra” (172). Para ello, el narrador enfatiza el carácter pretérito de la confrontación y su irrelevancia de cara al nuevo presente, hasta el punto de que considera inverosímil que los horrores que expone este relato hayan tenido realmente lugar: “Ha pasado mucho tiempo y todos estos recuerdos parecen flotar en alguna parte y yo me digo: ¿Pasó todo eso? ¿Ocurrió alguna vez?” (225). Por consiguiente, esta novela contrapone el negro de los años del enfrentamiento al blanco inmaculado de la transición, estableciendo un balance entre la necesidad del olvido y el recuerdo de la violencia original que, como vade retro, estimula y justifica al primero.

Frente a este discurso dominante y, especialmente, con anterioridad a la generalización del consenso, surgen un número de obras cinematográficas que, desde la periferia de lo institucional, actúan como elementos de contestación al orden dominante y que se proponen alcanzar nuevas cotas en el aún desconocido espacio de la libertad de expresión.²⁸ Entre estas películas se encuentran, a modo de ejemplo, Los ojos vendados (1977), de Carlos Saura; La vieja memoria (1978), de Jaime Camino; Siete días de enero (1979), de Juan Antonio Bardem; Sonámbulos (1978) y Camada negra (1977), de Gutiérrez Aragón, etc.²⁹ Estos filmes abarcan desde la Segunda República, como refleja La vieja memoria, hasta cuestiones contemporáneas, como muestran las obras de Gutiérrez Aragón, en las que se aborda la violencia que ejercen los aparatos represivos del Estado durante la transición. A pesar de la calidad de algunas de estas producciones, y salvando excepciones, éstas apenas logran atraer la atención del público, por lo que se trata de narrativas menores en relación a un discurso hegemónico que se desentiende del pasado.³⁰ Además, dado el breve periodo de tiempo en el que se hace cultural, política y socialmente posible producir estas obras, y aún cuando aprovechan en todo momento al máximo el mínimo permitido por la ley, estas películas no llegan a desarrollar todo su potencial crítico. Así, por ejemplo, estas producciones apenas cuestionan las bases sobre

²⁸ Según indica Vilarós, “Es el cine uno de los géneros que mejor permiten bucear en las profundidades de la grieta transicional para retraer sus imágenes de muerte. Es el cine precisamente, y no la literatura, el que en este periodo, y aunque solamente con unas pocas palabras, desplazadamente nos enfrenta a los efectos producidos por el segundo de los episodios que marcaron con sangre el inicio de la Transición” (Mono 135).

²⁹ Otras películas que se producen dentro de este marco crítico son Canciones para después de una guerra (producida en 1971 y estrenada en 1976) y Queridísimos verdugos (1977), de Basilio Martín Patino; Furtivos (1975), de José Luis Borau; La ciutat cremada (1976), de Antoni Ribas; Mi hija Hidelgort (1977) de Fernando Fernán Gómez; Las largas vacaciones del 36 (1976), de Jaime Camino; Los restos del naufragio (1978), de Ricardo Franco y Companyys, process a Catalunya (1978), de Josep Maria Forn.

³⁰ Como afirma Moreiras, “las narrativas hegemónicas de la transición se proponen al amparo y protección de etiquetas como ‘nueva literatura’ (o ‘novela del cambio,’ como la denomina Ana María Spitznesser) o ‘nuevo cine español’ y son catapultados a la escena cultural como indisociablemente unidas a las políticas de mercado y consumo y a un presente deshistorizado cuyo deseo constituyente es la apertura e inmersión de España en Europa” (Cultura herida 31).

las que se sustenta la transición ni fomentan la reinterpretación de aspectos claves de la dictadura, como la paz franquista o la existencia de modelos alternativos de democracia; por el contrario, y como indica Vilarós, las películas que abordan el pasado desde una perspectiva crítica lo hacen de forma indirecta y edulcorada (Mono 138). De hecho, estas producciones se encuentran aún forzadas a recurrir frecuentemente a la alegoría para referirse a la realidad española, tanto pretérita como contemporánea, y a eludir cuestiones que aún entrañan riesgos, particularmente, la indagación en el carácter ideológico de la confrontación.³¹

El discurso dominante, por su lado, reterritorializa aquellas expresiones que proyectan una perspectiva crítica del pasado y las establece como frontera de lo permisible, es decir, como representaciones marginales que delimitan la posibilidad del desacuerdo. De hecho, el discurso hegemónico se encarga de contextualizar estas obras dentro de un panorama cultural en el que, en base a su carácter minoritario, se presentan como voces disidentes. No obstante, estas películas no llegan a constituir una manifestación de lo político; por el contrario, y de forma imprevisible, dan credibilidad al proceso de apertura democrática y refuerzan las bases del sistema al que inicialmente se oponen. En este sentido, estas películas, a pesar de su indiscutible valor cultural, queman cartuchos en el plano político, dado que neutralizan puntos de exclusión y reducen la posibilidad de que emerja un discurso alternativo que genere roturas en el orden dominante. Por el contrario, estas propuestas críticas, aún cuando no comparten sus

³¹ Según indica Gutiérrez Aragón en un análisis comparativo entre el uso de la alegoría en Sonámbulos, Los restos del naufragio (1978) de Ricardo Franco y Los Ojos Vendados, y en la misma línea que Vilarós: “Me resulta curiosísimo que unos cuantos realizadores coincidan en esta manera de tratar la realidad española, cuando era la primera vez que podía tratarse directamente porque acababa de morir Franco. Lo lógico hubiera sido haber hecho películas mucho más políticas. Incluso de la política de la venganza contra la dictadura. Sin embargo, estas tres son muy fantasmagóricas. Y además no tuvieron el menor éxito” (Conversaciones 87-88).

principios, encuentran su espacio dentro de un discurso ideológicamente unidimensional—no único e irrevocable, como ocurre durante la dictadura—en el que toda idea, aspiración y objetivo que trascienda sus delimitaciones, o se hace compatible con el universo fundacional de la transición, o es expulsado del mismo.³² Así, por ejemplo, el discurso cultural y político—incluyendo aquél que adopta una postura crítica contra el sistema— elimina del repertorio de formas de gobierno aquellos modelos que exigen una ruptura con la legalidad y con el orden sociopolítico de la dictadura, como es el caso de los modelos revolucionarios de democracia que defienden el PCE, el Frente Popular, el movimiento libertario y la guerrilla durante los años treinta y cuarenta. De este modo, el orden dominante tolera la disidencia pero limita el efecto— e incluso impide la formación— de una narrativa contrahegemónica que pueda desestabilizar sus principios.

El mercado cumple una función esencial dentro de este sistema de inclusiones y exclusiones, ya que actúa de forma extra-oficial como un mecanismo implícito de censura, como denuncia Erice en una mesa redonda en la que discute esta cuestión junto a Ana Torrent y a Elías Quejereta en la edición de 2003 del Festival de Cine de San Sebastián. Según Jorge Latorre: “El director se quejó de la censura real del mercado actual, de distinta naturaleza que la franquista (relacionada con el fenómeno del merchandising) pero que puede llegar a ser más férrea, por excluir todo tipo de cine que no entra en el juego del ritual masivo capitalista” (*Tres décadas* 27). La inclusión de la crítica como producto de mercado permite al discurso oficial cubrir todo el espectro cultural sin excluir explícitamente ningún elemento que pueda constituirse como singular

³² Como indica Guillén Martínez en *Franquismo Pop*, durante la Transición se establece “una cultura y teoría del macramé con tendencia a no cuestionar la realidad... los planteamientos de los intelectuales del terreno no sólo no suelen sobrepasar los de los partidos que ocupan el poder en el Estado y en sus autonomías, sino que suelen acompañarlos” (12).

universal, es decir, sin dejar posibilidad a que se articule un punto de exclusión cuya demanda de inclusión pueda desestabilizar la estructura del sistema. Así, según Rancière:

The world of total visibility carves out a real where appearance has no place to occur or to produce its divisive, fragmenting effects. Appearance, particularly political appearance, does not conceal reality but in fact splinters it, introduces contentious objects into it, objects whose model of presentation is not homogeneous with the ordinary mode of existence of the objects thereby identified. The identification of the real with its reproduction and simulation is the “dismissal of the case” for the heterogeneity of appearance. (Dis-agreement 104)

Se trata por tanto de una crítica limitada, pues el mercado excluye la posibilidad de penetrar en los proyectos que movilizan a los sujetos políticos durante la confrontación declarada y la dictadura, o en el carácter anticapitalista de su lucha.³³ Así, por ejemplo— y a diferencia de novelas como Cumbres de Extremadura, de José Herrera Petere, o de los textos primarios de la guerrilla— el discurso crítico y marginal que tolera el mercado, como se observa en las películas de Erice, Olea o Camus, no penetra en estas cuestiones problemáticas, aún cuando las mencione ocasionalmente. Esta restricción permite su coexistencia con una línea de representación dominante de la que puede diferir en cuestiones significativas. Así, si bien estas representaciones abordan aspectos no clarificados de la dictadura, por otro lado dejan incólumes sus muros maestros, así como los de la transición y los de la democracia, por lo que se trata, según la expresión de Marcuse, de una negación inofensiva que el sistema digiere rápidamente (One Dimensional Man 13-14).

Tras la eliminación de la censura previa en España—no la prohibición judicial o el secuestro— el discurso político y literario que durante décadas circula en la

³³ Como indica Antonio Gómez, “Resulta problemático que el consumo se convierta en la vía principal de concienciación histórica, política e ideológica, precisamente cuando dicha concienciación pretende alertar contra los excesos del consumo, el capitalismo y el neoliberalismo mediante la reivindicación de otras tradiciones políticas (como algunas de las que quedaron englobadas en el bando republicano” (Guerra persistente 15).

clandestinidad y en el exilio pierde su efecto político pues, formalmente, la libertad de expresión está garantizada. De hecho, y al contrario de lo que ocurre con novelas y películas que abordan cuestiones de índole moralista— como, por ejemplo, el erotismo— el final de la censura no atrae el interés general sobre un discurso literario que cuestione el orden hegemónico. Como indica Santos Alonso, tras la muerte de Franco, “se imaginaban importantes obras ocultas en las distintas manifestaciones literarias, que saldrían a la luz una vez suprimida la censura... la realidad ha sido otra: se han repetido las alusiones a esperanzas frustradas y al desencanto en todo lo largo y ancho de nuestra geografía cultural y se ha seguido aguardando la aparición de esas obras y esos creadores desconocidos” (Novela 16). Por consiguiente, la eliminación de la censura acelera la desaparición de prácticas discursivas que, si anteriormente tienen un efecto político y social en base a su carácter clandestino, con la instauración de la democracia, pierden su razón de ser.³⁴

Una vez superada la etapa pre-consensual de la transición— correspondiente al periodo 1975-1978— el sistema dominante reprime los intentos de cuestionar su racionalidad desde el campo de la cultura a través de la concesión de licencias—de lo que se encarga, paradójicamente, el recién inaugurado Ministerio de Cultura—y mediante el enjuiciamiento penal, que queda a manos del Ministerio de Justicia.³⁵ Ambas instituciones actúan de forma complementaria como parte de un sistema de censura

³⁴ A modo de ejemplo, el fin de la censura acelera la desaparición de la Editorial Ruedo Ibérico (ERI), con sede en París, en 1982. Desde su fundación en 1961, esta editorial se especializa en la publicación de libros y revistas de orientación política prohibidos en España. Esta editorial se instala en España en 1977 bajo la denominación Ibérica de Ediciones y Publicaciones. La aventura de esta editorial en España está marcada por el fracaso, ya que, además de la discreción con la que debe operar, sus publicaciones no inciden sobre los intereses del consumidor. Como consecuencia, ERI desaparece en 1982, no censurada ni prohibida por el régimen democrático, sino ignorada por el público y ahogada económicamente.

³⁵ El Ministerio de Cultura se crea por Decreto 1558/1977 de 4 de julio, abarcando unidades del anterior Ministerio de Información y Turismo, la Dirección General de Patrimonio Artístico y Cultural— anteriormente dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia— y la Subsecretaría de Familia, Juventud y Deporte, procedente del Ministerio de la Presidencia.

administrativa y judicial, por lo que el Ministerio de Cultura—como parte del aparato policial del Estado— más que defender la libertad de los creadores promueve su control, según pone de manifiesto el artículo cinco del Real Decreto 3.071/1977 de 11 de noviembre: “Si con ocasión de la expedición de una licencia, la administración advirtiera que la exhibición de una película pudiera ser constitutiva de delito lo pondrá en conocimiento del Ministerio Fiscal, a los efectos procedentes, lo que comunicará al solicitante, suspendiendo entre tanto la tramitación de la licencia” (qtd. in Producción cinematográfica).³⁶ Este sistema de censura administrativa y jurídica hila fino con los principios que se promulgan en la Constitución de 1978. Este texto reconoce el derecho, según se indica en su artículo 20, “a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante palabra, escrito o cualquier otro medio de reproducción,” así como “a la producción y creación literaria, artística, científica y técnica,” según establecen los dos primeros apartados de esta ley.³⁷ Por otro lado, este documento reserva el derecho del Estado a secuestrar estos medios de expresión mediante resolución judicial, según matiza el quinto apartado de este artículo. Cabe destacar que estos mecanismos jurídicos se aplican de forma discrecional sobre aquellos productos culturales que logran atraer la atención de las masas y cuyo discurso difiere del “todos fuimos culpables,” según la expresión acuñada por Juan Simeón Vidarte en la obra del mismo título que publica en 1977.³⁸ Esta represión, si bien se aplica de forma estratégica sobre un número limitado de obras, recibe una amplia cobertura mediática, pues su propósito principal es prevenir la formación de líneas discursivas alternativas a aquéllas

³⁶ Como apunta Gubern, cabe destacar que, hasta fines de 1980, siguen actuando cuatro censores que juzgan el contenido de aquellas películas destinadas a ser emitidas por la televisión estatal (Historia del cine 370).

³⁷ <http://noticias.juridicas.com/base_datos/Admin/constitucion.t1.html#c2s1>.

³⁸ Juan Simeón Vidarte. Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español. Ediciones Grijalbo: Barcelona, 1977. 2 vols.

que tolera el Estado.³⁹ Así, ante el coste económico, penal y judicial que implican estas producciones, sus promotores optan por el abandono antes de su realización y por depurar su discurso de todo matiz ideológico, por lo que el efecto de estas prácticas represivas es esencialmente disuasorio. Como consecuencia, lejos de constituir una explosión de libertad cultural e informativa, y de incluir perspectivas anteriormente proscritas, la transición supone, según apunta Vilarós, un periodo de titubeo en el que no hay censura pero en el que tampoco se puede hablar claro (Mono 141-42). En este periodo se postergan cuestiones básicas, como la reflexión sobre la memoria histórica—o el estudio de la guerrilla como fenómeno ideológico. Esta última, además de aportar una perspectiva privilegiada a la hora de cuestionar la paz de Franco, propone una noción de democracia que difiere del sistema consensual y capitalista que se implanta en España, lo que justifica su exclusión del discurso oficial.

Explorando nuevas posibilidades: el maquis en el discurso pre-consensual (1975-1977)

Atendiendo a la representación de la guerrilla, el periodo pre-consensual se extiende desde la aparición de El espíritu de la colmena (1973) hasta la de Los días del pasado (1978) y se caracteriza por la exploración de un espacio cultural marcado por la

³⁹ En el terreno periodístico, por ejemplo, el periodista Xavier Vinader es condenado en noviembre de 1981 a siete años de prisión y a pagar una multa de veinte millones de pesetas como autor de un delito de imprudencia temeraria de carácter profesional por publicar dos reportajes en la revista Interviú en los que da cuenta de las actividades que desarrollan grupos de extrema derecha en el País Vasco, según informa el diario El País el 19 de noviembre del mismo año. De modo similar, El crimen de Cuenca, (1980) de Pilar Miró, La torna (1977), del grupo de teatro Els Joglars y el documental andaluz Rocío (1980), de Fernando Ruíz Vergara, traspasan los límites de la racionalidad dominante y, como consecuencia, son objeto de una dura represión judicial. En el caso de Miró, la directora es sometida a un consejo de guerra en 1981 por, supuestamente, difamar a la Guardia Civil, al igual que ocurre con Albert Boadella, fundador de Els joglars e icono cultural de la izquierda antifranquista catalana. El delito de estos periodistas, directores, productores, guionistas y ciudadanos radica en confundir la democracia con su simulacro, es decir, con una representación oficial que excede su práctica.

incertidumbre y por el espejismo que generan una serie de libertades civiles que se tocan con las yemas de los dedos pero que no se han consolidado aún.⁴⁰ En este periodo de cambios, y contra toda expectativa, la representación de la guerrilla se reduce a obras excepcionales que, además, se reciben con indiferencia por un público inmerso en el mercado y que prefiere consumir propuestas culturales desvinculadas de un pasado hiriente. La guerrilla pone de manifiesto la existencia de una confrontación ideológica y armada más allá de los límites del enfrentamiento militar (1936-1939), lo que dificulta la posibilidad de compatibilizar este fenómeno con un panorama político, social y cultural en el que la mayor parte de la izquierda española prefiere olvidar aquellos valores ideológicos vinculados a su pasado inmediato. En este sentido, la representación de la guerrilla entorpece el proceso de democratización en curso, ya que constituye una memoria incómoda para todo el espectro político que interviene en la articulación del nuevo orden democrático, especialmente para el PCE, cuya historia reciente se encuentra, al igual que la de la dictadura, repleta de puntos negros.⁴¹ Además, el recuerdo de la lucha armada cuestiona la sinceridad de los propósitos pacíficos y democráticos de esta agrupación. Como consecuencia, y según indica André-Bazzana, durante la transición la propia izquierda fomenta el ocultamiento de la lucha democrática contra el franquismo, pues “valorizar la lucha de los demócratas contra la dictadura equivalía a condenar el régimen franquista. Con tal condena se corría el riesgo de poner en tela de juicio la sinceridad democrática de las élites que llevaron a cabo la transición” (Mitos y mentiras

⁴⁰ Políticamente, estas fechas se corresponden vagamente con acontecimientos que marcan el devenir político del país, como son la muerte del Presidente del Gobierno Luis Carrero Blanco y la firma de los Pactos de Moncloa en octubre de 1977.

⁴¹ Durante la transición, aparecen historias alternativas del PCE, principalmente desde perspectivas autobiográficas, como las de Fernando Claudín, o Autobiografía de Federico Sánchez, de Jorge Semprún, que recibe el Premio Planeta en 1977. Por su lado, el coronel de la Guardia Civil Ángel Ruíz Ayúcar publica en 1976 El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad, en la que revisa los enfrentamientos internos de esta agrupación, la guerrilla, etc.

235). Por consiguiente, la guerrilla constituye un contenido marginal dentro de las narrativas hegemónicas y en relación también al propio discurso comunista, por lo que se trata de un fenómeno doblemente excluido del orden representativo.

Entre 1973 y 1978 se produce la coexistencia de dos líneas principales de representación de la guerrilla. La primera de estas líneas supone una continuación del discurso franquista, como muestran la adaptación cinematográfica de José Antonio Nieves de la novela de Emilio Romero Casa manchada, Metralleta Stein (1975), de José Antonio de la Loma, o las obras historiográficas del Guardia Civil Francisco Aguado El maquis en España (1975) y El maquis en sus documentos (1976). Así, por ejemplo, Casa Manchada, rodada en 1975, aunque estrenada en 1980, utiliza los códigos narrativos y maniqueos de la guerra fría, y advierte sobre el supuesto peligro rojo que amenaza a España con la legalización del PCE. Por su lado, en el plano literario, obras como, por ejemplo, Señor ex-ministro (1977), de Torcuato Luca de Tena o La pastora, el maquis hermafrodita (1978) de Manuel Villar Raso adoptan perspectivas acordes con el discurso franquista, representando a los guerrilleros como delincuentes y como depravados sexuales. Estas obras articulan un discurso ya desfasado que, además de no aportar nada nuevo, no cumple ninguna función de cara al proyecto de socialización política del régimen. Por el contrario, su único propósito es generar miedo ante la legalización de los principales partidos políticos de la oposición.

No obstante, y con los últimos estertores de la dictadura, emerge una nueva perspectiva sobre la guerrilla, como reflejan las películas de Erice, Olea, Camus y Gutiérrez Aragón o las obras historiográficas de autores como Eduardo Pons Prades, Carlos Kaiser, Víctor Alba, Isidro Cicero Gómez o José Gros. Las obras de estos autores superan los tópicos de la representación franquista y la caracterización de los guerrilleros

como individuos agresivos y resentidos que victimizan continuamente a una población inocente. Estas obras se suman a aquéllas provenientes del exilio y que se reeditan en España durante este periodo. La aportación cualitativa principal de estas últimas está determinada por la representación de guerrilleros y guerrilleras como sujetos ideológicos, como se observa, por ejemplo, en Cumbres de Extremadura, o en las obras teatrales de José Bergamín La hija de Dios y La niña guerrillera. No obstante, estos textos literarios contextualizan la guerrilla como parte de la confrontación declarada, por lo que, al remitirse a una realidad pretérita que supuestamente ya no es operativa, no cuestionan los principios ni los argumentos que esgrime la clase franquista durante el proceso de apertura democrática. A diferencia de estas obras, Juan Caballero (1956), de Luisa Carnés o Versos del Maquis (1960), del guerrillero Celso Amieva— que abordan la guerrilla como una continuación indefinida del enfrentamiento ideológico y armado que se inicia en 1936— nunca llegan a reeditarse en España, ya sea por falta de interés editorial o por la perspectiva irreconciliable de la confrontación que ofrecen estos textos. Así, por ejemplo, la novela de Carnés exalta la necesidad de implementar un sistema de justicia popular frente a la clase franquista por delitos que no prescriben con el paso del tiempo, cuestión que es incompatible con la perspectiva del pasado que promueve el discurso oficial.

Con anterioridad a la normalización del consenso, cabe destacar dos producciones cinematográficas en las que emerge por primera vez la figura del guerrillero como personaje no criminalizado, aún cuando en la primera se produzca de forma subsidiaria y en la segunda tangencialmente: El espíritu de la colmena, de Víctor Erice, y Pim, Pam,

Pum ¡Fuego!, de Pedro Olea.⁴² Estas obras abren el camino a Los días del pasado y El corazón del bosque, películas que, en lo que concierne a la representación de la guerrilla, articulan las propuestas quizás más arriesgadas de las que existen hasta el momento, ya que toman por primera vez al guerrillero como elemento central de una narrativa que adopta la perspectiva de los vencidos y que se rebela contra el discurso dominante. Estas dos últimas películas, además de poner de manifiesto la naturaleza política y militar de la guerrilla cuestionan algunos de los parámetros fundamentales del discurso hegemónico, como la duración del conflicto o la existencia de una historia clandestina que subyace bajo la narrativa oficial. De hecho, estas representaciones aportan elementos novedosos en la representación de este fenómeno y estimulan una reflexión sobre sus implicaciones a la hora de interpretar la confrontación declarada y la dictadura.

En El espíritu de la colmena Erice proyecta una mirada infantil sobre un guerrillero que aún se percibe por el discurso oficial como una alimaña que hay que eliminar. Por su lado, en la obra de Olea este personaje se caracteriza por primera vez como un sujeto no criminalizado y cuya condición marginal se debe a su identificación con una causa política que, en cualquier caso, se da por perdida de antemano. Como afirma Luis (José María Flotats), protagonista de Pim Pam Pum ¡Fuego!, en relación a las posibilidades de la guerrilla: “No hay nada que hacer. Nos estaban cazando como a conejos.” Los días del pasado da un paso más en la representación de los guerrilleros, ya que los humaniza y pone de manifiesto sus dudas, sus contradicciones y su relación con la población civil. Más aún, este último film refleja— en contraposición a la representación de los combatientes como meros supervivientes— el carácter armado y

⁴² Conviene mencionar que, con anterioridad a la obra de Erice, Alfonso Ungría produce Tirarse al monte (1971) que, por la acción conjunta de la censura y de sus productores, no llega a estrenarse.

militar de la guerrilla a través de escenas en las que sus componentes se enfrentan a la Guardia Civil a campo abierto y como un cuerpo organizado. Finalmente, Gutiérrez Aragón muestra un guerrillero residual cuyo compromiso ideológico con la lucha armada supera toda consigna partidista y que se enfrenta tanto al régimen como a sus antiguos camaradas. Por consiguiente, estas obras, analizadas en conjunto, reflejan el rápido desarrollo del guerrillero como personaje ideológico en el cine de la transición y lo distancian de su representación criminalizada en el discurso franquista, lo que apunta hacia la necesidad de llevar a cabo una revisión histórica de esta figura.

En las películas de Erice, Olea, Camus y Gutiérrez Aragón, la relación de los guerrilleros con los personajes femeninos cumple una función esencial en la caracterización de los primeros y en su percepción como sujetos ideológicos y sociales. De hecho, los personajes femeninos suponen el último reducto de la (madre) patria—la republicana— que permite la existencia del guerrillero como sujeto social y político. Así, en El espíritu de la colmena, el único contacto del guerrillero (Juan Margallo), con la sociedad es Ana (Ana Torrent), una niña. El guerrillero forma parte de la fantasía y de los juegos de la protagonista, quien lo asocia a la figura de Frankenstein que absorbe previamente su atención en el cine ambulante que llega a su pueblo. Ana desplaza a esta figura, desde la posición marginal que ocupa inicialmente como monstruo desconocido, a la posición de padre metafórico, sustituyendo a Fernando— al padre distante— en esta última función. Como indica John Hopewell, “Desiring protection and security, Ana sees the spirit as a kind of substitute father, giving the fugitive Fernando’s clothes and his pocket-watch which, ordering his day, represents the hub of his domestic authority” (Out of the Past 205).

A pesar de la centralidad que ocupa el guerrillero para Ana, se trata de una figura que existe únicamente en un estado pre-simbólico en el territorio silencioso de la infancia. Si interpretamos este film como una alegoría del régimen franquista, el mutismo que envuelve al guerrillero es también el silencio histórico sobre la guerra civil y la posguerra, tanto en el contexto que recrea esta película, como en el que se estrena. En ambos casos, el guerrillero, al ser un residuo de la confrontación armada, se encuentra rodeado de silencio, hasta el punto de que este personaje no tiene nombre ni historia. Más aún, el guerrillero no se presenta como un rival ideológico, sino como un vencido cuya vulnerabilidad queda patente en su dependencia de Ana, es decir, en el silencio de la niña y en el gesto de ofrecerle una manzana. De este modo, Erice presenta a este excombatiente como a un no-sujeto que se encuentra ausente en los planos político y social, como refleja el hecho de que se encuentre oculto en una cabaña apartada. Como consecuencia, su muerte tiene lugar en la oscuridad de la noche y sin más testigos que sus ejecutores. La única evidencia de este asesinato impune son el ruido de las ametralladoras de la Guardia Civil y sus fogonazos, elementos que forman parte de la experiencia colectiva—en la que toma parte el propio espectador—pero que no se integran en ninguna narración. Este silencio se manifiesta también en el diálogo mudo que mantienen Ana y Fernando con la mirada tras este asesinato, como si la niña esperase una explicación que el padre— como intelectual republicano que se repliega sobre su individualidad y que se hace cómplice, por omisión, con el nuevo régimen— no le puede ofrecer. Como indica Latorre, “Cuando Fernando... aparece en el lugar donde se había producido el sacrificio, queda identificado irremediabilmente por su hija pequeña como alguien que forma parte de las leyes inflexibles que dictan la muerte de los espíritus” (Tres décadas 147).

Posteriormente, ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! representa al guerrillero, Luis, como un excombatiente desmovilizado y vencido que necesita de la protección casi maternal de Paca (Concha Velasco) para sobrevivir. En esta película, Olea recrea el Madrid derrotista de los años cuarenta y las condiciones de abusos, miseria y clandestinidad en la que sobreviven los vencidos. La clandestinidad no se reduce al plano político, sino también al amoroso. Así, Paca—bailarina de revista e hija de un vencido—mantiene una relación amorosa con Luis, un maquis que viaja de incógnito en un tren y que se dirige a la capital, donde planea permanecer escondido hasta recibir la documentación necesaria para huir a Francia. Tras conocer a la artista, Juan la sigue hasta su casa y le pide refugio. A partir de este momento, estos personajes inician una historia amorosa que se ve amenazada, no sólo por la ilegalidad del maquis, sino también por la relación que Paca mantiene con Julio, un estraperlista influyente en el nuevo orden. Tras descubrir a Juan escondido en el piso que le ofrece a su amante, Julio le hace llegar una documentación falsa para que salga del país y le delata cuando se dispone a marcharse a Francia. Como consecuencia, Juan muere bajo los disparos de la policía, según narra el periódico del día siguiente. Tras forzar a Paca a que pase la noche con él por bares y tabernas, Julio le revela el trágico final de su amado, la asesina y abandona su cadáver en un descampado. La impunidad de ambos asesinatos pone de manifiesto la vulnerabilidad de los vencidos en una España en la que la nueva clase dominante continúa imponiendo su criterio y sus deseos a través de la fuerza. Si bien en esta película Olea no propone una reflexión política directa, por otro lado abre la puerta al reconocimiento histórico de un pasado reciente marcado por el hambre, el estraperlo y, principalmente, por la violencia de los vencedores hacia los vencidos. De hecho, en esta película, el director establece su propio posicionamiento ideológico a través de una representación maniquea que, en lugar de

ajustarse a los propósitos del discurso franquista, deja entrever una crítica al sistema dictatorial y a las condiciones económicas de España durante este periodo.

Tras acogerle en su casa, Paca ofrece al guerrillero seguridad y estabilidad familiar, como se observa también en la relación del joven con el padre de su protectora, Ramos (José Orjas), con quien, además de unos ideales políticos, comparte lecho en el piso realquilado en el que malviven. Envuelto en una atmósfera oscura y claustrofóbica, este piso constituye un reducto de la República en el que los personajes pueden articular sus memorias clandestinas y unas perspectivas políticas reprimidas por el régimen, como muestran las conversaciones que mantienen Luis y Ramos. En esta producción, el guerrillero alcanza simbólicamente su periodo de adolescencia dentro del discurso cultural, superando la etapa pre-simbólica que caracteriza a esta figura en la propuesta de Erice. De hecho, en esta película, Olea dota de voz al primer *maquis* del cine democrático. No obstante, conviene destacar que las únicas personas con las que habla el guerrillero son Paca y Ramos, por lo que su expresión se mantiene restringida a un círculo familiar, sin proyectarse en ningún momento en un espacio público. Así, en la escena inicial del tren en la que Paca y Luis se conocen, esta última mantiene un monólogo que sólo se rompe en privado cuando la artista de varietés trata de impedir que el guerrillero salte desde la plataforma del último vagón para eludir una inspección de la policía, es decir, en el momento en que se convierte en su protectora. Desde este momento, ambos personajes asumen una relación familiar, como muestra la escena en la que, mientras se hallan escondidos en el baño del tren, ella orina con toda naturalidad ante la mirada atónita de su protegido.⁴³

⁴³ El tren constituye un elemento presente en las películas de Erice, Olea y Camus. En El espíritu de la colmena, el guerrillero salta del tren, mientras que las películas de Olea y Camus ambas comienzan con una escena interior de las protagonistas en un vagón. Estos elementos enfatizan la condición de los vencidos

Frente a la infancia y a la adolescencia del guerrillero que articulan Erice y Olea, en Los días del pasado, el guerrillero Antonio (Antonio Gades) alcanza una edad adulta en la que, como le plantea Juana (Pepa Flores “Marisol”) — quien ha sido su compañera desde antes de la confrontación declarada— ha de considerar la posibilidad de abandonar una lucha con escasas posibilidades de éxito y comenzar una vida familiar fuera de España. El argumento de esta película se contextualiza en 1945, es decir, tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial. De hecho el protagonista regresa a España para continuar la lucha contra la dictadura tras participar en la resistencia antinazi en Francia y en Argelia. Al recibir una carta de este personaje, su novia Juana se desplaza desde Málaga hasta Bárcena Mayor, un pueblo de la sierra cántabra en la que, supuestamente, combate la partida en la que se encuentra el guerrillero. Una vez en el pueblo, Juana descubre que la historia de los vecinos se encuentra estrechamente vinculada a la guerrilla. Así, la protagonista encuentra en el comercio local de alimentos pasquines en los que se anuncia la búsqueda de los maquis que actúan en la zona, lo que confirma su esperanza de que los guerrilleros se encuentren en los montes cercanos. Más aún, Juana escucha una conversación entre susurros entre su casera y un pastor que ha visto a un grupo de guerrilleros refugiarse en una cabaña cercana. A partir de este momento, Juana comienza la búsqueda activa de su novio, visitando al día siguiente los alrededores de la cabaña que menciona el pastor bajo la excusa de estar elaborando un álbum con las hojas de los árboles locales junto a sus estudiantes. Una vez en la cabaña, Juana descubre que uno de sus alumnos, Ángel—que resulta ser el hijo de un *maquis* que

como figuras en tránsito, como nómadas para los que no hay un espacio definido dentro del nuevo orden. En la película de Olea, por ejemplo, el tren es un espacio en el que coinciden una serie de personajes que representan la España vencida: Paca, una joven que, tras perder la guerra, abandona su sueño de hacerse comadróna para ser bailarina de revista; Luis, un *maquis* en fuga; estraperlistas, contrabandistas, etc. Para estos nómadas, su asentamiento implica el peligro continuo de ser destruidos por el orden dominante como, de hecho, ocurre en El espíritu de la colmena y en Pim pam pum ¡fuego!

es asesinado por la Guardia Civil— trata de eliminar los restos que los guerrilleros han dejado tras ellos la noche anterior, lo que lleva a la maestra a preguntarle sobre estos personajes. A partir de este momento, se inicia una relación de complicidad entre Juana y Ángel; mientras que la maestra se asegura de que Ángel aprende a escribir—habilidad necesaria para la transmisión de información clandestina— el estudiante la pone en contacto con Antonio y le proporciona toda la información que necesita sobre la organización y los movimientos de la guerrilla.

Tras dos encuentros amorosos, Juana propone a su novio que abandone la lucha armada y huir juntos a Francia. No obstante, el compromiso de Antonio con el proyecto político e ideológico en el que se encuentra inmerso le impide abandonar la guerrilla y empezar una nueva vida, aún cuando la lucha armada se encuentre ya en fase de declive. En este sentido, el compromiso político e ideológico de Antonio supera al de los guerrilleros de las dos películas anteriores, quienes tratan únicamente de sobrevivir sin oponer una resistencia activa y anteponen sus intereses personales a los de la guerrilla. De hecho, mientras que Antonio rehúsa huir a Francia con Juana, Luis es asesinado cuando trata de escapar del país, según indica la noticia de periódico que Julio (Fernando Fernán Gómez) lee a Paca antes de cometer el crimen pasional con el que termina esta película. Tras perder toda esperanza, Juana pone fin a esta relación y regresa a Málaga. Este desenlace no implica una derrota definitiva de la lucha armada, ni la superación de cierto resentimiento por parte de la protagonista. En contraposición a las obras anteriores, Antonio no muere, lo que impide su mitificación y, por consiguiente, su neutralización como figura política, pues como indica Roland Barthes, “Myth deprives the object of which it speaks of all history” (*Mythologies* 165). No obstante, su supervivencia queda marcada por la desesperación ante un panorama en el que no se entrevé ninguna

posibilidad de cambio político o social, circunstancia que presenta como única vía de escape la mirada al vacío de Juana en la escena final. Así, esta película termina con el ruido de disparos que se pierden en la profundidad del bosque, sin que se articule un desenlace que cierre la narrativa. Por consiguiente, el espectador no llega a saber si Antonio finalmente sobrevive o si desaparece en el bosque como muchos de sus compañeros, lo que mantiene abierta la posibilidad de una victoria que, por pequeña que sea, niegue el carácter absoluto de la victoria franquista.

A pesar de su carácter crítico y de las novedades que introducen, estas películas no exploran la cuestión ideológica como elemento que determina la existencia y el proyecto de la guerrilla, lo que constituye un aspecto discutible de estas propuestas. Como afirma, por ejemplo, Miguel Ángel Lomillos en relación a El espíritu de la colmena, esta película es un testimonio de que “el compromiso ideológico-político no es el único modo de estar en el mundo,” (Discurso familiar 365) como muestra la actitud apolítica de Fernando y su silencio cómplice. Por consiguiente, esta película no establece una ruptura formal con el discurso dominante, aún cuando deje entrever críticas en todo momento imprecisas al régimen franquista. En desacuerdo con la percepción de este último film por un amplio sector de la crítica como una de las alegorías por excelencia de la dictadura, Erice desmiente esta lectura en cada oportunidad que se le presenta (Tres décadas 44-45), lo que, de hacer caso al director, reduciría el valor de esta representación a un mero documento de época.⁴⁴ En El espíritu de la colmena, por ejemplo, y según

⁴⁴ Como indica Latorre tres décadas después de su estreno, “sigue siendo dominante entre los especialistas deseosos de ver en la película una bandera contra el franquismo, la opinión de que el recurso al mito en El espíritu de la colmena es alegórico para poder escamotear a la censura, y no por razones artísticas. Supuestamente, el monstruo encarnaría todos los valores prohibidos por lo que habría de ser castigado, exterminado (Frankenstein, el maquis, la seta venenosa); o, en el mejor de los casos, mantenido aislado y en silencio, como en el caso de Fernando. El mutismo del apicultor sería entonces consecuencia de la mordaza política; y su papel de intelectual perplejo una alegoría de la difícil situación del exiliado

afirma Román Gubern, el *maquis* es “un monstruo social por ser enemigo de la patria, solitario, proscrito y acorralado, como el monstruo del film” (Guerra de España 166), perspectiva que, o bien evoca el discurso represivo franquista o que— desde una lectura más benévola— se limita a dar testimonio de la representación de este personaje durante la dictadura. Más aún, la desideologización del vencido en la obra de Erice constituye un requisito esencial para su supervivencia. Así, Fernando se limita a guardar silencio y a mantener una actitud pasiva que garantiza su readaptación, por lo que esta película no propone una alternativa a la representación franquista del guerrillero o del vencido en general; por el contrario, Erice articula la percepción de esta figura— o, más bien, de su residuo— como una alimaña acosada que, bajo riesgo de muerte— y al igual que las setas venenosas contra las que previene Fernando a su hija— ha de evitarse: “Si no estás segura de que una seta es buena, no la cojas. Porque si es mala y te la comes, es tu última seta y tu último todo.”

A diferencia de El espíritu de la colmena, Los días del pasado propone un recordatorio admirativo de los guerrilleros pero como individuos desesperados, sin horizontes y sin un proyecto político definido, representación que prevalece desde mediados de los años ochenta en adelante. Esta perspectiva reconoce la naturaleza política de la guerrilla, pero no las causas y los proyectos que determinan su existencia. De este modo, el propósito de la guerrilla se reduce a la lucha antifranquista lo que, de cara al sistema democrático post-dictatorial, es prácticamente inocuo. A pesar de esta deficiencia, Los días del pasado constituye la primera producción que cuestiona los fundamentos sobre los que el discurso oficial articula la representación de la

republicano, que no quiere enseñar a sus hijas valores que vayan en contra del espíritu nacional-católico dominante, para evitar convertirlas en monstruos solitarios similares a él” (Tres décadas 172).

confrontación declarada y de la dictadura. El primer parámetro que cuestiona Camus es la duración de la confrontación ideológica y armada. En esta película, la guerrilla se concibe como una parte integral de la guerra lo que, además de diferir de la representación dominante de este fenómeno como un movimiento delictivo, contradice el estado de paz que, supuestamente, instaura el régimen dictatorial y que sirve de justificación a la clase política descendiente del franquismo tras la muerte del dictador. Como expresa la voz en off de Antonio en la escena inicial de la película: “Ahora que los soldados dejan las armas nosotros volvemos a comenzar.” De igual modo, en una conversación que mantiene Juana con el tendero de Bárcena Mayor, este último distingue la temporalidad en la que se desarrolla la historia de los “tiempos normales” de antes de la guerra. De hecho, la guerra no sólo se vive en el frente de combate pues, a nivel ideológico, existe una confrontación paralela que se reinscribe en cada rincón del espacio social. Así, por ejemplo, los guardias civiles se apropian de la trastienda del comercio local de alimentación de Bárcena para sus reuniones sociales, mientras que la población, atemorizada, se limita a comprar rápidamente, a mirar de reojo y a hablar entre susurros. De esta forma, un lugar de transacciones ordinarias se convierte en un espacio militarizado y envuelto en una atmósfera represiva. Finalmente, Camus recurre también al uso de la banda sonora para marcar la continuación indefinida del conflicto. Las acciones de los guerrilleros, ya sean las voladuras de postes eléctricos o sus enfrentamientos con la Guardia Civil, se acompañan de la versión instrumental de “¡Ay! ¡Carmela!” también conocida como “El paso del Ebro” o “Viva la XV brigada,” canción popular en el frente republicano durante la confrontación declarada. La melodía de esta canción surge a principios del siglo XIX durante la Guerra de la Independencia, por lo que su uso repetido en esta película establece una conexión entre los guerrilleros y un

acontecimiento histórico estrechamente vinculado al concepto de la nación española. Esta canción acompaña también al ruido de los disparos que se pierden en el vacío del bosque y con los que concluye esta representación, lo que indica que la confrontación armada e ideológica no ha terminado aún. Por consiguiente, el final de la confrontación declarada no da lugar a un estado de paz, sino a una temporalidad excepcional en la que los enfrentamientos se extienden de forma indefinida.

Camus cuestiona también el discurso historiográfico oficial a través de la articulación de una narrativa subyacente y marginal que se rebela contra el primero. Esta narrativa menor integra las experiencias de la guerrilla y de sus allegados como conocimientos subyugados que desecha la historiografía oficial. Estos conocimientos sólo se articulan a puerta cerrada o bajo una narrativa alegórica, en contraposición al carácter público y explícito del discurso oficial. Vitoriano, por ejemplo, un pastor de Bárcena, acude a la casa en la que se aloja Juana para relatar a su moradora que ha visto en el bosque “a los hombres de arriba, los que siguen haciendo la guerra... Son como una docena... los he visto a la caída de la tarde... como te estoy viendo a ti... todos armados salieron del bosque y se metieron en el invernadero del Jerón, como si no fuese la primera vez que lo hacían.” Este relato, no sólo se articula en la intimidad y entre susurros, sino que es inmediatamente reprimido por la mujer, quien le resta credibilidad con el propósito de proteger al pastor: “Cállate la boca y no comentes nada... no sea que te hayas confundido y sea la brigadilla.” Del mismo modo, cuando Angelín cuenta la historia de la muerte de su padre a Juana, el niño se asegura de cerrar la puerta del establo y de que nadie más lo escuche. Como parte de su testimonio, el niño apunta hacia la palabra Compañeros que escribe su padre en la pared del establo justo antes de morir y a través de la cual el guerrillero reivindica, como testamento final, el carácter colectivo de

la lucha armada. De este modo, aunque muera como individuo, este combatiente sobrevive en el colectivo que continúa su lucha, lo que determina la colaboración incondicional de su hijo con el resto de la partida que, de forma metafórica, reemplaza al padre ausente.

Juana relata la historia de la lucha guerrillera que tiene lugar en las inmediaciones de Bárcena como parte de una lección de historia sobre la invasión del imperio romano del norte de la península, estableciendo un paralelismo que no pasa desapercibido para el espectador. En esta lección, la maestra relata cómo entre los años 36 y 21 a.C., el emperador Octavio Augusto encarga a Agripa la labor de exterminar a los cántabros y astures, es decir— desde la perspectiva de Juana— el germen verdadero de la patria. Más aún, Juana recurre a la transmisión oral de la historia, en contraposición a la memorización de datos incontrovertibles, metodología que, por el contrario, aplica a la hora de estudiar los ríos de España o que emplea la maestra falangista que la sustituye cuando explica el origen de la nación española de acuerdo a la perspectiva oficial. A diferencia del aburrimiento que muestran los niños ante la repetición mecánica de información, la historia de Agripa y de la resistencia astur-cántabra se recibe con sumo interés, ya que se trata de un tema que los escolares asocian a su experiencia colectiva:

Octavio Augusto que era el emperador mandó a su general más destacado, Agripa, con la orden de exterminar la raza y tomar el territorio. Los hombres del norte destruyeron sus hogares y, con las mujeres y los niños, se escondieron en las montañas. En estas mismas montañas que nos rodean. Lucharon durante largos años contra el mejor ejército del mundo. Armas primitivas contra la más terrible máquina de guerra. Pero el tiempo pasó y la resistencia se fue debilitando. Los romanos fueron cercando a los hombres y mujeres que quedaban en el monte... Dejaron que el hambre y el frío y la nieve doblegaran aquel espíritu de lucha que les había vencido en su orgullo. Todo fue acabando lentamente para este pueblo.

A pesar de su derrota, causada por el hambre y el frío, y no por la superioridad estratégica del enemigo, la resistencia astur-cántabra obtiene una victoria moral y ética, como refleja la respuesta de Agripa a Octavio Augusto cuando éste le premia por el éxito de su empresa militar. Se trata de una victoria simbólica que, al igual que los elementos anteriores, puede extrapolarse al caso de la guerrilla contemporánea, como se observa en la conclusión de esta lección: “Esa batalla por la que me queréis premiar no ha terminado con mi victoria, sino con el exterminio de un pueblo. Uno solo de ellos que no haya muerto hará que ningún soldado romano pueda dormir tranquilo.” En este punto, interviene un inspector de educación (Manuel Alexandre), quien pone el broche final a la clase manifestando su complicidad en la articulación de un relato que, al margen de su valor textual y explícito, oculta un trasfondo alegórico: “Y terminó diciendo: al fin y al cabo nosotros luchábamos por el poder, mientras que ellos lo hacían por la libertad.”

La historia de la resistencia astur-cántabra no sólo actúa como una alegoría sino también como un acontecimiento que se reactiva durante la Guerra de la Independencia—como marca el uso de la música—y, posteriormente, en la lucha contra Franco. Las conexiones entre estos acontecimientos discontinuos permiten identificar a los guerrilleros con la esencia de la patria y a sus perseguidores con una fuerza externa cuyo propósito es el exterminio de la población civil. Más aún, a través de su narrativa, Juana establece el origen de la patria en un acontecimiento perdido cuya emergencia desestabiliza el despliegue metahistórico del discurso dominante. De este modo, Los días del pasado articula aquello que Foucault denomina como una historia efectiva (Wirkliche historia), en la que se invierte la relación establecida de ordinario entre la irrupción del acontecimiento y la necesidad continua (Nietzsche 48). En este sentido, Juana transforma la escuela—como aparato ideológico del Estado—en un espacio de resistencia, en el que,

ante la mirada atenta de un retrato de Franco, emerge un conocimiento subyugado que compite con el discurso oficial.

Una vez que Juana renuncia a su puesto en Bárcena para volver a Málaga, la maestra que la reemplaza elimina de su temario el episodio de la resistencia astur-cántabra y lo sustituye por una narrativa hegemónica acorde con los principios del régimen: la reconquista de los Reyes Católicos y la constitución de la patria como una unidad política y religiosa a través de métodos fundamentalmente represivos. Así, a una historia discontinua de patriotismo—marcada en dos ocasiones por la derrota militar— se sobrepone la historia lineal de los vencedores cuya tradición se retrotrae a la España imperial de los siglos XV y XVI. De este modo, la nueva maestra sanciona el imperialismo y también la necesidad de la violencia a la hora de mantener el orden establecido, circunstancia que, de nuevo, es extrapolable a la relación entre la guerrilla y el sistema dominante: “Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, formaron la unidad religiosa y política de España. Descubrieron América. Centralizaron el poder. Crearon el imperio y el ejército permanente y la Santa Hermandad para garantizar el orden. Expulsaron a los judíos y unieron las armas de Castilla.” Esta historia memorística y enciclopédica se sobrepone al relato oral de Juana, por lo que, finalmente, el discurso hegemónico prevalece sobre una historia discontinua que no queda inscrita en ningún sitio pues, como indica Foucault, “El gran juego de la historia es para quien se apodere de ella” (Nietzsche 41).

Al igual que las obras de Saura, Martín Patino, Borau, Ribas, etc., las películas de Erice, Olea y Camus son producto del optimismo democrático que precede al consenso y en el que se plantea la posibilidad de dar cabida dentro del orden de representación dominante a figuras anteriormente excluidas. Este sentimiento se refleja tanto en el

reconocido elenco de actores y actrices que intervienen en estas películas, como en los premios que reciben, circunstancias que las distinguen de las obras que tratan este fenómeno tras el establecimiento del consenso. Así, por ejemplo, El espíritu de la colmena, considerada por Latorre como una de las mejores películas del cine español (Tres décadas 23), recibe un amplio número de distinciones, entre las que se destaca la Concha de Oro en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián en 1973.⁴⁵ Por su lado, Pepa Flores recibe el premio a la mejor interpretación femenina en el Festival de Karlovy Vary (República Checa) en 1978 por su trabajo en Los días del Pasado. No obstante, la obra de Camus aparece en un momento en el que los efectos del consenso comienzan a hacer estragos en el interés del público español, ya de por sí escaso, en la lucha guerrillera, por lo que estos personajes pasan, de ser deformados durante la dictadura a ser ignorados en el periodo inicial de la democracia. Entre ambos procesos—entre la deformación y el silencio— emerge una pequeña ventana que, impulsada por el optimismo que genera el advenimiento inmediato de la democracia, abre la posibilidad de promover la rehabilitación de la guerrilla, opción que finalmente se trunca con la generalización del consenso en los planos político, social y cultural.⁴⁶

⁴⁵ Otros reconocimientos que obtiene El espíritu de la colmena son: el Premio del Círculo de Escritores de Cine a la mejor película de 1973; al mejor actor (Fernando Fernán Gómez) y al mejor director en 1974; el premio Fotogramas de Plata a la mejor interpretación (Ana Torrent) en 1974; el premio ACE de la Asociación Latina de Críticos de Entretenimiento a la mejor actriz (Ana Torrent) y al mejor director; premio a la mejor fotografía en el Festival de Londres en 1973; Premio Hugo de Plata (Chicago, 1973); Prix L'Age d'Or (Bruselas, 1974) y el Premio a la mejor película de Arte y Ensayo (Turín, 1974). Más aún, en el año 2003, esta película es homenajeada en el Festival de Cine de San Sebastián con motivo de los treinta años transcurridos desde su estreno.

⁴⁶ Como indica Gutiérrez Aragón, “Al igual que durante la dictadura cualquier película que dejara entrever cierta oposición era un éxito seguro, ahora nadie sabe qué le puede interesar al público” (Conversaciones 100).

Eliminando nuevas posibilidades: el maquis en el discurso post-consensual (1978-1985)

Teniendo en cuenta de nuevo la representación de la guerrilla, el periodo post-consensual se extiende desde 1979, año en el que se estrena la película El corazón del bosque, hasta 1985, fecha en la que se publica Luna de lobos, de Julio Llamazares. Ambos productos constituyen puntos de referencia en la representación cultural de la guerrilla pues, si el primero antecede a un periodo caracterizado por el silenciamiento de este fenómeno, el segundo inicia un periodo marcado por la recuperación casi frenética del mismo como una práctica de mercado. El establecimiento del consenso afecta principalmente a la recepción de obras que tratan abiertamente la represión durante la dictadura y, de forma secundaria, y atendiendo más a una lógica de mercado que a cualquier medida represiva, a la producción de las mismas. Con sus nuevas temáticas, su despreocupación por el pasado dictatorial y su énfasis en el presente continuo, las lógicas del mercado persuaden al ciudadano-espectador de que la confrontación ideológica constituye un tema superado y sobre el que— al margen de unas conclusiones finales, como la necesidad de la reconciliación, del olvido y la aceptación de una culpa colectiva— no hay nada más que aportar.⁴⁷ Como indica Moreiras, la identificación de los ciudadanos con el consumo y el espectáculo “los desidentifica por y para siempre con ese pasado de represión, silencio y homogeneidad al que habían estado sometidos durante las últimas décadas” (Cultura herida 75). De este modo, se establece un velo de silencio, no necesariamente sobre la confrontación declarada o la dictadura, a las que estratégicamente recurre el discurso oficial para justificar el consenso, sino sobre

⁴⁷ Este reconocimiento colectivo de culpabilidad implica, de forma contraria a lo que se afirma, la declinación de toda responsabilidad individual pues, como indica Hannah Arendt, “donde todos son culpables, nadie lo es; las confesiones de una culpa colectiva son la mejor salvaguardia contra el descubrimiento de los culpables, y la magnitud del delito es la mejor excusa para no hacer nada” (Sobre la violencia 87).

aspectos que, como la toma de posición ideológica, deben reducirse al ámbito privado y que, por consiguiente, no motivan una reflexión colectiva. Llegados a este punto, en el momento en que estas narrativas emergen en un plano público, los aparatos ideológicos del Estado las tachan automáticamente de irrelevantes y de carecer de interés en una sociedad que se piensa a sí misma como moderna e integrada en el mercado.

El consenso fosiliza la condición de la guerrilla como elemento residual que, además, poco puede hacer frente a las producciones espectaculares provenientes del mercado internacional— principalmente estadounidense— y que, avaladas por años de censura, inundan la cartelera española. En este contexto, y sin hacer concesiones al mercado, El corazón del bosque y el documental Guerrilleros: 13 testimonios de la resistencia armada al franquismo— producido en 1978 por Mercé Conesa y Bartomeu Vila—se remiten al carácter ideológico de la confrontación y, como elemento común con las producciones críticas que emergen en el periodo pre-consensual de la transición, a la idea de las dos Españas antagónicas. Tanto el protagonista de la película de Gutiérrez Aragón, *El Andarín* (Luis Politi), como los antiguos combatientes que testimonian en la producción de Conesa y Vila se presentan como militantes ideológicos que no se doblegan ante la represión y que no desaparecen de la escena cultural de la transición, por lo que, al igual que ocurre durante la dictadura, se trata de figuras incómodas de cara a la lógica dominante. Así, Guerrilleros no da por superado el enfrentamiento, poniendo en entredicho la paz franquista que se asume en la transición. Por el contrario, y como indican sus directores, este documental responde al propósito de desenmascarar una violencia mayor que preside la cotidianidad de la vida durante la dictadura.⁴⁸ De este modo, Conesa y Vila estimulan una reflexión sobre la guerrilla que se contrapone a un

⁴⁸ <http://www.lagavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/guerrilleros/guerrilleros.htm>.

análisis que, desde la ya referida perspectiva del “todos fuimos culpables,” simplifica su representación y la priva de todo contenido político e ideológico más allá de su carácter antifranquista. Más aún, este documental no oculta la violencia inherente a este fenómeno, sino que, ignorando las exigencias de reconciliación que impone el consenso sobre toda representación del pasado, la justifica. Esta postura se pone de relieve, por ejemplo, en el manifiesto con que se inicia el documental, en el que, en una evocación al pensador anarquista Errico Malatesta, se afirma que:

Con mucha frecuencia, contra la violencia no existe otro medio de defensa que la violencia, pero incluso entonces no es violento el que se defiende, sino el que obliga a otros a tenerse que defender: no es violento el que recurre al arma homicida contra el usurpador armado que atenta a su vida, a su libertad, a su pan. El asesino es el que pone a otros en la terrible necesidad de matar o morir.

En relación al plano historiográfico, entre 1976 y 1978 aparecen en España diez obras sobre la guerrilla, cantidad que, si bien refleja un interés limitado por este fenómeno antes de la estabilización del consenso, duplica a las que se publican entre 1979 y 1984.⁴⁹ De hecho en 1979 y en 1982, no aparece ninguna obra historiográfica, periodística o biográfica que aborde la lucha armada contra la dictadura. Este silencio se rompe en 1980 con la publicación de las obras en gallego Memoria d'un fuxido, de Víctor Fernández Freixanes y A guerrilla antifranquista en Galicia, del historiador alemán Hermut Heine.⁵⁰ Por lo general, las representaciones de la guerrilla durante este periodo

⁴⁹ Estas obras son: Consecuencias de la tragedia española 1936-1939... y los hermanos Quero (1978) de Nicolás Manzanares Artés; Guerrillas españolas (1977), de Eduardo Pons Prades; Historia de la resistencia antifranquista (1978) de Víctor Alba; La guerrilla antifranquista. Historia del maquis (1976) de Carlos J. Kaiser; Los que se echaron al Monte (1977) de Isidro Cicero Gómez; Relatos de un guerrillero comunista español (1977) de José Gross; Represión guerrilla y exilio 1937-1952, (1978) tomo XI de la Enciclopedia Histórica de Asturias. Manteniendo la ideología represiva franquista, en 1976 Francisco Aguado publica El maquis en sus documentos. Ángel Ruiz Ayúcar hace lo propio en 1976 con su obra El Partido Comunista: 37 años de clandestinidad, en la que aborda, entre otros temas, la lucha armada.

⁵⁰ En 1981 solamente se publica La Resistencia interior en la España de Franco, de Valentina Fernández Vargas. En 1983 aparece La guerrilla Antifranquista (1945-1949) de Rafael Gómez Parra, mientras que en 1984 se publica Años 40: los maquis y el PCE, del periodista Daniel Arasa. Finalmente, en 1985 Francisco

favorecen el relato de la experiencia individual de los protagonistas y la limitación de sus propósitos a la lucha antifranquista.⁵¹ De hecho, la mera alusión al carácter colectivo de la guerrilla se convierte en un aspecto problemático, en contraposición al énfasis sobre esta cuestión en su discurso primario o en obras literarias que hacen eco de la percepción de la realidad de estos combatientes, como puede observarse en Cumbres de Extremadura, de José Herrera Petere o en Juan Caballero, de Luisa Carnés.

En 1983, y tras un lustro prácticamente de silenciamiento, TVE dedica el noveno capítulo de la serie documental España, Historia inmediata a este fenómeno. A pesar de producirse por un aparato mediático gubernamental—y, por consiguiente, controlado en gran medida por el PSOE, entonces en el poder con mayoría absoluta— esta producción enfatiza la degradación de este colectivo como combatientes que abandonan todo propósito político e ideológico en el momento que se integran en la guerrilla. En este sentido, este documental establece una perspectiva pública y oficial que no aporta nada nuevo y que, además, dificulta la posibilidad de promover un discurso que penetre en sus aspectos más problemáticos ya que, oficialmente, la guerrilla queda incluida dentro de una narrativa oficial que la inserta como un capítulo más de la historia reciente del país. Siguiendo el planteamiento que propone Ranciére en Dis-agreement, esta producción elimina la posibilidad de una re-emergencia política (appearance) de la guerrilla en el

Aguado vuelve a recuperar una visión criminalizada de la guerrilla en el sexto volumen de la enciclopedia Historia de la Guardia Civil, perspectiva que se contrapone a la que ofrece Juan José González Sevillano en Muerte y pasión de un maquis: Sebastián Eustaquio Moya Moya, “El Chichango”. Un drama obligado, publicada en el mismo año que la anterior.

⁵¹ Como denuncian públicamente un amplio número de historiadores y politólogos, entre los que se encuentra Reig Tapias, las carencias del rigor investigativo en el caso particular de la guerrilla se deben fundamentalmente a las dificultades que se plantean a la hora de investigar este fenómeno durante la transición. Entre estas dificultades, se encuentran la negativa a permitir el acceso a los archivos históricos, la falta de organización de los mismos y la demora continua de las resoluciones judiciales ante las demandas que interponen estos investigadores. Según este último autor, en el contexto de la transición, existen también serias dudas sobre el interés estatal por la preservación de un amplio volumen de información, por lo que es más que probable que gran parte de la misma haya sido eliminada (Represión franquista 62-65).

plano representativo, pues se neutraliza como fenómeno que, potencialmente, puede fraccionar la homogeneidad del sistema dominante y cuestionar tanto su coherencia, como la lógica que gobierna la inclusión y la distribución de los elementos representados (Dis-agreement 104). Así, por ejemplo, la vinculación de este fenómeno al PCE se reduce al periodo comprendido entre 1944 y 1947. Como se discute en el segundo capítulo de este proyecto, esta limitación ignora el discurso primario de la guerrilla, que pone de manifiesto la continuidad de esta simbiosis hasta, al menos, 1952. Finalmente, este documental finaliza con la recreación de la historia personal de Juan Fernández Ayala “Juanín,” guerrillero cántabro asesinado por la Guardia Civil en abril de 1957, lo que permite a esta producción eludir un análisis de la guerrilla como fenómeno colectivo.⁵² Por consiguiente, en base a su fuente de financiación y al medio que lo produce, este documental reviste de oficialidad aquellos parámetros que, en adelante, determinan un modelo consensual a la hora de representar esta forma de lucha armada, tanto en el discurso historiográfico como en el literario y que, en resumen, son: la disolución de la motivación ideológica de los guerrilleros, la eliminación de todo proyecto utópico, la disminución del papel del Partido Comunista (e incluso su desaparición) como principal operador de este fenómeno y, finalmente, el énfasis en la historia biográfica de los combatientes, disgregándolos del colectivo en función del cual definen su identidad como sujetos políticos. En lo sucesivo, estos parámetros se reinscriben en la representación dominante de la guerrilla, como puede observarse en Luna de lobos (1985), de Julio Llamazares, en el film homónimo dirigido por Julio Sánchez Valdés (1987) y en un

⁵² La historia biográfica de Juanín, además de inspirar un amplio número de obras literarias— e incluso el film de Gutiérrez Aragón El corazón del bosque (Conversaciones 46)— se retoma en el segundo volumen de la serie documental La memoria recobrada, producida de nuevo por TVE en 2006 y dirigida por Alfonso Domingo.

amplio número de novelas, películas y documentales que aparecen desde mediados de los años noventa en adelante.

Como consecuencia del limitado número de obras que abordan la guerrilla durante la transición, de la expulsión de su discurso primario del orden representativo, de su deformación por parte del discurso represivo franquista y del desinterés que genera el consenso durante este periodo, una vez establecida la democracia, este fenómeno sigue siendo poco conocido en su dimensión política, ideológica y revolucionaria. La exclusión de estos factores revela, no una disfunción marginal del sistema—un descuido— sino una falla en su estructura, en su sistema de representación, que hace incompatible la democracia con la rehabilitación integral de la guerrilla. Más aún, el vacío que genera la eliminación del factor ideológico en la representación de la guerrilla se cubre con la defensa de los valores democráticos que se instauran posteriormente en España, aspecto que, además de ignorar el carácter anticapitalista del proyecto guerrillero, resulta anacrónico. Así, por ejemplo, en la celebración del XIX Día del Guerrillero Español, que tiene lugar en Santa Cruz de Moya (Cuenca) el 7 de octubre de 2007, los ex guerrilleros que participan exigen, según publica el diario canario El Día, “que se reconozca que combatieron por la paz y la democracia,” como si el significado de estos conceptos en el contexto de la lucha armada y en la actualidad coincidieran.⁵³

Según se deduce de la exclusión del proyecto ideológico de la guerrilla de su representación, la España democrática se funda, no sobre la reconciliación entre las partes enfrentadas, sino sobre el cimiento de una de ellas, la dictatorial, prescindiendo de todo modelo alternativo que pudiese constituir un precedente legítimo del nuevo orden—como la República Española— o de aquellas posibilidades que propone la izquierda militante

⁵³ <<http://www.eldia.es/2007-10-08/nacional/nacional359.htm>>.

durante los años treinta, cuarenta y cincuenta. Como indica Martínez en Franquismo pop, “no ha habido intención alguna de insertar esa tradición expulsada y ese exilio en la cultura española... se le ha negado su funcionalidad y su pertenencia” (14).⁵⁴ De hecho, en la España democrática, no hay lugar para viejos republicanos, para militantes revolucionarios o para ex guerrilleros, por lo que en el momento que éstos hacen un amago de emerger en la escena política o cultural se les acusa de resentimiento y de albergar propósitos que atentan contra el nuevo sistema y contra la paz que, supuestamente, constituye el legado de una brutal dictadura. La única posibilidad de incorporarse al nuevo orden requiere la transformación de estos individuos en el modelo de ciudadano apolítico que promueve el discurso oficial y el silenciamiento de su experiencia. En otras palabras, el militante ideológico ha de transformarse en espectador político y en consumidor dentro de un sistema dominado por la cultura mediática y el espectáculo.⁵⁵ Como máxima expresión de tolerancia democrática, el nuevo orden permite a estos individuos articular sus experiencias de acuerdo a los principios del consenso y del mercado. Estas normas reducen las posibilidades de estas narrativas al relato biográfico y eliminan de su contenido toda alusión a proyectos utópicos, anticapitalistas o revolucionarios que puedan reactivar memorias incómodas o poner en evidencia las exclusiones que se practican durante la transición.⁵⁶ Sólo de este modo se permite la inclusión de la guerrilla en un discurso cultural que apenas plantea polémica, lo que hace suponer, no que se haya superado la confrontación, sino que, como afirma

⁵⁴ Mientras apenas hay rastro de estos autores, a nivel institucional se continúa premiando a los escritores de la dictadura e incluso a los juglares de la cruzada, como puede observarse en el caso de José María Pemán, quien recibe en 1981, de manos de Juan Carlos de Borbón, el collar de la Orden del Toisón de Oro.

⁵⁵ Según Moreiras, el ciudadano ideal es básicamente un buen consumidor que participa en la construcción de una nación de mercado capaz de competir con el mercado internacional (Cultura herida 74).

⁵⁶ Como indica Vidal Beneyto, “contrariamente a lo que sucede con los ciudadanos de Francia, Italia, Alemania cuyos currículos los encabeza siempre su lucha contra la dominación totalitaria, por modesta que haya sido, en nuestro país, la resistencia/oposición a la dictadura se silencia y se oculta y es casi imposible encontrar un currículum que no se pliegue a esa consigna de olvido practicado” (Memoria democrática 11).

Martínez, “una de las dos Españas... desapareció beligerantemente” (Franquismo pop 13).

Al impedir la representación de la guerrilla como colectivo que actúa impulsado por un proyecto ideológico, el discurso dominante excluye la posibilidad de una reparación real a su deformación durante la dictadura. La rehabilitación de este fenómeno la llevan a cabo, precisamente, aquéllos que niegan su naturaleza ideológica a través del énfasis en el relato biográfico de los combatientes o que limitan su representación como sujetos políticos a su carácter antifranquista. De hecho, los combatientes no intervienen en la selección ni en la contextualización de estas narrativas, labor que realiza una élite cultural que tiene acceso al mundo académico, editorial y literario. En aquellos casos en los que el guerrillero narra sus experiencias, el editor o compilador—generalmente un periodista, un historiador o incluso un militar—establece el marco discursivo que delimita las posibilidades de estos relatos. Así, por ejemplo, los guerrilleros se presentan frecuentemente como analfabetos que requieren de un intermediario que, a través de su dominio técnico del lenguaje, permita la verbalización de sus experiencias. Esta proyección olvida que estos colectivos generan un discurso cultural propio a través de medios escritos. De hecho, y atendiendo tanto a los testimonios de los propios guerrilleros como al material de archivo existente, la formación cultural de los combatientes se concibe como un elemento clave en la mayoría de las agrupaciones. No obstante, dentro de un discurso que depura sus contenidos y los hace compatibles con los parámetros del consenso y del mercado, la expresión de los guerrilleros queda reducida a una expresión de dolor—a un ruido animal— que, si bien genera interferencias, no trasciende al plano político.

Finalmente, la representación dominante de la guerrilla menciona esporádicamente el carácter comunista de los combatientes, aunque no hace alusión a su proyecto revolucionario. Este último aspecto emerge únicamente de forma excepcional en un reducido número de obras publicadas en el exilio y que se reeditan posteriormente en España, aunque, en cualquier caso, se perciben por el público y por las editoriales de mayor difusión como narrativas desfasadas y carentes de interés. A diferencia de lo que ocurre con el comunismo y con otros significantes que pertenecen a este campo semántico, el nuevo orden no depura los principios o el lenguaje revolucionario de la guerrilla, por lo que se trata de un aspecto cuya inclusión sigue sin ser negociable a pesar del supuesto aperturismo democrático que domina el terreno cultural. Por consiguiente, la guerrilla debe, o ser expulsada del orden representativo, o enmarcarse dentro de un discurso que anteponga la confrontación anterior a la paz de la transición y que reconcilie esta modalidad de lucha armada con los principios económicos y sociales que promueve el nuevo sistema democrático. Sólo de este modo pueden aspirar los guerrilleros a ser tolerados en un sistema en el que la única función que les corresponde, como indica Martínez, “no es liarla, sino desaparecer” (Franquismo pop 14).

Residuos de la guerrilla: El corazón del bosque

En El corazón del bosque, Gutiérrez Aragón, si bien no plantea la recuperación del proyecto ideológico de la guerrilla, pone de relieve su marginación por parte de las prácticas discursivas dominantes durante la transición, lo que cuestiona el carácter integrador del proceso de apertura democrática. La película contextualiza su escena inicial en septiembre de 1942 cuando un grupo de guerrilleros liderados por *El Andarín*

vuela un poste de electricidad. El apagón que produce este acto permite al protagonista, como cada año, bajar a la romería del pueblo y bailar con las vecinas. Aún cuando *El Andarín* es un personaje que ha perdido la guerra, este guerrillero se presenta como un héroe local, ya que, en un contexto social dominado por la presencia de los aparatos represivos del régimen—como pone de relieve la visibilidad continua de los guardias civiles en el pueblo— es capaz de burlar a sus perseguidores y de confrontarlos como una resistencia armada. No obstante, tras producir un salto temporal de diez años, la película reconfigura a este personaje como una presencia siniestra que sobrevive en el más absoluto aislamiento. De forma estratégica, Gutiérrez Aragón no hace explícitas las causas de esta degradación y apenas aporta información sobre lo que acontece a la guerrilla durante un periodo que, simplemente, se expulsa de la representación. De hecho, esta temporalidad, sólo se desvela parcialmente a través de Atilano, antiguo compañero de *El Andarín* que, como representación fantasmática de un movimiento que persiste únicamente a través del protagonista, explica las claves básicas que permiten comprender la degradación del guerrillero y la disolución del colectivo.

La nueva condición del protagonista como una fiera acosada se revela a través de la inmersión en el bosque de Juan P., un enlace que el partido al que pertenece inicialmente *El Andarín*—supuestamente el PCE— envía desde Francia para convencer al guerrillero a que abandone su lucha. Se trata de un individuo que conoce personalmente tanto a *El Andarín* como a sus colaboradores, entre los que se encuentra la hermana del enlace, Amparo. Tras restablecer el contacto con esta última y conocer a su prometido—Suso— Juan se dispone a adentrarse en el bosque para encontrar a *El Andarín* y transmitirle las directivas de sus superiores. No obstante, el guerrillero rompe todo vínculo con este colectivo político, continuando de forma autónoma una resistencia

desesperada. Tras esta ruptura, el guerrillero se transforma en una alimaña escurridiza que evade todo contacto con sus antiguos compañeros, lo que transforma la misión inicial de Juan en un proceso de desvelamiento en el que el enlace tiene que descifrar los secretos que envuelven al bosque y a *El Andarín*. Para ello, Juan sigue los pasos que le sugiere la hija de un colaborador de la guerrilla a través de una canción misteriosa cuyo significado se desvela progresivamente a lo largo de la película y que le permite encontrar al guerrillero.

Una vez que se sumerge en el bosque, Juan descubre que su hermana mantiene una relación amorosa con *El Andarín*, lo que añade una dimensión antropológica a la película que supera el planteamiento político inicial de Juan. En base a este descubrimiento, Amparo pasa a ocupar una posición central en la narrativa, ya que, como hermana, amante y prometida, constituye un vínculo esencial entre los principales personajes masculinos de la película. Como amante de Amparo, *El Andarín* se transforma en un padre simbólico, en un tótem que provoca el resentimiento de Juan, quien, al igual que su hermana, se debate entre la atracción y el rechazo por el guerrillero. De hecho, *El Andarín* constituye, como indica Elena Merino en la sinopsis que escribe de esta película, un residuo encallado en la historia que impide al resto de los personajes adaptarse a la nueva temporalidad en la que se encuentran, ya que todos mantienen un vínculo irresoluble con el mismo, bien como antiguo compañero de combate (Juan), como amante (Amparo) o como colaborador (Suso).⁵⁷ De hecho, la fricción entre Juan, *El Andarín* y Suso refleja también el conflicto entre las distintas temporalidades en las que se encuentran inmersos estos personajes. Estos individuos coexisten en un mismo espacio y participan en un mismo conflicto desde temporalidades distintas que se superponen a lo

⁵⁷<http://www.lagavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/corazonbosque/elcorazondelbosque.htm>

largo de la película. En primer lugar, *El Andarín* es un personaje que permanece anclado en la República y que continúa defendiéndola arma en mano. Por su lado, Juan se dispone a dar por concluidos sus anteriores proyectos políticos y a adaptarse a los nuevos tiempos. Sin embargo, su inmersión en el bosque y su fascinación por su antiguo camarada lo sitúan en un espacio marcado por la superposición entre temporalidades disyuntas, es decir, entre el presente que enuncia explícitamente la película (1952) y un pasado republicano que retorna y que dota a su experiencia de una dimensión onírica. Finalmente, Suso se adapta a los nuevos tiempos, como muestra su disposición final a entregar a Juan y su rechazo a continuar ayudando a *El Andarín* y a su cuñado.

La superación de esta disyunción de temporalidades requiere la muerte del padre, de *El Andarín*, y por consiguiente, la aniquilación definitiva de la guerrilla. Esta muerte es necesaria para superar una etapa en la que la lucha armada y los ideales que la impulsan inicialmente carecen ya de sentido. Así, ante la negativa de *El Andarín* a adaptarse a las nuevas directrices del partido, Juan opta por matarlo, lo que libera al resto de los personajes de todo vínculo con un pasado que dan ya por perdido y les permite asimilarse al nuevo orden. En este sentido, como acto de violencia original, el parricidio de *El Andarín* constituye la base de un sistema político y social contrapuesto a aquél por el que lucha este personaje y que, en esta representación, se identifica con la República Española. No obstante, Gutiérrez Aragón introduce un giro al final de la película que pone de manifiesto la vinculación irredimible de los personajes al parricidio inicial. De hecho, si el contexto político en el que se produce esta película propone la eliminación del pasado—de la guerra y, sobre todo, de la dictadura— como base de una nueva temporalidad que se funda en sí misma, en El corazón del bosque los personajes vuelven

cada año al baile del pueblo, es decir, a una fiesta totémica que marca la imposibilidad de superar el punto de partida.

A diferencia de las representaciones anteriores, Gutiérrez Aragón construye una figura del maquis que escapa a su representación como criminal o como víctima, eludiendo la primera y desmitificando la segunda, lo que supone una aportación cualitativa a la hora de concebir la lucha armada que escapa a todo parámetro preestablecido. Por el contrario, esta obra caracteriza al guerrillero desde su ambigüedad como héroe y como demonio, como tótem que protege y amenaza al mismo tiempo a la población y que genera simultáneamente veneración y rechazo.⁵⁸ Este guerrillero se integra dentro de este nuevo sistema desde su exclusión como tabú, lo que explica su posterior ausencia del discurso escrito con el que acaba la película, es decir, del orden representativo. Aventurándose en los márgenes del discurso oficial, Gutiérrez Aragón presenta la violencia real y simbólica que rodea a la figura del guerrillero, no como un espejo terrible del enfrentamiento a evitar, sino como manifestación, como indica Vilarós, del río de sangre que se oculta bajo la transición (Mono 139). Así, al igual que Camada negra o Sonámbulos, El corazón del bosque se sume en aquello que queda fuera del orden representativo, y nos obliga a “enfrentarnos con la carnaza, el monstruo o la cosa que no queremos de ninguna manera ver” (Mono 139). Para ello, el director recurre a una perspectiva onírica que le resta inmediatez a esta violencia y que la hace digerible por el discurso oficial. Esta aproximación determina la ambigüedad de la película con respecto a la representación dominante y su recepción como obra que se recibe con apatía

⁵⁸ Según Freud, “The totem is first of all the tribal ancestor of the clan, as well as its tutelary spirit and protector; it sends oracles and, though otherwise dangerous, the totem knows and spares its children” (Totem 808).

por un público inmerso en la cultura de mercado y que, probablemente, tiene problemas para decodificar el discurso que propone Gutiérrez Aragón.⁵⁹

El corazón del bosque emerge en un momento que actúa de bisagra, por un lado, entre un sistema dictatorial y uno democrático, y, por otro, entre el periodo pre-consensual y post-consensual de la transición. Estos aspectos marcan su carácter marginal desde su estreno pues, según indica el propio director, esta película llega tarde y, por ello, carece de sentido (Conversaciones 109). No obstante, este film— influenciado por el reconocimiento internacional de Camada negra (1978) y por el éxito de Sonámbulos en el Festival de Cine de San Sebastián en 1978— se plantea inicialmente propósitos ambiciosos, como reflejan el presupuesto del que dispone y sus aspiraciones a la protección oficial de un Estado a medio camino entre la dictadura y la democracia.⁶⁰ En relación al primer aspecto, y de acuerdo a la información que aporta Rafael Tranche, El corazón del bosque cuesta treinta y un millones de pesetas (Antología 805), cantidad desorbitada si se tiene en cuenta que, según Ramiro Gómez, un film medio costaba en España 15 millones de pesetas en 1977 y 19,7 en 1980 (Producción cinematográfica 217). Más aún, la productora de El corazón del bosque, Impala Films, solicita al menos en dos ocasiones su consideración como película de interés general, aprovechando un aperturismo que prueba ser tan restringido en el ámbito cultural como en el político y social. Por consiguiente, El corazón del bosque, al igual que ocurre con ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! y con Los días del pasado, no se concibe inicialmente por sus productores y por

⁵⁹ Como indica Vilarós, “Si España se niega en estos momentos a enfrentarse con sus fantasmas, si rechaza con toda su fuerza la revisión y la autopsia de los cuerpos muertos dejados por la dictadura, si ignora con tesón las facturas pendientes que quiere tan enterradas como a su dictador, menos aún, por tanto, estará dispuesta a realizar el doloroso esfuerzo lingüístico y de memoria que Gutiérrez Aragón pide para sus películas” (Mono 137-138).

⁶⁰ Camada negra recibe el Oso de Plata a la mejor dirección en el Festival de Berlín en 1977, mientras que Sonámbulos (1978) recibe la Concha de Plata al mejor director en el Festival de Cine de San Sebastián en el año de su estreno.

sus directores como una obra marginal, sino que aspira a la articulación de lo que podría haber sido una perspectiva pionera sobre la dictadura y la lucha antifranquista de haberse producido una ruptura democrática con el régimen. No obstante, el nuevo orden democrático—y en función de su carácter continuista con respecto a la dictadura— en lugar de eliminar la censura, la reformula a través del control del sistema penal y de las subvenciones oficiales. Al negarle el respaldo oficial y, por consiguiente, económico, a una producción, el Estado pone trabas, frecuentemente insalvables, a su inserción en las dinámicas de mercado. Como indica Gubern, el Estado “podía estrangular radicalmente la producción incómoda con el simple recurso de cerrar aunque sólo fuese mínimamente la generosidad proteccionista” (*Historia* 352). Sobre este particular, conviene puntualizar que, a diferencia de otras formas de expresión cultural, el cine depende en gran medida de las subvenciones y del apoyo estatal, lo que permite al Estado mantener un alto nivel de control ideológico sobre las producciones cinematográficas.

Si bien el argumento de esta producción se contextualiza de forma fragmentaria en 1942 y 1952, su propósito apunta hacia prácticas culturales vigentes durante la producción de este film, ya que la representación de la guerrilla atenta contra las bases sobre las que se consolida el nuevo Estado democrático, como el consenso y la reconciliación entre las dos Españas antagónicas. Como indica Fornièles, la clave para interpretar las obras que se producen durante este periodo no se encuentran únicamente en el interior de los textos o en sus propiedades formales, sino en la coyuntura histórica en la que aparecen (*Historia y novela* 431).⁶¹ De esta forma, la representación de la

⁶¹ Según afirma Carlos Heredero, “El hecho de que Juan regrese a su tierra tras volver del exterior y se encuentre aquí con una realidad mucho más compleja de la que esperaba, introduce un paralelismo de orden metafórico sobre el proceso contemporáneo que estaba viviendo el PCE por aquellos días, cuando el retorno a España del aparato dirigente instalado en Francia hasta poco antes de la muerte de Franco creaba tensiones y ciertos desajustes en las organizaciones sectoriales del interior” (*Cuentos de magia* 49).

guerrilla en El corazón del bosque refleja lo que José Enrique Monterde denomina como “presentización del pasado” (Veinte años 154). Esta práctica consiste en hacer alusiones oblicuas al presente mediante referencias a una temporalidad anterior, abordando cuestiones que, de otro modo, serían inmediatamente rechazadas por los aparatos del Estado e incluso por el público.

Tras la desarticulación formal de la guerrilla, y aunque por motivos diferentes, tanto el orden dictatorial como el PCE coinciden en la necesidad de poner fin a la lucha armada: el primero para proclamar un estado de paz definitivo que legitime su poder — objetivo que nunca llega a lograr el régimen— y el segundo con objeto de ajustarse a las políticas de bloque del comunismo internacional, desde las que se fomenta el abandono de la confrontación directa. Esta coincidencia de propósitos se muestra, por ejemplo, en la definición que hace el ex guerrillero Atilano de *El Andarín* quien, a pesar de haber sido compañero de este último, se refiere a este personaje como “un bicho al que habría que matar,” es decir, como una forma de vida nuda que existe al margen de todo amparo legal e incluso de la protección de sus antiguos compañeros. Por consiguiente, y a diferencia de las películas de Erice, Olea y Camus, esta película expone la pugna por silenciar este fenómeno y de darlo por zanjado por parte de la organización política que le da cobertura durante un periodo de su existencia. Como consecuencia, *el Andarín* percibe a sus antiguos correligionarios como traidores, como afirma vehementemente este personaje cuando Juan alude a su relación previa como camaradas. La respuesta del guerrillero apunta hacia cuestiones intrapartidistas que se mantienen al margen de la representación, y en particular, a la problemática que surge cuando esta agrupación decide desmovilizar a sus combatientes.

La escena inicial de El corazón del bosque se sitúa en 1942, es decir, en un periodo que, al ser anterior a la supeditación de la guerrilla al PCE, puede integrarse en una narrativa escrita como si se tratase de un discurso historiográfico, ya que no se encuadra formalmente dentro de ningún proyecto revolucionario. De hecho, este discurso inicial no sugiere ninguna relación entre la guerrilla y una organización político-ideológica que le dé cobertura y que oriente sus acciones dentro de un proyecto que supere el carácter inmediato de las mismas: “*El Andarín* y su grupo de ‘escondidos’ mantienen una resistencia esperanzada en las montañas del norte.” Tras esta escena inicial, se produce un salto a septiembre de 1952, periodo en el que la guerrilla ya ha sido desmovilizada políticamente y en el que ésta pasa de mantener una resistencia esperanzada a la mera supervivencia. La representación de estos bloques temporales, aún siendo incómoda para el discurso oficial, se mantiene dentro de los límites del consenso pues, de nuevo, excede el periodo de supeditación de la guerrilla a una organización política a la que, a toro pasado, ya se puede aludir explícitamente: “Septiembre de 1952, diez años más tarde... La organización a la que pertenece *el Andarín* ha decidido poner fin a la resistencia armada. Se envía sin resultado un enlace tras otro.”

Estos marcos temporales ajustan las escenas iniciales—la voladura de un poste de electricidad y la visita de *El Andarín* al baile del pueblo— a un enfoque realista que se abandona inmediatamente y que sólo se vuelve a retomar al final de la película. De hecho, en esta primera parte el director no experimenta con el lenguaje, sino que éste se ajusta a un esquema dominado por la causa, el efecto y la finalidad. Desde este enfoque, Gutiérrez Aragón representa al guerrillero como un héroe local que evoca la figura del

gran delincuente, ya que se opone al orden establecido en un enfrentamiento desigual.⁶² No obstante, El corazón del bosque no busca trazos realistas para la representación histórica de la guerrilla, sino que da por supuestos los parámetros en los que se desenvuelve este fenómeno desde el inicio de la película. Más aún, estos elementos realistas no desaparecen en la dimensión onírica que se recrea en la segunda parte del film, lo que mantiene en todo momento el argumento dentro de unas coordenadas espacio-temporales claramente identificables. Por consiguiente, el prólogo de esta película se ciñe inicialmente al mismo criterio realista que las producciones de Olea y de Camus, presentando los personajes y la localización espacio-temporal de los que se sirve posteriormente el director para aventurarse en un espacio prohibido, es decir, en una temporalidad dominada por la toma de posición ideológica.

Los periodos inicial (1942) y final (1952) que se presentan al principio de esta producción constituyen el inicio y el final de una historia que carece de desarrollo y argumento. Estas superficies temporales se presentan como una pesada losa cuyo propósito no es revelar la existencia de resistentes armados que permanecen silenciados, ni presentar una visión descriminalizada de los mismos—como es el caso de las obras de Olea, de Camus e incluso de Erice—sino hacer explícita la ocultación de una superficie de máximo riesgo que, al igual que el protagonista, permanece velada en el corazón del bosque. No obstante, y aquí radica el gesto político de esta producción, Gutiérrez Aragón vuelve a insertar este bloque pero adaptado a una perspectiva onírica que rompe con el enfoque inicial y desde la que revela fragmentos de una realidad que, si bien en 1942

⁶² Como indica Jacques Derrida, en el comentario que hace a la obra de Walter Benjamin en Fuerza de ley: “La fascinación admirativa que ejerce en el pueblo la ‘figura del gran delincuente (die Gestalt des großen Verbrechers) se explica así: no es alguien que ha cometido tal o cual crimen por quien se experimentaría una secreta admiración; es alguien que, al desafiar la ley, pone al desnudo la violencia del orden jurídico mismo” (87).

resultan familiares y conocidos, diez años después se vuelven siniestros.⁶³ Así, por ejemplo, la película inserta residuos lingüísticos de un lenguaje revolucionario ya desaparecido y alusiones al carácter colectivo de la lucha, elementos que subyacen bajo la representación individualizada y desideologizada del guerrillero que, aun de forma marginal, predomina en el discurso cultural. El primer aspecto puede observarse en el empleo del término camarada, excluido del discurso comunista y socialista durante la transición.⁶⁴ Se trata de una designación estrechamente vinculada al ideario revolucionario del Partido Comunista y que se emplea específicamente para designar a sus militantes, en contraposición al término compañero, que se aplica principalmente a los colaboradores, pero que no implica el compromiso ideológico y revolucionario del primero. A modo de ejemplo, Juan se refiere a *El Andarín* como camarada, remitiéndose a una relación anterior entre ambos como militantes revolucionarios, mientras que emplea el término compañeros para referirse al enlace que le da cobijo la primera noche que pasa en el bosque. Sin embargo, tanto *El Andarín* como el enlace rechazan estas designaciones, en el primer caso por percibir a sus antiguos compañeros como traidores y, en el segundo, por considerar que “yo ya no soy compañero de nadie.” Por consiguiente, esta terminología alude a la existencia previa de un proyecto y de un lenguaje para los que ya no hay lugar en el orden representativo y que, por ello, se perciben como desfasados. Más aún, tanto camarada como compañero aluden al carácter colectivo de la lucha, por lo que dejan de tener sentido en un contexto en el que tanto *El Andarín* como el enlace sobreviven en el más absoluto aislamiento. Finalmente, en la

⁶³ Freud define lo siniestro como “aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás... algo en que uno se encuentra, por así decirlo, desconcertado, perdido” (Lo siniestro 2484).

⁶⁴ Se trata de una designación popularizada por los bolcheviques durante la Revolución Rusa (Товарищ) y que se inspira en la Revolución Francesa, lo que pone de relieve su carácter revolucionario.

escena en la que el cadáver de Atilano cae de una carreta de la Guardia Civil bajo una fuerte lluvia, Juan encuentra entre las ropas del guerrillero un pliego del órgano Liberación, instrumento que vincula la lucha armada a un proyecto ideológico que, en 1952, y al igual que el texto, es ya papel mojado.⁶⁵ En la precisión y en la sutileza de estas referencias radica el riesgo y el valor cualitativo de esta película, pues estos elementos apuntan hacia un terreno político que permanece vedado al discurso literario y cinematográfico. De hecho—y coincidiendo con la advertencia de Fernando a Ana en El espíritu de la colmena cuando recogen setas silvestres— Gutiérrez Aragón advierte del peligro que implica acceder a este espacio a través de un icono admonitorio que, bajo la sugerente imagen de dos tibias y una calavera, aparece al inicio de la película: “No tocar. Peligro de muerte.”

La segunda parte de la película, que se inicia en el momento en que Juan se queda dormido en un granero justo antes de entrar en el bosque, presenta un reverso onírico al enfoque realista con el que empieza el film. En este espacio, los elementos realistas de la primera parte se enrarecen de acuerdo al principio estilístico de que hay que hacer extraño lo familiar y familiar lo extraño, lo que permite a Gutiérrez Aragón articular una perspectiva oblicua que relativiza el compromiso político de la película.⁶⁶ El director consigue este efecto a través de la manipulación de los componentes reales en un relato de corte fabulístico que en ningún momento hace uso de lo fantástico y que no exige al

⁶⁵ Existen dos periódicos guerrilleros que responden al título Liberación. El primero, cuyo título completo es Liberación Nacional Republicana, se edita en Madrid a ciclostil durante 1944. El segundo, se edita por la III Agrupación Guerrillera de Galicia durante 1948. En ambos casos, estas publicaciones aparecen en el periodo comprendido entre 1942 y 1952 que establece inicialmente Gutiérrez Aragón como parámetros de referencia de su película.

⁶⁶ “Hay una cosa que dice Marx que siempre me gusta utilizar en las películas. Habla de que hay que hacer extrañas las cosas cotidianas y cotidianas las extrañas. Se refiere a que hay muchas cosas cotidianas que se aceptan, como que haya pobres y ricos, y hay que tener una extrañeza de ellas. Y hay cosas extrañas, como el amor, que deberían ser cotidianas. En las películas procuro sacar las cosas más obvias como raras y las más raras como obvias” (Conversaciones 80).

espectador la suspensión de la credibilidad. Por el contrario, Gutiérrez Aragón recurre al uso del flashback, a las interrupciones bruscas de caminos argumentales que abre momentáneamente y a la alteración de la linealidad temporal y causal, aspectos que, como indica Molina Foix, pertenecen tanto al cine como al mundo de los sueños (Manuel 18). Así, por ejemplo, el director suprime una escena de corte realista en la que se muestra el fusilamiento de Atilano, eliminación que genera la duda sobre si este personaje está vivo o muerto y que lo rodea de un aura espectral (Conversaciones 110). Esta sintaxis libera también a esta parte de la película de todo compromiso con la narrativa tradicional y permite al director priorizar el valor expresivo de la imagen sobre su dimensión informativa.⁶⁷

Desde esta ruptura sintáctica, Gutiérrez Aragón recrea el bosque como un lugar fantasmal que está fuera de quicio, es decir, como un espacio en el que la temporalidad se disloca y crea fisuras de las que emergen seres ominosos (*El Andarín*) e incluso espectrales (Atilano).⁶⁸ A través del uso de las sombras, de la niebla y del sonido, el director construye un espacio en el que se difuminan los límites, por un lado, entre la realidad y la fantasía, y, por otro, entre el presente y el pasado, transformando el bosque en un lugar horroroso que se acerca a la visión que dan de él los cuentos infantiles, donde es la morada de brujas, ogros y, en definitiva, de la muerte (Conversaciones 113).⁶⁹ Más aún, el bosque está dominado por trampas y acertijos que Juan debe interpretar para

⁶⁷ Como indica Gutiérrez Aragón, “Cuando más expresivo se hace el cine, más me gusta, pero con gran frecuencia, esa expresividad va en contra de la capacidad comunicativa. La herencia que el cine ha recibido de la narrativa novelesca decimonónica me parece una rémora. Esa obligación de contar una historia no deja de ser una servidumbre, cuando las expresiones más sugerentes del cine están en las imágenes y no en las historias que éste cuenta” (qtd. in El cine según Manuel Gutiérrez Aragón).

⁶⁸ De acuerdo a Derrida, el espectro “es algo que sólo puede ser pensado en un tiempo del presente dislocado, en la juntura de un tiempo radicalmente disyunto, sin conjunción asegurada” (Espectros 31).

⁶⁹ Según afirma Carlos Heredero, “el bosque es “un universo mítico donde se dan cita los estertores de la guerrilla, los cuentos de hadas, una fábula infantil (“si la zorra va a higos...”), algunos elementos mágicos, la memoria biográfica de la infancia del director y un cierto sustrato sexual de raíces casi antropológicas, todo ello envuelto en una atmósfera encantada, misteriosa y preñada de ciertos ribetes mágicos” (Historias).

cumplir su objetivo: encontrar a *El Andarín* y convencerlo para que abandone la lucha. Al adentrarse en este espacio, el comisario político pone en marcha un proceso de develación de aquello que escapa a la representación linear y realista con la que se inicia la narrativa, es decir, de lo que permanece soterrado bajo el discurso oficial. Así, por ejemplo, en la escena en la que Juan pregunta a la hija de unos enlaces dónde está *El Andarín*, la niña, como si fuera un hada benéfica del bosque, le responde con una canción en clave cuyo ritornelo marca en lo subsiguiente el itinerario del comisario político. Cada paso que da Juan hacia su objetivo se acompaña de esta canción-advinanza que, progresivamente, adquiere sentido para el primero y para el espectador: “Si la zorra va a higos / cantara su camino/ si la zorra va a higos/ encontrará una higuera/ si la zorra va a higos/ se moja la culera/ si la zorra va a higos/ será agua la escalera/ si la zorra va a higos/ verá su sombra negra/ si la zorra va a higos/ la mano da al amigo.” Esta canción ayuda a Juan a sobrevivir en el bosque y a encontrar a *El Andarín*, aun cuando no marque el orden de los pasos que ha de seguir, pues se trata, al igual que esta parte de la película, de una narrativa no lineal. Así, frente a la higuera que menciona la canción, y a través de Atilano, Juan encuentra el punto exacto en el que los enlaces dejan comida para los guerrilleros. Siguiendo la advinanza, para encontrar a *El Andarín*, Juan debe, en primer lugar, hacer señales con su sombra, lenguaje codificado que, como se muestra al inicio de la película, sirve para indicar la entrada y la salida de los guerrilleros en el bosque. Posteriormente, el comisario debe subir una pequeña cascada (la escalera de agua a la que se refiere la canción) y encontrar un árbol cuyas ramas tienen forma de mano (la mano del amigo). Junto a esta higuera, Juan encuentra finalmente a *El Andarín*, quien sale de su escondrijo para recoger la crema contra el picor de piel que le lleva el comisario.

Como espacio suspendido en el tiempo, el bosque enfrenta a Juan con elementos de un pasado no resuelto. En primer lugar, el bosque introduce a este personaje en una confrontación que finaliza oficialmente trece años atrás pero que *El Andarín* continúa de forma autónoma. Esta continuación de un conflicto supuestamente ya concluido se refleja también a través de la pareja de guardias civiles que montan guardia en el bosque. En la conversación que mantienen estos dos personajes, uno de ellos afirma que, de encontrarse con un guerrillero, recurriría al diálogo: “Si alguna vez me encontrara por estos caminos con alguien del monte me gustaría hablarle y que él me escuchara. Yo comprendo a la gente del monte. Todos hemos sufrido ya mucho. Todos. Nosotros los guardias civiles y ellos. ¿Tú sabes que un amigo de mi padre ayudaba al *maquis*? Yo le quería mucho. Era un hombre que lo sabía casi todo.” Esta actitud refleja a primera vista la superación del enfrentamiento ideológico y de la concepción del guerrillero como un enemigo personal. No obstante, cuando se enfrentan a la sombra de Juan, estos personajes recurren rápidamente al uso de las armas, a pesar de la actitud inofensiva que presenta este último con los brazos en alto y entonando la misma canción que tararean los guardias. El bosque implica por tanto un retorno a la confrontación, a una España agresiva y excluyente cuya única comunicación posible procede del cañón de una metralleta.

Esta regresión se muestra también en la aparición espectral de figuras que ya han muerto. Así, por ejemplo, la espectralidad de Atilano introduce una asincronía que desestabiliza la temporalidad inicial. Tras caer muerto de una carretilla, y con los ojos abiertos, este personaje resucita inmediatamente y golpea el suelo, como si estuviese estableciendo una exigencia que no puede articular con palabras. Posteriormente, este personaje mantiene una conversación con Juan y le revela algunos de los secretos concernientes a *El Andarín*, como las circunstancias que rodean a la disolución del grupo

guerrillero, cómo su antiguo líder queda aislado en el bosque y las relaciones que mantiene con Amparo. Del mismo modo, Atilano explica los motivos de la enemistad y desconfianza entre *El Andarín* y sus antiguos camaradas, ya que éstos sospechan que su jefe los denuncia a la Guardia Civil cuando se disponen a entregarse. Finalmente, esta regresión onírica traslada a Atilano a la Segunda República, a una España familiar pero que ya no existe, como muestran las imágenes de niño de este personaje cuando se queda sin tarta y sin leche el día que se instaura la Segunda República por levantar el puño cerrado con la mano equivocada. Se trata de una España que ha sido herida de muerte, como refleja la hilera de leche que, como un reguero de sangre, se desliza monte abajo y que pone fin a las divagaciones de Juan y Atilano.⁷⁰ Finalmente, el espectro de Atilano desaparece entre la niebla del bosque, sin responder a las aclaraciones que le pide Juan pero tras indicarle a este último cuál es el próximo paso que debe tomar para encontrar a *El Andarín*: “Si quieres saber dónde está *El Andarín*, pregúntale a tu hermana.”

Tras la muerte de *El Andarín*, Gutiérrez Aragón vuelve a adoptar un enfoque realista, lo que marca la superación de un pasado y de unas presencias incómodas que quedan, al igual que el cuerpo del guerrillero, sumergidas en la niebla del bosque. De hecho, una vez muerto *El Andarín*, la narrativa se desprende de todo residuo ideológico y de toda alusión a la España perdida. Más aún, los colaboracionistas—Amparo y Suso (Víctor Valverde)— se transforman en colaboradores y, en lugar de ocultar a Juan, lo entregan a la Guardia Civil. Este cambio de actitud permite a los personajes integrarse en

⁷⁰ A lo largo de toda la película la leche se asocia a la seguridad de lo doméstico y de la patria perdida. Así, por ejemplo, Juan regresa al pueblo oculto en un furgón y protegido por bidones de leche; la leche constituye también un alimento esencial para los guerrilleros del bosque; se asocia a familiares y amigos que ya murieron, como es el caso de Nando, quien aparece andando con una vaca cuyas ubres van cargadas de leche, etc. Finalmente, la adaptación de Juan y de Amparo al nuevo orden requiere la transformación de la leche, de la esencia de la patria, en un producto de intercambio, en algo a lo que hay que renunciar en beneficio de la seguridad y de la estabilidad. Como se indica al final de la película, ambos personajes sobreviven en la España franquista vendiendo la leche de sus vacas.

el discurso oficial— en una narrativa que se puede expresar mediante el lenguaje escrito— y abandonar un pasado que queda oculto bajo la nueva realidad a la que se incorporan. La represión de este pasado se muestra en la mordaza que silencia las pesadillas de Juan durante el periodo que permanece convaleciente en casa de Amparo. De este modo, el orden dominante, y con la complicidad de los antiguos colaboradores de la guerrilla, reprime aquello que tiene lugar en una experiencia onírica que, como se pone de manifiesto en esta película, se remite a una anterioridad que resulta incómoda y peligrosa, no sólo en el contexto en el que se recrea la obra, sino también en la transición.

El salto temporal de 1942 a 1952 marca también la transformación de *El Andarín* en una fiera acosada y enferma que lucha en pos de una victoria ya imposible y que, por ello, queda deslegitimado como guerrillero pero mitificado como héroe. Esta mitificación priva a su figura de toda eficacia política y social, e incluso de su propia historia, pues como indica Barthes, “The very end of myths is to immobilise the world” (*Mythologies* 169-70). De hecho, la caracterización de *El Andarín* se construye de forma indirecta y colectiva a través de las historias de los habitantes del pueblo, pues se trata de un personaje escurridizo que se encuentra ausente en la mayor parte de la película. Más aún, y como mito, *El Andarín* se convierte en una figura intocable e innombrable, por lo que, en 1952, este personaje ya no es un combatiente republicano con nombres y apellidos, ni un guerrillero revolucionario con apodo de guerra, sino una figura totémica y sagrada cuyo nombre es tabú: “Psst... se dice Él.”⁷¹ Mitad héroe, mitad mito, *El Andarín* causa admiración, pero también asco y miedo, como revela Amparo a su hermano en la conversación que mantienen en la segunda ocasión que se encuentran en un granero. No

⁷¹ Tabú y Homo Sacer constituyen conceptos paralelos según Freud: “Taboo is a Polynesian word, the translation of which provides difficulties for us because we no longer possess the idea which it connotes. It was still current with the ancient Romans: their word “sacer” was the same as the taboo of the Polynesians” (Totem 821).

obstante, y a pesar de la repugnancia que siente hacia *El Andarín*, al presentir que el guerrillero se halla escondido en el maizal, Amparo acude a él de rodillas y jadeando, como quien se acerca a una suerte de santo extraño, de horror sagrado, al que adora y teme al mismo tiempo. La ambivalencia con la que se percibe *El Andarín* se refleja también en el sentimiento de atracción y de rechazo de Juan hacia este personaje, a quien venera como a un padre, pero al que tiene que matar por disciplina de partido. Según indica Gutiérrez Aragón, cuando Juan dispara contra el héroe local, no elimina a un enemigo, sino que lo mata “como se mata a un animal enfermo, al caballo preferido cuando tiene un accidente” (Conversaciones 114). De hecho, Juan muestra en todo momento un fuerte vínculo emocional a *El Andarín*, como reflejan sus intentos de abrazarlo cuando finalmente lo encuentra, o su desconsuelo cuando Atilano le dice que el guerrillero va a morir en el bosque como un perro.

Dentro del orden social que se recrea en la película, el guerrillero ocupa una función central como padre metafórico, como se manifiesta en la relación entre este personaje y Amparo, Juan y Suso.⁷² Al inicio de la película *El Andarín* es un bailarín seductor que despierta el deseo de las mujeres del pueblo, de sus novias, según indica el lechero que transporta clandestinamente a Juan en su furgoneta. *El Andarín* evoca de este modo la figura del padre en una sociedad primitiva que se reserva todas las mujeres del clan para sí, lo que genera un deseo de parricidio en los hijos. Esta función simbólica se sugiere también cuando el guerrillero, tras recibir un tiro, le dice a Juan que le conoce “desde que eras así de pequeño,” o en el abrazo que el guerrillero da al comisario cuando le dispara en una pierna para que deje de seguirle. Más aún, y evocando una relación

⁷² Según indica John Hopewell, “Gutiérrez exploits the symbolic overtones of family structures. A film cannot portray a society, but a family can. And to a certain extent the family is a kind of microscopic state, a summary of the tensions and structures of the state” (Out of the past 194).

biológica entre padre e hijo, al eliminar a *El Andarín*, Juan adopta sus gestos, arrascándose compulsivamente como si fuese el heredero de su urticaria y como si la muerte del guerrillero le situase en su lugar. Ahora es Juan quien pasa a ser la alimaña perseguida por la Guardia Civil y quien necesita de la protección de Amparo y de Suso. Finalmente, en el momento en que está a punto de ser detenido en casa de Amparo, Juan articula la misma expresión que grita su padre metafórico antes de morir: “¡Me cago en dos!” No obstante, la expresión de Juan suprime el último término—variación eufemística del término Dios— elisión que marca la ruptura de su identificación con el padre. De hecho, a partir de este momento, y a diferencia de *El Andarín*, Juan no muere, sino que es detenido por la Guardia Civil y se adapta al nuevo orden, dejando atrás una larga historia de violencia y las memorias de una madre-patria ya inexistente.

Por su lado, Amparo ocupa para Juan la posición simbólica de la madre ausente, por lo que su relación con *El Andarín* genera, a nivel subliminal, y ante el deseo incestuoso del comisario político, el odio de este último hacia el guerrillero.⁷³ Más aún, Amparo está a punto de casarse con Suso— por quien no siente ningún deseo— por lo que el personaje femenino sirve de enlace entre los principales personajes masculinos de la película.⁷⁴ La tensión que generan estas conexiones se manifiesta en la escena en la que Amparo se encuentra por segunda vez con su hermano en el granero. Tras asegurarle que ya no mantiene relaciones con *El Andarín*, Amparo corre desquiciada hacia el maizal

⁷³ De acuerdo al director, esta tensión incestuosa entre Amparo y Juan se ajusta también a una perspectiva antropológica coherente con el lugar en el que tiene lugar esta historia, Cantabria: “Las relaciones entre los hermanos han sido siempre muy fuertes en los pueblos de Cantabria, debido al corte tribal y profundamente familiar de aquella sociedad” (qtd. in Historias de vida 74).

⁷⁴ Como indica Gutiérrez Aragón, el futuro marido aporta una dimensión antropológica a la relación entre los personajes, pues: “En ese contexto, el que una hermana se vaya de casa y se case con alguien adquiere el valor simbólico de un rapto y, por lo tanto, de privación de mujeres dentro de la casa, lo que generaba un enfrentamiento entre cuñados. El cuñado se convierte entonces en un traidor, y de ahí que Suso sea en la película el auxiliar del héroe: ayuda, pone el pan, hace los recados, lleva los rescates, pero finalmente también es un traidor. Es algo que refleja el primitivismo de esas relaciones” (qtd. in Historias de vida 74).

en el que se esconde el guerrillero, dejando atrás a Suso— quien llora ante el impulso irrefrenable de la que, al día siguiente, será su esposa—y a Juan, cuya proximidad rechaza. Por consiguiente, la atracción que *El Andarín* ejerce sobre Amparo es superior al vínculo que une a este personaje con su hermano y con su futuro marido, por lo que el guerrillero constituye el vértice de la sociedad microscópica que componen estos personajes. En este sentido, la consumación del deseo incestuoso de Juan requiere, por un lado, la neutralización de Suso— personaje que al no ser objeto de deseo por parte de Amparo no constituye un rival—y, por otro, la muerte de *El Andarín*, de la figura totémica pues, como indica Freud: “Almost everywhere where the totem prevails, there also exists the law that the members of the same totem are not allowed to enter into sexual relations” (Totem 809). De hecho, tras matar a *El Andarín*, Juan desplaza a Suso y se va a vivir con Amparo, con quien establece una unidad familiar y económica, desenlace que sugiere la consumación de la relación incestuosa entre estos personajes: “Al cabo del tiempo Juan P. volvió a casa y se quedó a vivir allí. Suso se marchó y ha puesto una zapatería en Llanes. Juan y Amparo viven de vender la leche de sus vacas.” Como indica Gutiérrez Aragón, este final “abre la posibilidad de un incesto...De alguna manera se rompe un tabú, pero el autor, en este caso yo, es pudoroso. Se rompe el sello pero la puerta no se abre” (Conversaciones 111).

El parricidio de *El Andarín* y el incesto entre los hermanos constituyen los parámetros sobre los que se fundamenta una nueva estructura social y la existencia futura de estos personajes quienes, finalmente, se integran en el sistema dictatorial y pasan, de formar parte de una historia oculta y clandestina—la historia del *maquis*— a integrarse en el discurso oficial como ciudadanos sin ataduras ideológicas. Como indica Tranche, “La muerte del guerrillero se presenta como el sino de los nuevos tiempos. De ahí que sea

necesaria una apostilla final (colocada en un tiempo ulterior al relato) tras la aparente misión cumplida: la que instaura en ese espacio un nuevo orden cotidiano algunos años después. Juan abandona la lucha política y vuelve al pueblo para ser uno más entre sus habitantes” (Antología 805). Este discurso oficial, y a diferencia de los dos textos anteriores con los que se inicia el prólogo (1942), excluye tanto a *El Andarín* como la violencia sobre la que se instaura un orden de paz aparente, aún cuando estos elementos se encuentren profundamente inscritos en el sistema dominante. Por consiguiente, el discurso oficial oculta un orden de batalla que no cesa con la muerte de *El Andarín* pues, como indica Foucault: “If we look beneath peace, order, wealth, and authority, beneath the calm order of subordinations, beneath the state and state apparatuses, beneath the laws, and so on, will we hear and discover a sort of primitive and permanent war” (Society 16; 46-7). En este sentido, la ausencia explícita de *El Andarín* del discurso oficial es significativa, pues inscribe en la normalidad aparente del relato la violencia original sobre la que éste se estructura. De este modo, si la violencia real elimina al guerrillero como figura físicamente presente—aunque fuera del orden jurídico—la violencia discursiva lo excluye como elemento representado. *El Andarín* pasa por tanto de ser una singularidad— un elemento presente no representado (Being 100)— a constituir un vacío en el discurso (void) que no está ni presente ni representado y cuya inclusión amenaza con desestabilizar la totalidad del sistema.

Conviene destacar que la película no aclara el valor político de la muerte de *El Andarín* más allá del compromiso de Juan con la agrupación a la que pertenece. Políticamente, se infiere que Juan mata a *El Andarín* por disciplina de partido, aunque las causas o el propósito de esta eliminación no se desvelan en ningún momento. De hecho, con el paso de los años, *El Andarín* se transforma en una figura políticamente irrelevante,

por lo que su asesinato responde más a la satisfacción de un deseo incestuoso que a una necesidad política. Así, como revolucionario sin revolución, *El Andarín* no supone ningún peligro político o social para el orden dominante ni para el partido al que pertenece inicialmente. Por el contrario, y como indica Heredero, en su etapa final, el guerrillero “se había convertido ya, efectivamente, en lo más parecido a esa sombra de ‘*El Andarín*’ que—dentro de la película—permanece sobre la pared de la montaña aún después de que aquél abandone dicho escenario. Un *maquis* reducido, en definitiva, a la huella inmaterial de un combate perdido” (Historias). Como consecuencia, la muerte de *El Andarín*, lejos de suponer una tragedia, como ocurre en el film de Olea, se percibe como una liberación por parte de sus antiguos colaboradores y camaradas. No obstante, este parricidio genera un sentimiento sublimado de culpabilidad —“a taboo sense of guilt” (Totem 859)— que se fosiliza en la base estructural del orden que emerge tras la muerte del padre metafórico. Gutiérrez Aragón sugiere esta culpabilidad en el comentario escrito que introduce al final de la película, en el que afirma que, tras la muerte del guerrillero, Suso, Amparo y Juan vuelven cada año al baile del pueblo, como si a través de este ritual tratasen de mitigar los efectos de la violación de un tabú, del parricidio sobre el que se sustenta la normalidad de sus vidas en la España de Franco. En este sentido, el baile anual se transforma en la celebración de una fiesta totémica en la que los supervivientes se apropian de una costumbre distintiva del padre en un intento por reconciliarse con su memoria que, al igual que la violencia original sobre la que se enraíza la democracia española, se silencia pero no se olvida.

Como conclusión, la representación de la lucha armada durante la transición está marcada por la exclusión de todo proyecto ideológico del orden representativo. Esta exclusión exige al espectador un trabajo de interpretación y de decodificación que le

permita dotar de sentido y de contenido a este bloque de significado sustraído del discurso; es decir, la concesión de un pensamiento justo sobre aquello que permanece silenciado y sobre lo que es deformado, de forma consciente o inconsciente, por esquemas de percepción y de interpretación que no se cuestionan durante la transición. Esta labor requiere asumir la obligación ético-política de sumergirse en el agujero negro constituido por un pasado marcado a fuego por la toma de posición ideológica y al que sólo es posible acceder desde un ejercicio responsable de la memoria que la libere de la banalización del mercado, ejercicio que, contra toda expectativa previa, se suspende tras la estabilización del consenso. La revisión del carácter ideológico de la guerrilla implica también el cuestionamiento del discurso historiográfico oficial, exigiéndole, no sólo el análisis de un universo ideológico que permanece expulsado del orden de representación dominante, sino la revisión de contenidos establecidos como ciertos por el discurso franquista en base a su mera enunciación declarativa y que se infiltran en el discurso democrático.

El reconocimiento del carácter ideológico de la guerrilla y de su condición como enemigo político y de guerra implica la necesidad de cuestionar aspectos cruciales en la comprensión de la guerra civil, del franquismo y de la temporalidad actual como, por ejemplo, las fechas que delimitan el enfrentamiento y su relación con el sistema democrático. La existencia de un rival político armado cuestiona también la paz franquista, publicitada hasta la saciedad por el régimen como instrumento de legitimación de ejercicio y que constituye posteriormente una de las basas más explotadas por la derecha política durante la transición e incluso en la actualidad.⁷⁵ Finalmente, el análisis

⁷⁵ Gregorio Morán, por ejemplo, cuestiona la validez de la paz de Franco como contenido historiográfico, pues “por las condiciones en las que se desarrolló el franquismo, no sólo fue un instrumento demagógico

de la guerrilla y, en particular, de su disolución, revela, no solo las fricciones entre la dictadura y los partidos de la oposición, principalmente del PCE, sino sus acercamientos puntuales y sus vínculos de complicidad a la hora de eliminar un fenómeno que resulta incómodo para ambas partes. Por consiguiente, la penetración en el universo político e ideológico de la guerrilla supone una ruptura del consenso político sobre el que se erige una democracia sujeta a los valores del mercado. Más aún, esta inclusión amenaza con desestabilizar un discurso mediático e historiográfico que filtra aquellos contenidos ideológicos que atentan contra el orden dominante. Ante el vacío que genera la eliminación del factor ideológico en la representación de la guerrilla, surge la necesidad de adentrarse en este lapso de la historia para romper con su articulación lineal y para desestabilizar aquellos marcos de comprensión que despliegan los aparatos ideológicos del Estado en función de su operatividad frente al consenso y al mercado.

para mantener el espíritu de guerra, lo intrínseco de la dictadura, sino que caló de tal modo que devino patrimonio de la derecha en su hegemonía frente a la izquierda” (Precio 86).

Capítulo 4

(Des)enterrando la voz del maquis: consenso y disidencia en la literatura de la democracia

Y habrá que recordar, desenterrar,
desmadejar. Sacar el hueso al aire
puro de vivir. Pendiente abrazo,
despedida, cielo, sol; en el lugar
preciso de la cicatriz.

Pedro Guerra

En los últimos quince años, y tras décadas de deformación y silenciamiento, la guerrilla adquiere relevancia como producto literario y cinematográfico, alcanzando un nivel de difusión que, a pesar de ser modesto, no tiene precedentes. Este auge de la guerrilla en el discurso cultural se encuentra estrechamente vinculado al movimiento por la recuperación de la memoria histórica que emerge a mediados de los años noventa y que recibe una amplia cobertura mediática a comienzos del nuevo siglo.¹ Este proyecto se articula desde dentro del propio orden dominante y desde su periferia. En relación al primer nivel, la recuperación de la memoria histórica se ajusta a las normas del mercado, es decir, al ámbito de circulación y consumo de bienes culturales, como reflejan Luna de Lobos (1985), de Julio Llamazares, y, posteriormente, películas como Silencio Roto (2001) o El laberinto del fauno (2006), de Montxo Armendáriz y Guillermo del Toro, respectivamente. Estas obras reconstruyen la guerrilla como un fenómeno local que proyecta una visión utópica del pasado republicano desde la experiencia biográfica de sus

¹ Se trata de un proyecto ambicioso que abarca desde las reivindicaciones puntuales de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH)— buque guía que logra transformar este fenómeno en una cuestión mediática—hasta la labor de una miríada de asociaciones más especializadas como, por ejemplo, La Gavilla Verde, que promueve el reconocimiento y la rehabilitación del maquis. Más aún, la memoria histórica se identifica también con una amplia producción cultural que reconstruye la dictadura según la recuerdan represaliados, guerrilleros, exiliados, etc. En este sentido, la memoria histórica responde a una multiplicidad de propósitos que se extienden desde la retribución económica de las víctimas del régimen hasta el reconocimiento simbólico y moral de sus detractores.

protagonistas o desde una perspectiva fantástica.² Por otro lado, la novela Maquis, de Alfons Cervera, se articula desde los límites del consenso y del mercado, reflexionando sobre cuestiones que, como en el caso de la reconciliación nacional o la Ley de Amnistía, rompen con la representación dominante de esta figura.³ Esta última obra recupera elementos que depura el mercado, entre los que se encuentran la naturaleza ideológica de la guerrilla y la frustración de los combatientes ante la falta de una justicia material que supere el mero reconocimiento moral y simbólico. De este modo, y como explora la obra de Cervera, el maquis constituye una figura clave para comprender, no sólo la brutalidad de la dictadura, sino también las deficiencias de la democracia actual, en particular, la falta de todo deseo de justicia sobre la que se funda este nuevo sistema.

Aún cuando manifiestan distintos grados de compromiso con el mercado y con la guerrilla, estas dos modalidades de discurso responden a un propósito común, a decir, a la necesidad de rehabilitar esta modalidad de lucha en el discurso cultural tras décadas de deformación y silenciamiento. Las representaciones de la guerrilla que proponen las obras anteriormente mencionadas muestran la versatilidad de la memoria histórica como proyecto descriptivo del pasado reciente y también como práctica genealógica. Esta última tiene por objeto insertar conocimientos nuevos, es decir, aquello que Foucault denomina como “creative statements” (Archaeology 145), y generar prácticas consistentes con los mismos, aún cuando ello implique el riesgo de desestabilizar los parámetros de representación dominantes. El propósito de este proyecto genealógico no

² Como indica Antonio Gómez en relación al enfrentamiento militar: “Uno de los motivos por los que aquel evento de la historia de España, no precisamente el más halagüeño, ha logrado cierta popularidad es porque resulta rentable para una industria cultural como la española. Un sector comercial que ha crecido enormemente en los últimos quince años, integrándose plenamente en una economía neoliberal” (Guerra persistente 14).

³ Otras novelas que se articulan desde los márgenes del consenso son, por ejemplo, La savia de la literesa, de César Gavela, o La agonía del búho chico, de Justo Vila.

es restaurar un conocimiento auténtico de la guerrilla que permanece oculto bajo una representación falsificada, sino promover una reflexión sobre este fenómeno que penetre en aquellas cuestiones inaccesibles desde las convenciones del consenso y del mercado. En otras palabras, se trata de articular un discurso alternativo que atiende a un orden distinto de reglas y que permite articular una formación discursiva independiente.⁴ Así, por ejemplo, el proyecto de la memoria se agota frecuentemente en el reconocimiento de figuras anteriormente expulsadas del orden de representación, como los guerrilleros, los desaparecidos, los fusilados, etc. No obstante, este proyecto exige también la exploración de los marcos ideológicos en los que tienen lugar las experiencias de estos personajes, como refleja la novela de Cervera. El mercado crea la apariencia de que este trabajo genealógico es innecesario pues, en definitiva, la guerrilla ya se aborda desde sus instrumentos culturales. De este modo, el mercado, como instrumento del consenso, promueve el conocimiento del pasado reciente pero dificulta la formación de cadenas de representación alternativas que puedan competir con el discurso dominante.

Para suplir el hueco que genera esta exclusión, el mercado propone narrativas desde las que, más que recuperar la guerrilla, la reconstruye desde sus facetas más inofensivas, enfatizando la relevancia del relato biográfico, del contexto geográfico en el que se desenvuelven los protagonistas y de sus experiencias sensoriales. Estos discursos reducen la motivación ideológica de los guerrilleros a la lucha antifranquista, como puede observarse, por ejemplo, en novelas como Luna de lobos y en películas como Silencio

⁴ Según Foucault: “Whenever one can describe, between a number of statements, such a system of dispersion, whenever, between objects, types of statement, concepts, or thematic choices, one can define a regularity (an order, correlations, positions and functionings, transformations), we will say, for the sake of convenience, that we are dealing with a discursive formation... The conditions to which the elements of this division (objects, mode of statement, concepts, thematic choices) are subjected we shall call the rules of formation. The rules of formation are conditions of existence (but also of coexistence, maintenance, modification, and disappearance) in a given discursive division” (Archaeology 38).

roto. Así, el carácter revolucionario de la guerrilla, o bien se elimina de la representación, o se minimiza y se desvincula del problema del agro, según se observa en estas dos obras. En este sentido, estas propuestas promueven la recuperación parcial de un periodo que se encuentra atravesado por percepciones ideológicas radicalmente contrapuestas y que no son compatibles con el consenso. Por el contrario, estas narrativas simplifican este periodo y crean la falsa gratificación de atender una exigencia ética e histórica en el espacio simulado del mercado y del espectáculo. Sin necesidad de desechar los beneficios que aporta el mercado, la recuperación de la memoria histórica se enfrenta a la necesidad de evitar toda posición acomodaticia y de abrir líneas de investigación que aborden la complejidad ideológica de la guerrilla. De hecho, el factor ideológico no constituye un elemento residual—como resalta frecuentemente el discurso cultural— sino que dota de sentido a la guerrilla en un periodo, como indica Antonio Gómez, “de grandes ilusiones, de grandes esperanzas, de grandes proyectos y de esperanzadoras violencias” (Guerra persistente 108). Esta contextualización sólo se lleva a cabo en obras que, como en el caso de Maquis, ocupan una posición marginal en la representación de la guerrilla. Esta novela abre una nueva línea de reflexión a la hora de profundizar en el conocimiento de una modalidad de lucha que, setenta años después, continúa levantando ampollas.

Entre la política y el mercado: la recuperación de la memoria histórica

La transformación de España de una sociedad disciplinaria en una de control confiere al mercado y a los medios de comunicación una función central en la gestión y administración del nuevo sistema. Tras la muerte de Franco, el mercado, como ideología dominante, suplanta a las anteriores ideologías confrontadas, identificándose, como

contrapunto a un pasado violento, con la paz y con la libertad que se erigen como baluartes de la democracia. En este sentido, las prácticas vinculadas al nuevo sistema político—como la competición electoral, la persuasión a través de los medios de comunicación, etc. — desplazan al uso de la fuerza a la hora de resolver conflictos sociales (21). Si bien anteriormente las distintas posturas enfrentadas mantienen concepciones divergentes del Estado, de la sociedad, de la democracia, etc., con el establecimiento del consenso estos desacuerdos desaparecen del panorama político y se articulan según las normas del mercado y del espectáculo.⁵ De este modo, la democracia española constituye un sistema post-político pues, como indica Rancière, “Consensual post-democracy, at a minimum, means the end of disagreement in this sense. Disagreement is indeed impossible if every presentation, word, act, or view is the only thing possible, only ever what is possible by strict necessity” (Dis-agreement 69).

Como operadores del Estado y del mercado, los medios de comunicación regulan la inserción o la exclusión de un elemento determinado en el sistema representativo. Estos instrumentos determinan el rango de posibilidades a la hora de proponer modificaciones en el orden dominante, particularmente en lo que concierne al consenso y la reconciliación.⁶ Este control no implica la eliminación radical de la crítica, sino su inclusión regulada. Así, en el momento que el mercado reconoce la crítica y la introduce en el plano mediático, ésta se transforma en una opción más que, con su inclusión,

⁵ “A war or competition—whether a culture war, a market war, an ethnic war, a ‘burger war’ or an international war—ceases to be real war when the struggles between enemies or opponents erase death, and even the risk of death, from the scene. The culture wars are thus not real wars but the post-wars of a consensual post-democracy; they are idealizations and even aestheticized celebrations of war: indeed, by removing death’s possibility, they posit conflict as safe, seductive, radical, liberating, healthy” (Market 196).

⁶ Según Ismael Crespo, “Los partidos adaptan sus mensajes a la cobertura de los medios, los electores apenas obtienen una información que no esté mediatizada por la prensa, la radio o la televisión, los medios marcan a qué formas se les concede importancia y cuáles dormirán en los cajones de la redacción” (Partidos 8).

refuerza el sistema frente al que reacciona inicialmente. En este sentido, el mercado establece un espacio controlado que permite la articulación de la crítica y de la desilusión, aunque no el desacuerdo como elemento de ruptura.⁷ De hecho, el orden consensual se basa en la exclusión del desacuerdo y, por tanto, de lo político ya que, como indica Norberto Bobbio, “Nothing risks killing off democracy more effectively than an excess of democracy” (Future 31).

La representación de mercado no promueve la confrontación del pasado histórico, sino su reconstrucción de acuerdo a valores del presente. Así, por ejemplo, el discurso literario vinculado a la memoria histórica adopta frecuentemente la perspectiva de personajes que, desde el presente, indagan en un pasado desconocido, como se observa, por ejemplo, en El lápiz del Carpintero (1998) de Manuel Rivas, Soldados de Salamina (2001) de Javier Cercas, Enterrar a los muertos (2005) de Ignacio Martínez de Pisón, La mitad del alma (2006) de Carme Riera, etc. Más aún, muchas de estas obras reconstruyen una visión utópica del pasado, aún cuando se trate de una temporalidad marcada por la violencia. En la película Silencio roto, por ejemplo, Armendáriz recrea una utopía rural de la España republicana que, como indica Gómez, responde “a la creación de un pasado sentimentalmente apasionante e ideológicamente armónico, y en segundo lugar, a la sublimación de las problemáticas contemporáneas en esta narrativa utópica y nostálgica sobre el pasado” (Guerra persistente 31).

⁷ Como indica Levinson: “An oppositional voice, it exists, cannot express a disagreement. Either it emerges as an additional party and thus contributes, as a proper portion of an overall agreement, to a controlled pluralism (consensus), to the accumulation of a ‘bad infinity’ or else it gives sound to an absurdity, to an outside dim that cannot reshape anything: in Rancière’s terms, to ‘noise’ instead of speech, where the opposition is heard as the passionate or pathetic grumble of those who, because devoid of logic, cannot even disagree correctly” (Market 69).

En estas representaciones, la violencia se asocia a la abnegación y al heroísmo de los combatientes, valores que, con la instauración del consenso democrático, desaparecen del panorama político y social. En contraposición a la irracionalidad que ponen de manifiesto los personajes de las obras de José Bergamín, Luisa Carnés o José Herrera, las novelas y películas vinculadas a la recuperación de la memoria histórica plantean un ejercicio equilibrado de la violencia que llevan a cabo unos personajes que saben en todo momento cómo y por qué actúan. Así, por ejemplo, Ángel—protagonista de Luna de lobos—somete su experiencia como maquis a un proceso de racionalización minuciosa que no se interrumpe ni en los episodios más violentos; por el contrario, la rabia y la pasión de este personaje se disuelven en un proceso de narración poética que priva a la violencia de sus filos más hirientes. En el episodio en el que Ángel mata de un tiro a Pedro Iruate—secretario del Ayuntamiento de Pontedo (León)— el maquis narra su actuación mediante un lenguaje poético y descriptivo que expulsa toda visceralidad de su sintaxis, aún cuando se trate de un acto extremo como el de dar muerte a otro individuo. De hecho, aún cuando pueda estar justificada, la actuación de Ángel es fría y racional:

Don Pedro, el secretario del ayuntamiento, con el rostro congestionado por el vino y la ira, se agitaba nervioso tras su vientre de alcohólico esperando un descuido mío. La ráfaga, sin embargo, le ha atravesado la garganta de abajo arriba y se ha ido a incrustar en las vigas del techo con un zumbido sordo de enjambre enfebrecido. El secretario se desploma como un fruto maduro sin dejar de mirarme. (Luna 70)

En este sentido, la violencia que practican los defensores de la República se plantea, según indica Gómez, como un elemento asimilable, discutible, razonable y expresable (Guerra persistente 95-6). Por su lado, la violencia rebelde se presenta como una práctica ilógica, hasta el punto de que su efecto perturbador se debe tanto a su carácter desmedido como a su falta de propósito, lo que genera una representación maniquea que articula los

parámetros básicos que establece el discurso franquista, aún cuando lo haga desde una postura contrapuesta.⁸

En base a los reajustes que se llevan a cabo a la hora de representar la guerrilla, la confrontación armada y la República, más que de la recuperación de la memoria histórica habría que hablar de su reconstrucción de acuerdo a aquello que Alison Landsberg denomina como memoria prostética. Este concepto se refiere a la reconstrucción y representación de la memoria histórica mediante los principales instrumentos culturales, como el cine, la literatura y la musealización de restos, permitiendo al espectador acceder a memorias de experiencias no vividas en primera persona.⁹ Como parte del aparato depurador del mercado, estos medios tienden a identificar la memoria histórica con la memoria colectiva, lo que minimiza el valor crítico de la primera y facilita su transformación en un objeto de nostalgia y de consumo.¹⁰ Si bien no existe un acuerdo definitivo en el discurso cultural sobre qué se entiende por memoria colectiva y por memoria histórica, por el primer concepto me refiero a un conocimiento indiscriminado del pasado, es decir, siguiendo la expresión de Wendy Brown, a un contenido con masa pero sin dirección (States 71); por el segundo me refiero, no sólo a la difusión de contenidos, sino también de aquellos marcos que determinan su percepción. Más aún, la memoria colectiva— y según el estudio original que propone Maurice Halbwachs en la

⁸ Esta representación de la violencia se observa, por ejemplo, en El laberinto del fauno en la escena en la que el capitán Vidal (Sergi López) asesina a botellazos a un cazador de conejos en presencia de su padre por encontrarse en los montes en los que actúa la guerrilla.

⁹ “The memories forged in response to modernity’s ruptures do not belong exclusively to a particular group... Through the technologies of mass culture, it becomes possible for these memories to be acquired by anyone... Prosthetic memories are transportable and therefore challenge more traditional forms of memory that are premised on claims of authenticity, heritage and ownership” (Prosthetic 2-3).

¹⁰ Esta transformación puede observarse, por ejemplo, en las series de Televisión Española Cuéntame cómo pasó o Amar en tiempos revueltos, en las que se contextualiza toda crítica a la dictadura y se hace compatible con elementos de la democracia, como las protestas sindicales, estudiantiles, etc. No obstante, se trata de una exaltación de la democracia y de una recuperación banalizada de la dictadura que elude toda reflexión sobre la misma y sobre aquellos elementos que se enquistan en el nuevo orden.

obra con este título y en Les cadres sociaux de la mémoire— actúa como elemento de cohesión entre un grupo de personas que se identifica como una entidad colectiva en base a su especificidad cultural e histórica. En cualquier caso, ambos conceptos se sobreponen continuamente, hasta el punto de que es difícil establecer una delimitación clara. De hecho, la memoria histórica constituye un subconjunto de la memoria colectiva, lo que lleva, frecuentemente, al empleo indiscriminado de estos términos. Finalmente, por memoria prostética me refiero a la reconstrucción de la memoria como producto de mercado que, a diferencia de la memoria colectiva, no asume ningún tipo de afinidad entre los miembros de una comunidad y que, por tanto, se difunde de forma indiscriminada.¹¹

En desacuerdo con Landsberg, la memoria prostética, si bien potencia la difusión de la memoria como producto de mercado, también modifica y reconstruye sus contenidos. En este sentido, las tecnologías de la memoria reemplazan al sujeto experimental en su condición de emisor y adoptan una función activa en la administración y difusión de sus contenidos. Más aún, la memoria prostética establece una distancia con respecto al receptor que, más que reconocer la alteridad del sujeto experimental, lo reduce a la condición de objeto de representación.¹² De hecho, el propósito de este distanciamiento es la neutralización política de esta representación,

¹¹ Como indica José Colmeiro: “La memoria colectiva recuerda el oro de Moscú, el ‘Cara al sol,’ los SEAT 600, el último cuplé, la llegada de la minifalda, o la inauguración de un pantano, como hitos comodificados del pasado. La memoria histórica, por otro lado, constituiría una parte de la memoria colectiva, y se caracterizaría por una conceptualización crítica de acontecimientos de signo histórico compartidos colectivamente y vivos en el horizonte referencial del grupo” (Memoria 17-18).

¹² Actualmente, el interés que genera el aparato cinematográfico en sí, ha cedido frente a su capacidad de emular e incluso de suplantar la realidad. No obstante, conviene destacar la diferencia entre el instrumento en sí y sus contenidos. Como indica Tom Gunning en “The cinema of attraction: early film, its spectator and the avant-garde:” “In the early days of film...the attraction was as much the cinematic apparatus as the films screened; people went to be dazzled by the new technology, to ‘see machines demonstrated’” (qtd. in Prosthetic 11). Esta diferenciación no implica que el cine no pueda actuar como herramienta política. Sin embargo, en lo que respecta a su uso como tecnología de la memoria esta posibilidad queda limitada en base a la distancia que separa al espectador de la experiencia vivencial.

proceso que se refuerza a su vez con la saturación del mercado de productos culturales. Por consiguiente, y salvo en casos excepcionales, la memoria prostética no crea lazos colectivos entre los espectadores, ya que éstos tienden a consumir y a asimilar estos productos individualmente.¹³ Estos productos, más que promover la posibilidad de una intervención política, la acota dentro de márgenes que hacen de la crítica un elemento deseable, pues fortalece la pluralidad del sistema sin alterar sus estructuras.¹⁴

Como parte de su proceso de adecuación al mercado, la memoria prostética identifica la memoria colectiva con la memoria histórica y la traslada, junto con sus instrumentos de articulación, a un plano mediático, como muestra, por ejemplo, la publicación de obras que reconstruyen la historia de la guerrilla desde la tradición oral. La crítica ignora frecuentemente— y aún cuando se trate de una cuestión aparentemente obvia— que se trata de una representación de la historia oral, no de historia oral per se. Esta distinción es fundamental en el sentido de que los medios que emplean en su difusión son diferentes, así como la conexión que se establece con el receptor. Como instrumento supeditado a la memoria prostética, la historia oral apela al espectador como consumidor—no como miembro de un colectivo— lo que facilita la adaptación de sus

¹³ Landsberg apoya su teoría de la memoria prostética aludiendo a las posibilidades de internet. No obstante, este instrumento difiere en su naturaleza, en sus propósitos y en sus medios, de las tecnologías de la memoria que analiza esta autora, a decir, la novela, el cine y el museo. Por consiguiente, internet, como herramienta política, merece una consideración independiente, ya que no constituye un mero espacio de transferencia de la memoria, sino que crea un espacio que permite la actuación política, como discuten Michael Hardt y Antonio Negri en *Empire* y en *Multitude*.

¹⁴ Desde una postura crítica hacia la teorización de la industria cultural que proponen autores como Adorno o Marcuse, Landsberg asume la premisa de que el capitalismo “provides choices, some of which can challenge the status quo and subvert social norms and hierarchies” (*Prosthetic* 145). Landsberg idealiza el mercado como espacio político y de cambio social. No obstante, y en contraposición a esta perspectiva, el mercado actúa como elemento fundamental de la política que ofrece la posibilidad del cambio, pero dentro de márgenes reducidos. Contrario a la crítica dominante contra la industria cultural, esta última no asume necesariamente un espectador pasivo y sumiso. Sin embargo, sus posibilidades están en todo momento limitadas, no sólo por los contenidos que se le ofrecen, sino por los marcos de comprensión e interpretación que se encuentran a su disposición.

contenidos a los marcos ideológicos del mercado.¹⁵ Atendiendo a esta diferencia, en la historia oral el relato se presenta como un producto en bruto que da prioridad a la empatía con el emisor sobre el contenido de la comunicación. La representación del estilo directo del emisor, a pesar de ajustarse al marco que impone el redactor o el compilador, refuerza la veracidad de estos contenidos como si se tratase de una revelación de primera mano que es ajena a los intereses del mercado editorial y académico. No obstante, si en el caso de la memoria colectiva el propósito ético se sobrepone al beneficio económico o a la expresión artística—aún cuando se articule dentro de los parámetros del mercado— en la memoria prostética estos últimos adquieren relevancia sobre el primero. Por consiguiente, la memoria prostética constituye una representación de la memoria colectiva que, en su adaptación a la cultura mediática, depura tanto su forma como sus contenidos y los ajusta a los intereses del mercado.

Como producto mediático que se halla sujeto a una dinámica comercial, la memoria prostética queda supeditada a los ciclos del mercado, pasando por etapas sucesivas de introducción, crecimiento, madurez y declive. Dado que su propósito principal es la satisfacción de un interés esporádico—y que frecuentemente genera el propio mercado— las obras que surgen en este proceso inicial se caracterizan por el desequilibrio entre el exceso de datos sobre las experiencias de los combatientes y la ausencia de reflexión política. Si bien en la etapa inicial se produce una explosión de interés en base a la curiosidad que genera este objeto de estudio, en la etapa de madurez se percibe como una repetición de esquemas y contenidos cuyo efecto político y social se desgasta progresivamente. En este último periodo se produce un retorno al punto de

¹⁵ Como indican Emmanuel Sivan y Jay Winter, “audiences (of a TV series, a play, a book) cannot really be considered a network; it is extremely difficult to judge the variegated reactions of these consumers. The advantage of survivor networks is that their ‘social learning’ may be passed on to later generations. These younger people, initiated into the actual experience, carry emotion-laden stories very effectively” (War 18).

partida, es decir, a la restricción de estos productos a nichos de mercado y al desconocimiento generalizado del mismo hasta su relanzamiento o hasta su desaparición definitiva. De hecho, el mercado constituye un sistema siempre variable cuyos elementos rara vez provocan cambios cualitativos en el orden dominante; por el contrario, lo único que se mantiene inmutable es el espectáculo en sí, pues su vitalidad se fundamenta en la superposición de cada nuevo elemento sobre el olvido del anterior. Como indica Alfons Cervera en una entrevista que concede a Carmen Amoraga y que se publica en Levante el 17 de abril de 2005, “Convertir algo, lo que sea, en una moda es la mejor manera de borrarlo del mapa. Hoy es una moda y mañana nadie se acuerda de eso.”¹⁶

El mercado permite restablecer la presencia de elementos que, con anterioridad, permanecen fuera del lenguaje y de su propio sistema pero ateniéndose al hecho bruto de su existencia.¹⁷ Así, productos como El laberinto del fauno, la novela El año del diluvio, de Eduardo Mendoza, o la adaptación cinematográfica de esta última que lleva a cabo Jaime Chávarri en 2004, si bien establecen las coordenadas básicas de la causas de la guerrilla, no se demoran en ningún tipo de reflexión sobre el contenido de su proyecto ideológico. Por su lado, la memoria histórica—a diferencia de la memoria protética— se centra tanto en la difusión de estas experiencias como en su asimilación colectiva. Esta doble labor implica llevar a cabo un trabajo de representación—dentro de un discurso aparentemente científico y objetivo—y también de genealogía. Como indica Foucault, “Compared to the attempt to inscribe knowledges in the power-hierarchy typical of

¹⁶< <http://www.uv.es/cerverab/entrvlevante.htm>>.

¹⁷ Como indica Foucault: “Archaeology does not try to restore what has been thought, wished, aimed at, experienced, desired by men in the very moment at which they expressed it in discourse... In other words, it does not try to repeat what has been said by reaching it in its very identity. It does not claim to efface itself in the ambiguous modesty of a reading that would bring back, in all its purity, the distant, precarious, almost effaced light of the origin. It is nothing more than a rewriting: that is, in the preserved form of exteriority, a regulated transformation of what has already been written. It is not a return to the innermost secret of the origin, it is the systematic description of a discourse-object” (Archaeology 139-40).

science, genealogy is then, a sort of attempt to desubjugate historical knowledges, to set them free, in other words to enable them to oppose and struggle against the coercion of a unitary, formal, and scientific theoretical discourse” (Society 10).¹⁸ Como metodología histórica que supera la arqueología descriptiva, la genealogía introduce cambios cualitativos en la representación dominante y parámetros de comprensión alternativos. Ante este doble propósito— y como aparato regulador— el mercado aborda nuevos contenidos pero elimina todo elemento que amenace con desestabilizar el conocimiento oficial, como, por ejemplo, el carácter pacífico de la transición, la paz de la dictadura, el final de la confrontación armada en 1939, etc. De acuerdo a la lógica que plantea Levinson: “Either the other is added on to the social, in which case this other is controlled by a market that foils politics in advance, or the other is negated, left out” (77). En base a su capacidad para neutralizar lo político, el mercado constituye un espacio privilegiado a la hora de negociar posibles reajustes en el sistema dominante, mientras que los medios de comunicación constituyen las principales vías de acceso a este espacio. Estos últimos articulan aquellos elementos que aspiran a integrarse en el sistema como términos aceptables por el mismo. De hecho, los distintos aparatos mediáticos—televisión, radio, cine, literatura, etc. —constituyen un mecanismo mucho más eficiente a la hora de reivindicar la necesidad de recuperar la memoria histórica que el ejercicio de cualquier derecho constitucional.

A pesar del carácter ético y político de sus propuestas, el movimiento por la recuperación de la memoria histórica es prácticamente desconocido hasta su transformación en un fenómeno mediático. La intervención activa de los medios de

¹⁸ “To put it in a nutshell: Archaeology is the method specific to the analysis of local discursivities, and genealogy is the tactic which, once it has described these local discursivities, brings into play the desubjugated knowledges that have been released from them” (Society 10-11).

comunicación de masas en la recuperación de la memoria histórica se inicia con la apertura de una fosa común en El Bierzo (León) en julio de 2002 como parte del proyecto que promueve la ARMH.¹⁹ El 1 de julio de 2002 el artículo de Carlos Cué “La tierra devuelve a sus muertos” se convierte rápidamente en la página más leída en la historia de la edición digital de El País.²⁰ Este artículo, cuyo sugerente título evoca tanto el retorno como el vómito de una historia mal digerida, genera un debate público sobre la dictadura y sobre las deficiencias de un proceso de transición democrática que priva a las víctimas del régimen de los recursos para reivindicar toda noción de justicia y la posibilidad de una reparación jurídica y económica.²¹ La apertura de estas fosas abre una caja de Pandora repleta de exigencias de las que, necesariamente, hay que hacerse cargo. De hecho, un aspecto distintivo de las fosas comunes es que afecta de forma indiscriminada a guerrilleros, enlaces, represaliados, etc., lo que atrae la atención sobre una multiplicidad de reivindicaciones que, de forma aislada, pasan desapercibidas.²²

Con el desenterramiento de estos restos se proyecta también una mirada al pasado reciente que no se acomoda a una celebración acrítica de la democracia, sino que

¹⁹ Este acto reanuda una práctica que se inicia a finales de los años setenta y que se interrumpe tras el golpe de estado del 23 de febrero de 1981. Como se indica en la Proposición no de ley presentada por la ARMH a todos los partidos políticos españoles: “Durante los años setenta en España, tras la muerte del dictador se iniciaron espontáneamente algunas exhumaciones por iniciativa de las familias. Sin embargo, este proceso se terminó con el intento de golpe de Estado de 23 de febrero de 1981 por el teniente coronel Antonio Tejero y la creencia de que la reciente democracia española no podría soportar encontrarse con su pasado” (qtd. in Fosas 194).

²⁰ Como indica Emilio Silva, director de la ARMH, y nieto de uno de los individuos sepultados en esta fosa, esta fecha es decisiva “para la difusión de nuestro trabajo en los medios de comunicación: el 30 de junio terminaba el mundial de fútbol y la presidencia española de la Unión Europea, con lo que se abrió un hueco mediático donde pudimos colarnos” (Fosas 85).

²¹ “Nuestra relación con los medios de comunicación había cambiado bastante; antes del campo de trabajo nuestras notas de prensa se perdían en el agujero negro de la información no publicada, pero ahora los medios de comunicación nos hacían caso y teníamos una buena base de datos de medios de comunicación y periodistas a los que en unos minutos hacíamos llegar nuestras notas de prensa” (Fosas 99-100).

²² El documental La guerrilla de la memoria, de Javier Corcuera alude a la cuestión de las fosas comunes en una escena en la que dos ex guerrilleros—Francisco Martín *Quico* y Manuel Zapico *Asturiano*—apuntan hacia la cuneta de una carretera en la que afirman que se encuentra una fosa común con los restos de sus compañeros y colaboradores: “En este lugar como por toda España, hay una fosa común que no se sabe ni la de hombres que hay aquí... Están sepultados aquí. Y este es uno de los lugares como los hay en todo El Bierzo, como hay en toda España. Aquí están los desaparecidos, sin nombre.”

amenaza con revisar los pilares sobre los que se asienta este sistema, lo que justifica la intervención de los medios de comunicación de masas como órganos reguladores. Estos huesos revelan que el orden actual se construye sobre los restos de una España que, treinta años después, y a pesar del supuesto carácter ejemplar de la transición y de la democracia, permanecen aún, real y metafóricamente, bajo toneladas de tierra. Se trata de un silencio que unos mantienen en base a su compromiso con la reconciliación y con el olvido, y que otros guardan porque, como indica Emilio Silva, “no han visto en la democracia la garantía para poder hablar con libertad” (Fosas 108). En lugar de resolver las diferencias entre las dos Españas, este silencio perpetúa el tratamiento desigual a ambas partes en el periodo post-dictatorial. De hecho, la apertura de estas fosas devuelve a la existencia una historia de barbarie que se oculta bajo el discurso oficial y que pone de manifiesto la violación de los derechos humanos que supone la Ley de Amnistía de 1977 sobre la que supuestamente se fundamenta la reconciliación entre los españoles.

Ante la amenaza que supone para la estabilidad política la existencia de fosas comunes por toda la geografía española, su apertura se lleva a cabo bajo la mirada atenta de los medios de comunicación. La función principal de estos medios consiste en contextualizar este fenómeno y en limitar todo exceso que sobrepase los límites del consenso. Por un lado, los medios abordan esta cuestión de acuerdo al formato de la noticia-conflicto, articulando una confrontación que anteriormente se elimina del debate político y cultural pero dentro de un espacio simulado. Este espacio transforma la confrontación ideológica en un enfrentamiento de opiniones entre los partidarios por la recuperación de la memoria histórica y aquéllos que, desde los márgenes del discurso académico, se remiten de nuevo a los argumentos que esgrime el discurso dictatorial durante cuarenta años, aún cuando sus teorías y principios hayan sido desacreditados por

una multitud de investigaciones. Este discurso neofranquista articula la historiografía de cruzada de la dictadura, como puede observarse en Los mitos de la guerra civil, de Pío Moa, o en Mentiras de la historia, de César Vidal. En el caso de la guerrilla, este revisionismo puede observarse en la obra de Alonso Sánchez Gascón Los maquis que nunca existieron, cuyo título anticipa desde la tapa frontal del libro la tesis del autor. En base a la controversia que genera el revisionismo histórico que promueven estos autores, sus obras inundan el mercado editorial español. A modo de ejemplo, Los mitos de la guerra civil vende más de ciento cincuenta mil copias en sólo seis meses y ocupa el número uno de ventas durante este periodo. Esta perspectiva relativiza los efectos de la recuperación de la memoria histórica, pues permite al mercado establecer una contraposición binaria entre posturas polarizadas y actuar como mecanismo regulador entre ambas.²³ En este sentido, la existencia de una amplia bibliografía sobre la guerra civil y la dictadura no implica necesariamente que se esté produciendo una recuperación de la memoria histórica; por el contrario, la falsa confrontación que establece el mercado produce una suspensión de la misma como práctica ética y como manifestación de lo político, pues la recuperación de la memoria no puede limitarse a la exposición acrítica de contenidos.

A pesar de su complicidad con el mercado—y aún teniendo en cuenta el riesgo de banalización y de simplificación que ello conlleva— el trabajo que desarrolla el proyecto de la memoria constituye una labor necesaria y significativa, ya que permite iniciar un

²³ Esta polarización se extiende así mismo al ámbito académico, en el que la investigación que llevan a cabo autores como Helen Graham, Paul Preston, Alberto Reig Tapias, Francisco Gómez, etc. se contrarresta con la defensa del revisionismo neofranquista por parte de historiadores como Stanley Payne quien, al igual que Moa o Vidal, aprovecha el conflicto para impulsar la visibilidad de sus obras. En este sentido, el mercado promueve la recuperación de la memoria pero dentro de una confrontación simulada que estimula las ventas y que, de acuerdo a los parámetros dominantes, reduce su proyecto ético a una cuestión de opinión pública.

duelo que se mantiene suspendido durante toda la dictadura y durante las dos primeras décadas de la democracia. Se trata de un duelo— privado y colectivo— por aquellos muertos no enterrados dignamente, y también por aquellos proyectos políticos e ideológicos que se dan por finiquitados en la transición, lo que implica el reconocimiento definitivo de la legitimidad del sistema vigente como precio a pagar por el derecho a llevar a cabo este proceso.²⁴ Este duelo consiste, como indica Derrida, en ontologizar el resto, en hacerlo visible, en saber de quién es propiamente el cuerpo y cuál es su lugar (Espectros 23). Así, el duelo hace presente al espectro, salda la deuda con el mismo y pone fin a su proyección de futuro, pues lo propio del espectro es que “no se sabe si... da testimonio de un ser vivo pasado o de un ser vivo futuro, pues el (re)aparecido ya puede marcar el retorno del espectro de un ser vivo prometido” (Espectros 115). Por ello, el proceso de duelo no desestabiliza los pilares sobre los que se asienta la democracia, sino que los refuerza con la eliminación definitiva de los riesgos que la asedian desde su origen aunque sin pasar por alto la necesidad ética de atender sus exclusiones. Como indica Michel de Certeau: “The dear departed finds a haven in the text because they can neither speak nor do harm anymore. These ghosts find access through writing on the condition that they remain forever silent” (Writing 2).

²⁴Los girasoles ciegos, de Alberto Méndez, por ejemplo— una de las novelas de mayor éxito comercial dentro del marco de la recuperación de la memoria histórica— identifica explícitamente este propósito, citando para ello la introducción de Carlos Peira a En los ojos del día: antología poética, de Tomás Segovia: “En España no se ha cumplido con el duelo, que es, entre otras cosas, el reconocimiento público de que algo es trágico y sobre todo de que es irreparable. Por el contrario, se festeja una y vez y otra, en la relativa normalidad adquirida, la confusión entre el que algo sea ya materia de historia y el que no lo sea aún, y en cierto modo para siempre, de vida y ausencia de vida. El duelo no es siquiera cuestión de recuerdo: no corresponde al momento en que uno recuerda a un muerto, un recuerdo que puede ser doloroso o consolador, sino a aquel en que se patentiza su ausencia definitiva” (Girasoles 9).

A pesar de los efectos favorables que plantea a corto plazo, la reducción del proyecto de la memoria a un trabajo de duelo plantea el riesgo de hacer un reconocimiento póstumo de unos sujetos experimentales e ideológicos que, en muchos casos, siguen aún vivos. En este sentido, este duelo—y entendiendo la dictadura como un trauma colectivo para un amplio sector de la población— debe completarse, por un lado, con el establecimiento de redes de supervivientes, labor que, al margen de todo proyecto de Estado, realizan agrupaciones independientes como, por ejemplo, La Gavilla Verde o la ARMH. Por otro, la superación del trauma exige también una depuración de responsabilidades penales y civiles destinadas a reparar el daño y a restablecer la seguridad de las víctimas y de sus descendientes, de modo que éstas puedan integrarse definitivamente en un sistema democrático que se basa desde un principio sobre su silenciamiento. Como indica Judith Lewis, la recuperación del trauma requiere el restablecimiento de la seguridad de la víctima, el duelo, la reconexión de estos sujetos y la asunción de responsabilidades jurídicas motivadas, no tanto por un propósito punitivo como disuasorio (Trauma 70). La Ley de Memoria Histórica, que se promulga el 26 de diciembre de 2007, se desentiende del primero de estos pasos y excluye el segundo, aún cuando se trate de una cuestión clave para superar el trauma que supone la represión. Así, en lugar de una propuesta de reparación jurídica real, el Estado ofrece a las víctimas reconocimientos morales y compensaciones económicas insuficientes, lo que, más que una resolución, establece un antecedente de impunidad frente a abusos futuros contra los derechos humanos, tanto en España como a nivel internacional.²⁵

²⁵ La imposibilidad de una justicia material y retributiva, conforme con los compromisos jurídicos internacionales a los que se encuentra suscrito el Estado español desde el periodo franquista, se pone de manifiesto en octubre de 2008, cuando el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón admite a trámite una denuncia por los crímenes cometidos contra los derechos humanos durante la dictadura. Esta causa

Tras cumplir con unos trámites mínimos de recuperación y retribución, y una vez que la memoria histórica alcanza su etapa de madurez como producto de mercado, este fenómeno se desgasta en la sobreexposición de lo ya sabido. Como afirma Levinson, “Overexposure strips (as one strips a screw by overtwisting it) the relations between narratives: it strips the statement. Indeed, it is that stripping” (Market 238). De hecho, la alienación política del ciudadano se produce, no desde el desconocimiento, sino desde la hipertrofia que genera el exceso de una información que apenas genera nuevos enunciados, lo que resta progresivamente eficiencia e interés a estos contenidos. Más aún, se trata de una información que, al ajustarse al formato de la noticia— y, por consiguiente, a sus limitaciones temporales y contextuales—excluye toda reflexión sobre la misma. De este modo, la expresión memoria histórica corre el riesgo de convertirse en un producto más de consumo que desliga la ética de toda praxis, es decir, de la necesidad de tomar medidas disuasorias—tanto jurídicas como pedagógicas—ante las violaciones de los derechos humanos que se practican durante la dictadura y parte de la democracia. En este sentido, y como indica Levinson, la ética se plantea como una sustitución de la política, como “a compensatory gesture for a consensual post-democracy that has given up on politics” (Market 76-77).

abre, teóricamente— y en el breve periodo que transcurre desde la apertura formal de este proceso y su archivo— la posibilidad de inculpar a los responsables de acuerdo al aparato jurídico. La inviabilidad de este proceso pone de manifiesto una disfunción de la democracia que la hace incompatible con su propio sistema de derecho y con los códigos jurídicos internacionales a los que se haya suscrita. De hecho, los efectos de esta causa jurídica se limitan, más allá de las formalidades legales, al debate público en los medios de comunicación, es decir, a una confrontación regulada por el mercado. Más aún, el archivo de esta causa crea jurisprudencia, lo que dificulta la posibilidad de volver a someter estos crímenes a una revisión jurídica en el futuro. En este sentido, esta causa judicial—y sin cuestionar sus nobles intenciones iniciales— más que promover la recuperación de la memoria y la reparación de una injusticia histórica, cierra la vía jurídica, produciendo el efecto contrario al que originalmente se propone.

El mercado actúa por tanto como un aparato regulador que permite el reconocimiento simbólico de las víctimas del franquismo, aunque excluye la posibilidad de una actuación jurídica contra los agresores, entre los que se encuentra el propio Estado. Más aún, el mercado regula la recuperación de la memoria histórica y, por consiguiente, de la guerrilla, ya que establece un balance de intereses que mantiene el equilibrio general del sistema.²⁶ Como consecuencia, lo que en principio supone una crítica al consenso, a la reconciliación y al silenciamiento del pasado dictatorial, acaba reforzando el orden existente. De hecho, la recuperación del pasado desde su reconstrucción mediática permite volver la mirada al presente y al futuro con la falsa tranquilidad de haber hecho frente a un pasado incómodo que, en lo que respecta al ámbito jurídico, muro maestro de la democracia, sigue sin resolverse. Estas prácticas evitan abordar los problemas que implica este periodo en toda su complejidad; por el contrario, el mercado y los medios de comunicación simplifican la confrontación militar y la dictadura para hacer estos contenidos más atractivos de cara a un público no especializado que, inmerso en las lógicas del consumo, limita frecuentemente la reflexión a la opinión pública.

Reconstrucción del maquis como producto de mercado

La desideologización de la guerrilla en el discurso literario y cinematográfico se ajusta a una lógica de mercado que regula la producción de la cultura como actualidad. Estos discursos enfatizan aquellos aspectos que atraen la atención del consumidor pero

²⁶ Como indica Foucault, “The art of government will not consist in restoring an essence or in remaining faithful to it, but in manipulating, maintaining, distributing, and reestablishing relations of force within a space of competition that entails competitive growths” (*State* 312).

que son políticamente inocuos, particularmente, su carácter antifranquista.²⁷ Como consecuencia, durante la democracia, los discursos literarios y cinematográficos tienden a abordar la guerrilla de forma parcial, limitándose, o bien a representar este fenómeno como un movimiento de resistencia pasiva o, en el mejor de los casos, a apuntar la existencia de un periodo de organización político-militar pero sin profundizar en su complejidad ideológica.²⁸ La revisión de este último aspecto responde a la necesidad de recuperar un lenguaje y unos marcos de comprensión de la realidad que ceden ante las lógicas del mercado. Estos elementos sobrepasan los límites del consenso, ya que estimulan la insurrección de conocimientos que cuestionan un despliegue historiográfico de eventos y significados firmemente instaurados en la actualidad. Entre estos últimos se encuentran, a modo de ejemplo, la duración de la contienda, el carácter anticapitalista y revolucionario de la guerrilla, la existencia de un estado de paz durante los años cuarenta y cincuenta, la marginalidad política de exiliados y guerrilleros tras el establecimiento de la democracia, etc. En otras palabras, la recuperación de la guerrilla se enfrenta al reto de continuar el proceso de reflexión que se interrumpe con el establecimiento del consenso durante la transición.

La representación de la guerrilla como fenómeno ideológico rompe con las premisas tanto de un discurso dominante que ignora cuando puede el pasado dictatorial, como de un discurso menor que, desde su reivindicación de la memoria histórica, encuentra su hueco en el mercado. Este último, bajo la apariencia de revelar aquello que se oculta bajo el primero, tiende un velo de silencio sobre aquellos aspectos

²⁷ Según indica Jean Baudrillard, todo elemento es susceptible de transformarse en un objeto de consumo una vez filtrado, fragmentado y modificado por los medios (*Cultura* 125).

²⁸ Como ejemplos de estas representaciones, la organización militar de la guerrilla se refleja en *Silencio Roto*, mientras que la pasividad de los huidos queda de manifiesto en *Luna de lobos*, *Alas negras*, o *Yo fui maquis*, entre otras novelas.

incompatibles con el consenso y con los principios sobre los que se asienta la España sofisticada y progresista que tolera, e incluso promueve, el conocimiento de su pasado dictatorial. De hecho, y como analizo en el capítulo tercero, toda concepción alternativa de España, o bien se reintegra en el orden democrático, como ocurre con los herederos del régimen y con la nueva izquierda socialdemócrata, o perece en el exilio, lo que dificulta la posibilidad de articular una crítica cualitativa al sistema dominante. Frente a estas prácticas, la recuperación de la guerrilla como fenómeno ideológico implica un trabajo de genealogía cuyo propósito es rehabilitar aquellas prácticas discursivas y aquellos esquemas conceptuales en función de los cuales los guerrilleros perciben e interpretan su relación con la realidad.²⁹ En definitiva, se trata de abordar contenidos y formas de expresión que, como indica Foucault, se encuentran enterrados bajo coherencias o sistematizaciones formales e incluso bajo su aparente recuperación (Society 7). La insurrección de estos conocimientos menores supone también la ruptura del carácter unitario de un discurso que establece verdades ideológicamente descentradas y la desestabilización del consenso como lógica que determina la expulsión de las perspectivas de los guerrilleros de un cuerpo formal de conocimiento que el mercado y los aparatos del Estado establecen como legítimos. Como afirma Foucault, la genealogía “is a way of playing local, discontinuous, disqualified, or non-legitimized knowledges off against the unitary theoretical instant that claims to be able to filter them, organize them into a hierarchy, organize them in the name of a true body of knowledge” (Society 8). Este trabajo genealógico pretende estimular un proceso de reflexión que abarque aquellas cuestiones que margina el mercado y, en particular, la condición de la guerrilla como

²⁹ Por prácticas discursivas se entiende, siguiendo a Foucault, no sólo la producción del discurso, sino también los procesos técnicos, de transmisión y de difusión, así como los aparatos pedagógicos a través del cual se mantiene y se impone este discurso (Systems 200).

fenómeno ideológico.

Como sujeto político, el guerrillero es inseparable de sus marcos de comprensión de la realidad y del carácter colectivo de su experiencia. No obstante, el discurso dominante reduce estos factores a su mínima expresión y enfatiza por otro lado la condición de este personaje como huido y como superviviente. A diferencia del guerrillero, el huido no constituye un sujeto necesariamente ideológico; por el contrario, la identificación del maquis con esta última figura bloquea la investigación de la guerrilla como parte de un proceso revolucionario. Así, el testimonio del huido no se propone la insurrección de un conocimiento subyugado que genere cadenas de significado alternativas, sino que ajusta la representación de la guerrilla a los parámetros del consenso. Por consiguiente, si durante la segunda mitad de la década de los cuarenta los grupos guerrilleros absorben frecuentemente las partidas de huidos, en la recuperación mediática actual se produce el fenómeno inverso, de modo que el huido suplanta al militante ideológico como exponente representativo de este fenómeno. De hecho, el componente ideológico apenas atrae la atención de aquellos estudios sobre la guerrilla que adquieren mayor difusión. Como expresa Daniel Arasa cuando expone el propósito de su obra La invasión de los maquis: “Este libro no es de debate ideológico, sino de narración de hechos” (16). Esta aclaración, lejos de limitarse a esta obra en particular, ejemplifica la línea general que adopta el discurso cultural a la hora de reconstruir y de representar la guerrilla. Del mismo modo, según afirma Carlos Reigosa en relación al guerrillero leonés Girón, este personaje “no fue un político de primera fila, con un pensamiento que sea ahora vital recuperar, ni fue un líder revolucionario cuya actuación

importe especialmente” (Agonía 19).³⁰ Como reflejan estos ejemplos, el discurso consensual post-franquista elimina el factor ideológico a la hora de representar a los guerrilleros, lo que los transforma o en delincuentes, o en figuras románticas que luchan a ciegas contra el régimen dictatorial.

Esta representación se ajusta a lo que Guy Debord denomina como desinformación, es decir, a una reconstrucción que, a diferencia de la mentira, se sustenta sobre parte de una verdad deliberadamente manipulada con el propósito de ajustarse al orden establecido o de reforzarlo (Comentarios 56-7).³¹ Como ejemplo de esta práctica, en el discurso cultural, el carácter ideológico de la guerrilla no se elimina totalmente del discurso cultural, pues ello pondría en evidencia la aversión del mercado a la representación de este fenómeno como movimiento ideológico y revolucionario. Por el contrario, este discurso reduce esta forma de lucha a un movimiento antifranquista ya que, una vez que se supera formalmente la dictadura, esta representación no implica ningún riesgo para el sistema dominante. Sobre este fenómeno particular opera por tanto la misma premisa que, como afirma Derrida, se aplica al marxismo, según la cual: “Se estaría dispuesto a aceptar la vuelta de Marx o la vuelta a Marx, a condición de silenciar aquello que, en él, prescribe no sólo descifrar sino también actuar, y convertir el desciframiento (de la interpretación) en una transformación que ‘cambie el mundo’” (Espectros 45). En este sentido, la desinformación debilita la posibilidad real de desvelar aquellos elementos que, a pesar de ser una parte integral de la guerrilla, permanecen fuera

³⁰ Del mismo modo, el folleto de propaganda que acompaña a la serie documental La memoria recobrada, propone “una visión crítica de la historia reciente de España al margen de ideologías políticas,” lo que ignora el carácter eminentemente ideológico de la confrontación y exalta esta cualidad como una garantía de imparcialidad crítica.

³¹ Como indica Debord, “La desinformación no es la simple negación de un hecho que conviene a las autoridades, ni la simple afirmación de un hecho que no les conviene: eso se llama psicosis. Al contrario de la pura mentira, la desinformación—y eso es lo interesante del concepto para los defensores de la sociedad dominante—debe contener una cierta parte de verdad, si bien deliberadamente manipulada... se supone, en resumidas cuentas, que la desinformación es el mal uso de la verdad” (Comentarios 56-7).

de su representación, pues el propósito de esta práctica es evitar toda reflexión que altere el tejido cualitativo del discurso dominante. Como forma prevaleciente de racionalidad, la desideologización de este fenómeno supone la filtración de aquellas aspiraciones e ideas de carácter metafísico y revolucionario que determinan sus proyectos, objetivos y su razón de ser, ya sea a través de su reciclaje como términos aceptables por el sistema o de su descalificación como elementos irracionales que pertenecen a un pasado supuestamente superado.

Como parte de este proceso de desinformación, el discurso histórico y literario sobre la guerrilla sobrecontextualiza este fenómeno y enfatiza la importancia del estudio biográfico de los combatientes. En relación al primero de estos recursos, el estudio localista de la guerrilla evita abordar frontalmente su carácter ideológico, tanto en lo que respecta a las políticas partidistas del PCE como al contexto geopolítico en el que se desenvuelve.³² Esta sobrecontextualización supone una herencia del discurso franquista que, de acuerdo a una lógica militar, enfatiza el valor del aspecto geográfico de la lucha, mientras que relega el análisis de las cuestiones ideológicas y políticas a un plano secundario, como reflejan el discurso de la Guardia Civil y la historiografía militar.³³

Además de poner trabas a la hora de analizar la guerrilla como un fenómeno que actúa de

³² Frente a esta tendencia que se observa en el discurso dominante, y a modo de excepción, caben destacar los estudios de Fernanda Romeu Alfaro y de Rafael Gómez Parra que, a pesar de su calidad, se mantienen restringidos a círculos académicos y especializados. En este sentido, no es que los historiadores no hayan hecho su trabajo, sino que esta labor no ha encontrado un hueco en un discurso mediático y de mercado que exige mayor rapidez y menor profundidad en el tratamiento de los contenidos.

³³ Como ejemplo de la existencia de estos subcampos de estudio, en un resumen que hace Yusta Rodrigo sobre los distintos autores que abordan la guerrilla, esta historiadora comenta: “El maquis gallego ha sido tratado por Harmut Heine y Bernardo Maíz, aparte de un trabajo más bien de carácter testimonial y M. Astray Rivas, participante él mismo en la guerrilla. En Andalucía se ha encargado del tema Francisco Moreno Gómez, Fernanda Romeu ha elaborado una monografía de la Agrupación Guerrillera de Levante y Secundino Serrano estudia en su obra la guerrilla leonesa. El caso extremeño es tratado por Justo Vila y Julián Chaves, y el asturiano por José Antonio Sacaluga” (*Guerra vencidos* 14). Por su parte, Yusta Rodrigo centra además su estudio sobre la guerrilla en el maestrazgo turoloense aunque, a diferencia de los autores que ella menciona, expresa la necesidad de no olvidar que la guerrilla “forma parte de un movimiento más amplio, para lo cual es necesario encuadrarlo en su contexto no sólo español, sino también europeo,” (*Guerra Vencidos* 15) aún cuando no profundiza posteriormente en esta línea de investigación.

forma coherente en distintos puntos de la península, esta representación la desvincula de otros movimientos revolucionarios que tienen lugar a nivel internacional como parte de un mismo proyecto geopolítico de lucha antifascista, como las guerrillas griegas y yugoslava. Finalmente, la sobrecontextualización en el estudio de la guerrilla evoca la representación franquista de este fenómeno como partidas locales que, al igual que los bandoleros, carecen de un proyecto político y social definido. Esta representación reduce al guerrillero a la condición de delincuente, aún cuando se haga desde una perspectiva benévola e incluso romántica. Siguiendo esta lógica, y como refleja Javier Tusell:

Las estadísticas de las fuerzas del orden dan idea de en qué consistían sus acciones: asesinatos, secuestros, sabotajes o atracos, a lo sumo, alguna ocupación, por corto espacio de tiempo, de una pequeña población... Por tanto, más que hacer una historia de la guerrilla hay que remitirse a su geografía y a un balance general de su actuación. (Historia 198)

En base a la supuesta carencia de un proyecto ideológico, el discurso histórico niega frecuentemente a este fenómeno su condición como guerrilla, como expresa, por ejemplo, Andrés Sorel en La guerrilla antifranquista. En contradicción con el título de su obra, Sorel establece que “el movimiento armado en España no constituye una guerra de guerrillas, como ocurre en el caso de Cuba, pues los guerrilleros, nunca pensaron en la conquista del llano, el alzamiento de masas de la población campesina o urbana que apoyara su lucha o la conversión de partidas en un ejército organizado” (14).³⁴ Como

³⁴ Sorel ignora la influencia de la guerrilla española en la cubana, estudio que hasta el momento, está aún por realizar. En cualquier caso, conviene señalar que el movimiento revolucionario cubano se inicia sobre la experiencia de los militares españoles Alberto Bayo y Enrique Lister, expertos en la guerra de guerrillas en España. Como indica Hugh Thomas, “The guerrilla tactics and the military training at the farm Santa Rosa were based more on the experience of Spain than that of China” (Cuba 882). De hecho, en base a su experiencia guerrillera, Lister, a quien Stalin encarga regularizar la guerrilla española en 1944, se convierte en un referente revolucionario en Cuba tras el triunfo de esta forma de lucha en este país, como reflejan sus frecuentes visitas a esta isla y su participación en eventos mediáticos y conmemorativos. En cuanto a Alberto Bayo, este general es reconocido públicamente, y en varias ocasiones, por Ernesto Guevara como su único maestro, como expresa, por ejemplo, en el prólogo que escribe a la obra del veterano español:

manifestación de la marginalidad a la que el discurso historiográfico relega toda consideración ideológica, el referente guerrilla ocupa una posición secundaria con respecto a términos como maquis o huido. Salvo en contadas excepciones— como, por ejemplo, en el documental de Javier Corcuera La guerrilla de la memoria— el término guerrilla, o bien se desecha, o se menciona de forma secundaria como parte del subtítulo. Este desajuste entre el término maquis y la realidad que representa se manifiesta en el interés de algunos excombatientes por recuperar los términos guerrilla y guerrilleros. Como expresa el ex guerrillero Francisco Martínez *El Quico* en el V Congreso de Santa Cruz de Moya, “nosotros, los que hemos vivido directamente la guerrilla y que queremos rescatar la memoria de aquellos resistentes que empezaron a luchar en el año 1936 en esas provincias, tenemos la responsabilidad de llamarlas por su identidad y devolverles su nombre que es ‘guerrilleros’ y no ‘maquis’” (Actas 110). Por consiguiente, la recuperación actual de la guerrilla depura la terminología desde la que se aborda este fenómeno, excluyendo el análisis de su discurso ideológico y, por consiguiente, la existencia de un proyecto revolucionario que tiene como propósito la construcción de un nuevo modelo de Estado y de sociedad.

Con objeto de facilitar este proceso de depuración, el discurso consensual purga el lenguaje de todo vocabulario vinculado a una concepción ideológica de la realidad sin tener en cuenta el uso común en las publicaciones guerrilleras de términos y expresiones como comunismo, estalinismo, franco-falangismo, proletariado, lucha de clases, etc. El discurso consensual o, o bien elimina estos términos— como se observa, por ejemplo, en las novelas Luna de lobos, El año del diluvio, etc. — o los inserta a modo de anticuerpos,

“Del General Bayo, quijote moderno que sólo teme de la muerte el que no le deje ver su patria liberada, puedo decir que es mi maestro, el único individualizado” (Aporte 10).

es decir, como elementos que se mencionan de paso pero que no generan ningún tipo de reflexión sobre su valor ideológico, como ocurre en Silencio roto. Estas alusiones inmunizan el discurso contra una posible insurrección de la guerrilla como un conocimiento reprimido que pueda reaccionar frente a su silenciamiento explícito. Aquí radica precisamente uno de los logros principales de la democracia pues, sin recurrir explícitamente a la prohibición, impide la articulación de toda crítica que exceda los límites pre-establecidos del consenso y del mercado sobre los que se sustenta un sistema que contiene y regula toda divergencia.

El exceso positivista que se observa en el discurso historiográfico y en los estudios sobrecontextualizados de la guerrilla se compensa con discursos biográficos que abordan la subjetividad de sus protagonistas y la particularidad de sus experiencias. No obstante, estos discursos están aún delimitados por un marco historiográfico que se sobrepone al relato de estas experiencias. Así, el historiador, como experto del Estado, contextualiza estos relatos y homogeneiza su percepción e interpretación.³⁵ De hecho, el discurso historiográfico permite expresiones subjetivas en torno a hechos comprobables, aunque no de cuestiones que se proyectan sobre un futuro indefinido como, por ejemplo, la fe de los guerrilleros en el triunfo de la revolución. Esta supeditación del relato subjetivo a la historiografía se observa, por ejemplo, en la representación escrita de la historia oral. En estas representaciones, el recuerdo personal y la memoria se ajustan a parámetros dictaminados, implícita o explícitamente, por los discursos histórico y antropológico, como se manifiesta, por ejemplo, en la existencia de formatos y de

³⁵ Como indica Marie Claude Lavabre “Eso que llamamos la memoria colectiva no es a fin de cuentas otra cosa que un trabajo de homogeneización de las representaciones y de reducción de la diversidad de las interpretaciones del pasado” (Sociología 54).

protocolos preestablecidos para el desarrollo de entrevistas.³⁶ Este discurso vuelve el relato de la experiencia insignificante, ya que filtra el lenguaje y neutraliza su capacidad de impugnar el discurso oficial.³⁷ Se trata por tanto de un discurso que alude a la memoria y que la procesa como información, pero que ni la pone en práctica, ni promueve una reflexión sobre el proyecto político y social de la guerrilla.³⁸ Por consiguiente, la regulación del discurso sobre la guerrilla desde su sobrecontextualización o desde la experiencia biográfica introduce un vacío en la representación de este fenómeno, al excluir, no la existencia de la ideología como dato factual, sino las implicaciones que de ello se derivan. En este sentido, la naturaleza ideológica y revolucionaria de este fenómeno constituye lo que Badiou denomina como una singularidad, es decir, un elemento presente no representado cuya inclusión revela la existencia de una multiplicidad que subyace bajo la representación dominante.

El mercado cultural, si bien fomenta la adición cuantitativa de representaciones prácticamente homogéneas, introduce también diferencias cualitativas que producen fisuras en el discurso dominante.³⁹ Así, la sobreexposición que domina el mercado

³⁶ A modo de ejemplo, la Asociación Andaluza Memoria Histórica y Justicia dispone de un protocolo de entrevistas para su videoteca de la memoria que articulan conjuntamente los antropólogos Francisco Ferrándiz y Luis Elguezabal. <<http://www.todoslosnombres.org/doc/documentos/documento6.pdf>>.

³⁷ De acuerdo con Paul Connerton: “To think the concept of a life history is already to come to the matter with a mental set, and so it sometimes happens that the line questioning adopted by oral historians impedes the realization of their intentions... The historian forces the interviewed to embark on a form of chronological narrative, importing into the material a type of narrative shape alien to that material. The model imposed by the historian is the model of the ruling group” (*How Societies* 18-19).

³⁸ Según Nelly Richard, “‘Practicar’ la memoria implica disponer de los instrumentos conceptuales e interpretativos necesarios para investigar la densidad simbólica de los relatos. Supone recurrir a figuras del lenguaje (símbolos, metáforas, alegorías) suficientemente conmovibles para que entren en relación solidaria con la desatadura emocional del recuerdo” (*Metáforas* 30-31).

³⁹ De acuerdo con Levinson, “The repetition of information, formation of a contingent field of copies, replications and overexposure, unleashes also the finitude, the death drive that the media can communicate but not control. More specifically, novel information technology cannot help but introduce corrupt data into its representations, data that, like or as a computer virus menace the well-being of the very consensual post-democracy that this technology breeds, statements, ‘pure’ or unanalyzed information (such as bad DNA), living facts that resist their proper place in the market, that simultaneously refuse and demand reading, and

produce, como efecto adverso contra sí mismo, la inclusión de elementos que revelan nuevos parámetros de percepción y de interpretación de la realidad. Este tipo de inserción puede observarse, por ejemplo, en La guerrilla de la memoria, documental en el que Javier Corcuera propone uno de los análisis más arriesgados sobre este fenómeno. En esta producción, Ángela Losadas—hija de la guerrillera Teresa Pla Messenger *La pastora*—refleja, desde una perspectiva que resiste su supeditación al consenso, la imposibilidad de comprender la guerrilla en base únicamente a datos fácticos. A pesar de aportar una información sustancial para el discurso historiográfico, Losadas enfrenta al espectador a su desconocimiento sobre el objeto del documental dado que, si bien este último puede asimilar datos de forma ilimitada, no logra comprender la esencia de un fenómeno esencialmente ideológico. De hecho, fuera de los círculos de estudio especializados, el espectador promedio carece de instrumentos conceptuales e interpretativos que le permitan abordar la guerrilla más allá del conocimiento del dato y de la curiosidad, por lo que es incapaz de acceder—y utilizando la terminología que emplea Nelly Richard— a la materia herida del recuerdo, a la densidad psíquica, al volumen experimental y a los trasfondos cicatriciales de experiencias que se resisten a plegarse de forma sumisa al reconocimiento mediático o institucional (Residuos 31):

Vosotros no sabéis nada, sois jóvenes y yo no sé qué ideas tenéis vosotros me da igual que sean buenas o que sean rubiñas... Y no estoy arrepentida tampoco, si tuviera que hacerlo lo volvía a hacer, aunque me mataran. Ahora peor que antes, me espabilaron en la cárcel, allí fue donde supe más que antes era una ignoranta y eso yo en la vida lo perdono.

Losada impugna el relato público dominante y pone de manifiesto la necesidad de

that as finitude or frontier—open technology to the possibility that technology itself, the media themselves institute but cannot manage” (Market 241).

introducir claves de naturaleza distinta a las que se barajan en la actualidad. En la ruptura que genera al interaccionar con este plano unidimensional, su intervención revela la existencia de una laguna a la que no tienen acceso ni el discurso mediático ni el foco de la cámara. De hecho, si bien hay guerrilleros dispuestos a participar en homenajes y mesas redondas, cabe también destacar la negativa frecuente por parte de antiguos combatientes a tomar parte en estas prácticas. La crítica cultural ha de tener también en cuenta estas negativas, ya que revelan la marginalidad del militante ideológico frente al huido en la recuperación actual de esta forma de lucha. Estos excombatientes inscriben una ruptura política en el proyecto de recuperación de la memoria pues, por lo general, éste reduce el carácter político de la guerrilla a un producto de mercado—como es la lucha antifranquista—y su valor histórico a una cuestión de opinión pública, lo que explica la marginalidad del guerrillero, como militante revolucionario, en el discurso cultural.⁴⁰

Desideologización del maquis en el mercado literario: Luna de lobos

En Luna de lobos, Llamazares reconstruye la historia de Ángel Suárez, un huido que, ante el avance de las fuerzas rebeldes, se echa al monte junto a tres compañeros, Juan, Gildo y Ramiro. Tras la derrota del Ejército Republicano, estos maquis continúan en los montes leoneses, donde sobreviven desesperadamente sin albergar ningún propósito de victoria o de cambio político o social. A lo largo de los años, estos personajes sucumben bajo un manto de olvido que los aísla gradualmente de la vida social y que borra implacablemente su presencia de la memoria colectiva. A este olvido se contrapone únicamente el relato de Ángel cuya voz logra vencer, aunque sea

⁴⁰ Se trata de una ruptura política en el sentido de que, según indica Badiou: “The essence of politics is not the plurality of opinion. It is the prescription of a possibility in rupture with what exists” (Metapolitics 24).

implícitamente, a la muerte y al silencio al que se halla condenado desde el inicio de la novela. Como narrador en primera persona, Ángel relata la marginación social que sufre junto a sus compañeros, su lucha continua por la supervivencia y el trascurso de una temporalidad de la que se haya irremediabilmente excluido.

A pesar de su éxito comercial, y aún cuando constituya un punto de referencia para la representación literaria de la guerrilla en la democracia, Luna de lobos no genera una reflexión pública sobre este fenómeno en el momento de su publicación (1985). Como indica Cervera en una entrevista que mantiene con George Tyras: “Luna de lobos convierte a Julio en un escritor importante, pero fíjate qué paradoja, no convierte el asunto en un asunto importante, en un asunto público” (Maquis literario 198). Mientras que a nivel formal esta obra apuesta por la simplificación lingüística y por la maximización de los efectos semánticos del lenguaje, a nivel de contenido recupera al maquis como una figura descriminalizada que lleva inscrita la derrota en su representación. Según indica José María Izquierdo, en esta recuperación, "Se reivindica al guerrillero desde su dimensión del maldito, derrotado y olvidado sin conferirle ninguna dimensión heroica fundamentada en un discurso político hoy día inaceptable" (Maquis 114). Se trata por tanto de una recuperación que se ajusta a los parámetros del mercado, aún cuando fuerce los límites del consenso con la representación de una figura incómoda. De hecho, y a pesar de su belleza estilística y de su capacidad para mantener el interés del lector, Luna de lobos no promueve una reflexión sobre esta figura ni sobre la represión franquista desde nuevas perspectivas. Por el contrario, esta novela depura al maquis de sus superficies problemáticas y de los riesgos que implica su recuperación, para lo cual desideologiza a este personaje y lo degrada a la condición de resistente desesperado.

La comprensión de la guerrilla en esta novela está delimitada por una dialéctica entre el franquismo y el antifranquismo que se regula a sí misma y que se ajusta a un mismo sistema de formación discursiva.⁴¹ Así, a la hora de interpretar la guerrilla, se pasa de un discurso franquista a uno antifranquista como caras de una misma moneda que mantiene unos paradigmas de representación, una terminología y unos parámetros de inclusión y exclusión predeterminados. Al igual que ocurre con el sistema político, la transición no estimula una ruptura con el discurso dominante de la dictadura, es decir, una transformación de sus reglas, aún cuando se produzca la emergencia de formaciones discursivas alternativas.⁴² En lo que respecta específicamente a la confrontación declarada y a la represión, las diferencias del discurso antifranquista con respecto al discurso dictatorial se limitan a cuestiones externas que, desde un nuevo contexto social y político, permiten articular nuevos enunciados sobre el régimen. De este modo, se aportan una multitud de datos nuevos, pero que no logran transformar las estructuras del sistema. De hecho, ambas perspectivas comparten el mismo eje conceptual, a decir, el franquismo como conjunto de ideas que, desde la fidelidad a las mismas o desde su contestación, siguen marcando el discurso cultural.

Al articularse de acuerdo a las mismas reglas de formación que el discurso franquista, la representación comercial de la guerrilla que domina en la actualidad explota los conocimientos previos de aquellos lectores familiarizados con este fenómeno. Más aún, esta representación permite mantener la crítica dentro de parámetros ideológicos

⁴¹ Foucault define el concepto de sistema de formación como: “A complex group of relations that function as a rule: it lays down what must be related, in a particular discursive practice, for such and such an enunciation to be made, for such and such a concept to be used, for such and such strategy to be organized” (*Archaeology* 74).

⁴² Conviene destacar que con el establecimiento de la democracia surgen discursos independientes—como ocurre, por ejemplo, en el caso de la movida— pero que ni cuestionan los principios de las formaciones discursivas dominantes de la dictadura ni implican una ruptura frontal de las mismas. Por el contrario, se trata de discursos que coexisten como alternativas dentro de un mismo mercado cultural.

permisibles por un sistema que se establece como una continuación lógica de la dictadura. Así, por ejemplo, el discurso antifranquista selecciona frecuentemente los mismos elementos que el discurso dictatorial a la hora de concebir y de representar al maquis como, por ejemplo, carácter localista de este fenómeno o el comportamiento sexual de estos personajes, mientras que rechaza otras posibilidades, como el carácter ideológico de la guerrilla, su lenguaje político, etc. En cuanto a las causas que determinan la existencia de la guerrilla, el discurso antifranquista subraya continuamente los factores económicos y contextuales como causas externas que determinan la biografía de sus protagonistas. Sin embargo, este discurso no aborda la existencia de un conocimiento revolucionario que se manifiesta en el comportamiento de estos combatientes y las teorías sobre el Estado y la sociedad que orientan su práctica. En este sentido, el orden democrático permite la manifestación de sentimientos antifranquistas, es decir, contrarios a un sistema dictatorial ya agotado, aunque no la exploración de proyectos que se opongan a una concepción capitalista de la democracia o la articulación de perspectivas que cuestionen las bases de un sistema enraizado en el régimen dictatorial.⁴³

El compromiso de Luna de lobos con el mercado se manifiesta a través de su uso del lenguaje, de su organización del discurso y de su estructura narrativa. Esta obra se caracteriza por su simplicidad lingüística y discursiva, por su organización en capítulos breves, por el uso de recursos literarios simples—principalmente del símil y la metáfora—y por el estilo directo de la narración. Más aún, en esta novela, los maquis se

⁴³ Como indica Gómez, la representación de la confrontación ideológica y militar no se propone la recuperación “de proyectos revolucionarios y violentos de corte marxista o anarquista, ni siquiera la recuperación o articulación de la misma idea de revolución o ruptura social. Tampoco rescatan un discurso político que enfatice el enfrentamiento de clases, la asunción de una retórica anticapitalista, la vigencia de alguna modalidad de anti-clericalismo, la imposición de la dictadura del proletariado o el rechazo de la propiedad privada (o de la banca, o del Estado o de otras instituciones bien religiosas, bien civiles), discursos estos que articularon doctrinas muy pujantes en el bando republicano durante los años de guerra” (Guerra persistente 74).

caracterizan como sujetos sensoriales, no como sujetos ideológicos o revolucionarios, aún cuando en ningún momento se niegue el carácter político de este fenómeno. En relación al lenguaje, esta novela emplea estructuras gramaticales simples aunque semánticamente eficientes, como muestra, por ejemplo, el uso de oraciones epigramáticas que expresan con precisión un pensamiento con un trasfondo semántico altamente emotivo: “La luz del sol no es buena para los muertos” (14). De hecho, este tipo de oraciones son bastante frecuentes en la literatura comercial vinculada a la memoria histórica, como se observa en Los girasoles ciegos, de Alberto Méndez, o en La voz dormida, de Dulce Chacón. Frente al predominio de la oración simple en Luna de lobos, cabe destacar la escasez de oraciones subordinadas. Por el contrario, la complejidad gramatical se construye principalmente mediante la anáfora. Esta figura de dicción permite enfatizar el valor subjetivo del mensaje pero sin introducir giros semánticos, lo que reduce el rango de interpretaciones posibles de estas estructuras: “Hasta las fuentes de Peña Negra la música del acordeón me ha perseguido. Hasta las fuentes de Peña Negra los ojos de Martina han seguido ardiendo en los míos” (130); “Le esperé casi una hora escondido entre estas tapias... Le esperé hundido en la penumbra de un rincón” (131). De este modo, este texto tiende a evitar toda demora de atención a la hora de decodificar un mensaje libre de interferencias semánticas y sintácticas pero que subraya continuamente su valor subjetivo y emocional.

En cuanto a la estructura discursiva, la oración coincide en muchos casos con el párrafo, lo que crea una distribución visual del texto que, al ofrecer al lector unidades de significado escrupulosamente ordenadas, simplifica su lectura. Atendiendo a este mismo propósito, esta novela se divide en dieciséis capítulos cuya brevedad facilita la posibilidad de interrumpir y retomar continuamente el texto sin que se produzcan cortes

bruscos en su lectura. Más aún, cada capítulo se corresponde con una escena que se puede resumir en poco más de una oración. Así, por ejemplo, en Luna de lobos, el capítulo IX narra la visita de los maquis a don Manuel, el cura de La Llávana, a quien recriminan el no haber ayudado al hermano de Ramiro durante la confrontación militar, mientras que el siguiente capítulo se centra en la conversación de los maquis con un enlace, Marcial, y en las consignas políticas que éste les transmite. En esta organización semántica rara vez se retoman cuestiones que se tratan en un capítulo anterior o se anticipan elementos que se desarrollan con posterioridad. En este sentido, en Luna de lobos, la memoria se plantea como un discurso coherente y autoexplicativo que se encuentra listo para su consumo. Por último, esta novela se organiza en cuatro bloques cronológicos claramente diferenciables: 1937, 1939, 1943 y 1946. Estos bloques no introducen ninguna discontinuidad en el desarrollo de la novela sino que, por el contrario, el relato avanza como si se tratase de una temporalidad lineal ajena a los cambios sociopolíticos que tienen lugar en el panorama nacional e internacional durante estos años. Al reducir la guerrilla a un discurso formal y semánticamente simple, se eliminan cuestiones esenciales para una comprensión integral de este fenómeno, como el sentido ideológico de la lucha, su vinculación a los procesos revolucionarios de los años treinta, sus particularidades lingüísticas, su paralelismo con respecto a otros movimientos similares que tienen lugar a nivel internacional, etc.

En relación a su estructura narrativa, Luna de lobos da prioridad al relato en primera persona, ajustando la representación de este fenómeno a la tradición oral. De hecho, durante décadas, el conocimiento sobre este movimiento se restringe a la difusión oral y clandestina en círculos íntimos, como refleja, por ejemplo, Mario Camus en Los días del pasado a través de los diálogos entre Juana y su alumno Angelín. Más aún,

Llamazares evoca la tradición oral a través del empleo de un narrador deficiente, lo que favorece la percepción de estos relatos como un testimonio de primera mano que mantiene la inmediatez de la experiencia y también sus limitaciones. Este tipo de narrador enfatiza la condición del maquis como sujeto experimental y emocional, es decir, como individuo que observa y siente pero que apenas actúa. Mientras vigila el pueblo desde la distancia, por ejemplo, Ángel reflexiona sobre su soledad, comunicando al lector su situación física y su estado emocional: “Sólo yo, tras los prismáticos, vigilando desde el monte el sueño de los pueblos. Sólo yo, tras los prismáticos, condenado a estar en guardia mientras todos duermen” (127). Más aún, el bosque no es un campo de batalla, como ocurre en Los días del pasado, sino un punto de observación desde el que los maquis vigilan los pueblos cercanos: “Y, sobre todo, desde la estrecha abertura de su boca, podemos dominar con los prismáticos el valle entero del río Susarón, con los tejados de Pontedo y de La Llávana, la carretera que viene de Ferreras, la línea negra del ferrocarril y las paredes cenicientas del cuartel de Cereceda” (41).

La reconstrucción de la subjetividad de los maquis en base a elementos sensoriales y emocionales enfatiza la importancia del contexto inmediato en que se desenvuelven estos personajes en detrimento de todo pensamiento que se proyecte sobre un futuro indefinido. Esta aproximación impide la articulación de un proyecto ideológico y la reflexión sobre el modelo de Estado y de sociedad por el que luchan. De hecho, el conocimiento de estos resistentes se limita a lo perceptivo, sin que esta experiencia produzca una reflexión conceptual posterior. Así, por ejemplo, en la escena en la que Ángel recibe un disparo en la pierna durante un enfrentamiento con la Guardia Civil, no interesa el tiro que recibe, ni las causas o los propósitos por los que lucha, sino las sensaciones que genera la herida, lo que hace de este incidente un sacrificio políticamente

inútil: “Un escozor azul que asciende por mi pierna llameando... Intento contener el borbotón caliente con la mano” (49). De este modo, en Luna de lobos, la experiencia de los maquis se reduce—a excepción de cuando tienen que conseguir alimentos—a un estado de aletargamiento continuo. Como refleja Ángel en una escena en la que observa a Ramiro: “Apenas ha cambiado de postura y de expresión en todo el día. O mejor: apenas ha cambiado de postura y de expresión desde que estamos enterrados. Una semana se cumplirá mañana, en este húmedo agujero” (40). Esta representación invierte la escala de prioridad que enfatiza el discurso primario de la guerrilla a la hora de caracterizar al combatiente. Como analizo en el segundo capítulo, el discurso primario de la guerrilla subraya el valor ideológico de las actuaciones armadas más allá de la consecución de cualquier objetivo particular. La percepción sensorial, por su parte, se reduce a la condición de elemento tangencial, en contraste con la centralidad de este factor en Luna de lobos. En este sentido, resulta llamativo que, si bien en las publicaciones guerrilleras la violencia responde en todo momento a una motivación política e ideológica, en la novela de Llamazares las acciones de los maquis no vayan acompañadas de ningún tipo de reivindicación, lo que las priva de significado y las reduce a una reacción políticamente inútil e incluso contraproducente.

Finalmente, el estilo narrativo de esta novela está marcado por el empleo constante del símil y de la metáfora. Se trata de recursos simples pero ampliamente efectivos, lo que facilita su percepción como una novela que se aproxima formalmente a la prosa poética pero que elude adentrarse en complejidades formales. A diferencia de otros recursos que juegan con la estructura sintáctica (como, por ejemplo, el hipérbaton) o discursiva (como la prolepsis o la analepsis), el símil y la metáfora se ajustan fácilmente al formato de la oración simple y enunciativa que favorece el discurso

comercial. A través de estos recursos, Llamazares construye imágenes visuales altamente evocativas: “De pronto Ramiro se detiene entre las urces. Olfatea la noche como un lobo” (12); “La leche está caliente y espesa. Desciende como una llama por mi garganta” (16). Por su lado, la metáfora se emplea con el mismo propósito y, por lo general, en libre alternancia con el símil, como muestra la siguiente sensación del protagonista de Luna de lobos: “El aguardiente abre un surco de fuego por mi garganta” (42). Se trata de recursos fáciles de interpretar y que permiten al autor revestir a la narrativa de una belleza estilística que la desmarca del discurso histórico.

A nivel de contenido, Luna de lobos justifica las acciones de los maquis, aún cuando éstas se sigan concibiendo como actos delictivos. De hecho, la recuperación actual de la guerrilla enfatiza frecuentemente las similitudes entre el maquis y el bandolero en base a su área de actuación. De este modo, Llamazares explota el aura romántica que caracteriza a esta última figura a la hora de representar al maquis.⁴⁴ En primer lugar, ambos personajes sobreviven apartados de la sociedad pero dentro de un perímetro de cercanía con respecto a la población. Esta ubicación les permite mantener contactos puntuales con la comunidad, ya sea para recibir ayuda de los enlaces o para cometer robos y secuestros que les permitan sobrevivir. No obstante, mientras que en el caso del bandolero estos delitos constituyen el objetivo primordial de su existencia, en el caso del maquis estos actos responden a una necesidad vital. Más aún, la representación dominante de la guerrilla en la actualidad exalta características que son comunes a ambos grupos, como la exclusión social, la supervivencia en un entorno salvaje y la comisión de robos y secuestros. En este sentido, y a pesar de que reajusta su propósito e incluso su

⁴⁴ Como ejemplos de la representación romántica del bandolero en televisión, cabe mencionar la conocida serie de RTVE Curro Jiménez, emitida por primera vez en 1976, y la superproducción Serrallonga que realizan TV3 y RTVE, y que estrena el canal catalán en noviembre de 2008.

orientación ideológica, el discurso actual mantiene frecuentemente los mismos marcos conceptuales que establece el discurso franquista a la hora de caracterizar a los guerrilleros.⁴⁵ Desde esta perspectiva, los maquis, si bien reaccionan ante su condición como sujetos abyectos, se limitan a sobrevivir al margen de todo proyecto ideológico y revolucionario, por lo que sus actuaciones apenas pueden considerarse como una resistencia política. Así, en Luna de lobos, los propios personajes consideran que su lucha carece de sentido de antemano y que “es una guerra perdida” (76) motivada únicamente por su apego obstinado a la tierra: “Es el apego a esta tierra si vida. Sin vida y sin esperanza el que se impone como una losa sobre nosotros” (77).

El discurso franquista promueve también la identificación entre el maquis y los bandoleros a través del paralelismo que establece en el proceso de formación de ambos personajes. Según el análisis que llevan a cabo Bernaldo de Quirós y Luis Ardila, en este proceso se distinguen dos etapas: en una primera etapa, denominada apocenos, el sujeto se segrega de la sociedad y se rodea de individuos marginales que se encuentran en sus mismas circunstancias; en una segunda etapa, denominada enantybiosis, el sujeto adopta una vida de rebeldía declarada al sistema social y legal establecido (Bandolerismo 231). En ambos casos el individuo se señala como sujeto abyecto tras la comisión de un delito de sangre u otro crimen de gravedad similar. En contraste con el discurso franquista, la narrativa contemporánea justifica la huida y la exclusión social del maquis en base a la represión de la que son víctimas por parte de la Guardia Civil en el periodo previo a la apocenos, proyectando una visión descriminalizada de estos personajes. Esta característica constituye una diferencia fundamental entre el maquis y el bandolero

⁴⁵ Según declara Julio Llamazares a Carmen Moreno Nuño: “Luna de lobos es la contestación ofrecida por Julio Llamazares a una serie de lecturas sobre el maquis que este autor realizó como preparación para su novela, entre las que se encuentran las novelas La sierra en llamas y Testamento en la montaña.” (Huellas 274).

clásico, pues si bien en el caso del maquis estos delitos constituyen su acto de señalamiento, éstos se cometen durante el periodo de enantibiosis y no en el momento previo a la apocenos, como ocurre en el caso del bandolero. En este sentido, la motivación delictiva y la supuesta naturaleza criminal del maquis no constituyen el motivo de su huida, lo que introduce una diferencia significativa a la hora de caracterizar a estos personajes. En Luna de Lobos, por ejemplo, Ángel comete su acto de señalamiento al matar a don Pedro Ituero cuando trata de obtener víveres en un comercio local. Este acto refleja la asimilación de estos personajes a las circunstancias en las que se encuentran, no la causa de su huida:

Ángel. Pero tú sabes lo que esto significa, Ramiro. Ya no tenemos vuelta atrás...
 Ramiro. Tú sabes que nunca la hemos tenido. (71)

De forma similar al bandolero, los maquis de Luna de lobos no se presentan como figuras ideológicas; por el contrario, estos personajes se identifican con gente común que se oponen al régimen dictatorial pero que no reflejan una motivación política imperante como causa primordial de su huida. De hecho, las escasas referencias a la ideología de los guerrilleros enfatizan la desconfianza hacia cualquier agrupación política y la ausencia de todo horizonte ideológico. Ramiro, por ejemplo, desestima toda consigna política externa, dado que su motivación no es de carácter ideológico, sino de mera supervivencia. Cuando Marcial—un molinero que actúa como enlace— informa a los maquis sobre las órdenes de unirse y atacar que dictamina el partido desde Francia, supuestamente el PCE, Ramiro las ignora y manifiesta su molestia por la falta de ayuda armamentística por parte de esta agrupación: “Esa música es la que siempre nos han tocado los partidos desde fuera para que sigamos aguantando aquí los cuatro desgraciados que no pudimos escapar a tiempo.

¿Sabe usted lo único que me interesa a mí de los partidos? Las armas. Si quieren atacar, que vengan ellos aquí. Que vengan los políticos a las montañas" (100). Más aún, Ángel no alude en ningún momento a sus simpatías políticas. Esta información se aporta únicamente de forma indirecta a través de un pasquín que le muestra el jefe del apeadero de la estación local de trenes cuando negocian con éste el precio de su fuga a Francia, lo que muestra la existencia de una vía narrativa que se cierra inmediatamente: "Ángel Suárez Reyero... Maestro de escuela y miembro del ilegal sindicato C.N.T., enemigo del Glorioso Alzamiento Nacional" (73). Al margen de todo proyecto ideológico, el objetivo de Ángel y de sus compañeros es aguantar, sin oponer propiamente una resistencia política, hasta que puedan escapar del país: "Las fronteras siguen cerradas—dice Ramiro. Y todos los trenes y carreteras vigilados. No queda otro remedio que aguantar" (65). Además, en esta novela los maquis ni siquiera aluden a la restauración de la República o a los problemas del campesinado, por lo que la persecución obsesiva de Ángel y sus compañeros carece de sentido. Como indica Ángel tras años de supervivencia, y aún cuando su presencia no suponga ninguna amenaza política ni social, "los guardias siguen sin olvidarse de mí un solo instante" (128).

Como figuras desideologizadas, los maquis de Luna de lobos se encuentran totalmente desconectados de la cuestión de la tierra, factor que, de acuerdo al discurso primario de la guerrilla, constituye un motor fundamental de la lucha armada. Esta desvinculación se muestra tanto en la falta de referencias a este asunto como en las acciones de los guerrilleros. Así, por ejemplo, la partida de Ángel no duda en robar a unos campesinos que viajan en autobús, lo que refleja la falta de identificación entre los maquis y este grupo social: "El coche que cubre la línea entre León y Ferreras pasa por Casarola todos los días a las siete en punto de la mañana... Hoy, en León, es día de

mercado y el coche va lleno de campesinos que se han levantado muy temprano para cebar el ganado y afeitarse” (55). El atraco de este autobús tampoco va acompañado de ningún discurso político ni de ninguna justificación. Como consecuencia, los propios campesinos perciben a los maquis como delincuentes comunes, no como sujetos que luchan por una causa política. Según indica don José, el dueño de una mina local que es secuestrado por la partida de Ángel: “Para unos sois unos simples ladrones y asesinos. Y, para otros, aunque no lo digan, sois unos pobres desgraciados que lo único que hacéis es tratar de salvar la vida” (81). Ni siquiera los propios maquis se perciben a sí mismos como figuras que luchan por un propósito político. Ángel, por ejemplo, se considera “una alimaña que se arrastra bajo el peso de la noche para robar una gallina en algún corral dormido o una oveja separada de un rebaño. Una alimaña cuya proximidad asusta a hombres y animales” (125). De este modo, la narrativa de Llamazares pone de manifiesto, no un desacuerdo radical con respecto al discurso represivo anterior, sino un reajuste de perspectiva que recicla elementos que se emplean durante la dictadura, como refleja, por ejemplo, el uso de una terminología idéntica (alimaña) o la representación de los maquis como formas de vida dispensables y como vulgares robagallinas.

La simplificación ideológica de la guerrilla se manifiesta también en la representación de la violencia que propone esta novela. La violencia de los maquis no se plantea la transformación de la estructura política y social existente, sino que constituye una reacción emocional a los abusos de los que son objeto sus familiares. En cualquier caso, la reacción de estos resistentes se reduce a la amenaza verbal y a la defensa propia. Así, por ejemplo, como reacción a las palizas que recibe Juana— la hermana de Ángel en la novela de Llamazares— el maquis amenaza de muerte a Guillermo, un colaborador de la Guardia Civil, aunque no llega a cumplir su advertencia: "Dile que esto es solamente

un aviso. Por lo de mi hermana. Él ya sabe. Pero que, la próxima vez, alguien, tú por ejemplo, aparecerá con un tiro en la carretera. ¿Me has entendido, Guillermo?" (63).⁴⁶

Por consiguiente, esta novela no elimina totalmente la violencia en la representación del maquis, sino que la reduce a la amenaza verbal y la justifica como reacción a los acometimientos previos de sus enemigos.

Ángel pone de manifiesto la naturaleza reactiva de esta violencia cuando establece un paralelismo metafórico entre su situación y la de un perro noble que se encuentra acorralado. En una conversación que este personaje mantiene con don José, el protagonista le pregunta sobre la percepción que tiene de ellos, a lo que el prisionero responde que "no se puede matar a nadie" (82). El maquis no niega la acusación del secuestrado, sino que la justifica como una reacción puramente animal ante la situación hostil en la que se encuentra: "Coja usted un animal doméstico, el perro más noble y más bueno –le digo después de un rato –Enciérrelo en una habitación y azúcelo. Verá como se revuelve y muerde. Verá como mata si puede" (82). Este secuestro culmina con la muerte de don José como reacción a la muerte de Gildo bajo los disparos de unos guardias civiles que acuden supuestamente a pagar el rescate por el prisionero. Cuando los guardias aparecen disfrazados de la esposa y del conductor del dueño de la mina, quienes según las instrucciones de los maquis deben cumplir esta función, se inicia un tiroteo en el que mueren los guardias civiles y el resistente. Tras este altercado, Ramiro dispara a don José, poniendo en práctica el principio de reacción que expone anteriormente Ángel a la víctima: "El disparo de Ramiro atraviesa su corazón y le aplasta contra la puerta" (86).

⁴⁶ Del mismo modo, los maquis visitan a don Manuel, el cura de La Llavana, para recriminarle por su responsabilidad por la muerte del hermano de Ramiro durante la guerra. Así, cuando este último recurre herido al sacerdote para que le proteja, éste le entrega a sus enemigos. Como venganza, los maquis hacen creer a don Manuel que lo van a matar: "Hemos venido a matarte" (95). No obstante, los personajes se limitan a asustarle y a hacerle rezar de rodillas en el lugar exacto en el que está enterrado el hermano de Ramiro, marchándose sin cumplir su amenaza.

Siguiendo los parámetros básicos de representación que emplea el discurso de la Guardia Civil durante la dictadura, en Luna de lobos el maquis se caracteriza también en base a su comportamiento sexual. No obstante, y en contraposición al discurso anterior, este elemento no implica la adopción de un comportamiento inmoral o deshumanizado. Así, el discurso franquista priva a las relaciones de los guerrilleros de valor afectivo y reduce su sexualidad a la consumación de orgías y de violaciones que se cometen con la mayor naturalidad, como refleja la novela La sierra en llamas, de Ángel Ruíz Ayúcar, o La pastora hermafrodita, de Manuel Villar Raso. En contraste con estas representaciones, en Luna de lobos, la esposa de Marcial mantiene voluntariamente relaciones sexuales con Ángel mientras su marido se encuentra ausente, dando ella el primer paso para que se produzca esta interacción: “Ella me deja hacer, sentada todavía, con las manos desmayadas a ambos lados de las piernas entreabiertas y los ojos clavados en los míos... cuando regreso a la cocina, la mujer está otra vez sentada junto al fuego, peinada y con el pelo recogido, batiendo nuevamente la leche del caldero” (102).⁴⁷ Se trata de una relación que, en lo que respecta al maquis, responde no a la necesidad de satisfacer un deseo biológico, sino de experimentar una sensación doméstica y familiar tras años de resistencia en el monte. De hecho, el acto sexual entre Ángel y la esposa del molinero se asemeja, más que a un encuentro clandestino entre desconocidos, a un acto doméstico y rutinario, como sugiere el énfasis del protagonista en el olor a leche del caldero.

⁴⁷ Como contrapunto a esta representación descriminalizada del maquis, la mujer cumple una función meramente instrumental. Así, la novela no aporta ni el nombre de este personaje ni información sobre su personalidad, experiencia, ideología, etc. En este sentido, la esposa del molinero evoca—aunque sin descalificar a este personaje—la percepción de las guerrilleras y de las enlaces en el discurso represivo franquista. Si bien el intercambio sexual entre Ángel y la esposa de Marcial dista de las violaciones que el discurso de la Guardia Civil atribuye continuamente al maquis, la sexualidad del guerrillero pertenece al conjunto de elementos que, dentro de la multiplicidad que constituye este fenómeno, establece el discurso franquista.

En su condición de proscrito, el maquis se transforma en una figura infamis et intestabilis, es decir, en un personaje que se excluye del ámbito doméstico y de los ritos sociales del colectivo al que pertenece, como se observa en los bailes de su pueblo o en los funerales. Ante la muerte de su padre, por ejemplo, Ángel se transforma en un hombre al que “se le niega el derecho de enterrar el recuerdo de los suyos” (136). En un principio, Ángel se limita a observar desde la maleza la reacción de las personas que visitan al moribundo. La distancia que lo separa de los vecinos refleja su estado de marginación física y también su exclusión psicológica como miembro de la sociedad: “He rastreado las continuas entradas y salidas de vecinos en mi casa, intentando adivinar la expresión inalcanzable de sus caras a través de los prismáticos” (132-133). La exclusión del protagonista se pone de manifiesto cuando, embargado por la desesperación, decide visitar a su padre. Los vecinos que rodean el cuerpo del difunto interrumpen sus rezos ante la aparición siniestra de Ángel, es decir, de un muerto que visita a otro muerto. De hecho, los vecinos perciben al maquis como a un fantasma de “palidez mortal” (149) y que huele a “tierra hundida” (149).⁴⁸ Se trata de un individuo físicamente presente pero socialmente inexistente que irrumpe en la habitación de su padre como una encarnación de la misma muerte: “Bruscamente ha cesado el murmullo de las conversaciones y los rezos en voz baja y, como una ráfaga de nieve repentina, el silencio y el miedo han batido las paredes de este cuarto donde se escucha ya el rumor de limos de la muerte” (134). En base a este estado ambiguo de existencia, el único espacio en el que tiene cabida Ángel es en la cuadra, como un animal, y bajo tierra, como si ya estuviera muerto:

⁴⁸ El carácter siniestro del maquis se refleja también en la escena en la que Ángel divisa el baile del pueblo escondido entre unos arbustos. Cuando Martina, su antigua novia, ve su sombra en la oscuridad, se abraza al marido, como si buscara protección ante la presencia inesperada de aquello que debe permanecer oculto: “Sólo Martina me ha reconocido. Sólo ella ha sabido descubrir entre las sombras de los chopos al hombre que hace ahora ya diez años bailaba en este mismo prado abrazado a su cintura... Sin que nadie lo note, ha seguido bailando, en silencio, abrazada con fuerza al marido” (130).

Yo sé que aún sigo vivo, enteramente vivo, tan vivo al menos como cuando aún vagaba como el viento entre la nieve... Aunque, desde hace un mes, tumbado como un topo en esta fosa subterránea que Pedro y yo excavamos en la corte de las cabras, entre la cuadra y la panera, esté mucho más cerca del mundo de los muertos. (146)

La desintegración de los maquis como sujetos sociales se produce gradualmente según pierden el apoyo que reciben de sus simpatizantes y familiares. Aún cuando los maquis no sean los autores directos de los abusos que sufre la población, son la causa que expone a los colaboradores a la represión de la Guardia Civil. Es decir, aún si no hay una relación sujeto-victimizador y objeto-victimizado entre los resistentes y la población civil, existe una relación de causa-efecto que lleva a la sociedad a romper sus contactos con estos personajes. Tras la muerte de su padre, por ejemplo, Juana se ve obligada a disolver los vínculos que la unen a Ángel dada la insostenibilidad de la represión que sufre. Así, con objeto de obtener información que le permita apresar al maquis, la Guardia Civil propina continuas palizas a su hermana y la somete a la humillación pública del rapado que el régimen reserva para las mujeres disidentes. Ante la imposibilidad de toda resolución, la hermana de Ángel le pide que se marche definitivamente, pues “Esta tierra no tiene perdón. Esta tierra está maldita para ti” (151). Esta circunstancia sume a Ángel en el aislamiento más absoluto, ya que queda totalmente extrañado de su familia y de la sociedad. Como le indica su cuñado Pedro cuando informa al maquis que su padre está a punto de morir: “A ti no te queda nadie” (132). De hecho, el último reducto de apoyo social al maquis es la familia directa, de modo que, una vez que sus componentes fallecen o sucumben al terror del nuevo orden, estos resistentes pierden la posibilidad de sobrevivir, enfrentándose a la muerte o al exilio, como refleja el siguiente comentario de Lina— la esposa de Ramiro— a Ángel: “¿Sabes

lo que dice la gente? ... Dicen que lo mejor que podrías hacer es beberte una botella de coñac y pegarte un tiro” (139).

Por consiguiente, la representación del maquis en Luna de lobos reacciona a la criminalización de este personaje en la narrativa de los aparatos represivos del régimen. En contraposición a este último discurso, esta novela reconstruye la perspectiva sensorial del maquis, justificando sus acciones al mismo tiempo que pone de manifiesto la represión brutal que lleva a cabo la Guardia Civil contra estos personajes. La rehabilitación de estos individuos se realiza, no desde la eliminación de los parámetros franquistas, sino desde su contestación. Esta réplica, no obstante, se articula dentro de los límites del mercado, lo que depura al maquis de sus aspectos más problemáticos. De hecho, esta novela mantiene la asimilación de esta figura a la del bandolero mediante su despolitización y su proceso continuo de animalización. En este sentido, Luna de lobos no elimina los parámetros fundamentales que emplea el discurso franquista para la caracterización de estos personajes, sino que los redefine y los reajusta a una perspectiva diametralmente opuesta. Así, esta novela no retoma un lenguaje ideológico ni alude a ningún modelo político y social alternativo, sino que se limita a recuperar al maquis como figura que, simplemente, existió y sufrió la represión del régimen. No obstante, la labor que lleva a cabo Luna de lobos, como obra que aborda la subjetividad de los guerrilleros desde el énfasis en su experiencia sensorial, supone un avance considerable para el conocimiento y la comprensión de estos personajes. En cualquier caso, la recuperación de esta figura se enfrenta aún al reto de penetrar en el universo ideológico en el que se forja la guerrilla y en el proyecto que impulsa su actuación ya que, de otro modo, se corre el riesgo de privarle de su razón de ser y de reducir el maquis a una figura de papel y de película.

Forzando los límites del consenso: el maquis de Alfons Cervera

A diferencia de la narrativa de Llamazares, el maquis de Alfons Cervera se desmarca de los parámetros que impone el mercado y articula una crítica al control que éste ejerce sobre la producción cultural, especialmente en lo que refiere a la recuperación de la memoria histórica. Tanto en su novela Maquis, como en las cuatro obras restantes que componen la pentalogía de la memoria—formada por El color del Crepúsculo, La noche inmóvil, Aquel invierno y La sombra del cielo— Cervera reconstruye la memoria colectiva de Los Yesares, un pueblo ficticio de la serranía valenciana. Estas novelas, y en particular Maquis, se centran en el miedo que genera la represión de la Guardia Civil sobre los vecinos y que prolonga una guerra que “continúa después de que se han firmado todos los partes de paz en los periódicos y en la radio” (31). El argumento de esta última novela no presenta un desarrollo lineal, sino que recompone la memoria colectiva desde las vicisitudes de las memorias de los numerosos personajes y narradores que intervienen en el relato. En su interacción y negociación continua, estas perspectivas generan una memoria colectiva que se encuentra en todo momento abierta a la inclusión de nuevas voces. Entre esta pluralidad destaca la voz de Ángel, quien, en base a las torturas que sufre de niño por ser hijo de un maquis, se convierte en un referente central a la hora de entender la represión en Los Yesares. Años después, este personaje denuncia el tratamiento que reciben durante años él y sus padres—Guadalupe y Sebastián Fombuena *Sebas*— y el olvido posterior del que son objeto en un sistema democrático que cierra las vías a la indagación jurídica por los crímenes que comete el propio Estado durante la dictadura. Por consiguiente, en esta novela, la memoria histórica se entiende, no como una exposición de contenidos silenciados, sino como un trabajo cuidadoso de

reconstrucción e interpretación que exige la inclusión de perspectivas y de procesos de racionalización que siguen ocupando una posición minoritaria en el discurso cultural.

Cervera— considerado dentro de los círculos de la crítica literaria de izquierdas como “uno de los mejores autores de este país” (Del dolor 1) — denuncia las restricciones que impone el consenso a la hora de tratar un periodo marcado por la fidelidad a proyectos ideológicos irreconciliables. Como indica este autor a Marisol Hoyos en una entrevista que publica el diario de la Universidad de Valencia Nou Dise el 23 de noviembre de 2006: “Ara mateix, parlar de recuperació de la memòria passa per anar més enllà de les martingales consensuadores i avançar una peça més d’aquell esperit de la transició, sobretot, perquè el consens no es pot fer en contra de la memòria de la república, de la esquerra i de la derrota”.⁴⁹ Si bien Cervera se sirve irremediamente del mercado, sus novelas se desligan de un discurso comercial y acrítico de amplia difusión y fuerzan de este modo los límites del sistema de representación dominante.⁵⁰ Este autor explora la guerrilla desde el análisis de la complejidad que la constituye, especialmente en lo que respecta a la subjetividad de los personajes, a las dinámicas sociales en las que se desenvuelven y a la naturaleza política e ideológica de este fenómeno.⁵¹ Así, la figura del maquis permite a Cervera reflexionar, no sólo sobre la represión, sino también sobre la transición y la democracia, subrayando cuestiones como la continuidad de los marcos culturales del régimen, la exclusión de los exiliados y ex guerrilleros del nuevo sistema o

⁴⁹ <<http://www.uv.es/noudise/272.pdf>>.

⁵⁰ El propio autor manifiesta la imposibilidad de articular un discurso crítico desde fuera del mercado: “al margen del mercado no puedes estar porque te mueres. Y al decir mercado me refiero, sólo, al derecho y necesidad de ocupar un espacio, aunque sea mínimo, en los estantes de las librerías” (Del dolor 214).

⁵¹ Como indica Tyras, “Maquis es más bien una novela de la memoria, en la que los datos y acontecimientos importan menos que la huella que han dejado y el eco que todavía producen en la vida personal, social e íntima de los personajes” (Maquis literario 109).

el silenciamiento de la subjetividad de aquellos individuos que, aún durante la democracia, tienen miedo a relatar sus experiencias.⁵²

Como manifiestan ocasionalmente en sus intervenciones públicas, algunos intelectuales de izquierdas— como, por ejemplo, Eduardo Haro Tecglen, Belén Gopegui o Alfons Cervera— conciben la actualidad cultural como un periodo sombrío dominado por el pensamiento único que imponen el consenso y el mercado.⁵³ De hecho, las novelas, las películas y los estudios históricos que tratan la guerrilla tienen más posibilidades de éxito si, desde una posición complaciente con el mercado, eliminan de su articulación las enemistades irreconciliables y los enfrentamientos irresolubles entre las partes que intervienen en el conflicto. Como consecuencia, estos productos culturales tienden a homogeneizar la percepción de este episodio del pasado reciente del país pues, aún cuando introduzcan variables— como, por ejemplo, una perspectiva fantástica o la historia de un personaje local— éstas se producen dentro de un espacio acotado por el consenso. Ante este panorama, la función del intelectual de izquierdas consiste en abrir fisuras en un discurso prácticamente monolítico, en romper con los moldes culturales que sobreviven a la dictadura y en introducir claves que permitan cuestionar los fundamentos sobre los que se articula una representación de la guerrilla exenta de problematización. En otras palabras, se trata de llevar a cabo un trabajo de genealogía que complete el trabajo historiográfico que asume el proyecto de la recuperación de la memoria histórica desde los límites del mercado y de adentrarse en el terreno de la crítica. En esta línea, Cervera

⁵² Según afirma Cervera en una entrevista que concede a Tyras: “La sociedad sigue manejando conceptos y modelos instituidos por la dictadura, no se ha hecho en este país una ruptura definitiva con la cultura de entonces” (*Maquis literario* 202).

⁵³ Cuando Miguel Riera pregunta a Cervera si se puede hablar de un pensamiento único en España, Cervera responde: “Pues claro que sí. A ver si va a resultar que la literatura es un territorio acorazado contra el desastre” (*Del dolor* 214).

aboga por reducir la presión que el mercado y el consenso ejercen sobre el discurso cultural ya que:

Vivimos en un sistema arrogante que sabe lo difícil que resulta abrir brechas en su envergadura acorazada. Pero esas brechas son posibles, es posible nuestra capacidad para sorprenderles, para cogerles mirando a otro sitio, un sitio que siempre será el de su ombligo lleno de telaraña y lenguajes complacientes con su identidad autoritaria y excluyente. (Del dolor 213)

En base a su pacto implícito con el mercado, la memoria histórica se basa más en la adición cuantitativa de discursos que enfatizan aquellos aspectos más inofensivos de la anterioridad democrática que en la articulación de perspectivas divergentes. En este sentido, se puede hablar de un exceso de representaciones del pasado, pero no de memoria, entendiendo por este concepto una reflexión teórica y ética que permita una mejor comprensión tanto del pasado como del presente desde una multiplicidad de perspectivas. Como indica Theodor Adorno: “However useful it might be from a practical point of view to have as much information as possible at one’s disposal, there still prevails the iron law that the information in question shall never touch the essential, shall never degenerate into thought” (Culture industry 84). Así, desde mediados de los años noventa hasta el presente aparecen un amplio número de obras literarias, cinematográficas e historiográficas que abordan la confrontación declarada y la represión pero desde parámetros claramente definidos por el mercado y que impiden ahondar en el estudio de la dictadura y de la represión.⁵⁴ A modo de ejemplo, a la hora de tratar la guerrilla, estas producciones tienden a eludir, no el contexto político y social en el que

⁵⁴ Cervera denuncia ante Tyras el oportunismo de muchos autores y directores de cine a la hora de tratar la memoria histórica: “Hay gente que desde el cine, desde la literatura, se ha subido al carro de manera oportunista, pero ahí quedan las novelas y las películas para que la gente, con el tiempo y cuando recurra a los archivos, pueda discernir lo que en esas propuestas literarias o cinematográficas hubo de verdadera referencia a esa memoria colectiva, de recuperación de esa memoria desde una cierta dignidad moral, y lo que hubo de superchería y de impostura a la hora de acercarse a ella” (Maquis literario 200).

actúan los combatientes, sino el marco ideológico y colectivo en el que se concibe este fenómeno. Desde esta perspectiva, la lucha contra el régimen se propone desestabilizar el orden dominante pero sin plantearse la posibilidad de instaurar un sistema social o político alternativo.⁵⁵

De acuerdo con el planteamiento de Antonio Gómez en La guerra persistente, el mercado proyecta una visión nostálgica del pasado que elude un debate propiamente histórico y ético. Desde esta perspectiva, el maquis se percibe como un movimiento idílico marcado por la solidaridad, por la abnegación y por el sacrificio individual, como se puede observar, por ejemplo, en Silencio Roto o en El laberinto del Fauno. Estas películas, si bien ponen de relieve la existencia de los maquis como personajes que ocupan una posición marginal en el discurso cultural— y que, en muchos casos, son desconocidos para el espectador— por otro lado articulan una visión maniquea y simplificada tanto de este fenómeno como del contexto sociopolítico en el que se desenvuelven. De hecho, estas representaciones no abordan la lucha contra la dictadura desde su complejidad ideológica, ni permiten extraer conclusiones que faciliten una comprensión más exhaustiva de la democracia en base a sus exclusiones. Por el contrario, en estas películas, la lucha armada se presenta únicamente como una resistencia antifranquista, ignorando el discurso primario de sus protagonistas y la influencia de la política revolucionaria sobre los mismos.⁵⁶

⁵⁵ Conviene mencionar que existen contadas excepciones en el mercado cultural que difieren de esta línea general de representación, actuando de este modo como anticuerpos contra la emergencia de un discurso alternativo al dominante. A modo de ejemplo, en la película Entre rojas (1994), de Azucena Rodríguez, las protagonistas—presas políticas en la prisión madrileña de Yeserías—discuten textos ideológicos y mantienen la esperanza de instaurar un sistema político y social distinto al existente. No obstante la lectura colectiva de textos ideológicos pone de manifiesto la discrepancia entre las expectativas de las prisioneras y la realidad en la que se encuentran, por lo que el contenido político y utópico se reduce a un discurso desfasado que, al igual que la dictadura, sucumbe posteriormente con el advenimiento de la democracia.

⁵⁶ La sinopsis de El laberinto del fauno que aparece en la página web oficial de esta producción, por ejemplo, relega la guerrilla a un plano de fondo que, prácticamente, se limita a decorar la historia fantástica

Las cuestiones que se pueden abordar desde una visión nostálgica o fantástica del pasado son bastante limitadas, ya que, al margen de la existencia de la guerrilla y de otras cuestiones obvias— en particular, su carácter antifranquista— esta perspectiva no permite explorar su lenguaje o reflexionar sobre el trasfondo ideológico de este fenómeno. Más aún, el consenso que domina el panorama cultural español tras los Pactos de Moncloa permite reconstruir el pasado dictatorial pero sin promover una reflexión sobre este periodo que exponga las deficiencias del sistema democrático actual.⁵⁷ De acuerdo a esta lógica, el análisis crítico de la democracia y del proyecto utópico y revolucionario de la guerrilla se perciben como interferencias que desvían la atención del lector hacia cuestiones que están ya desfasadas, especialmente en un contexto que relega a sus márgenes toda ideología que difiera de la del mercado. Además, estas cuestiones plantean problemas de decodificación para un lector no especializado que, en su condición de consumidor, constituye el objetivo principal de las grandes editoriales y firmas cinematográficas. Por consiguiente, estas producciones, más que reflexionar sobre el pasado, promueven su exhibición acrítica y reducen la indagación política a una exaltación gratuita de la libertad y de la democracia como significantes que se encuentran prácticamente vacíos de significado político.

A modo de ejemplo, estas propuestas culturales pasan por alto que, como militantes ideológicos, los guerrilleros interpretan estos conceptos a la luz del ideario

en la que se ve inmersa Ofelia, la protagonista de la película: “Award-winning filmmaker Guillermo del Toro delivers a unique, richly imagined epic with Pan’s Labyrinth, a gothic fairy tale set against the postwar repression of Franco’s Spain... It is a place of fantastical creatures and powerful talismans presided over by a teasing inscrutable faun (Doug Jones). Here, Ofelia will come to terms with the world as she now knows it and with the monsters that live not only in her imagination but in her daily life” <<http://www.panslabyrinth.com>>.

⁵⁷ Entre estas deficiencias se encuentran la ilegitimidad de la amnistía general de 1977—que impide investigar y juzgar los crímenes cometidos por la dictadura—o la imposibilidad de analizar la percepción de la realidad de unos individuos cuya lucha se concibe como parte de un proyecto utópico y revolucionario.

marxista, mientras que en la actualidad, éstos se asocian a un sistema democrático y neoliberal. Como muestra la reflexión del maquis Pastor Vázquez momentos antes de morir, en la que anticipa el silenciamiento de los valores por los que lucha: “Si alguna vez creíamos salvar la tierra de tanta vergüenza como la que nos trajeron los fascistas habrá de llegar un día en que la libertad se confunda con el sentido ético de la convivencia pacífica y se cubrirán de olvido los esqueletos de los muertos” (152). Más aún, en el contexto en que se produce la recuperación actual de la memoria histórica, las reivindicaciones antifranquistas de paz y de democracia no implican ya ningún acto de intervención política sino que, por el contrario, refuerzan el orden dominante y los valores que éste promueve. En definitiva, se trata de una recuperación que, más que reconocer la alteridad del pasado, lo amolda a los valores del presente y depura todo aquello que dificulte este propósito.

A diferencia de esta recuperación acrítica, Cervera concibe la memoria histórica como un proceso de crítica cualitativa, como reflejan, por ejemplo, la caracterización de los personajes y la representación de la violencia que propone en Maquis.⁵⁸ En primer lugar, Cervera elude la simplificación de estos individuos a una figura homogénea. Así, Maquis distingue entre el huido y el combatiente armado en base al momento en que se produce el acto de señalamiento, aún cuando ambos tomen parte en una misma experiencia. Más aún, y a diferencia de Luna de lobos, Maquis hace explícitos los motivos que llevan a los personajes a echarse al monte, evitando toda generalización.

⁵⁸ Como indica el autor a Carmen Amoraga en la publicación de Levante del 17 de abril de 2005: “No me interesa esa memoria paralizante que es más nostalgia que otra cosa. Hablo siempre de la memoria que es dinámica, que nos empuja adelante, que nos enseña las claves para no seguir cayendo en los engaños del lenguaje: dejémonos de las grandes palabras, que si reconciliación, que si perdón, que si gaitas. Hablemos de justicia, de sentirnos libres para expresar lo que pensamos.
<<http://www.uv.es/cerverab/entrvlevante.htm>>.

Francisco Cermeño *El Vativos*, por ejemplo, escapa al monte ante los abusos que sufre por parte del guardia civil Gervasio Bustamante, no por la comisión previa de ningún delito: “el martes por la tarde, sus tripas se llenarían de aceite de ricino por una gracia del cabo Bustamante y esa misma noche se tiraría al monte” (51). En otros casos, la huida se produce tras la comisión de un acto de sangre. No obstante, esta característica no señala a estos personajes como bandoleros, sino como resistentes activos que reaccionan contra la violencia de sus enemigos en base a un propósito constructivo. Sebas, por ejemplo, decapita al guardia civil Teodoro Puertas Zunzunegui y, posteriormente, huye al monte, articulando a primera vista el proceso de formación del maquis como criminal que promueve el régimen franquista.⁵⁹ Como relata este personaje: “Aquel civil que dices se llamaba Puertas Zunzunegui, que no se olvidan apellidos largos cuando uno ha descabezado a su dueño, y aún se me desarregla el cuerpo cuando me acuerdo de su cara y de las palizas que soltaba por gusto, sólo porque le daba gusto dar por el saco a los rojos, como decía mientras nos sacaba el miedo de la sangre” (96). No obstante, el carácter reactivo de esta actuación y la existencia de un propósito que supera la muerte del guardia civil—a decir, impedir que siga dando palizas a los vecinos del pueblo— desmarca a este personaje del modelo de representación de la dictadura. Además, la actuación de Sebas no responde a un propósito económico, ni a la criminalidad atávica que subraya continuamente el discurso de la Guardia Civil. Por tanto, y en contraposición al discurso comercial— en el que la figura del huido fagocita a la del combatiente— en Maquis ambas figuras mantienen sus diferencias, lo que refleja la complejidad de un fenómeno que se resiste a su homogeneización.

⁵⁹ Al igual que Sebas, Justino también se echa al monte tras matar a un Guardia Civil: “Me llamo Justino Sánchez Aparicio y acabo de matar a un guardia civil. Está aquí, con los ojos abiertos y es como si estuviera vivo en vez de muerto. Le metí el cuchillo en la columna vertebral y del agujero empezó a salir un hilo de sangre que tenía el color del monte y olía a romero mojado y a cagada de liebre” (19).

En contraposición a Luna de lobos, donde las actuaciones del maquis responden a la necesidad de conseguir comida y, en definitiva, de sobrevivir— en Maquis, la violencia se percibe como el único lenguaje compartido entre los combatientes y las fuerzas represivas del régimen y, por tanto, como una parte integral de la lucha ideológica. Por ello, la representación de la violencia requiere un alto grado de espectacularidad, pues su propósito no se reduce a sus efectos inmediatos, sino que se centra en el mensaje que transmite a los enemigos. Así, por ejemplo, la brutalidad de Sebas cuando le corta la cabeza a Puertas Zunzunegui responde a una lógica micropolítica de acuerdo a la cual, toda provocación ha de responderse con una reacción que la supere en intensidad. Del mismo modo, el valor de la violencia como espectáculo responde también a la lógica del orden dominante, como refleja el episodio en el que tras detener a Florencio *Ojos Azules*— líder de la partida local de maquis— la Guardia Civil recibe órdenes de trasladar al detenido a Valencia para su ejecución. Como indica el cabo Bustamante al reo: “Por mí lo dejaba en el sitio, hijo de puta, pero quieren hacerle un espectáculo en la capital porque es usted un hijo de puta importante y famoso, pero yo le dejaba en el sitio aquí mismo, sin pamplinas ni hostias” (75). Más aún, los guardias civiles exponen públicamente los cadáveres de sus víctimas como trofeos y como advertencia colectiva hacia todo aquel que colabore con el maquis. Tras matar a Pastor Vázquez y a Nicasio, por ejemplo, sus asesinos “bajaron los cadáveres a Los Yesares y los exhibieron, como si fueran cerdos, colgados de un gancho de carnicería, en la plaza del pueblo” (150).

La relevancia de la novela de Cervera no radica en su reconstrucción del periodo dictatorial y de la violencia inherente a este sistema, cuestiones que, en cualquier caso, se llevan a cabo de forma eficiente a través del análisis de las micropolíticas que gobiernan

la vida diaria en una sociedad represiva. Cervera enfrenta al lector a una serie de cuestiones que pasan desapercibidas a la hora de analizar la transición y la democracia actual, como la ausencia de todo propósito de retribuir justicia por los crímenes cometidos por el régimen y la exclusión de las víctimas de los ámbitos de decisión política durante estos periodos. Así, Maquis no concibe la dictadura como una temporalidad pretérita que se puede estudiar como un objeto de estudio estático sino que, por el contrario, se encuentra en continuo diálogo con el presente. A diferencia de novelas como La mitad del alma, de Carme Riera, El lápiz del carpintero, de Manuel Rivas, o Soldados de Salamina, de Javier Cercas, Cervera elude la aproximación a un pasado desconocido para los protagonistas desde un presente indagador, ya que, de forma contraria a lo que propone este autor, esta perspectiva subraya una segmentación limpia y sin residuos entre estas temporalidades. Los personajes de Maquis, por el contrario, llevan inscrito este pasado incómodo en su propia identidad. En este sentido, esta novela supera una labor meramente descriptiva de la represión para sumergirse en el terreno de la reflexión crítica, proyectando una perspectiva de la democracia que cuestiona la estabilidad de sus estructuras. Desde este enfoque, la memoria histórica exige una reflexión sobre los lastres y las contradicciones que arrastra la democracia desde la muerte del dictador y que condiciona la plena integración de las víctimas del franquismo en este sistema. De hecho, los personajes de Cervera no miran al pasado desde el presente, sino que invierten este proceso, haciendo de esta última temporalidad un objeto de reflexión desde una perspectiva desfamiliarizada que escapa a las reglas discursivas del sistema de representación dominante. Como refleja el maquis *El Francés* en la novela La noche inmóvil, en la que Cervera retoma temas y personajes de Maquis: “Aquí todo está igual, que Franco se ha muerto y yo he podido volver y me encuentro con que no ha

cambiado nada, que se nos sigue comiendo la desgana y que los hijos de puta que mandaban cuando metieron a mi madre en la cárcel siguen mandando o mandan sus hijos o sus nietos” (Noche 127).

En desacuerdo con el discurso oficial, los personajes de Cervera no perciben la democracia como un periodo que, tras un proceso de reconciliación, integre por igual a todas las partes que intervienen en el conflicto.⁶⁰ Así, Ángel Fombuena, muestra la imposibilidad de olvidar la represión que sufren tanto él como sus padres y, por consiguiente, de recordarlas como una anécdota del pasado remoto. Una experiencia central que marca la identidad de este personaje y que le impide desasociar pasado y presente es la tortura a la que lo somete la Guardia Civil tras una acción armada que dirige su padre. Cuando Sebas elimina de un tiro a don Abelardo, un colaborador del régimen que ocupa el cargo de maestro de Los Yesares, la Guardia Civil le quema las manos a Ángel en presencia de su madre: “Un día mataron al maestro y decían que lo había matado mi padre y otro maquis del pueblo que se llamaba Nicasio. Y para vengarse, los guardias y el alcalde me llevaron al cuartel y me quemaron las uñas con un soplete de los de soldar metales” (14-15).⁶¹ Esta tortura tiene un efecto devastador sobre sus padres y sobre los vecinos del pueblo, pasando a formar parte de una experiencia colectiva que ni prescribe, ni se olvida con la muerte de Franco. Así, esta experiencia atraviesa la identidad de Ángel, quien reflexiona sobre su condición de vencido durante la dictadura y también tras el establecimiento de la democracia. De hecho, Ángel abre la

⁶⁰ Según Cervera: “La transición es el triunfo de la derecha sobre los compromisos que la izquierda debería haber defendido con uñas y dientes. Y luego está el capítulo de esa falsa tranquilidad que se vende de aquellos años primeros, los de después de morirse Franco. Lo dice muy claramente Pierre Vilar: Hubo menos muertos en la revolución portuguesa de abril que en la transición española a la democracia” (Del dolor 211).

⁶¹ Como indica Cervera, la historia de Angelín “Surge de una historia real, de un niño que fue torturado en un pueblo cercano al mío (Losa del Obispo), porque el maquis tenía el pueblo tomado y hubo algún guardia civil muerto” (qtd. in Maquis literario 153).

novela con un prólogo que articula en 1982, es decir, en un momento en el que ya han tenido lugar dos elecciones democráticas pero en el que no se han superado aún los agravios de la dictadura.

Los efectos de estas torturas se extienden también al resto de los vecinos del pueblo, como refleja, por ejemplo, Lorenzo, alguacil y sepulturero de Los Yesares, también conocido como *El Turuta y Frankenstein*. Se trata de un excombatiente republicano que pierde una pierna como consecuencia de una herida de guerra y al que el orden dominante obliga a trabajar en el ayuntamiento a modo de humillación pública.⁶² La tortura de Ángel forma también parte de la historia de este personaje, ya que los agresores lo obligan a ser cómplice de sus prácticas: “A mí me tocará levantar la trompeta de alguacil y gritar en las esquinas oscuras que habrá una misa y cien misas por el alma de don Abelardo. Y a cada trompetazo se me vendrá a la cabeza el cuerpo roto de Guadalupe y las uñas quemadas de Angelín” (*Maquis* 99). Del mismo modo, las esposas de los guardias civiles sufren las consecuencias psicológicas y morales de las palizas que sus maridos infligen a los vecinos en el cuartelillo de la Benemérita, es decir, en su propio hogar pues, como indica uno de los narradores no identificados de esta novela: “La locura del pueblo atraviesa los muros gordos del cuartel” (*Maquis* 103). La continuidad y la dureza de las torturas adquieren tal grado que se revierten contra estas mujeres, quienes conviven diariamente con la agonía de las víctimas. Durante un interrogatorio que sufre Guadalupe, por ejemplo, Juanita y Mercedes—esposas de los

⁶² Según expresa Lorenzo: “Decidieron la humillación, esa piedad que es el espejo donde uno quisiera no tener que mirarse nunca, y así estoy, con el muñón ardiendo en las mañanas de invierno, soportando la mirada oblicua de los vencedores, que nunca te miran de frente, que sólo sientes que te miran porque hay miradas que se sienten sólo y no las ves pues si las vieras, y más aún si las vieras frente a frente y a la misma altura que la tuya, podría más la fuerza del horror que la clemencia y saldrías huyendo en busca de otra muerte” (*Maquis* 127).

torturadores— se identifican con el dolor de su vecina, superando un sentimiento de mera empatía:

El día que volvieron más loca a Guadalupe, la mujer de Sebas el huido, ella escuchaba sus gritos de dolor desde la habitación donde borda los pañuelos y se tapaba los oídos para que la locura no se la comiera también a ella, para que no la igualara, precisamente en eso, a Antonio Raussel, a su marido, a los demás civiles del cuartel que golpeaban sin descanso para vengarse de una bomba colocada por los maquis en la central eléctrica. Esa noche, ella y Mercedes, la joven mujer del guardia Pérez Expósito, se pasaron hasta la madrugada mirando juntas la oscuridad de las montañas en silencio como si estuvieran muertas, con el cuerpo lleno de negrura como si tuvieran el cuerpo de Guadalupe, llenas de miedo, como si no fueran las mujeres de los guardias. (Maquis 104)

Como práctica física y psicológica, la represión transforma el enfrentamiento en un conflicto sin límite espacial ni temporal que se extiende a todos los recovecos de la vida civil: “Es que una guerra, una vez que se empieza, dura siempre, eso sí que lo sé seguro, Paco, y tú lo sabes mejor que yo, vaya si lo sabes mejor que yo” (50); “Es que en el hueco de la bodega también estoy en la guerra todo el tiempo, madre” (92). Esta represión genera daños físicos y psicológicos cuyos efectos no se pueden dar por zanjados con el paso del tiempo sin que haya ningún reconocimiento de culpa por parte de los torturadores ni ninguna reparación a las víctimas. Las uñas de Angelín, por ejemplo, permanecen azules hasta después de la dictadura, así como la rabia que producen años de torturas y de indiferencia hacia su dolor. Como afirma este personaje cuatro décadas después: “Todas las noches, desde hace casi cuarenta años me miro las manos antes de dormirme y veo cómo las uñas no han perdido ese color azul que le pintaron los guardias una tarde oscura en que quise morirme de dolor o echarme al monte

para seguir los pasos de mi padre” (168).⁶³ Por consiguiente, y atendiendo a la perspectiva de las víctimas, la duración del franquismo y la represión no se pueden delimitar con precisión historiográfica, ya que forman parte de una realidad subjetiva que se extiende más allá de la muerte del dictador.

En base a la continuidad entre estas temporalidades, la recuperación de la perspectiva del maquis altera la estabilidad del orden de representación dominante, lo que supone— de acuerdo al argumento que plantea Rancière en *Disagreement*— una intervención política. Así, por ejemplo, la perspectiva de Ángel sobre el desfile militar que tiene lugar en Madrid el 12 de octubre de 2004—Día de la Fiesta Nacional, anteriormente denominado como Día de la Raza —impulsa al lector a reflexionar sobre la reconciliación nacional, es decir, uno de los pilares sobre los que se construye la identidad de la España democrática. El discurso cultural rara vez cuestiona esta reconciliación pues, amparada en las lógicas del consenso—y según el enunciado que discute Levinson— “It goes without saying” (*Market* 66).⁶⁴ En esta ocasión, el Ministro socialista de Defensa, José Bono, promueve la participación conjunta en el desfile de representantes del antiguo Ejército de la República y de veteranos de la División Azul, como si, según denuncia Cervera, “fuera lo mismo luchar por la libertad que luchar por

⁶³ De modo similar, un vecino del pueblo, Damián Rubio, queda traumatizado tras recibir una paliza de la guardia civil durante un interrogatorio. Cuarenta años más tarde, los daños psicológicos de esta tortura le llevan a suicidarse. En este sentido, Damián es una víctima mortal más del régimen, aún cuando no se contabilice oficialmente: “Muchos años después, cuando ya los maquis eran en Los Yesares un recuerdo escondido en los pliegues de la desmemoria, Damián se bebió una mezcla de herbicida y sulfumán y se murió mientras lo llevaban al hospital de Valencia” (*Maquis* 119).

⁶⁴ Según Levinson: “The consensus ‘goes without saying.’ It slides down well enough, with no ill feelings. The ‘field experience’ does not reconfigure its parts so as to include the uncommon that enters its midst. At best, it permits some ‘equality figure’ to enter as the ‘other’ as the difference of a universal diversity. This difference thereby materializes as a value (diversity) as part that is a healthy part of a healthy whole. It in no way induces the ‘current arrangements’ to shift those arrangements—though stills the hosts of inequity—grow increasingly pluralist, and now seem more right than ever. Because all-inclusive, the community looks healthy as it is: why do we need politics to complicate matters? The desire for reconfiguration, in this context, would indeed appear somewhat perverse since matters are the only way that they could be” (*Market* 66).

acabar con ella” (Llegar a tiempo).⁶⁵ En este acto oficial participan conjuntamente, no sólo veteranos militares, sino formas radicalmente contrapuestas de percibir la realidad que, por arte de magia, se encuentran felizmente reconciliadas.⁶⁶ Como reflexiona Ángel en Aquel invierno:

El otro día estuve a punto de romper el televisor cuando vi el desfile militar del doce de octubre en que habían juntado a un combatiente de la División Azul con otro que había luchado contra los nazis... Me daban ganas de romper el televisor cuando escuché al ministro explicar que eso era la señal de que el pasado hay que olvidarlo y mirar hacia delante. Como si la memoria nos dejara ciegos cuando nos ponemos a recordar. (Aquel invierno 156-57)

Ángel no ofrece ninguna información desconocida cuya revelación pueda desestabilizar la perspectiva del lector, sino que lo confronta a un punto de vista y a un proceso de racionalización que escapa a la homogeneidad del discurso dominante. De hecho, este acontecimiento recibe una amplia cobertura mediática y es objeto de nuevos discursos conciliadores por parte del gobierno. En lugar de buscar una reconciliación real mediante el reconocimiento y la retribución de las víctimas, el desfile militar vuelve a validar el borrón y cuenta nueva que se impone durante la transición. Este acto reinstaura también el desequilibrio entre vencedores y vencidos durante la democracia y, por consiguiente, una violencia original que, como indica Foucault “continues to rage in all the mechanisms of power, even in the most regular” (Society 50). Así, la inclusión de representantes del viejo régimen en un acto oficial, muestra— al igual que en la Amnistía de 1977— el desinterés del gobierno en depurar responsabilidades por los crímenes cometidos durante el franquismo contra personas físicas y contra la humanidad, y vuelve

⁶⁵ < <http://www.uv.es/cerverab/memoria.htm#memo1>>.

⁶⁶ La Fiesta Nacional de España, Día de la Hispanidad o, según se le denomina entre 1939 y 1982, Día de la Raza, conmemora la efeméride del descubrimiento de América y el nacimiento del imperio español. Con este motivo, se celebra un desfile militar en la Plaza de Colón de Madrid a la que asiste la Familia Real y representantes de todos los poderes del Estado.

a subrayar la condición de héroes militares de sus agentes. En este sentido, Cervera crea un espacio en el que se articula la perspectiva de los que “perdieron la guerra del 36 y que, mira por dónde, la siguen perdiendo desde entonces” (Del dolor 209-10).

Con objeto de explorar la interacción entre el pasado dictatorial y la democracia, Cervera evita trazar límites claros entre las distintas generaciones de españoles, como muestra el amplio rango de edades de los personajes que aparecen en su pentalogía de la memoria. De hecho, el discurso comercial delinea claramente la diferencia entre la generación que toma parte en los enfrentamientos militares y aquella que, en la actualidad, percibe este episodio como un capítulo más de la historia de España que nada tiene que ver con la normalidad democrática en la que habita. Esta delimitación ignora a la multitud de individuos que intervienen en la guerrilla cuando son adolescentes y que siguen vivos durante la transición e incluso en la actualidad. Así, en los años noventa, es decir, durante el periodo en el que la cuestión de la memoria histórica comienza a adquirir relevancia, aquellos individuos que nacen a finales de los años treinta— y que en muchos casos toman parte en la guerrilla como enlaces—comienzan a alcanzar la edad de jubilación.⁶⁷ En este sentido, los supervivientes de la guerrilla, especialmente durante los años noventa, no se reducen únicamente a un grupo limitado de ancianos octogenarios que, ante la proximidad de su muerte, se contentan con un reconocimiento moral y económico mínimo, como subrayan continuamente agrupaciones y partidos políticos que apoyan la recuperación de la memoria histórica.⁶⁸ De hecho, este proyecto tiende a

⁶⁷ La edad mínima de jubilación en España es de sesenta y cinco años, salvo en casos de jubilación anticipada, a la que se puede acceder, según la ley 35/2005, por derecho transitorio a partir de los sesenta años.

⁶⁸ Como indica el diputado de Izquierda Unida (IU) Felipe Alcaraz cuando presenta ante el Congreso una proposición no de ley que promueve su partido sobre la rehabilitación de los guerrilleros españoles el 28 de noviembre de 2001: “¿Qué decir otra vez, que son muy pocos, que son muy viejos, que han hecho lo que debían, lo repetimos, y que no consiguen nada, ningún tipo de indemnización, que la Transición los ha

maximizar el abismo generacional entre aquéllos que toman parte en la lucha armada y la sociedad democrática actual, lo que minimiza la efectividad política de las voces y perspectivas que se insertan en el circuito comercial como parte de este proyecto.⁶⁹

Del mismo modo, el mercado identifica al lector contemporáneo con el perfil de un joven que nace durante la democracia y que, salvando unos nombres y unas fechas claves, no está familiarizado con la historia social y política de la España dictatorial. Esta simplificación vuelve a ignorar a un amplio porcentaje de la población española que nace, crece y se educa en la dictadura y que forma una parte plenamente activa de la sociedad. En este sentido, tanto el objeto de representación—el maquis—como el receptor se ajustan a unos rígidos parámetros que facilitan la explotación de la memoria como producto de mercado y que simplifican la multiplicidad de perspectivas posibles a la hora de reflexionar sobre esta figura y sobre la memoria histórica en general. De hecho, la expresión generación del nieto—terminología vinculada a la recuperación de la memoria histórica— establece una polarización ficticia entre unos abuelos que quieren contar sus experiencias y unos jóvenes que, desconcertados por su ignorancia, quieren escuchar sus relatos, fractura que identifica y explota el mercado como si se tratase de una demanda de consumo. Aún cuando el intercambio de experiencias y perspectivas entre estas dos generaciones es en todo momento deseable, la memoria histórica y la complejidad social que conlleva este fenómeno no se pueden reducir a un diálogo emotivo entre grupos de edad que se delimitan como si fueran segmentos de mercado. Por el contrario, esta

olvidado, que los tenemos olvidados”.

<http://www.congreso.es/public_oficiales/L7/CONG/DS/CO/CO_385.PDF>.

⁶⁹ A modo de contraejemplo, en su documental La guerrilla de la memoria, producido en 2002, Javier Corcuera cede la voz a unos ex guerrilleros que, no sólo están vivos para contar sus historias, sino que se encuentran en perfectas condiciones físicas para hacer senderismo por los lugares en los que combatieron décadas atrás, como reflejan, por ejemplo, José Murillo *Comandante Ríos*, Francisco Martín *Quico*, Manuel Zapico *Asturiano*, Remedios Montero *Celia* o Florián García *Grande*.

cuestión afecta de forma transversal a una multitud de individuos, independientemente de su edad o del grupo social y económico al que pertenezcan.

Cervera pone también de manifiesto la interacción entre la dictadura y la democracia a través de una compleja estructura narrativa marcada por la fragmentación, por la circularidad, por la polifonía y por la ruptura de todo marco temporal estable. A diferencia de una novela convencional de mercado—como, por ejemplo, Luna de lobos—Maquis no se organiza en capítulos, sino en secuencias yuxtapuestas que no siguen una estructura lineal, causal o cronológica. Por el contrario, la única línea de organización viene determinada por las vicisitudes de la memoria, lo que explica las interrupciones, las repeticiones y los continuos saltos temporales en la narrativa, como refleja, por ejemplo, el relato anónimo del asesinato del tío Narciso, jefe de una comuna anarquista local:

Al día siguiente lo fusilaron en el cementerio de Paterna y cuando se enteró Federica Montseny dicen que se pasó toda la noche llorando. Entonces Ángel, el hijo de Sebastián y Guadalupe, no había cumplido los cinco años y la muerte del tío Narciso se la contaron luego, cuando estaba apunto de cumplir los veinte y tenía en Los Yesares una novia que se llamaba Asunción. Ángel también tenía unas manchas oscuras en las uñas que no se iban nunca, aunque las restregara con lejía y estropajo todos los días de su vida. (110)

La narrativa del autor valenciano no se ajusta a un discurso lineal y cronológico, sino que recrea el funcionamiento de la memoria colectiva y de la historia oral. De hecho, los personajes controlan en todo momento la cantidad y la calidad de información a la que tiene acceso el lector, rompiendo con las expectativas de relevancia y de fiabilidad que caracterizan al discurso historiográfico, biográfico y al discurso comercial en general. Los narradores, por ejemplo, confunden frecuentemente las fechas y los nombres, como reconoce, por ejemplo, Ángel en el prólogo de Maquis: “Cuando quiero recordar lo que

pasó entonces y lo que pasó después voy dando saltos y confundiendo las voces y los nombres, como dicen que sucede siempre que quieres contar lo que recuerdas” (15-16).

Mientras que en los relatos historiográficos y biográficos el autor o el narrador se presentan como una autoridad que avala su conocimiento en base a su análisis de las fuentes directas o de su experiencia personal, en Maquis la confluencia de discursos y de puntos de vista—ochenta y siete en total— es necesaria para la elaboración del sentido de cada anécdota. Frente al carácter monolítico e incontrovertible del discurso franquista y del discurso historiográfico en general, Cervera articula un discurso plurifónico que elude la supuesta objetividad de la voz pasiva y de la narración de hechos probados. La fiabilidad de estos relatos no radica ni en sus contenidos ni en la autoridad de los narradores—cuya identidad se disuelve frecuentemente en una instancia narrativa impersonal— sino en el sistema de coherencia interna que generan sus continuas interacciones pues, de acuerdo con Tyras, un episodio sólo alcanza su entera significación en función de las distintas miradas que lo enfocan (Maquis literario 53).⁷⁰ De hecho, y según sugiere este autor a través de la estructura formal de las novelas que componen su pentalogía, las deficiencias a la hora de abordar el maquis radican más en la limitación de perspectivas que en el conocimiento objetivo de este movimiento, lo que justifica el recurso a la polifonía y el desinterés del autor por la indagación en el dato histórico.

En base a esta estructura polifónica, la novela carece aparentemente de una instancia narrativa superior que dote a los distintos relatos de cierto grado de homogeneidad y que facilite su comprensión. Tyras, por ejemplo, define la estructura

⁷⁰ Como indica Cervera a George Tyras, “Sentía miedo, un miedo adicional al que experimentan los personajes, el miedo del escritor a buscar una voz única que por lo tanto fuera la única poderosa y que, utilizando ese poder que le daba su conocimiento de las cosas se demostrara tramposa, fuera interesada, oportunista, incluso revanchista y vengativa. Todo ese poder en una sola voz daba pánico. Ya habíamos tenido una voz contando la historia desde la otra parte, desde la parte de los fascistas, y me daba miedo caer en el extremo opuesto” (Maquis literario 196-97).

narrativa de Maquis como un “relato coral, orquestado por una instancia superior que queda sin identificar” (Maquis literario 52). Matizando esta definición, el lector es quien cumple con esta función sintetizadora e interpretativa a la que se refiere Tyras. Como indica Cervera, el lector “no es un espectador pasivo de lo que sucede en el texto sino que acaba deviniendo en personaje—y no poco importante—de la historia que se cuenta” (Camarote).⁷¹ A diferencia del proceso de lectura que propone Llamazares en Luna de lobos, Maquis asigna al lector la función de completar relatos que se le ofrecen de forma fragmentaria, de establecer conexiones entre la información que aportan los distintos narradores y de cotejar las distintas versiones sobre unos mismos acontecimientos.⁷² De este modo, el lector toma una parte activa en la reconstrucción de la memoria histórica como un elemento más del colectivo que llega, no sólo a convertirse en un personaje, sino a reemplazar al autor a la hora de dar forma al discurso.

El acto consciente y autorreflexivo de narrar que llevan a cabo los personajes de Cervera les permite también recuperar su identidad como sujetos de conocimiento y como personajes políticos e ideológicos. El autor, si bien no profundiza en la recuperación del proyecto político de la guerrilla, tampoco silencia la vinculación del guerrillero a las políticas micropartidistas del PCE ni la percepción de su lucha en función de un marco sociopolítico que excede lo estrictamente local e incluso nacional. Así, los personajes de Maquis son conscientes en todo momento de la situación política internacional, aún cuando sus experiencias y actuaciones tengan lugar en la serranía

⁷¹ <<http://www.uv.es/cerverab/cuenca2007.htm>>

⁷² Como indica Cervera a Tyras, “En los capítulos de Maquis... en los que no hay un narrador claro ni un punto de vista claro en el sentido de que no se pueden atribuir ni la voz narrativa ni el punto de vista a ninguno de los personajes que van saliendo ¿quién cuenta? Pues un narrador impersonal que a veces puede que sea Ángel y otras veces es el escritor el que cuenta... Le corresponde luego al lector identificar las distintas voces, personales e impersonales, de la novela y sacar las correspondientes conclusiones narrativas” (Maquis literario 197-98).

valenciana. Como indica el maquis Sebas a Justino: “Los americanos y los rusos, Justino, cuando se acabe la guerra mundial se acabó Franco y esto será como tiene que ser, como tiene que ser y no como ahora, con tanta Falange y tanto cura y tanta mierda y tanto muerto” (55). No obstante, en esta novela los maquis no se limitan a sobrevivir hasta que lleguen los aliados, como ocurre, por ejemplo, en Los días del pasado; por el contrario, su lucha responde a un propósito político e ideológico orientado hacia la construcción de una sociedad igualitaria que elimine las diferencias de clases y que restituya la dignidad que la dictadura arrebató al pueblo. Estos ideales dotan también de significado al sacrificio de los combatientes quienes, como indica el maquis *Ojos Azules*, pueden morir en paz “cuando la muerte nos encuentra en el tajo diario de la lucha, de la entrega única a nuestros ideales, de unos ideales que nos hacen diferentes” (87). En base a estos ideales, los objetivos políticos y sociales de los maquis se proyectan sobre una temporalidad futura que se percibe desde un prisma marxista, como refleja la terminología que emplea el maquis Feliciano en una conversación que mantiene con su compañero Bernabé:

Bernabé. Es que si en esta mierda de guerra no buscamos la felicidad no sé qué coño buscamos, ¿o no es eso, Feliciano, o no es eso?

Feliciano. Hombre, pues algo de eso hay, pero también hay la felicidad de nuestra gente, y la solidaridad, y la igualdad, que ahora estos cabrones fascistas ni igualdad ni leches, que sólo a fusilar y a matar lo que haga falta y tan tranquilos. (95)

A pesar de la orientación ideológica de los personajes, Cervera no explora la relación entre los guerrilleros y la agrupación comunista, sino que se limita a subrayar la fractura entre ambos y la desmoralización que causa en los combatientes el abandono de la lucha armada por parte del PCE. Aún cuando las alusiones a este partido sean obvias— al igual que ocurre en el film de Gutiérrez Aragón— esta organización no se menciona explícitamente sino que constituye una presencia siniestra para los guerrilleros que se

oculta tras la sintaxis de la oración impersonal: “Y ahora les han dicho que se las apañen como puedan para que dejen el monte, que la situación ha cambiado y que se requieren otras formas de lucha contra el fascismo de Franco” (154). En lugar de eludir esta cuestión puntillosa o de abordarla mediante alusiones indirectas, los maquis de Cervera reflexionan sobre la misma y anticipan el silenciamiento que causa este abandono. Así, y ante la falta de todo apoyo partidista o institucional, estos personajes insisten continuamente en la necesidad de que su lucha y sus experiencias se mantengan vivas en la memoria colectiva pues, como figuras incómodas para el régimen, la democracia y para la propia izquierda socialdemócrata, estos individuos están condenados a la ignominia. Como refleja Nicasio: “Sólo vale la pena vivir si somos un buen recuerdo para los nuestros, Sebas, si no es así más vale que nos peguemos un tiro y acabemos de una vez por todas antes de entrar en el túnel de la vergüenza.” (155). De este modo, Cervera da un paso más en la línea crítica que se inicia durante el periodo preconsensual de la transición y que se interrumpe con el establecimiento del consenso.

En Maquis, el proyecto utópico que impulsa inicialmente la lucha armada, no desaparece con la derrota, como sucede en Luna de lobos y en El corazón del bosque, sino que se transforma en una anticipación disfórica que, a pesar de su pesimismo, mantiene la condición del maquis como sujeto ideológico. Estos ideales justifican la legitimidad de la guerrilla aún cuando su lucha esté advocada al fracaso, por lo que, en contraposición al discurso consensual—e incluso a la película de Gutiérrez Aragón—estas circunstancias no se traducen en la degradación de los combatientes a la condición de criminales o, como ocurre con *El Andarín*, a la de residuos ideológicos. Como refleja la siguiente reflexión de Pastor Vázquez:

Lo veo aquí, cercado por los disparos certeros de los guardias, y lo empecé a ver cuando nos fuimos quedando solos en el Cerro de los Curas y nos llegaban noticias sobre el abandono de la lucha porque ya estaba fuera de lugar resistir a la desesperada y había que luchar contra Franco en los despachos más o menos lujosos del exilio. Ahí está Nicasio, pegando tiros y no volviendo la cara a los terroríficos cartuchos de nuestros enemigos. (152)

La negatividad que conlleva la pérdida de fe en el proceso revolucionario y la ineludible derrota de los combatientes se compensa a través de proyecciones alternativas que permiten a los personajes evadir su realidad inmediata. Esta aproximación difiere de la de Llamazares y de la de Gutiérrez Aragón, cuyos personajes no imaginan mundos futuros, sino que se remiten a un pasado idealizado e inasequible que, más que impulsar su lucha, los sume en la desesperación. Por el contrario, en Maquis, la subjetividad de los personajes les permite enfrentarse a situaciones de riesgo y a seguir luchando por un futuro que está aún por venir, a pesar de que se encuentran en todo momento expuestos a morir bajo las balas de los enemigos. Rosario, por ejemplo, la esposa de un maquis que suministra provisiones a los combatientes, se percibe a sí misma momentos antes de ser asesinada como “un águila real volando por el cerro más alto de los montes” (36-37).⁷³ Como refleja este personaje, la imaginación, al igual que el coraje, el valor o la convicción ideológica, constituye un impulso esencial para la lucha que escapa a todo análisis historiográfico y positivista. Más aún, estas proyecciones enfatizan de nuevo la importancia de la subjetividad de los personajes sobre el valor fáctico del relato. Así, por ejemplo, el asesinato de Rosario se presenta como una muerte tridimensional que antepone la subjetividad de la víctima y la de los distintos miembros del colectivo al que

⁷³ Según el testimonio de Nicasio: “A Rosario la mataron los civiles una tarde que no paró de llover en Los Yesares. Había subido al Cerro de los Curas para traernos comida a los de *Ojos Azules*. Ya de regreso, la pararon en el término de Cochichillas, le preguntaron si era la mujer de Nicasio Valero García, el de la Negra, y cuando dijo que sí y que qué pasaba si era la mujer de Nicasio le pegaron un tiro en la tripa” (21).

pertenece al valor del dato numérico y estadístico que supone cada baja que produce la Guardia Civil.

Esta tridimensionalidad se pone también de manifiesto a través de aquellos personajes que Tyras denomina como “narradores post-mortem” (Maquis literario 160). Como testigos integrales— según la terminología que emplea Giorgio Agamben en Lo que queda de Auschwitz—estos personajes narran los sucesos en los que participan hasta el punto de morir en ellos (Maquis literario 17). Desde la desestabilización temporal que suponen sus relatos, estos individuos vuelven a la presencia para narrar su propia muerte, como reflejan Pastor Vázquez, Nicasio y Félix. En estos casos, no basta con la narración externa, es decir, con el relato emotivo de cómo se producen estas muertes, ni con la contabilización numérica, ya que estos relatos excluirían la subjetividad de los personajes. Como indica Ofelia Ferrán en Working Through Memory, tenemos que tener en cuenta, no sólo “the body count” (278), sino también “the life accounts” (278). Así, por ejemplo, Nicasio experimenta el dolor de Angelín cuando le queman las uñas, es decir un dolor colectivo que, simultáneamente, forma parte de su individualidad y que le acompaña hasta sus últimos momentos: “Siente que lo suben a un caballo y que lo doblan en dos sobre el lomo del animal. Y cuando se va a extraviar definitivamente por lo oscuro también siente que las uñas le arden como si alguien se las estuviera quemando con un soplete... A lo mejor me he muerto” (155). Como ocurre en el caso de Rosario, en estos relatos, más que el dato estadístico —obsesión de la historiografía local— interesa el valor de estas muertes como experiencias que marcan la memoria colectiva. De este modo, estos personajes no mueren como animales, sino como sujetos de percepción y conocimiento, lo que, sin necesidad de recurrir a una representación heroica y maniquea

que se contraponga diametralmente a su representación en el discurso franquista, dignifica sus experiencias y las dota de sentido.

En base a su condición ideológica, estos personajes perciben la lucha desde una perspectiva independiente a la de sus enemigos y mediante un discurso que responde a unas reglas de formación propias. En este sentido, Cervera no se limita a representar al maquis desde la contestación de aquellos parámetros que establece el discurso franquista, como se observa, por ejemplo, en Luna de lobos. Desde la perspectiva de sus protagonistas, la guerrilla constituye la base sobre la que se puede articular una resistencia posterior, pues se trata de una modalidad de guerra que, aún cuando desaparece de la superficie de la historia oficial, forma parte de una historia discontinua que no concluye con la derrota de los maquis. Evocando la percepción de la historia en Los días del pasado— donde Mario Camus apunta hacia la guerrilla como el último eslabón de una historia discontinua que se inicia con el enfrentamiento de Agripa contra el pueblo astur-cántabro— en Maquis esta lucha se establece como un nodo fundacional cuyo desarrollo se proyecta hacia un futuro indeterminado. Así, aún cuando la lucha armada caiga temporalmente en el silencio, el espíritu y los valores que la impulsan se mantienen latentes ante la posibilidad de que surjan nuevas amenazas contra la libertad del pueblo. Esta persistencia pone de relieve una militancia que se manifiesta, no a través de banderas, siglas e himnos, sino de la fidelidad de los combatientes a sus principios ideológicos hasta sus últimas consecuencias. Los guerrilleros se mantienen fieles a sus deseos de justicia e igualdad cuando luchan y también cuando reflexionan sobre la democracia desde una perspectiva que no se pliega sobre las lógicas del consenso. En este sentido, en Maquis la lucha sigue vigente mediante la articulación de perspectivas que reaccionan contra un discurso oficial que vuelve a silenciar a estos personajes, por lo

que la memoria se entiende como una continuación de la guerrilla por otros medios.

Como indica Nicasio:

Es el final y en todos estos años hemos ido dejando una huella de libertad que podrán seguir quienes nos sucedan en la lucha. Yo nunca perdía la esperanza en que saldríamos con bien de esta aventura y ahora, a pesar del cerco implacable, aún veo en la lejanía la seguridad de que la muerte no puede acabar con todo, con los años que pasamos en el Cerro, con la memoria que siempre recordará lo que hicimos para que la vida no fuera una mierda disfrazada de banderas y consignas, para que se acabara el ricino en las entrañas de la decencia y no hubiera más silencio por las calles de España y Los Yesares. (157)

En su condición de militantes ideológicos, los maquis de Cervera perciben a Franco como un rival ideológico y como un enemigo personal al que hay que eliminar. Este propósito difiere radicalmente de una postura atravesada por el consenso que—a pesar de su carácter explícitamente antifranquista—elimina a este personaje de la narración, como se observa, por ejemplo, en Luna de lobos. Por un lado, Franco es un enemigo ideológico (*hostis*) del que se deriva el miedo que impone la Guardia Civil: “Franco no existe, Nicasio, no existe más que en nuestras cabezas porque nos lo metieron ahí como a un fantasma, para que el miedo nos durara toda la vida” (Maquis 49). Por otro lado, el dictador es un enemigo personal (*inimicus*) expuesto a los mismos imperativos biológicos que el resto de los personajes. Al identificar explícitamente a esta figura, Maquis no reduce la dictadura a un horror abstracto del que “todos fuimos culpables,” según la célebre frase del socialista Juan Simeón Vidarte; por el contrario, existen sujetos agentes, con nombres y apellidos, que son responsables directos de esta violencia y que han de responder por sus crímenes, aunque sea, a falta de una justicia material, en la imaginación de las víctimas. Evocando la percepción del enemigo en la literatura militante del exilio, como reflejan, por ejemplo, las protagonistas de La hija de Dios y La

niña guerrillera—Franco es objeto de la rabia de unos personajes atravesados, no por el espíritu de paz y reconciliación que promueve el orden dominante, sino por un odio irredimible, como reflejan los pensamientos de Nicasio en el momento de su muerte. La muerte agónica de Franco que imagina este personaje restituye un sentido de justicia por los crímenes de los que es responsable el dictador, lo que supone una victoria simbólica de los maquis sobre este enemigo, aún cuando no sean ni agentes ni testigos de este desenlace. Se trata de un triunfo que, como parte de una percepción ideológica de la realidad, reside en la subjetividad de los combatientes, único espacio en el que, al no estar atravesado por el consenso, se puede aspirar a una resolución definitiva del conflicto:

No sé cuándo se morirá pero me gustaría que su muerte fuera agónica, que sufriera como si le estuvieran clavando alambres por el cuerpo y su cuerpo implorara piedad y compasión hasta quedarse mudo. No sé si los monstruos sienten pero deseo que ese monstruo enmedallado se retuerza de dolor cuando se le acerque la muerte y diga a sus oídos, tantas veces negados al dolor de los demás, que le busca a él y que hay muertes y muertes y la suya va a ser de las peores. (158)

Como conclusión, y a diferencia de la representación del guerrillero en el discurso consensual, la propuesta de Cervera abre una fisura en el sistema de representación dominante desde la que emerge la perspectiva aquellos individuos que toman parte en esta lucha, ya sea como combatientes o como enlaces. Más que facilitar datos que en principio sean desconocidos para el lector, los maquis de Cervera aportan nuevas perspectivas que responden a un sistema de racionalización que no está respaldado ni por las élites políticas ni por los aparatos ideológicos del Estado. Se trata de una lógica que surge en la interacción de discursos, experiencias y recuerdos de la colectividad. Esta lógica cuestiona el carácter frecuentemente unívoco del discurso dominante y los pilares del sistema democrático como, por ejemplo, la reconciliación nacional. Como se observa

en el caso del desfile militar de la Fiesta Nacional de España o de la Ley por la Recuperación de la Memoria Histórica, el reconocimiento de estos personajes se queda en lo simbólico y moral. Así, en lugar de promover el conocimiento de la lucha contra el régimen y crear un espacio que permita la expresión de sus protagonistas, estos reconocimientos vuelven a silenciar a los guerrilleros bajo la implacable lógica de la reconciliación y del olvido. De hecho, y como indica Juan Luis Cebrián, aún en la actualidad, la perspectiva oficial no duda en descalificar a quienes discrepen del poder o sugieran formas distintas para la convivencia de antipatriotas y antiespañoles (Fundamentalismo 41).

Ante la necesidad de aplacar aquellas voces que plantean continuamente perspectivas y procesos de racionalización que difieren del discurso oficial, tanto la Ley de la Memoria Histórica como un amplio volumen de obras literarias, cinematográficas e historiográficas avaladas por el mercado tratan de poner, como indica Cervera, “una especie de punto final que cierra institucionalmente lo que desde el punto de vista de la justicia y de las emociones no se ha cerrado” (Maquis literario 200). Esta actitud pone de manifiesto la necesidad urgente e inapelable de cuestionar los límites que aún restringen el discurso cultural y de promover un análisis de la dictadura, de la transición y de la democracia desde perspectivas que siguen siendo marginales. Como producto comercial que empieza a mostrar señales de agotamiento, la guerrilla— y la memoria histórica en general— amenazan con desaparecer de nuevo del foco de atención cultural, política y social en un momento en el que la reflexión crítica sobre estas cuestiones se encuentra aún en un estado incipiente. Por consiguiente, la recuperación de la memoria histórica se enfrenta, por un lado, al riesgo de adormilarse en la celebración de unos logros que son todavía insuficientes y, por otro, al reto de continuar forzando los estrechos límites del

consenso. Teniendo en cuenta los retos y oportunidades a los que se enfrenta este fenómeno político y social, urge la necesidad de expandir las posibilidades que ofrece el mercado a través de propuestas que, en lugar de limitarse al oportunismo y a la repetición cuantitativa, exploren procesos de racionalización alternativos. Como ponen de relieve las novelas de Cervera, la consolidación de la democracia exige la inclusión de voces y perspectivas que surgen, no desde la periferia del dolor y de su memoria sino, como indica Pedro Guerra, “en el lugar preciso de la cicatriz.”

Bibliografía

Actas de la V Jornada del maquis en Santa Cruz de Moya: crónica rural de la guerrilla española: memoria histórica viva, 30 de septiembre-3 de octubre de 2004.

Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca, 2004.

Adorno, Theodor. Culture Industry. Selected Essays on Mass Culture. 7th ed. London; New York: Routledge, 2007.

Agamben, Giorgio. El poder soberano y la nuda vida. Valencia: Pre-textos, 1999.

---. Estado de Excepción. Homo Sacer II. Valencia: Pre-textos, 2004.

---. Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life. Stanford, California: Stanford University Press, 1998.

---. Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el Testigo. Homo Sacer III. Madrid: Pre-textos, 2002.

---. State of Exception. Chicago: University of Chicago Press, 2005.

Aguado Sánchez, Francisco. El maquis en España: Su historia. Madrid: Librería Editorial San Martín, 1975.

---. Historia de la Guardia Civil. Vol. 6. Barcelona: Editorial Planeta, 1984.

Águila Tejerina, Rafael y Ricardo Montoro. El discurso político de la Transición española. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI de España, 1984.

Aguilar Fernández, Paloma. Memoria y olvido de la guerra civil española. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

Alba, Víctor. Historia de la resistencia antifranquista. Barcelona: Editorial Planeta, 1978.

Alcalde, Carmen. La mujer en la guerra civil española. Madrid: Editorial Cambio 16, 1976.

- Alonso, Carlos. La pacificación. Guerrilleros, maquis y pistoleros. Madrid: AHR, 1957.
- Althusser, Louis. “Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado.” Ideología. Un mapa de la Cuestión. Ed. Slavoj Žižek. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003: 115- 156.
- Álvarez Osés, José Antonio, Ignacio Cal Freire et al. La guerra que aprendieron los españoles. República y guerra civil en los textos de bachillerato (1938-1983). Madrid: ICE Universidad Autónoma de Madrid, 2000.
- Amieva Celso. Versos del maquis. México: Ecuador, 1960.
- Amoraga, Carmen. Entrevista con Alfons Cervera. Levante. Valencia. 17 abril 2005.
Página web de Alfons Cervera. <<http://www.uv.es/cerverab/entrlevante.htm>>.
- André-Bazzana, Bénédicte. Mitos y mentiras de la Transición. N.p.: El viejo topo, 2006.
- Angulo Jesús, Heredero, Carlos, et al. Un cineasta llamado Pedro Olea. San Sebastián; Vitoria: Filmoteca Vasca-Fundación Caja Vital Kutxa, 1993
- Arasa, Daniel. La invasión de los maquis: el intento armado para derribar el Franquismo que consolidó el régimen y provocó depuraciones en el PCE. Barcelona: Belacqva, 2004.
- . Años 40. Los maquis y el PCE. Barcelona: A. Vergara, 1984.
- Arce, Manuel. Testamento en la montaña. Barcelona: Ediciones Destino, 1956.
- Arendt, Hannah. On Revolution. New York: Viking Press, 1963.
- . Sobre la violencia. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- . The Origins of Totalitarianism. New York: Meridian Books, 1958.
- Arostegui, Julio y François Godicheau. Guerra civil. Mito y memoria. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., 2006.

Asenjo Sedano, Carlos. Conversación sobre la guerra. 3ª ed. Barcelona: Ediciones Destino, 1978.

Asociación por la recuperación de la memoria histórica.

<<http://www.memoriahistorica.org>>.

Ataque. Julio de 1945- Febrero 1950. Órgano de información de la Agrupación Guerrillera de XXX. Archivo del PCE.

A tiro limpio. Dir. Francisco Pérez Dolz. Perfs. María Asquerino, María Julia Díaz. Film. Balcázar Producciones Cinematográficas, 1963.

Azaña, Manuel. La velada en Benicarló: diálogo de la guerra de España. Madrid: Editorial Castalia, 1974.

Badiou, Alain. Being and Event. London; New York: Continuum, 2007.

---. Infinite Thought. London; New York: Continuum, 2007.

---. Metapolitics. London; New York: Verso, 1998.

Bahamonde y Sánchez de Castro, Antonio. Un año con Queipo de Llano; memorias de un nacionalista. México: Ediciones Nuestro Tiempo, 1938.

Barry, Jordan y Rikki Morgan-Tamosunas. Contemporary Spanish Cinema. Manchester: Manchester University Press, 1998.

Barthes, Roland. Mythologies. London: Paladin, 1973.

Baudrillard, Jean. Cultura y simulacro. 8ª ed. Barcelona: Editorial Kairós, 2007.

Bayo, Alberto. Mi aporte a la revolución cubana. Habana: Ejército Rebelde, 1960.

Behold a Pale Horse. Dir. Fred Zinnerman. Perfs. Anthony Quinn, Gregory Peck. Film. Columbia Pictures Corporation, 1964.

Berenguer, Luis. El mundo de Juan Lobón. Madrid; Barcelona: Alfaguara Literaria S.L., 1967.

Bergamín, José. La hija de Dios y La niña guerrillera. México: M. Altolaguirre, Impresor, 1945.

Birulés, Fina (2002). "La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido." Cruz 141-149.

Blanco Aguinaga, Carlos. Historia social de la literatura española. Vol. 3. Madrid: Castalia, 1978-1979.

Bobbio, Norberto. El problema de la guerra y las vías de la paz. Barcelona: Gedisa Editorial, 1992.

---. The Future of Democracy: A Defence of the Rules of the Game. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.

Boixader, José V. El Maquis. Madrid: Gráficas Uguina, 1944.

Boletines Oficiales de la Guardia Civil. 1940-1952. Archivo de la Guardia Civil.

Boletín Oficial del Estado. Ministerio de la Presidencia. <<http://www.boe.es/g/es/>>.

Brenan, Gerald. The Spanish Labyrinth: An Account of the Social and Political Background of the Civil War. Cambridge: Cambridge University Press, 1962.

Brinkman, Sören. "La recuperación de la memoria histórica: entre el incumplimiento institucional y la instrumentalización política." España: del consenso a la polarización. Cambios en la democracia española. Ed. Walther Berneker and Günther Maihold. Madrid: Iberoamericana, 2007.

Brown, Wendy. States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1995.

Burns, Emile. Handbook of Marxism. New York: Random House, 1935.

Bussy Genevois, Danièle. "The Women of Spain from the Republic to Franco." A History of Women in the West. Ed. Georges Duby et Michelle Perrot. 5 vols. Cambridge; London: Harvard University Press, 1994: 177-193.

- Calvo Serer, Rafael. La literatura universal sobre la Guerra de España. Madrid: Ateneo, 1962.
- Camada Negra. Dir. Manuel Gutiérrez Aragón. Perfs. Ana Belén, José Luis Alonso. El Imán. Cine y Televisión, S.A., 1977.
- Camino, Jaime. Íntimas conversaciones con la Pasionaria. Barcelona: Dopesa, 1977.
- Canciones para después de una guerra. Dir. Basilio Martín Patino. Turner Films, 1976.
- Caparrós Lera, José María. El cine español bajo el régimen de Franco, 1936-1975. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 1983.
- . El cine español de la democracia: de la muerte de Franco al "cambio" socialista (1975-1989). Barcelona: Anthropos, 1992.
- . El cine político visto después del franquismo. Barcelona: Dopesa, 1978.
- Carnés, Luisa. El eslabón perdido. Sevilla: Renacimiento Biblioteca del exilio, 2002.
- . Juan Caballero, novela. México: Novelas Atlante, 1956.
- . Los bancos del Prado; Los vendedores de miedo. Madrid: Asociación de Directores de Escena de España, 2002.
- . Tea rooms: mujeres obreras (novela reportaje). Madrid: Juan Pueyo, 1934.
- Carr, Jess. ¡Alerta! ¡Maquis!. Barcelona: Toray, 1962.
- Carr, Raymond. Modern Spain 1875-1980. Oxford; New York: Oxford University Press, 1980.
- Carrillo, Santiago. "A la luz del comunicado de Bucarest." Nuestra Bandera. Julio, 1948: 450-463.
- . "Notas de Santiago sobre periodo Monzón." Archivo del PCE.
- . "Sobre las experiencias de dos años de lucha." Nuestra bandera. Partido Comunista de España. Noviembre-diciembre 1948.

- Carta a una mujer. Dir. Miguel Iglesias. Perf. Joan Armengol, José María Caffarel. Film. Cine Prodex, 1963.
- Casa Manchada. Dir. Antonio Nieves Conde. Perfs. Stephen Boyd, Sara Lezana. Film. Hidalgo Producciones Cinematográficas, 1977.
- Casanova Julián, Francisco Espinosa, et al. Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco. Barcelona: Crítica, 2002.
- Cañada, Silverio, ed. “Represión, guerrilla y exilio. 1937-1952.” Historia General de Asturias. Vol 11. N.p.: Gran Enciclopedia Asturiana, 1978.
- Cebrián, Juan Luis. El fundamentalismo democrático. Madrid: Taurus, 2004.
- . El siglo de las sombras. Meditaciones urgentes de un europeo de hoy. 1ª ed. Madrid: El País, Aguilar, 1994.
- . La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición. Madrid: Taurus, 1980.
- Cercas, Javier. Soldados de Salamina. 1ª ed. Barcelona: Tusquets Editores, 2001.
- Certeau, Michel de. The Writing of History. Trans. Tom Conley. New York: Columbia University Press, 1988.
- Cervera, Alfons. Aquel invierno. Barcelona: Intervención cultural, 2005.
- . El color del crepúsculo. 3ª ed. Barcelona: Intervención cultural, 2007.
- . “El novelista y la creación.” *Tyras* 219-223.
- . “Historia, novela y memoria o el camarote de los Hermanos Marx.” Página web de Alfons Cervera. <<http://www.uv.es/cerverab/cuenca2007.htm>>.
- . La noche inmóvil. Barcelona: Montesinos, 1999.
- . La sombra del cielo. Barcelona: Montesinos, 2003.

- . "Llegar a tiempo. (Una breve reflexión sobre la escritura de la memoria)." Página web de Alfons Cervera. <<http://www.uv.es/cerverab/memoria.htm#memo1>>.
- . Maquis. Barcelona: Montesinos, 1996.
- Chacón, Dulce. La voz dormida. Madrid: Santillana Ediciones Generales S.L.: 2006.
- Chambart, Claude. The Maquis. A History of the French Resistance Movement. Indianapolis; New York: The Bobbs-Merrill Company, INC, 1976.
- Chamorro, Eduardo. Felipe González : Un hombre a la espera. Barcelona: Planeta, 1980.
- Chaput, Marie-Claude. "Representaciones de las guerrillas en la prensa: ABC, Madrid, La Vanguardia Española (1944-1951)." Maquis y Guerrillas antifranquistas (1937-1951). Ed. Marie-Claude Chaput, Odette Martinez-Maler, et al. Journées d'études. Paris X: BDOC, Publidix: 43-63.
- Chueca, Ricardo, Manuel Contreras et al. Las fuentes ideológicas de un régimen. (España 1939-1945). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978.
- Cicero Gómez, Isidro. Los que se echaron al monte. Juanín, Gildo, Machado y Bedoya. Madrid: Popular, 1977.
- Claudín, Fernando. Santiago Carrillo. Crónica de un Secretario General. Barcelona: Editorial Planeta, 1983.
- Colmeiro, José. Memoria histórica e identidad cultural: de la postguerra a la modernidad. Madrid: Anthropos, Editorial del Hombre, 2005.
- Colomer, Josep María. Game Theory and the Transition to Democracy. Aldershot, Hants, England; Brookfield, Vt., USA : Edward Elgar, 1995.
- . La Transición a la democracia. El modelo español. Barcelona: Editorial Anagrama, 1998.

Companys, procés a Catalunya. Dir. Josep Maria Forn. Perfs. Luis Oriondo, Marta Angelats. 1979.

Conesa, Mercé, y Bartomeu Vila. Guerrilleros. 13 Testimonios de la resistencia armada al Franquismo. La gavilla verde.

<http://www.lagavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/guerrilleros/guerrilleros.htm>.

Connerton, Paul. How Societies Remember. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1989.

Conrad Malerbe, Pierre. La oposición al franquismo 1939-1975. Madrid: Ediciones Naranco, 1977.

Cortés Pellicer, Jorge. La savia de la literesa. Zaragoza: Las tres hermanas, 2003.

Cossias, Tomás. La lucha contra el maquis en España. Madrid: Editora Nacional, 1956.

Crespo Martínez, Ismael. Partidos, medios de comunicación y electores: los efectos de la campaña electoral de 2000 en España. Buenos Aires: Planeta, 2003.

Crisól. Marzo de 1942. Órgano de Unidad Nacional.

<http://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=503091067&ocultarCabecera=S>.

Cruz, Manuel, ed. Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós, 2002.

Cué, Carlos E. “La tierra devuelve a sus muertos.” El País Digital 1 de julio de 2002.

<http://www.elpais.com/articulo/espana/LEON/tierra/devuelve/muertos/elpepiesp/20020701elpepinac_10/Tes>.

Cuello Calón, Eugenio. Manual de Derecho Penal español. Conforme al nuevo “Código Penal, texto refundido de 1944.” 2 vols. Barcelona: Bosch Casa Editorial, 1945.

- Curro Jiménez. Dir. Mario Camus y Antonio Drove. Perfs. Sancho Gracia, José Sancho, Álvaro de Luna. RTVE, 1976.
- Dalto, J. y Amando de Miguel. Escuela de Maquis. Bilbao: Desclee Brouwer, 1951.
- Debord, Guy. Society of the Spectacle. Detroit: Black & Red, 1977.
- . Comentarios sobre la sociedad del espectáculo. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Debrays, Régis. Demain, L'Espagne. Santiago Carrillo, entretiens avec Régis Debray et Max Gallo. Paris: Seuil, 1974.
- De la Cierva, Ricardo. Introducción. El maquis en España: su historia. Madrid: Librería Editorial San Martín, 1975.
- De la Fuente, Pablo. Este tiempo amargo. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1953.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia. 11a e. Minneapolis; London: University of Minnesota Press, 2005.
- Del Valle, Conrado. Fuego en las cumbres. Barcelona: Mateu, 1952.
- De Man, Paul. The Resistance to Theory. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- Derrida, Jacques. Cada vez única, el fin del mundo. Valencia: Pre-textos, 2005.
- . Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la internacional. 4ª edición. Madrid: Editorial Trotta, 2003.
- . Fuerza de Ley. El "fundamento místico de la autoridad." Madrid: Editorial Tecnos, 2002.
- Después de... Atado y bien atado. Dir. Cecilia Bartolomé y Juan José Bartolomé. Producciones Cinematográficas Ales, S.A., 1983.
- Después de.... No se os puede dejar solos. Dir. Cecilia Bartolomé y Juan José Bartolomé. Producciones Cinematográficas Ales, S.A., 1981.

Díaz Carmona, Antonio. Bandolerismo contemporáneo. Madrid: Compañía Bibliográfica Española, 1969.

Díaz Díaz, Benito. "La guérilla antifranquiste dans le centre d'Espagne." Rouges: maquis de France et d'Espagne. Les guérilleros. Ed. Jean Ortiz. Biarritz: Atlantica, 2006: 369-396.

Díaz, José. La guerra y el Frente Popular. Madrid: Ediciones Vanguardia Obrera, 1990.

Díaz Plaja, Fernando. La Guerra de España en sus documentos. Barcelona: Plaza & Janés, 1973.

Diego de, Enrique. Casta parasitaria, la Transición como desastre nacional. Madrid: Rambla, 2008.

Discurso 30 de diciembre de 1941. Comité Español Pro-Ambulancia para la URSS. Ciudad de México. Film 32273. Reel 27, ítem 1103. The University of Michigan.

Domingo, Alfonso. El maquis: el canto del búho. La vida en el monte de la guerrilla antifranquista. Madrid: Oberón, 2002.

Dos caminos. Dir. Arturo Ruiz Castillo. Perfs. María Luisa Abad, Valeriano Andrés. Film. Eos Films, 1953.

Eagleton, Terry. Ideology. An Introduction. London; New York: Verso, 1991.

---. "La ideología y sus vicisitudes en el marxismo occidental." Ideología. Un mapa de la Cuestión. Ed. Slavoj Žižek. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003: 199-252.

Eck, Hélène. "French Women Under Vichy." A History of Women in the West. Ed. Georges Duby y Michelle Perrot. 5 vols. Cambridge; London: Harvard University Press, 1994: 194-225.

Ejército Nacional Democrático. Mayo 1949. Archivo del PCE.

El año del diluvio. Dir. Jaime Chávarri. Perfs. Fanny Ardant, Darío Grandinetti.

Gonafilm, 2004.

El corazón del bosque. Dir. Manuel Gutiérrez Aragón. Perfs, Norman Briski, Ángela

Molina. Film. Arándano, S.A., 1979.

El crimen de Cuenca. Dir. Pilar Miró. Perfs. Amparo Soler Leal, Héctor Alterio. In-Cine

Compañía Industrial Cinematográfica, 1980.

El Crisol. Comité Nacional de Trabajadores. 15 de marzo de 1942.

El espíritu de la colmena. Dir. Víctor Erice. Perfs. Fernando Fernán Gómez, Ana Torrent.

Film. Elías Querejeta Producciones Cinematográficas S.L., 1973.

El guerrillero. Marzo de 1947. Órgano de información de la Agrupación Guerrillera de

Galicia. Archivo del PCE.

El guerrillero. Enero 1947-Septiembre 1949. Órgano de información de la Agrupación

Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA). Archivo del PCE.

El guerrillero carpetano. Marzo-abril 1947. Archivo del PCE.

El laberinto del fauno. Dir. Guillermo del Toro. Perfs. Ivana Baquero, Sergi López,

Maribel Verdú, Doug Jones. Tequila Gang, 2006.

Ellis, John. From the Barrel of a Gun. A History of Guerrilla, Revolutionary, and

Counter-insurgency Warfare, from the Romans to the Present. London: Greenhill

Books; Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 1995.

El mundo de Juan Lobón. Dir. Enrique Brasó. Perfs. Maribel Verdú, Álvaro de Luna.

Film. Suevia Films, 1989.

“El último maquis vuelve a la vida.” Pueblo 17 de diciembre de 1976: 5-6.

- Entre rojas. Dir. Azucena Rodríguez. Perfs. Penélope Cruz, Cristina Marcos, Ana Torrent, Pilar Bardem. Fernando Colomo Producciones Cinematográficas, S.L., 1995.
- Estruch Tobella, Joan. El PCE en la clandestinidad (1939-1956). Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1982.
- Fast, Howard. Tito and his People. Winnipeg: Contemporary Publishers, 1944.
<<http://www.trussel.com/hf/tito.htm>>.
- Fernández, Alberto. La España de los maquis. México: Eral, 1971.
- Fernández Freixanes, Víctor. Memoria d'un fuxido. Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 1980.
- Fernández Vargas, Valentina. La resistencia interior en la España de Franco. Madrid: Ediciones Istmo, 1981.
- Ferrán, Ofelia. Working Through Memory: Writing and Remembrance in Contemporary Spanish Narrative. Lewisburg: Bucknell University Press, 2007.
- Ferrary, Álvaro. El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956). Pamplona: Eunsa, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 1993.
- Fórmica, Mercedes. La ciudad perdida. Barcelona: Luis de Caralt, 1951.
- Forniéles Alcaraz, Javier. "Historia y novela en los primeros años de la transición." Cheyrouze. 421-431.
- For Whom the Bells Toll. Dir. Sam Wood. Perfs. Gary Cooper, Ingrid Bergman. Film. Paramount Pictures, 1943.
- Foucault, Michel. "History of the Systems of Thought". Language, Counter-memory, Practice, ed. Donald F. Bouchard. Ithaca: Cornell University Press, 1980, 199-205.

- . La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa Editorial, 2003.
- . Nietzsche, la genealogía, la historia. Valencia: Pre-textos, 1997.
- . Security, Territory, Population. Lectures at the Collège de France 1977-1978. New York: Pallgrave MacMillan, 2007.
- . Society Must Be Defended. Lectures at the Collège de France 1977-1978. New York: Picador, 2003.
- . The Archaeology of Knowledge. New York: Pantheon Books, 1972.
- Fraga Manuel. “Los bloques del futuro pueden ser conservadores, evolucionistas o socialistas.” El país 4 de julio 1976. <http://www.elpais.com/articulo/espana/FRAGA_IRIBARNE/_MANUEL/MINISTERIO_DE_GOBERNACION/_-7-1976/_51977/PODER_EJECUTIVO/_GOBIERNO_PREDEMOCRATICO_/19751977/bloques/futuro/pueden/ser/conservadores/evolucionistas/socialistas/elpepi/19760704elpepinac_9/Tes>.
- Francisco, José. Habla mi conciencia. Barcelona: Ediciones Acervo, 1961.
- Franco, Francisco. Discursos y mensajes. Madrid: Dirección General de Información, 1955.
- Freud, Sigmund. “Lo siniestro.” Obras completas, Vol.3. 2483-2505. Madrid: Orbis, 1988.
- . Totem and Taboo. The Basic Writings of Sigmund Freud. New York: Random House, INC, 1938.
- “Fuero de los españoles de 1945.” Instituto Cervantes.
<<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/67926282101469673765679/index.htm>>.
- Furtivos. Dir. José Luis Borau. Perfs. Simón Arraiga, José Luis Borau. El Imán Cine y

Televisión, S.A., 1975.

Gallego Pérez, Cándido. Lucha contra el crimen y el desorden. Memorias de un teniente de la Guardia Civil. Madrid: Rollán, 1957.

Gálvez Yagüe, Jesús. José Herrera Petere: vida, compromiso político y literatura. Sigüenza: Ediciones de la librería Rayuela, 2000.

García Díez, Juan Antonio. "Tackling the Economic Crisis: The Government's Consensual Strategy." Threlfall 41-52.

García Pelayo, Manuel. Los mitos políticos. Madrid: Alianza Editorial, 1981.

García Santesmases, Antonio. Repensar la izquierda: evolución ideológica del socialismo en la España actual. Madrid : Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993.

Gavela, César. El Puente de hierro. Paterna (Valencia): Editorial Pre-textos, 1998.

Gay, Vicente. Estampas Rojas y Caballeros blancos. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1937.

Gómez Bermúdez de Castro, Ramiro. La producción cinematográfica española de la Transición a la Democracia (1976-1986). Bilbao: Editorial Mensajero, 1989.

Gómez López-Quñones, Antonio. La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española. Vervuert: Iberoamericana, 2006.

Gómez Moreno, Francisco. La resistencia armada contra Franco: tragedia del maquis y la guerrilla: el centro-sur de España, de Madrid al Guadalquivir. Barcelona: Crítica, 2001.

Gómez Parra, Rafael. La guerrilla antifranquista. 1945-1949. Madrid: Editorial Revolución, 1983.

González Sevillano, Juan José. Muerte y pasión de un maquis: Sebastián Eustaquio Moya Moya. El Chichango. Un drama obligado. N.p. : J.J. González, [1985?].

González Vicente, Carmen. “Fuentes para el estudio del movimiento guerrillero.”

El movimiento guerrillero de los años 40. Ed. Santiago Álvarez, José Hinojosa y José Sandoval. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas, 2003.

Goytisolo, Juan. Señas de identidad. México: Joaquín Mortíz, 1966.

“Gráfico comparativo entre los hechos de bandolerismo y represión por las fuerzas propias, desde el año 1943 al 1952, ambos inclusive.” Archivo Histórico de la Guardia Civil.

Graham, Helen. Breve historia de la guerra civil. 1ª edición. Pozuelo de Alarcón (Madrid): Espasa Calpe, 2006.

Grimaldos, Alfredo. La sombra de Franco en la transición. Madrid: Oberón, 2004.

Gros, José. Abriendo Caminos. Relatos de un guerrillero comunista español. París: Librairie du Globe, 1972.

Gubern, Román. Historia del cine español. 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1997.

---. La guerra de España en la pantalla. Madrid: Filmoteca española, ICAA, Ministerio de Cultura, 1986.

Guerra, Alfonso. Cuando el tiempo nos alcanza. Memoria (1940-1982). 1ª edición. Pozuelo de Alarcón (Madrid): Espasa-Calpe, 2005.

Guerra y revolución en España. 3 vols. Moscú: Editorial Progreso, 1966.

Guevara, Ernesto. Guerrilla Warfare. Melbourne; New York: Ocean Press, 2006.

Halbwachs, Maurice. La mémoire collective. Paris: Presses universitaires de France, 1950.

---. Les cadres sociaux de la mémoire. Paris: F. Alcan, 1925.

- Hardt, Michael, and Antonio Negri. Empire. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000.
- . Multitude. New York: The Penguin Press, 2004.
- Harmut, Heine. A guerilla antifranquista en Galicia. Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 1980.
- Hemingway, Ernest. For Whom the Bells Toll. New York: Scribner, 1940.
- Heredero, Carlos. Cuentos de magia y conocimiento. El cine de Manuel Gutiérrez Aragón. Burgos: Alta Films, 1998.
- . El cine según Manuel Gutiérrez Aragón. Historias de vida y de ficción. Huesca: Festival de Cine de Huesca, 1998.
- . "Historias de maquis en el cine español. Entre el arrepentimiento y el olvido."
<http://www.lagavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/historiasdelmaquisenelcineespanol.htm>.
- Herrera Petere, José. Cumbres de Extremadura. Barcelona: Anthropos, Editorial del hombre, 1986.
- . La Parturienta y otros cuentos o poemas en prosa satíricos sobre las clases reaccionarias españolas, con treinta dibujos. Madrid: Plutarco, 1936.
- . Teatro para combatientes. Madrid: Editorial Hispamerca, 1977.
- Herzberger, David. Narrating the Past: Fiction and Historiography in Post-war Spain. Durham: Duke University Press, 1995.
- Historia del Partido Comunista de España. Varsovia: Ediciones Polonia, 1960.
- Hopewell, John. Out of the past. Spanish Cinema After Franco. London: British Film Institute, 1986.

Hoyos, Marisol. Entrevista con Alfons Cervera. Nou Dise. Universitat de València. 23 de noviembre de 2006. <<http://www.uv.es/noudise/272.pdf>>.

Ibárruri, Dolores. Memorias de la Pasionaria. La lucha y la vida. Barcelona: Editorial Planeta, 1985.

Izcaray, Jesús. Las guerrillas de levante. París: Ediciones Nuestro Pueblo, 1951.

Izquierdo, José María. “Maquis: guerrilla antifranquista. Un tema en la literatura de la memoria española.” XV Skandinaviske Romanist Kongress. Oslo, 12-17 agosto, 2002. Universitetet i Oslo. <<http://www.duo.uio.no/roman/Art/Rf-16-02-2/esp/Izquierdo.pdf>>.

Juliá, Santos. “La refundación del PSOE” Claves de razón práctica. N. 60. 1996: 2-11. ---. Víctimas de la guerra civil. Madrid: Temas de hoy, 1999.

Kaiser, Carlos J. Historia del Maquis. Madrid: Ediciones 99, 1976.

Kallis, Aristotle, ed. The Facism Reader. London; New York: Routledge, 2003.

Kindelán, Alfredo. La verdad de mis relaciones con Franco. Barcelona: Planeta, 1981.

La ciudad perdida. Dir. Margarita Alexandre y Rafael María Torrecilla. Perfs. Cossetta Greco y María Dolores Pradera. Film. Pico Films, 1955.

La ciudad cremada. Dir. Antoni Ribas. Perfs. Xavier Elorriaga, Francisco Casares, Ángela Molina. José María Forn Costa, 1976.

La dominación roja en España. Causa General instruida por el Ministerio Fiscal. 4ª ed. Madrid: Dirección General de Información, 1961. 1ª ed. 1943.

La gavilla verde. Asociación La Gavilla Verde. <<http://www.lagavillaverde.org/>>.

La guerrilla de la memoria. Dir. Javier Corcuera. Oria Films, S.L., 2002.

“La guerrilla- Un estado precario.” España, historia inmediata. Radio Televisión Española. Vol.9. 10 vols. 1983.

- La memoria recobrada. Dir. Domingo Alonso. Radio Televisión Española, 2006.
- Landsberg, Alison. Prosthetic Memory: The Transformation of American Remembrance in the Age of Mass Culture. New York: Columbia University Press, 2004.
- La patrulla. Dir. Pedro Lázaga. Perfs. Conrado San Martín y Marisa de Leza. Film. Ansara Films, 1954.
- La paz empieza nunca. Dir. León Klimovsky. Perfs. Alfredo Marsillach y Concha Velasco. Film. Compañía Industrial Film Español S.A., (CIFESA), 1960.
- Laqueur, Walter, ed. Fascism. A Reader's Guide. Berkeley; Los Angeles, University of California Press, 1976.
- “Las guerrillas, modalidad de guerra popular que debe ser alientada.” Solidaridad obrera. 22 de mayo de 1938.
- Las largas vacaciones del 36. Dir. Jaime Camino. Perfs. Analía Gadé, Ismael Merlo, Ángela Molina. José Frade Producciones Cinematográficas, S.A., 1976.
- Latorre, Jorge. Tres décadas de El espíritu de la colmena. Girona: Eiusa Ediciones Internacionales Universitarias, S.A., 2006.
- Lavabre, Marie Claude. “Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos.” Aróstegui y Godicheau, 31-56.
- La vieja memoria. Dir. Jaime Camino. Perfs. Diego Abad, Francesc Benages. Profilmes, S.A., 1978.
- Lemus López, Encarnación. En Hamelín. La Transición española más allá de sus fronteras. Oviedo: Septem Ediciones, 2001.
- Levante. Mayo 1949-abril 1950. Órgano de información de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA). Archivo del PCE.

Levinson, Brett. Market and Thought: Meditations on the Political and Biopolitical. New York: Fordham University Press, 2004.

Levi-Strauss, Claude. The Savage Mind. Chicago: University of Chicago Press, 1966.

Libertarias. Dir. Vicente Aranda. Perfs. Ana Belén, Victoria Abril, Ariadna Gil, Loles León. Academy Pictures, 1996.

Limia, Eulogio. “Reseña general del bandolerismo en España.” Archivo del Partido Comunista.

Líster, Enrique. Así destruyó Carrillo el PCE. Barcelona: Editorial Planeta, 1983.

---. “Bajo las órdenes de los imperialistas yanquis.” Levante. Mayo, 1949.

---. Memorias de un luchador. Madrid: G. del Toro, 1977.

---. Nuestra guerra. Aportaciones para una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español (1936-1939). Paris: Editions de la Librairie du Globe, 1966.

Llamazares, Julio. Luna de Lobos. Barcelona: Editorial Seix Barral, 2004.

Lomillos, Miguel Ángel. “El discurso familiar en El espíritu de la colmena: la separación de los padres.” Banda aparte. n° 9-10. Valencia, 1998.

Los días del pasado. Dir. Mario Camus. Perfs. Antonio Gades, Marisol. Film. Impala, 1978.

Los ojos vendados. Dir. Carlos Saura. Perfs. Geraldine Chaplin, José Luis Gómez. Elías Quejereta Producciones Cinematográficas, S.L., 1978.

Los restos del naufragio. Dir. Ricardo Franco. Perfs. Ángela Molina, Fernando Fernán Gómez. In-Cine Compañía Industrial Cinematográfica, 1978.

Luca de Tena, Torcuato. Señor ex ministro. Barcelona: Planeta, 1978.

Lukacs, George. A Defence of History and Class Consciousness: Tailorism and the Dialectic. London; New York: Verso, 2000.

Luna de lobos. Dir. Julio Sánchez Valdés. Perfs. Santiago Ramos, Antonio Resines.

Brezal, P.C., 1987.

Malló Viplana, Oriol. La revolta dels Quixots Història d'un maquis. Barcelona:

Empuries, 1997.

Manzanares Artés, Nicolás. Consecuencias de la tragedia española. 1936-1939... y los

hermanos Quero. 1ª ed. N.p.: El autor, D.L., 1978.

Marcuse, Herbert. One-dimensional man. Boston, MA: Beacon Press, 1991.

Marsé, Juan. Si te dicen que caí. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A., 1989. 1ª ed.

1972.

Martínez, Guillén, ed. Franquismo pop. Barcelona: Mondadori, 2001.

Martínez de Baños, Fernando. El Maquis: una cultura del exilio español. Zaragoza:

Delsan libros, 2007.

---. Maquis y guerrilleros: del Pirineo al maestrazgo. Zaragoza: Delsan libros, 2003.

Martínez de Pisón, Ignacio. Enterrar a los muertos. Barcelona: Seix Barral, 2006.

Martorell, Manuel. Jesús Monzón. El líder comunista olvidado por la historia. Pamplona:

Pamiela Argitaletxea, 2000.

Memoria de la Transición. Del asesinato de Carrero a la integración en Europa. Madrid:

Diario El País, D.L., 1995.

Méndez, Alberto. Los girasoles ciegos. 9ª ed. Barcelona: Anagrama, 2005.

Mendoza, Eduardo. El año del diluvio. Barcelona: Seix Barral, 1992.

Merino, Elena. "El corazón del bosque." La Gavilla Verde.

<http://www.lgavillaverde.org/centro_de_documentacion/Cine/corazonbosque/elcorazondelbosque.htm>.

---. "Pim, Pam, Pum ¡Fuego!" La Gavilla Verde. <<http://www.lagavillaverde.org>

/centro_de_documentacion/Cine/pimpampumfuego/pimpampum.htm>.

Metralleta Stein. Dir. José Antonio de la Loma. Perfs. Francisco Rabal, John Saxon.

Film. C.B. Films, S.A., 1973.

Míguez González, Santiago. La preparación de la transición a la democracia en España.

Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1990.

Mi hija Hidelgart. Dir. Fernando Fernán Gómez. Perfs. Amparo Soler, Carmen Roldán.

Cámara Producciones Cinematográficas, S.A., 1977.

Mije, Antonio. "El congreso sindical falangista de la tierra ha sido una burla para los campesinos." Mundo Obrero. Abril, 1948.

Moa, Pío. Contra la mentira: Guerra Civil, izquierda nacionalista y jacobinismo. Madrid:

Libros libres, 2003.

---. Los mitos de la guerra civil. Madrid: La esfera de los libros, 2003.

Molina Foix, Vicente. Manuel Gutiérrez Aragón. Madrid: Cátedra, 2003.

---. New Cinema in Spain. London: British Film Institute, 1977.

Monterde, José Enrique. Veinte años de cine español (1973-1992). Un cine bajo la paradoja. Barcelona: Ediciones Paidós, 1993.

Montero Martínez, Remedios. Historia de Celia. Recuerdos de una guerrillera antifascista. Riialla: Octaedro, 2004.

Morán, Gregorio. El precio de la Transición. Barcelona : Editorial Planeta, 1991.

Moreiras Menor, Cristina. Cultura Herida. Literatura y cine en la España democrática. Madrid: Ediciones Libertarias, 2002.

---. "History Against the Grain: The State of Exception and Temporality in the Spanish Transition." Tiresias: Culture, Politics, and Critical Theory 2 (2008): 15-25.

<<http://www.lsa.umich.edu/RLL/tiresias/>>.

- Moreno Gómez, Francisco. La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. Barcelona: Crítica, 2001.
- Moret, Francisco. Conmemoraciones y fechas de la España nacionalsindicalista. Madrid: Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.
- Mouffe, Chantal. On the Political. London; New York: Routledge, 2005.
- Mujal León, Eusebio. Communism and Political Change in Spain. Bloomington: Indiana University Press, 1983.
- Mundo obrero. Julio 1948-febrero 1949. Órgano del PCE. Archivo del PCE.
- Munilla Gómez, Eduardo. “Consecuencias de la lucha de la Guardia Civil contra el bandolerismo en el periodo 1943-1952.” Archivo del Partido Comunista.
- Mussolini, Benito. Le Fascisme. Paris: Denoël et Steele, 1934.
- Navarro Serrano, Manuel. ¿Por qué hasta 1952? Madrid: Imagina Press Ediciones, 2006.
- Nora, Eugenio G. La novela española contemporánea. Vol. 3. Madrid: Gredos, 1963.
- Nora, Pierre, ed. Les lieux de la memoire. 3 vols. Paris: Gallimard, 1984.
- Nuestra Bandera. Enero-diciembre 1948. Órgano del PCE. Archivo del PCE.
- Otero Furelos, Miguel Ángel. Alas negras. Sevilla: Algaida, 2002.
- Pasamar Alzuria, Gonzalo. Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1991.
- Pastor Petit, Domingo. Los dossiers secretos de la Guerra Civil. Barcelona: Argos, 1978.
- Payán, Miguel Juan. Manuel Gutiérrez Aragón. Madrid: Sombras Chinescas, 1983.
- Payne, Stanley. España: una historia única. Madrid: Temas de hoy, 2008.
- . Los militares y la política en la España contemporánea. París: Ruedo Ibérico, 1968.
- . Politics and Society in Twentieth Century Spain. New York: New Viewpoints, 1976.

- Pêcheux, Michel. "El mecanismo del reconocimiento ideológico". Ideología. Un mapa de la Cuestión. Ed. Slavoj Žižek. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003. 157-168.
- . Language, Semantics, and Ideology: Stating the Obvious. London: Macmillan, 1982.
- Pemán, José María. Arenas y crónicas de guerra. Cádiz: Cerón, 1937.
- Pérez Perucha, Julio, ed. Antología crítica del cine español. 1906-1995. Madrid: Cátedra/ Filmoteca Española, 1997.
- Pérez Serrano, Julio. "La transición a la democracia como modelo analítico para la historia del presente." Quirosa-Cheyrouze 61-76.
- ¡Pim!, ¡Pam!, ¡Pum! ¡Fuego!. Dir. Pedro Olea. Perfs. Fernando Fernán Gómez, Concha Velasco. Film. José Frades Producciones Cinematográficas S.A., 1975.
- Pomeroy, William. Guerrilla Warfare and Marxism. New York: International Publishers, 1968.
- Pons Prades, Eduardo. Crónica negra de la Transición (1976-1985). Esplugues de Llobregat (Barcelona): Plaza & Janes, 1987.
- . Guerrilla españolas (1936- 1960). Barcelona: Planeta, 1977.
- Pressburger, Emeric. Envejece el guerrillero. Madrid: Círculo de lectores, 1962.
- . Killing a Mouse on Sunday. London: Collins, 1961.
- Preston, Paul. The Politics of Revenge: Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain. London; Boston: Unwim Hyman, 1990.
- . The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge. London: Hapercollins Publisher, 2006.
- Primo de Rivera, José Antonio. Discursos. Madrid: Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de la J.O.N.S., 1938.

- Puccini, Dario. Romancero de la resistencia española. México: Ediciones Era, 1967.
- Queridísimos verdugos. Dir. Basilio Martín Patino. Turner Pictures, 1977.
- Quirosa Cheyrouze y Muñoz, Rafael, ed. Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Ramírez, Manuel. España (1939-1975). Régimen político e ideología. Barcelona: Labor, 1978.
- . Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978.
- Rancière, Jacques. Dis-agreement. Politics and Philosophy. Minneapolis; London: University of Minnesota Press, 1999.
- . El odio a la democracia. Buenos Aires; Madrid: Amorrurtu editores, 2006.
- Regás, Rosa. "Literatura y memoria." El Correo. Julio de 2005. Página web de Alfons Cervera. <<http://www.uv.es/cerverab/regas.htm>>.
- Reig Tapia, Alberto. Franco "Caudillo:" mito y realidad. Madrid: Tecnos, 1996.
- . Ideología e historia sobre la represión franquista. Torrejón de Ardoz (Madrid): Ediciones Akal, S.A., 1986.
- . La represión franquista y la guerra civil: consideraciones metodológicas, instrumentalización política y justificación ideológica. Madrid: Departamento de Ciencias Política, Sección de Ciencias Políticas, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 1983.
- . Memoria de la Guerra civil: los mitos de la tribu. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- . Revisionismo y política: Pío Moa revisado. Madrid: Foca, 2008.
- Reigosa, Carlos. La agonía del león. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

Resina, Joan Ramón. Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy. Amsterdam; Atlanta, GA: Rodopi, 2000.

Revista de estudios históricos de la Guardia Civil. 1 y 2 (1968).

Richard, Nelly. Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición. Providencia, Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1998.

Riera, Carme. La mitad del alma. Madrid: Ediciones Alfaguara, S.A.- Grupo Santillana, 2004.

Riera, Miguel. "Del dolor que se enquistaba en la carne." Entrevista a Alfons Cervera. El viejo topo. Mayo de 2003. Tyras 209-218.

Rivas, Manuel. El lápiz del carpintero. Madrid: Ediciones Alfaguara, S.A.; Grupo Santillana, 1998.

Rocío. Dir. Fernando Díaz Vergara. Tangana Films, PCA., 1980.

Rodríguez Álvarez, Mikel. Maquis: la guerrilla vasca (1938-196). Tafalla: Txalaparta, S.L., 2002.

Romancero de la guerra civil. Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Sección de publicaciones, 1936.

Romancero general de la guerra de España. Valencia: Ediciones españolas, 1937.

Romero, Emilio. La paz empieza nunca. Barcelona: Editorial Planeta, 1957.

---. Todos morían en Casa Manchada. Barcelona: Editorial Planeta, 1969.

Romero Navas, José Aurelio. Recuperando la memoria: entrevistas a personas que por circunstancias, vivieron en los años cuarenta, una etapa difícil en sus vidas: guerrilleros, guardias civiles y campesinos. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 1997.

Romeu Alfaro, Fernanda. El silencio roto. Mujeres contra el franquismo. 2ª ed. Madrid:

Edición de la autora, 1994.

---. Más allá de la utopía. Perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante.

Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1987.

Rosado, T. “Los guerrilleros de Asturias por la salvación de España.” [México?]: 1943.

Film 32273. Reel 27, ítem 1103. The University of Michigan.

Ruíz Ayúcar, Ángel. El Partido Comunista. Treinta y siete años de clandestinidad.

Madrid: SanMartín, D.L., 1976.

---. La sierra en Llamas. Barcelona: Luis de Caralt, 1953.

Sabín Rodríguez, José Manuel. La dictadura franquista (1936-1975) : textos y

documentos. Madrid: Akal Ediciones, 1997.

Salaín, Serge. La poesía de la guerra de España. Madrid: Editorial Castalia, 1985.

Salas Larrazábal, Ramón. Pérdidas de la guerra. Barcelona: Planeta, 1977.

Salom, Jaime. El mensaje. Comedia en tres actos. Madrid: Ediciones Alfil 1963.

Sánchez Gascón, Alonso. Los maquis que nunca existieron. Madrid: Exlibris Ediciones S.L., 2006.

Sánchez Gilabert, Juan. Yo fui maqui. Granada: Alhulia, S.L., 2007.

Sánchez Navarro, Ángel J. La Transición española en sus documentos. Madrid: Boletín

Oficial del Estado: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.

Santos, Alonso. La novela en la transición (1976-1981). Madrid: Libros de Dante, 1983.

Santos, Juliá et al. Víctimas de la guerra civil. Madrid: Temas de Hoy, 2004.

Sastre García, Cayo. Transición y desmovilización política en España : (1975-1978).

Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, 1997.

Saz Campos, Ismael. Fascismo y franquismo. Valencia: Universitat de Valencia, Servei

de Publicacions, 2004.

Schmitt, Carl. The Concept of the Political. Chicago; London, The University of Chicago Press, 2007.

Semprún, Jorge. Autobiografía de Federico Sánchez. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.

Senabre, Ricardo. "Maquis, de Alfons Cervera." ABC literario. 20 de agosto de 1997.

<<http://www.uv.es/cerverab/cuenca2007.htm>>.

Serrallonga. Dir. Esteve Rovira. Perfs. Isak Férriz, David Selva. Oberón

Cinematográfica, 2008.

Serrano, Secundino. La última gesta: los republicanos que vencieron a Hitler (1939-

1945). Madrid: Aguilar, 2005.

---. Maquis: historia de la guerrilla antifranquista. Madrid: Temas de hoy, 2006.

Shlomo Ben Ami. "The Legacy of Francoism: General Perspective." Spain, Conditional

Democracy, ed. Christopher Abel and Nissa Torrent. London: Croom Helm; New

York: St. Martin's Press, 1984. 1-21.

Siete días de enero. Dir. Juan Antonio Bardem. Perfs. Jesús Alcaide, Alberto Alonso.

Continents, 1979.

Silencio roto. Dir. Montxo Armendáriz. Perfs. Juan Diego Botto, Lucía Jiménez. Film.

Oria Films, S.L., 2001.

Silva, Emilio. Las fosas de Franco. Crónica de un desagravio. Madrid: Ediciones Temas

de Hoy, S.A. (TH), 2005.

Sivan, Emmanuel, and Jay Winter. War and Remembrance in the Twentieth Century.

Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1999.

"Sobre medidas relacionadas con los honores y ceremonias militares." Presentada por el

Grupo Parlamentario Socialista. Número de expediente 11/000705. Congreso de

los Diputados. Núm. 385. 28 de noviembre de 2001.

<[http://www.congreso.es/public_oficiales/L7/ CONG/DS/CO/CO_385.PDF](http://www.congreso.es/public_oficiales/L7/CONG/DS/CO/CO_385.PDF)>.

12627-12631.

“Sobre rehabilitación de los combatientes guerrilleros españoles.” Presentada por el

Grupo Parlamentario Federal de Izquierda Unida. Número de expediente

161/00528. Congreso de los Diputados. Núm. 385. 28 de noviembre de 2001.

<http://www.congreso.es/publicoficiales/L7/CONG/DS/CO/CO_385.PDF>.

12622-12626.

Soler Pascual, Emilio. Bandoleros: mito y realidad en el romanticismo español. Madrid:

Síntesis, 2006.

Sonámbulos. Dir. Manuel Gutiérrez Aragón. Perfs. Ana Belén, Fernando Chinarro.

Profilmes, S.A., 1978.

Sorel, Andrés. Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo

XX a través de sus documentos, relatos y protagonistas. Paris: Librairie du Globe,

1970.

---. La guerrilla antifranquista. La historia del maquis contada por sus protagonistas.

Tafalla, Editorial Txalaparta, 2002.

Soto Carmona, Álvaro. “Continuidad, reformas y sobre todo improvisación.” Historia de

la Transición en España: los inicios del proceso democratizador, ed. Quirosa-

Cheyrouze 237-250.

---. Transición y cambio en España, 1975-1996. Madrid: Alianza Editorial,

2005.

Stein, Louis. Beyond Death and Exile. Cambridge: Harvard University Press, 1979.

Subirats, Eduardo. Después de la lluvia. Sobre la ambigua modernidad española. Madrid: Temas de Hoy, 1993.

---. Intransiciones: crítica de la cultura española. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.

Suleiman, Susan R. Authoritarian Fiction: The Ideological Novel as a Literary Genre. New York: Columbia University Press, 1983.

Tecglen, Eduardo. Introducción. La sombra de Franco en la Transición. Por Alfredo Grimaldos. Madrid: Oberón, 2004.

Téllez, Antonio. Facerías Guerrilla urbana (1939-1957) La lucha antifranquista del Movimiento Libertario en España y en el exilio. Paris: Editorial Ruedo Ibérico, 1974.

Thomas, Hugh. Cuba: The Pursuit of Freedom. New York: Harper & Row, 1971.

Threlfall, Monica, ed. Consensus Politics in Spain. Insider Perspectives. Bristol, UK; Portland, USA: Intellect, 2000.

Tierra y Libertad. Dir. Ken Loach. Perfs. Ian Hart, Rosana Pastor. BIM Production Company, 1996.

Todos los nombres. Asociación Andaluza Memoria Histórica y Justicia.

<<http://www.todoslosnombres.org/>>.

Torrepartida. Dir. Pedro Lázaga. Perf. Adolfo Marsillach, Javier Armet. Film. Santos Alcocer, P.C., 1956.

Torres, Augusto M. Conversaciones con Manuel Gutiérrez Aragón. Madrid: Fundamentos, D.L., 1985.

---. El cine español en 119 películas. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

Tranche, Rafael R. "El corazón del bosque." Pérez Perucha 803-805.

Trajiello, Andrés. Noche de los cuatro caminos. Una historia del maquis. Madrid:

- Aguilar, S.A. de Ediciones- Grupo Santillana, 2001.
- Tsetung, Mao. On War. Dehra Dun: English Book Depot, 1966.
- . On Guerrilla Warfare. 2^a ed. Baltimore: Nautical & Aviation Pub. Co. of America, 1992.
- Tusell, Javier. Historia de España. Vol. 2. Madrid: Taurus, 2002.
- . La Transición española a la democracia. Madrid: Historia 16, 1991.
- Tyras, George. Memoria y resistencia: el maquis literario de Alfons Cervera. Barcelona: Montesinos, 2007.
- Un héroe del pueblo español. José Gómez Gayoso. Dir. Luís Álvarez Tabío. Film. Cuba Sono Films, 1948.
- Unidad y lucha. Tolouse: Noviembre 1944. Archivo del PCE.
- Valleau, Marjorie. The Spanish Civil War in Film. A Comparison of American and Continental Narrative Cinema. Ann Arbor: University Microfilms International, 1977.
- Van Alphen, Ernst. "Symptoms of Discursivity: Experience, Memory and Trauma." Acts of Memory: Cultural Recall in the Present. Ed. Mieke Bal, Jonathan Crewe and Leo Spitzer. Hanover, NH: University Press of New England, 1999: 24-38.
- Vattimo, Gianni. La sociedad transparente. Barcelona: Paidós Ibérica, 1990.
- Vázquez Azpirí, Héctor. Víbora. Barcelona: Ediciones Destino, 1956.
- Vidal Beneyto, José. Del franquismo a una democracia de clase. Madrid: Akal, 1977.
- . Diario de una ocasión perdida. Barcelona: Kairós, 1981.
- . Memoria democrática. Tres Cantos (Madrid): Foca, 2007.
- Vidal, César. Las mentiras de la historia. Madrid: La esfera de los libros, 2007.

- Vidarte, Juan Simeón. Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español.
Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1978. 2 vols.
- Vila, Justo. La agonía del búho chico. Badajoz: Del oeste ediciones, 2004.
- Vilarós, Teresa. El mono del desencanto: una crítica cultural de la transición española (1973-1993). Madrid : Siglo XXI de España, 1998.
- Villar Raso, Manuel. La Pastora: El maqui hermafrodita. Madrid: Albia, 1978.
- Volin. La revolución desconocida. N.p.: Solidaridad obrera, 1954.
- Voloshinov, Valentin. Marxism and the Philosophy of Language. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 1986.
- White, Hayden. Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism. Baltimore; London: The Johns Hopkins University Press, 1978.
- Yusta Rodrigo, Mercedes. La guerra de los vencidos: El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1999.
- ."Maquis en Aragon: des espoirs de la Résistance aux déboires de la guérilla."
Rouges: maquis de France et d'Espagne. Les guérilleros. Ed. Jean Ortiz. Biarritz: Atlantica, 2006: 331-352.
- Žižek, Slavoj. En defensa de la intolerancia. Madrid: Ediciones Sequitur, 2007.
- . The Ticklish Subject. The Absent Centre of Political Ontology. London; New York: Verso, 1999.
- Zolo, Danilo. Democracy and Complexity: Realist Approach. Trans. David McKie. Cambridge, UK: Polity Press, 1992.